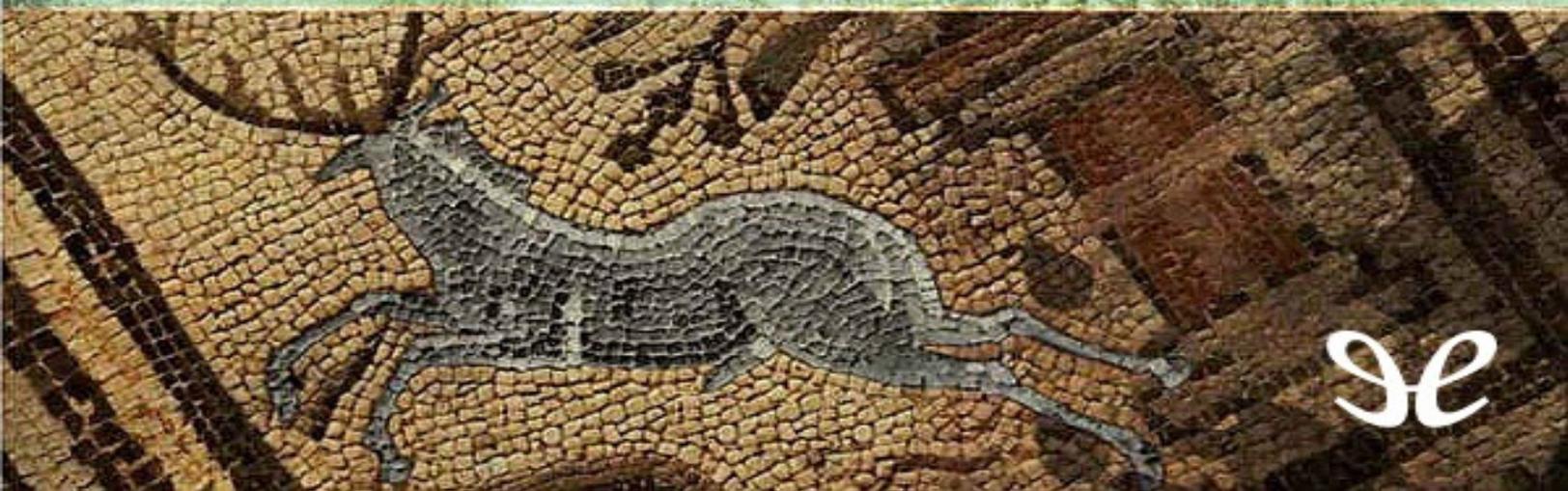




PEDRO SANTAMARÍA

REBELDES

Las campañas de Sertorio en Hispania



se

Año 88 a. C. Tarde de teatro en Roma. Un hombre corpulento, tuerto y vestido con atuendo militar acaba de llegar al lugar donde se representará la tragedia griega *Prometeo encadenado*. Los asistentes le ovacionan. Es Quinto Sertorio, el sabino, héroe de las guerras contra cimbrios y teutones, comandante de una de las legiones de Cayo Mario en las guerras sociales que asolan Italia y que enfrentan a la ciudad del Tíber con sus aliados latinos. Esa será la primera vez que Cneo Placidio Mutio, un muchacho de catorce años, vea a Quinto Sertorio. No será la última.

Cinco años después dos hombres ambiciosos y sin escrúpulos se disputan el poder en Roma: Cayo Mario y Lucio Cornelio Sila. La guerra civil entre estos dos colosos será sangrienta y acabará por aupar al segundo a la cima del poder. Quinto Sertorio, en ese momento procónsul para Hispania, se niega a reconocer al gobierno instaurado por un hombre al que considera un usurpador de la legítima República. Dará así comienzo uno de los episodios más apasionantes y olvidados de la historia de España, en el que un general proscrito, y habilísimo estratega, logrará, con un puñado de hombres, levantar a los hispanos contra el poder del Senado y ponerlo en jaque durante una década. Uno tras otro los ejércitos de la invicta Roma se estrellarán contra el genio militar del sabino. El talento y la capacidad de hombres de la talla de Pompeyo Magno y Metelo Pío se verán puestos a prueba en una guerra larga y agotadora. De todo ello será testigo Cneo Placidio Mutio.



Pedro Santamaría

Rebeldes

Las campañas de Sertorio en Hispania

ePub r1.0

Titivillus 16-10-2019

Título original: *Rebeldes*
Pedro Santamaría, 2015

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1





CAMPAÑAS DE SERTORIO

- a. desembarco sertorio
- b. sertorio derrotado a furidio
- c. hirpuleyo derrotado a domicilio
- d. batalla de lauro
- e. batalla de icalica
- F. pepenna derrotado por pompeyo
- 5. batalla de suero
- h. batalla de segoncia

*A mi padre, ejemplo de valentía,
virtud y honestidad.*

On a peine à haïr ce qu'on a bien aimé, et le feu mal éteint est bientôt rallumé.

Pierre Corneille. *Sertorius*

¿Qué es un hombre rebelde? Un hombre que dice no. Pero, si niega, no renuncia: es también un hombre que dice sí, desde su primer movimiento. [...] (rebelarse) significa, por ejemplo, «las cosas han durado demasiado», «hasta aquí, bueno; más allá no», «vais demasiado lejos» y también «hay un límite que no franquearéis». En resumen, este «no» afirma la existencia de una frontera. Se halla la misma idea de límite en ese sentimiento del hombre en rebeldía de que el otro «exagera», de que extiende su derecho más allá de una frontera a partir de la cual otro derecho le planta cara y lo limita. En cierta manera, opone al orden que lo oprime una especie de derecho a no ser oprimido más allá de lo que puede admitir. Cal ar es dejar creer que no se juzga. Pero a partir del momento en que se habla, aun diciendo «no», se desea y se juzga. El hombre en rebeldía, en el sentido etimológico, se vuelve. Ahora planta cara. Opone lo que es preferible a lo que no lo es.

Albert Camus. *El hombre rebelde*

PRÓLOGO

Jadeas. La herida del costado escuece, duele. «No es nada», te dices. «Un mero rasguño». Otro más. Palpas la herida. Viscosa. Te miras la mano. Roja. Y sigues jadeando. Estas cansado. Han sido muchas las batallas. Y esta es la última. Lo sabes. Podrías volver a los montes, podrías volver a intentarlo. Pero sería inútil.

Hace mucho que dejaste de creer. Pero ¿qué es lo que te mantiene en pie? Es la inercia. Solo eso. La inercia.

Parece que nieva, pero es verano. Son copos sí, pero copos de ceniza gris que se adhieren a la cara. Ayer había esperanza. Hoy no. ¿La hubo alguna vez? Los flancos se han venido abajo. El centro ya no existe. El enemigo avanza. Todo es muerte, sudor, gritos, barro, mierda, caballos desbocados, hombres huyendo en todas direcciones, cuerpos sin vida tendidos en el suelo arrojados por un charco de su propia sangre. Ahí yace tu causa arrastrada por el fango, moribunda. Sueltas el escudo, pesa demasiado. Te retiras el casco. Te limpias el sudor de la frente y cierras los ojos.

—¿Qué hacemos, señor? —dice una voz joven a tu lado.

Observas al muchacho. Es bisoño, como lo eras tú al alistarte. La pregunta resulta casi enternecedora. Hay fe en ella, la fe juvenil de que la derrota es imposible, de que siempre hay algo que puede hacerse, de que la muerte, la mutilación, la desesperanza, son cosas que les pasan siempre a otros. Y hay fe en los mayores, en la veteranía. Ese muchacho te ha visto luchar, es consciente de lo que eres capaz de hacer con un arma en la mano. Tú ni siquiera sabes su nombre, ni de dónde procede, ni si está enamorado. De pronto quieres saberlo todo de él, quieres tener a mano un buen vino y algo de queso. Y tiempo. Mucho tiempo.

—¿Señor? —repite el muchacho—. ¿Qué hacemos?

El enemigo avanza lenta y firmemente. Sus pisadas hacen temblar la tierra. Observas sus pendones, la pared infranqueable que muestran sus escudos. Tan solo cien pasos te separan de ellos.

—¡Conmigo! —gritas a los pocos leales que están cerca—. ¡Conmigo! —vuelves a aullar.

Acabas de sentenciar a muerte al centenar escaso de hombres que atienden a la llamada. Entre ellos al muchacho. Muchos otros siguen huyendo. Pero ya nada importa. O sí. Podrías haber ordenado que se dispersaran, que abandonasen aquella lucha inútil, que se rindiesen, pero eso te

hubiera convertido en un traidor a lo que representas. No puedes dar esa orden. Debes mantenerte desafiante hasta el final por los que cayeron, por los que creyeron, por ti.

Pero hay esperanza más allá de la muerte. En el momento en que la espada enemiga te atraviere, en el momento en el que la vida te abandone, dejarás de ser un hombre y te convertirás en una idea. Una idea que flotará por el éter hasta que halle un alma fecunda en la que incrustarse, otro cuerpo en el que florecer y en el que revivir.

Has perdido. Ya eres, en verdad, un rebelde.

I

Roma Felix

1

La primera vez que vi a Quinto Sertorio yo contaba catorce años. Fue en uno de esos teatros provisionales de madera que, en aquel entonces, se montaban y desmontaban por la ciudad y donde se representaban tragedias y comedias griegas que no interesaban a nadie. A mí, menos aún. El teatro se encontraba prácticamente vacío. La obra, *Prometeo encadenado*, de Esquilo.

Recuerdo que estaba sentado en el banco de madera, a dos pasos del escenario, con los codos sobre las rodillas y los imberbes mofletes entre las manos; con la mirada perdida en las imperfecciones del suelo, resoplando de vez en cuando a modo de protesta y aguardando la inminente tortura que se cernía sobre mí: la de un puñado de idiotas gesticulando sobre una tarima de madera cuyo único propósito en el mundo era aburrirme durante una hora. A mi lado estaba Agatón, mi maestro ateniense, esclavo de mi padre desde hacía tan solo unos días. Por mucho que con el tiempo llegase a quererle como a un abuelo, entonces le despreciaba, por viejo y por griego. Delante del escenario, Agatón hablaba y hablaba sin que yo le prestase la menor atención. Su voz me resultaba irritante. Y es que, si algo aborrecía cuando tenía catorce años, era todo lo griego. Roma estaba infestada de esclavos y comerciantes helenos, producto de las guerras los primeros y de la demanda de baratijas orientales los segundos. Y los jóvenes, orgullosos e inconscientes como es propio de la edad, despreciábamos a aquellas gentes ruidosas que hablaban una jerga incomprensible, que tenían fama de ser retorcidos, tramposos, embusteros y maquinadores. Sin duda —nos dábamos la razón los unos a los otros—, cualquier plebeyo romano de la más baja cuna valía diez veces más que el más prominente de los griegos. Las razones eran variadas; el romano, por naturaleza, era fiel, valiente, directo, fuerte, testarudo, honrado. Más aún, si Roma había subyugado a Grecia, si había derrotado a los macedonios y a los sirios, era gracias a esas virtudes. Y si esas virtudes eran lo que había hecho grande a Roma seguía, lógicamente, que quienes no eran romanos carecían de ellas. Discutíamos también sobre nuestra «romanidad», sobre quién de nosotros era más romano, sobre cómo el tatarabuelo de mi amigo Sexto había sido un esclavo fenicio y cómo aquello significaba que era un poquito menos romano que los demás. Sexto solía enfadarse.

Todos, sin excepción, soñábamos con revivir las gestas de nuestros ancestros, con empuñar algún día la espada y teñirla de sangre y gloria.

Y teníamos nuestros héroes, por supuesto, tanto entre los vivos como entre los muertos. De aquellos que llevaban tiempo cubiertos por la tierra, el gran Escipión ocupaba un alto puesto en

todas nuestras ensoñaciones. También Alejandro el Magno, aunque este último, por ser griego, nos resultaba algo menos carismático. Pero de entre los vivos había un hombre que, para nosotros, era ya una leyenda, la encarnación de lo romano y de todo cuanto queríamos ser: Quinto Sertorio. De él se decía que era un gran orador, que había estudiado leyes, que era un experto combatiente y un consumado jinete. Contaban hazañas extraordinarias: por ejemplo, que con diecisiete años y siendo tribuno en las legiones al mando del procónsul Servilio Cepión, había luchado en la batalla de Arausio —librada el año de mi nacimiento—. En aquella desastrosa batalla contra las tribus germanas, sucumbieron miles de romanos. Se dice que, de ciento veinte mil, solo sobrevivieron diez hombres. Uno de ellos fue Sertorio, quien, en situación desesperada, agotado después de un día entero de lucha, herido y perseguido por una jauría de bárbaros, se lanzó a las fuertes corrientes del Ródano con armadura y escudo y consiguió llegar a la otra orilla con toda su panoplia. También se hablaba sobre el tiempo que pasó entre aquellos mismos bárbaros años más tarde, haciéndose pasar por uno de ellos, aprendiendo su lengua, descubriendo sus intenciones. Gracias a él y a la información obtenida, Cayo Mario había sido capaz de derrotar a cimrios y teutones en Aquae Sextiae. Más tarde Sertorio luchó en Vercellae. Y qué decir de su primer período en Hispania, como tribuno a las órdenes de Tito Didio; allí había sido condecorado con la corona gramínea, el más alto de los honores, pues había sido concedida en contadas ocasiones a lo largo de la historia de Roma a quienes habían salvado ejércitos enteros. Se contaba que, durante aquel período en Hispania, también había conseguido tomar una ciudad vistiendo a sus hombres al modo de los indígenas. Y se hablaba de su impecable servicio como legado en las guerras que en ese momento se libraban en Italia contra los antiguos aliados de Roma, y de cómo, en una reñida batalla, había perdido un ojo. Sí, Quinto Sertorio era entonces una leyenda que respiraba y andaba.

Siempre he afirmado que aquella tarde en el teatro cambió mi vida. Creo que no será difícil entender por qué. Absorto como estaba, rumiando mis desgracias y lamentando mi suerte, de pronto me di cuenta de que las charlas a mi alrededor iban muriendo y convirtiéndose en cuchicheos. Aún no había actores en el escenario y, de hecho, casi nunca las charlas se detenían cuando comenzaba una función, así que la razón de aquel súbito silencio no podía deberse a nada que estuviese sucediendo en el escenario, sino a algo que estaba ocurriendo a mis espaldas. Despegué las manos de los mofletes, volví la cabeza y, para mi sorpresa, ahí estaba él con tres acompañantes, buscando un lugar donde acomodarse. Cada uno de ellos traía un cojín consigo, señal inequívoca de que, cuando sus obligaciones militares lo permitían, disfrutaban de tales espectáculos. Vestían cómodamente, una simple túnica militar, y traían una bota de vino. Parecían satisfechos. De repente, él señaló con el dedo el espacio que había junto a nosotros, justo frente al escenario. Sus acompañantes asintieron. Fueron momentos extraños. Mis ojos se abrieron como los de una lechuza. A medida que los tres hombres descendían las improvisadas escaleras hacia nosotros, me sentí nervioso. Mi corazón comenzó a palpar desbocado, se me secó la garganta. Empecé a temblar. Era él. Sertorio, el sabino, alto y corpulento, de pelo claro, con cierto aire de gallo salvo por el hecho de que no lucía ni barba ni bigote, tuerto del ojo izquierdo y con una cicatriz en forma de rayo que decoraba su muslo derecho, impronta de una espada germana.

Agatón seguía hablando ajeno a todo. Sí recuerdo, no obstante, la última frase de aquella diarrea verbal que se había apoderado del viejo: «... y por eso Tales de Mileto consideraba que todo cuanto nos rodea proviene del agua. Sí, mi querido muchacho, todo». Y la recuerdo porque,

en ese momento, el mismísimo Quinto Sertorio estaba ante mí preguntándome si me importaba que él y sus amigos ocupasen los asientos que había a mi izquierda. ¡A mí! ¡A un insignificante gusano! ¿Mi respuesta? Un bobalicón asentimiento. El sabino y sus acompañantes tomaron asiento y entonces Sertorio saludó a Agatón en griego, lo hizo sonriendo, asintiendo levemente, con respeto. Agatón devolvió el saludo en los mismos términos.

—¿Lo ves, Lucio? —dijo Sertorio dirigiéndose a uno de los suyos—. Aún hay esperanza para Roma.

—¿Qué quieres decir?

—Mira a este muchacho, Lucio, en la flor de la vida, fuerte, buen romano y con inquietudes. Este es el tipo de juventud que necesita la ciudad. No todo es blandir una espada.

Tras esa frase, me palmeó la espalda y rio complacido. Como si mi mera presencia allí le hubiese dado la razón ante sus compañeros de alguna discusión reciente. Entonces entraron en escena cuatro actores gesticulando, miraban pausadamente a derecha e izquierda, daban largas y lentas zancadas. Dos de ellos vestían de mujer y llevaban máscaras grotescas, a estos dos les seguía un hombre ataviado con un bulto que representaba una desproporcionada joroba. Al andar, el jorobado provocaba una cojera demasiado exagerada. Tras él, encadenado, un actor corpulento que parecía un cautivo y se lamentaba. Agatón acercó los labios a mi oreja y me cuchicheó al oído: «Aquellos vestidos de mujer representan la Fuerza y la Violencia, el jorobado es Hefesto, vuestro Vulcano, y el cautivo es Prometeo, el titán amigo de los mortales. Fue él quien les robó el fuego a los dioses para dárselo a los mortales, y por eso fue castigado por Zeus, vuestro Júpiter». Habló la Fuerza:

Hemos llegado a esta remota región de la tierra, a este desierto sin seres humanos. Hefesto, debes cumplir las órdenes de tu padre y encadenar a estas rocas al bandido con grilletes irrompibles. Pues tu flor, el fulgor del fuego, útil a todas las artes tras robarlo se lo entregó a los mortales. Preciso es que por este delito pague su pena y aprenda a tolerar el poder absoluto de Zeus y poner fin a su tendencia de favorecer a los hombres.

¿Es necesario decir que no pestañeé durante toda la representación? No moví un músculo. Al principio procuré parecer interesado. Quinto Sertorio había visto en mí algo que yo no era. Y, sin embargo, el mero hecho de que me creyese especial espoleó en mí las ganas de convertirme en lo que él había creído ver. No tardé en sentirme genuinamente interesado por la obra. Hablaban los personajes, Fuerza le insistía a Hefesto que clavase duramente a Prometeo a aquel suelo yermo, Hefesto, temeroso de Zeus pero entristecido, lo hacía, y Prometeo se lamentaba. Cantó el coro:

Lo estoy viendo, Prometeo, y una niebla de lágrimas invade mis ojos al ver cómo tu cuerpo se marchita en esta roca por estas ultrajantes cadenas. Pues unos nuevos timoneles son dueños del Olimpo, y con nuevas leyes Zeus, a su antojo, ejerce el poder y los colosos de antes han desaparecido. [...] Temerario eres tú y sin ceder en absoluto aun en medio de amargos infortunios, sino que, por el contrario, tienes una lengua excesivamente libre. Temo por tu suerte, y me pregunto hasta qué puerto has de arribar como para que veas el fin de estas penas. Pues el hijo de Crono posee un carácter inaccesible y un corazón inflexible.

Y así, escena tras escena, se fue desarrollando la triste historia del Titán que por haber amado a los más débiles, por enfrentarse a los dioses, acabó condenado. Prometeo era un rebelde. Un idealista.

Finalizada la representación, el sabino estalló en aplausos. Yo le imité, por supuesto, así como sus compañeros. Algún otro asistente también aplaudió la obra, pero la mayoría ya había abandonado el teatro en busca de otros entretenimientos. La despedida fue fugaz.

—Es la mejor de Esquilo, ¿no te parece, muchacho?

—Sin duda, señor. —Balbucí. Y rogué a los dioses para que Agatón no dijese algo inapropiado, algo como: «¿La segunda vez que vienes al teatro y ya conoces toda la obra de Esquilo?». El viejo no dijo nada. Quinto Sertorio asintió satisfecho.

—Hasta otra —dijo dirigiéndose a mí—. Hasta otra —repitió dirigiéndose a Agatón antes de desaparecer escaleras arriba.

Aquella tarde, al salir del teatro, empecé a ver a mi anciano maestro de otra forma, como si portase una extraña luz, como si fuese ese Prometeo al que los dioses habían encadenado por llevar la sabiduría a los hombres. Fue como si, de repente, alguien me hubiera retirado una venda de los ojos. Quería saber. Daba igual lo que fuera. Y, sobre todo, quería aprender de memoria la obra que acabábamos de ver. Aún hoy puedo recitar pasajes enteros sin pensar siquiera.

—¿Por qué decías que Tales de Mileto consideraba que todo proviene del agua? —le pregunté a mi maestro camino ya de casa, al tiempo que esquivaba un charco de inmundicia. El anciano pareció sorprenderse.

—Vaya, muchacho. ¡Por fin una pregunta! —dijo sonriendo—. Verás, Tales decía...

Los dioses son caprichosos y sus señales confusas. *Prometeo encadenado* era la obra de teatro predilecta de Quinto Sertorio. Años después me sorprendería comprobar cuán proféticas resultaron ser las palabras de Esquilo para su vida, esfuerzos y desgracias.

2

Días antes, mi padre, dueño de una lavandería y un endeble edificio de viviendas, llegaba a casa con Agatón. Acababa de comprarlo. Jamás podré agradecerle lo suficiente a aquel hombre bueno, honrado y trabajador que me hiciese tal regalo. Al principio, como es lógico, me horroricé solo de pensar que tendría que pasar mi valioso tiempo con aquel «saco de mierda reseca» —quede claro que esta expresión no fue de acuñación propia, fueron las primeras palabras de mi madre al verlo—. Pensé que era algún tipo de retorcido castigo por algo que había hecho.

Es cierto que no era raro que mi padre, también de nombre Cneo, al igual que mi abuelo, trajese de vez en cuando a algún pordiosero andrajoso a casa, le diese de comer y le entregase algunas monedas. El hombre solía decir que si todos pusiésemos un poco de nuestra parte, el mundo sería un lugar mejor. Esta forma de ser enervaba a mi madre. Ella veía las cosas de manera diferente. Ya se pagaban suficientes impuestos, decía, ¿y para qué? Precisamente, para ocuparse de esa gente. Ya se encargaba el Senado de repartir grano para todos esos malnacidos que no habían doblado la espalda en su vida y que, encima, de vez en cuando, alborotaban la ciudad con sus insensateces. «Trabajar —decía mi madre—. Eso es lo que tienen que hacer, para eso tienen dos manos». Mi padre solía pedirle que se calmase, y mi madre siempre acababa rompiendo alguna vasija como muestra de frustración.

Pero Agatón no era un mendigo que fuese a comer caliente una noche y al día siguiente fuese desaparecer de nuestras vidas. Mi padre había salido por la mañana con los ahorros de cinco años de trabajo y con la idea de comprar, al menos, tres o cuatro fornidos esclavos galos o germanos que pudiesen servir en las pesadas tareas de la lavandería. Y, sin embargo, acababa de comprar un esclavo griego, viejo y barbudo. Mi madre, como es lógico, montó en cólera. Y en aquel estallido vislumbré la luz de mi salvación. Eso sí, mi padre nunca perdía la calma.

—Cneo Placidio Mutio —rugió mi madre—. ¿Acaso has perdido el juicio? ¿Cómo va a ayudarme ese saco de mierda reseca? ¡Ni siquiera es capaz de levantar las sandalias del suelo! —se acercó al anciano y le tocó los brazos—. ¡Huesos, Cneo! ¡Has comprado un saco de huesos que no sirve ni para hacer caldo! —Agatón ni se inmutó—. Y podría morir en cualquier momento. Míralo.

—Cálmate, mujer. No es para la lavandería.

—¿Ah, no?! ¡¿Y entonces para qué?!

—Es para el muchacho.

—¿Y cómo, en el nombre de Juno, puede serle de utilidad? ¡Haberle comprado un enano!

—Es para su educación. El tratante me dijo que había servido en casa de los Metelo. Es un sabio, Caria. Sempronio tiene ya muchos alumnos, enseña en las calles, rodeado de ruidos y distracciones, enseña poco y enseña mal.

—Pero es barato. Y bastante caro se me hace ya. Tu hijo no necesita saber más que a qué precio pagar la orina y cuánto cobrar.

—Cálmate, mujer. Piensa en los vecinos.

Mi madre cerró los ojos y respiró hondo. Adoptó su habitual gesto de resignación y prosiguió.

—Muy bien, Cneo. Pero mañana me gustaría que volviesses al mercado y comprases, si no tres o cuatro, al menos un par de esclavos que puedan echar una mano.

—Me temo que eso no va a ser posible.

—¿Qué?

—Verás, Agatón ha costado bastante dinero.

—¿Cuánto es bastante, Cneo?

—Bastante es... —mi padre dudó un instante— todo. —Por primera vez en su vida mi madre callaba, incrédula—. Y eso que el tratante me hizo una sustancial rebaja...

—¿Cneo Placidio Mutio! ¡¿Qué demonio se ha apoderado de ti?! ¡Devuélvelo!

—Imposible, Caria.

—¿Devuélvelo!

—No. No pienso hacerlo.

—¿Has visto mis manos, Cneo? ¿Las has visto? ¡Agrietadas, rotas, encallecidas!

—No voy a devolverlo, Caria.

—¡Mi padre tenía razón! ¡Quién me mandaría a mí casarme contigo! ¡Es un buen hombre, le decía yo, un buen hombre! ¡Y me ama! ¿Y sabes qué me decía él? ¿Lo sabes?

—Sí, Caria, lo sé.

—¡Que la bondad es prima de la estupidez y que la estupidez ahuyenta el dinero!

—Sí, Caria. Pero no lo voy a devolver. El muchacho necesita hacer acopio de cosas que nadie le pueda quitar. Te prometo que de aquí a un par de años tendrás tus esclavos. Así que cálmate, bebe un buen vaso de vino y vuelve a tus quehaceres.

A pesar de las turbulencias políticas que vivía la ciudad, he de admitir que fueron años felices, como lo son los de cualquier joven que tiene sus necesidades cubiertas y cree conocer, pero no conoce, el mundo. «La duda, querido muchacho, es la madre de la sabiduría. Solo los ignorantes tienen certezas», solía decir Agatón.

—¿Cómo va a ser eso? —protesté la primera vez que le oí decirlo. Así de absurda me pareció su afirmación.

Al griego le gustaba pasear. Decía que la mejor forma de aprender era andando, observando y charlando.

—Bueno, nadie puede estar seguro de nada porque nada es, todo deviene.

—No te entiendo.

—Todo está en constante cambio. Tú, por ejemplo. ¿Eres el mismo ahora que hace un año?

—No. He crecido.

—No me refería a eso, pero puede valer. ¿Y eres el mismo que ayer?

—Eso sí.

—Entonces ¿cuándo creciste? ¿Fue una noche hace un año sin darte cuenta?

—No, diría que ha sido poco a poco.

—¿Mes a mes? ¿Día a día? ¿Hora a hora?

—No lo sé.

—¿Dudas, muchacho?

—Claro.

—Bien. Ese es un buen comienzo. Ilustraré lo que quiero decirte con un ejemplo. Quiero que imagines lo siguiente. Un barco recién construido sale de puerto y viaja desde Ostia hasta Atenas. El barco es nuevo y le ponen un nombre. ¿Qué nombre quieres ponerle a nuestro barco?

—*Roma*.

—Muy bien. —El anciano sonrió ante mi nada imaginativa respuesta—. En su primer viaje sufre una tempestad y hay que cambiarle los mástiles. ¿Sigue siendo el mismo barco?

—Claro.

—En su segundo viaje encalla y hay que reparar gran parte del casco. ¿Sigue siendo el mismo barco?

—Sí —respondí dubitativo.

—Treinta viajes después el barco ha sufrido tal cantidad de reparaciones que nada queda de los materiales originales. La tripulación ha cambiado a lo largo de los años, tampoco es la original. Ni el capitán siquiera. Ni el propietario. Y, sin embargo, al ver el barco llegar a puerto, la gente lo reconoce inmediatamente como el *Roma*. Y la tripulación dice servir en el *Roma*. ¿Es el mismo barco, muchacho?

—No.

—Pero siguen llamándolo *Roma*. Y los cambios han tenido lugar poco a poco, a lo largo de los años.

—Sí, sí, es el mismo barco.

—Pero no queda nada del original.

—Entonces no lo es. —Dudé un momento—. Bueno, lo es, pero no lo es. —Esperé. Agatón callaba. Como si esa conversación hubiera acabado—. ¿Entonces? —insistí intrigado—. ¿Es o no es el mismo barco?

—Eso ya tienes que valorarlo tú, Cneo. Yo no puedo darte una respuesta, cada cual tiene la suya. Mi única labor es sembrar la duda.

A nuestros paseos diarios pronto se sumó Sexto. Mi padre y su padre eran buenos amigos, solían compartir charla y vino y, además, era un excelente carpintero. Sexto solía esperarnos en la puerta de atrás. Por allí se accedía a la lavandería y se atendía a la clientela. A mi madre le caía bien Sexto, aunque eso no supuso ningún impedimento a la hora de sugerirle a mi padre que debería cobrarle a su amigo por el uso que hacía su hijo del esclavo, del saco de mierda reseca. No se sorprendió cuando mi padre se negó en redondo. Y, por supuesto, volvió a montar en cólera.

3

Roma era una ciudad malhumorada. Agatón solía decir que aquel mal humor era debido a la falta de espacio entre personas, al ruido constante y a la suciedad. Creo que no me equivoco si digo que todos los días presenciábamos alguna pelea y que quien más quien menos vivía en un continuo estado de desconfianza con respecto al prójimo. Yo no conocía otra cosa, pues jamás había cruzado las murallas. Cuando por fin lo hice, unos años después, huyendo como un perro de una ciudad que se había vuelto loca, no encontré la paz de la que hablaba Agatón, sino, más bien, todo lo contrario: el absoluto desasosiego del pez que ha sido expulsado de su elemento por una feroz tormenta.

Si algo abundaba en Roma, eran los tullidos, los había de todas las edades. Ya he comentado que el año de mi nacimiento Roma se encontraba en guerra con un conglomerado de tribus germanas que amenazaban con irrumpir en la península Itálica. A estas las derrotó el entonces cónsul Cayo Mario con la inestimable ayuda de mi héroe, Quinto Sertorio. Años antes, Cayo Mario había derrotado también al pérfido rey de los nómadas, de nombre Yugurta, y antes de eso el mismo Cayo Mario había luchado a las órdenes de Publio Cornelio Escipión Emiliano en la lejana y belicosa Hispania. La lista de guerras era interminable. Prácticamente se remontaban hasta la mismísima fundación de la ciudad. Y lo mejor es que, según siempre había dicho Sempronio, mi anterior maestro, todas habían sido guerras defensivas provocadas por malvados enemigos. Agatón no pudo evitar soltar una fugaz carcajada cuando se lo dije con pueril convicción.

—Por supuesto, muchacho. Por supuesto —me dijo el viejo.

Su respuesta me molestó profundamente. ¡Qué sabría de esto un griego!

—El enfado es el refugio de quien no tiene argumentos, Cneo. Si tienes argumentos que sustenten tu teoría, utilízalos. Convénceme.

—¡Claro que los tengo! ¡Sempronio siempre lo decía!

—¿Qué decía Sempronio?

—Que todas las guerras que luchó Roma fueron guerras defensivas.

—Así que Roma domina la mitad del mundo conocido porque no le han dejado otra opción. ¿Es eso?

—Sí. Bueno, no exactamente. Bueno, da igual, no quiero hablar de eso.

—Como desees. Me gustaría conocer un día a ese tal Sempronio. Debe de ser un hombre muy sabio.

Creo que ya he dicho que en aquellos días Roma llevaba tres años librando una cruenta guerra contra sus antiguos aliados itálicos. Aquellos demandaban convertirse en ciudadanos romanos de pleno derecho. Y yo, por supuesto, estaba indignado, al igual que la mayoría de los habitantes de la ciudad. Y no era para menos, si la ciudadanía se propagaba por Italia, ¿qué significaría ser romano? Cientos de itálicos inundarían la ciudad demandando su parte en las entregas gratuitas de trigo. Nos quitarían el trabajo. Nos quitarían a las mujeres. Ocuparían huecos en los espectáculos. Subiría el precio de las viviendas. Desbordarían los tribunales. Era indignante. Y no es que en tiempos pretéritos Roma hubiese guardado celosamente aquel bien etéreo tanpreciado que era la ciudadanía, de hecho, había sido dispensado con generosidad hasta hacía no mucho. Pero las cosas habían cambiado. Solo después de someterme a las preguntas de Agatón, entendí precisamente qué había cambiado y por qué todo el mundo parecía tener la misma opinión que yo.

—Que todo el mundo piense lo mismo sobre algo significa dos cosas; la primera, que nadie está pensando; la segunda, que alguien piensa por todos. Lo más probable, querido muchacho, es que todo el mundo esté equivocado.

La guerra fue cruenta. Más que cualquier otra anterior, decían los viejos; fue como un combate a muerte entre antiguos compañeros de armas. Roma, acorralada, ahogada, exhausta, ganó la contienda de un modo en extremo paradójico: rindiéndose. El Senado, viendo peligrar su existencia, pero aparentando magnanimidad, hizo extensible la ciudadanía a todo aquel itálico que quisiera obtenerla. Miles de hombres de toda Italia acudieron a la llamada, y las armas que el día anterior habían blandido contra la ciudad acorralada se volvieron ahora en contra de aquellos que, después de tres años de contienda, lo único que querían ya era ver la ciudad del Tíber consumida en cenizas.

Acabada la guerra no hubo una avalancha de itálicos que anegasen la ciudad y, de hecho, en ese sentido, nadie apreció ningún cambio. Nadie nos quitó el trabajo, ni a las mujeres, y nadie ocupó nuestro lugar en los espectáculos. Donde sí hubo avalanchas, no obstante, fue en los tribunales. Aquellos itálicos que durante años habían sido expoliados por romanos poderosos ahora buscaban amparo en unas leyes que hasta hacía poco les habían sido inaccesibles por el hecho de no ser ciudadanos. Reclamaban sus tierras. Y muchos de ellos exigieron un lugar en la curia en virtud de su riqueza y su recién estrenada romanidad.

—Debes plantearte si las leyes están hechas para defender al débil del fuerte o para proteger al fuerte del débil —dijo Agatón.

Así que, de nuevo, estábamos en paz. O no. Porque recientemente había estallado otra guerra en Asia. El pérfido y ambicioso —eso se decía de él por las calles— rey Mitrídates del Ponto había invadido la provincia romana de Asia y había ordenado ejecutar a ochenta mil ciudadanos romanos, todos los que poblaban aquella lejana provincia.

Lucio Cornelio Sila, cónsul de la República, celebró la victoria sobre los itálicos con una entrada triunfal en la que fue coreado por miles de gargantas agradecidas. Durante días las calles fueron un hervidero de gentes felices y borrachas. En la lavandería no se daba abasto. Si habitualmente ya me veía obligado a echar una mano, ahora no tenía tiempo ni de comer. Incluso el

viejo Agatón ayudaba en lo que podía, aunque, la verdad sea dicha, era un hombre bastante torpe para cualquier tarea que supusiese un mínimo de coordinación. Mi madre acabó prohibiéndole acercarse a las tinajas con orines más que para evacuar. Por las noches me desplomaba en el lecho, y a la mañana siguiente, con los ojos plagados de legañas grandes como lentejas, volvía a ponerme en marcha. En esos días no vi a mis padres descansar ni un momento. Cuando me acostaba aún les oía trajinar; cuando me levantaba, cuatro horas después, seguían trabajando. Durante dos semanas eché de menos mis charlas con el griego.

Acababa el año y, con él, debía iniciarse un nuevo período electoral. Cuál no sería mi sorpresa cuando supe que Quinto Sertorio se presentaba al cargo de tribuno de la plebe. Me lo contó Sexto una mañana, eufórico. Corrimos por toda la ciudad. En cada esquina había un senador haciendo campaña, alzando la voz, algunos parecían auténticos actores, muchos de los que escuchaban aplaudían, otros abucheaban. Preguntamos por Quinto Sertorio a unos y a otros y, por fin, logramos encontrarlo. Estaba subido a una desgastada mesa de madera, rodeado de gente que, cada vez que decía una frase, lo vitoreaba. Sexto y yo nos abrimos paso como pudimos para oírle hablar. Nos escurríamos entre la gente. A medida que avanzábamos el gentío se hacía más espeso, hasta que no pudimos ir más allá. Casi no le veíamos, pero su voz resonaba clara y limpia en el aire viciado de sudor.

—Dadme vuestra confianza, amigos. Elegidme. Y prometo establecer una ley que ponga un límite al precio del trigo.

—¡Sí! —coreaba la multitud.

—También prometo, ciudadanos de Roma, enjuiciar a todos aquellos senadores sospechosos de corrupción.

—¡Sí!

—Y proponer la entrega de tierras públicas a los más desfavorecidos. Así como un ambicioso programa de obra pública para que a ningún romano decente le falte el trabajo.

—¡Sí!

—Me conocéis bien, amigos míos, sabéis que mi sangre ha regado los campos de batalla por vosotros. Soy de los vuestros. ¡Basta ya de corruptelas y abusos!

—¡Sí! ¡Sertorio, tribuno! ¡Sertorio, tribuno!

Pude observar que quienes más gritaban eran, precisamente, aquellos tres hombres con quien le había visto en el teatro unos meses antes. Estaban cada uno en un lugar, posicionados estratégicamente para que sus gritos animaran a los demás. Sexto y yo también gritábamos su nombre. No habíamos entendido nada, pero eso era lo de menos. Era Quinto Sertorio y, sin duda, con él en el Senado, Roma sería un lugar mejor.

Corrí a casa todo lo rápido que pude. Estaba pletórico y pretendía convencer a mi padre para que su voto fuese a Quinto Sertorio. Entré como un torrente, feliz, entusiasmado con la idea de poder hacer algo para echar una mano a mi héroe. Abrí la puerta.

—¡Padre...! —Callé al instante.

Mi padre estaba sentado a la mesa con un hombre gordo, de triple papada, que vestía una rica túnica y llevaba los dedos ensartados en anillos de oro. Mi madre, con aire sumiso, les servía

algo de vino. Le reconocí al instante. Era Próculo, dueño de una docena de lavanderías. El Gordo, pues así le llamábamos, esbozó una mueca de desagrado al probar el caldo.

—¡Por todos los dioses! ¡Qué asco de vino! —dijo el Gordo. Y escupió al suelo. No pareció reparar en mi presencia—. ¡Joder! ¡Sabe a menstruación de rata!

—Es el que tenemos, Próculo.

—Al menos dame algo que me ayude a pasarlo.

—Trae queso, Caria. —Mi madre obedeció al instante—. ¿De qué querías hablarme, Próculo?

—Vengo a comprarte la lavandería.

—Ya te he dicho que no varias veces.

—Se avecinan malos tiempos, Cneo Placidio. Muy malos. Harías bien en aceptar el dinero.

—Lo siento. Es el sustento de mi familia. Aunque me dices por ella una cantidad razonable, que sé que no me vas a ofrecer, ¿qué haríamos cuando se acabase el dinero?

—Podrías comprar un buen trozo de tierra en algún sitio. El trigo vende bien.

—No sabemos nada de cultivar tierras.

Mi madre puso un plato con queso cortado a cuadrados delante del Gordo. Este, en vez de cogerlo trozo a trozo, aproximó su manaza y, con las cinco morcillas que tenía por dedos, agarró todo lo que pudo dispuesto a llenarse la boca. No esperó a tragar. Habló mientras masticaba.

—Eso se aprende rápido, Cneo. No seas imbécil.

—La lavandería supone un flujo continuo de dinero. En cambio las cosechas pueden perderse. ¿Cuántos campesinos arruinados llegan a Roma todos los años?

—¡Bah! Pero tú eres un tipo listo. Lo harías estupendamente.

—No insistas, Próculo. No voy a venderte mi lavandería. Si tan rentable te parece comprar tierras y cultivarlas, ¿por qué no pruebas suerte tú?

El Gordo se alzó de repente.

—¡Siempre me haces perder el tiempo, Placidio!

—Eres tú el que ha venido a mi casa.

—¡Bah! ¡Maldito imbécil!

Visiblemente enfadado y sin más charla, Próculo se arremangó las ropas y abandonó mi casa dando un portazo. Pero el Gordo no había acabado. Su voz atravesó la madera.

—¡Eres tonto, Placidio! ¡Muy tonto! ¡Y tu mujer es fea! ¡Y tu madre una puta!

4

Convencí a mi padre para que votase por Quinto Sertorio. Y la verdad es que no me costó mucho. Sencillamente, decía, le daba igual quién saliese elegido. Todos eran iguales para él. Nunca nadie hacía nada de lo que prometía. Pero el sabino era diferente, yo lo sabía.

A partir de ahí y espoleado por mi éxito, procuré convencer a todos mis amigos para que también hablasen con sus padres con el fin de obtener sus votos. A lo largo de los días, seguí a Sertorio, y le oí hablar varias veces en diferentes puntos de la ciudad hasta que, prácticamente, aprendí de memoria su discurso. Sé que me reconoció en una ocasión, porque, al verme, me hizo un guiño. Y yo, que ya sabía cuándo había que aplaudir y vitorear, lo hacía con todas mis fuerzas. En vista de la cantidad de gente que lo seguía y le aplaudía, era imposible que perdiera las elecciones. O eso pensaba yo. La noche antes de las votaciones no pude dormir. Acompañé a mi padre, temeroso de que olvidase el compromiso que había adquirido conmigo y con Sertorio. Y, cuando por fin votó, descansé. Luego más nervios hasta que, al final, se conocieron los resultados. Cuál no sería mi decepcionante sorpresa cuando supe que casi nadie había votado por el sabino. Pasé varios días abatido. Su derrota en los comicios, de alguna manera, fue también mi derrota.

Años más tarde supe que cualquier esfuerzo hubiera sido inútil. Sertorio, sencillamente, había sido una baja política, una incómoda pieza eliminada del tablero en una partida a muerte entre dos colosos que pronto haría temblar los cimientos mismos de la República y que sembrarían la semilla de su destrucción. Pero ¿qué sabíamos nosotros entonces?

La guerra que había estallado al otro lado del mar, en la lejana provincia de Asia, requería atención inmediata. Y quién mejor que el hábil cónsul saliente, el patricio Lucio Cornelio Sila, para tomar el mando de las tropas en calidad de procónsul. Él sabría guiarlas en una campaña probablemente complicada y seguramente muy lucrativa, pues las riquezas de oriente eran bien conocidas. Sila tenía experiencia. Había luchado con distinción en las guerras cimbrias y en la guerra contra Yugurta, conocía la provincia de Asia y había guiado a las legiones en el último y victorioso año de guerra contra los aliados itálicos. Además, las tropas le amaban. Pero la política en Roma nunca era tan sencilla. Cayo Mario, ya casi un anciano, con cinco consulados a sus espaldas, quería esa guerra para sí. Obsesionado como estaba por su gloria personal, no iba a permitir que aquel patricio que había sido su subordinado obtuviese más reconocimiento que él. Y si Lucio Cornelio Sila tenía todo el apoyo del Senado, Cayo Mario lo tenía del pueblo. El viejo general victorioso y su antiguo subordinado comenzaron entonces a hacer girar los ponzoñosos

engranajes de la política romana. Sila maniobró para que ningún partidario de Mario alcanzase el tribunado de la plebe, pues, de ser así, sabía que su mando para la guerra en Asia sería vetado antes incluso de que abandonase el edificio del Senado para hacerse cargo de las tropas. Y Sertorio era, a todas luces, un ferviente partidario del viejo Mario, además de su pariente.

Sila, con el Senado de su parte y los cargos de tribuno de la plebe ocupados por hombres moderados, dio la partida por ganada y abandonó Roma para hacerse cargo de las legiones.

Sin embargo, Cayo Mario, el viejo zorro, aún no había jugado su última baza. Todo el mundo sabe que, para que un burro se mueva, o se le ofrece una zanahoria o se le da un buen palo. Aunque siempre es más fácil si se dispone de ambas cosas. Por supuesto, como en las fábulas de Esopo, el zorro encontró a su burro. Uno de los tribunos, Publio Sulpicio Rufo, endeudado hasta las orejas, recibió una tentadora oferta: si legislaba a favor de retirarle el mando a Sila para entregárselo a Cayo Mario, este se encargaría de pagar sus deudas, como hacen los buenos padrinos. En caso contrario, existían muchas posibilidades de que Rufo sufriese un desafortunado accidente que le costara la vida: una sabrosa zanahoria y la amenaza de un buen palo.

El Senado, consciente de las intenciones del tribuno de la plebe, cerró las puertas para evitar que Rufo llevase a cabo su propuesta y un grupo de patricios intentó asesinarle. Rufo no solo se salvó, también movilizó a sus partidarios entre los plebeyos asegurando que el Senado atentaba contra los derechos del pueblo. Estos empezaron a causar disturbios, y a ellos se unieron muchos partidarios de Mario. La ciudad se sumió en el caos.

Jamás en mi corta vida había sentido tanto miedo. Al igual que muchos otros, nos encerramos en casa y bloqueamos las puertas con todo lo que teníamos a mano. Se oían las voces de hombres rabiosos recorrer las calles clamando venganza. Era como si todas las tensiones acumuladas en la ciudad malhumorada se hubieran desatado. Oíamos peleas, gritos desesperados, llamadas a la calma, acusaciones cruzadas. Luego llegaba el silencio. Y después volvíamos a oír a la gente correr. Los cascos de un caballo sobre el empedrado. Más gritos. Luego otra vez la calma. Recuerdo a mi madre gimoteando en una esquina. Y Agatón intentaba calmarme hablando del origen y la esencia de las cosas. Hubo momentos en los que consiguió distraerme. He vivido mucho, y puedo asegurar que no hay nada más terrorífico que una turba rabiosa. Poco o nada sabíamos sobre lo que estaba pasando. Solo el tiempo me daría respuestas.

En los disturbios hubo grandes destrozos y murió mucha gente, entre ellos el yerno del mismísimo Sila. El Senado, acorralado, aceptó conceder al viejo zorro el mando de las tropas que debían luchar en Asia y el mando supremo de la campaña contra Mitrídates del Ponto. Los tribunos y legados de Cayo Mario partieron de inmediato hacia Brundisium con la intención de reclamar el mando de las legiones para su general. Pero Sila, informado de lo que estaba ocurriendo en Roma, advirtió a sus veteranos de que Mario no solo pretendía sustituirle en la campaña, sino que también pensaba en licenciarles y reclutar a sus leales. Los legionarios protestaron indignados, no solo porque amaran a su general, pues los había llevado de victoria en victoria contra los itálicos, sino también porque, si eran licenciados, no podrían enriquecerse en la lucrativa campaña asiática que se avecinaba. Los emisarios de Mario fueron recibidos a pedradas y linchados. En respuesta, muchos amigos y partidarios de Sila fueron asesinados en las calles de la ciudad. Y, por primera vez en la historia de la República, un general romano ordenaba a sus tropas marchar contra la propia Roma. Era un sacrilegio y un peligro precedente.

Contra las seis legiones de Sila, todo lo que Mario podía ofrecer era una turba airada. Así que, consciente de lo inútil que resultaría cualquier intento de defensa, Mario huyó a África al amparo de la noche. Una vez dueño de la ciudad, Sila ordenó la ejecución de Rufo y de sus más estrechos colaboradores. Sus cabezas, ensartadas en estacas, decoraron el foro hasta descomponerse.

Sila hizo lo posible por convencer a los romanos de que su única intención había sido la de restablecer el orden, que no había nada de personal en sus actos, que había sido por el bien de la República. Para probarlo, hizo que se convocaran elecciones. El pueblo decidió castigarle con sus votos. Los candidatos al consulado más cercanos a Sila fueron rechazados en las votaciones y, en su lugar, los comicios dieron como vencedores a hombres que, precisamente, hacían gala de ser sus adversarios: Lucio Cornelio Cinna y Cneo Octavio. Sila aceptó el resultado de las votaciones, no sin antes hacer jurar a Cinna y a Octavio que respetarían su mando en la nueva guerra. Así lo hicieron, y el usurpador partió con sus legiones a la guerra de Asia, a enfrentarse con Mitridates.

En pocos días todo volvió a la malhumorada normalidad. Y en la lavandería volvimos a tener muchísimo trabajo. Yo cumplía entonces los quince años. Las charlas un tanto etéreas que hasta entonces había tenido con Agatón, destinadas a fomentar mi duda y a destrozar todo prejuicio, pasaron a algo más concreto.

—Solo existe una ciencia que puede darnos respuestas sin error: las matemáticas.

—Pero siempre has dicho que la certeza es imposible...

—Y lo es. Al menos, en todo lo que concierne al alma. Pero las matemáticas son el lenguaje de los dioses. Son la verdad y la belleza supremas. Y, como toda verdad, son frías e incontestables. Nadie, en ningún lugar del mundo, salvo un necio, podrá decirte jamás que uno y uno sumen más o menos que dos. Aunque nadie haya visto jamás un uno o un dos paseando por la calle. A través de las matemáticas dejamos atrás el mundo incierto y voluble de los sentidos para adentrarnos en un universo abstracto de certezas en el que no hay límite alguno. El gran Aristocles, del que ya te he hablado alguna vez, tenía un cartel a la entrada de la Academia, en Atenas. ¿Sabes lo que decía ese cartel?

—No.

—«No entre aquí quien no sepa geometría». Ahora que ya no tienes certeza alguna, conviene acudir a la base de todo. Coge tu tablilla y dibuja un cuadrado.

—¿Cómo acabaste siendo esclavo, Agatón? —No es que no estuviese prestando atención, pero, hasta ese momento, jamás me lo había planteado—. ¿Fuiste libre alguna vez?

—Digamos que la esclavitud y la libertad son simples estados mentales. Ni el hombre libre es totalmente libre ni el esclavo es totalmente esclavo.

—No me has contestado, Agatón. ¿Cómo acabaste siendo esclavo?

—Me vendí a mí mismo.

—¿Qué? ¿Quién haría tal cosa? —Me entró la risa. No lo pude evitar. Un hombre sabio acudiendo a un mercado de esclavos para venderse. La idea me resultó retorcida y extremadamente cómica.

—Es una historia larga, pero creo que podré resumirla. En Atenas yo tenía un gran amigo llamado Hermócrates. Él se dedicó al comercio y yo a cultivar la filosofía. Hermócrates tenía una adorable familia; tres hijas a las que enseñé los rudimentos del saber, y una preciosa esposa. Por razones que no vienen al caso, mi amigo acabó endeudándose y no pudo pagar sus deudas. Los

acreedores le quitaron todo lo que tenía, vendieron sus bienes en subasta y, al no haber suficiente para cubrir la deuda, él y su familia fueron apresados para ser vendidos como esclavos. Acudí al mercado el mismo día y me puse a la venta. Con el dinero que cobré por mi libertad pagué las deudas de mi amigo. Y ahora, muchacho, dibuja un cuadrado.

5

¿Quién no ha sentido el aguijonazo del amor a los quince años? Si con aquella edad toda muchacha se me antojaba apetecible, había una en particular que sobresalía entre todas. Se llamaba Pescennia, pero nosotros la llamábamos Venus. Su padre era carnicero y veterano de las legiones de Lucio Cornelio Sila. Todos le teníamos miedo, siempre cubierto de sangre, siempre malhumorado, con el cuerpo plagado de cicatrices. Pescennia tenía nuestra edad y solía pasar por delante de la lavandería todas las mañanas cargando con un cántaro de camino a la fuente. Tenía la mirada melancólica, una cara preciosa, los ojos negros como el plumaje de un cuervo y unos pechos gigantes que rebotaban cuando aceleraba el paso. El cuerpo femenino era para mí un misterio, y la razón por la que al verla se me erizaba el vello, y lo que no era el vello también. Su madre era cliente habitual de la lavandería, y cuando venía a recoger la ropa, Pescennia la acompañaba para ayudarla. Yo, como es natural, me quedaba embobado contemplándola. Y por las noches me masturbaba pensando en ella, como todos mis amigos. Cuántas veces pensé en dirigirle la palabra y cuántas veces sentí que sería incapaz de hacerlo... El día que me decidí a intentarlo fue el último que madre e hija pasaron por allí. Mientras mi madre hablaba con la suya y le entregaba la ropa, hice acopio de valor y hablé.

—Hola, Pescennia. —Noté cierto temblor en la garganta y la inmediata necesidad de salir corriendo en dirección opuesta. Pero mantuve la posición como un valiente legionario. Sus ojos me taladraron. No dije nada. Tenía que pensar rápido—. ¿Sabías que la suma de los tres ángulos internos de cualquier triángulo siempre suman ciento ochenta grados? —Nada más decir eso, me dio la sensación de que la tierra misma se abría bajo mis pies.

—¿Y tú sabías que los griegos dan por el culo a sus alumnos, imbécil?

Retrocedí acobardado y horrorizado. Ella ni se inmutó. Simplemente volvió a adoptar su expresión melancólica. En un instante la mismísima Venus se había convertido en la terrible Gorgona. Pero no fue esa la razón de que madre e hija no volviesen a pisar la lavandería.

—Lo siento, Caria, de verdad que lo siento —decía la madre de Pescennia—, pero mi marido dice que no piensa seguir dando dinero a ningún partidario de Mario. Además, Próculo ofrece lo mismo por mucho menos.

—¿Pero quién es aquí partidario de Mario? ¿Y, de todos modos, qué importa eso? —decía mi madre, temerosa de perder un buen cliente.

—Todo el mundo sabe que tu hijo estuvo haciendo campaña por Quinto Sertorio las elecciones pasadas.

—Son cosas de chiquillos, mujer.

—Sea como sea, Próculo...

—¿Y cuánto te cobra él? Yo lo haré por la misma cantidad y sabes que lo haré mejor. ¿Cuándo has tenido alguna queja?

—Jamás, Caria. Y créeme que lo lamento. Pero no insistas. Mi marido ya ha tomado la decisión.

La madre de Pescennia fue la primera de muchas. El Gordo empezó a ofrecer sus servicios a precios inferiores a los nuestros. Cuando mi padre los bajaba para llegar a su nivel, Próculo los reducía de nuevo. Llegó un momento en que mi padre tomó la decisión de no seguirle el juego, y este, habiendo ganado una primera batalla, buscó una nueva estrategia. Empezó a pagar más por la orina, privándonos así del componente básico para nuestra actividad. Una vez causado el daño, se volvió más agresivo, al ofrecerles a todos nuestros clientes los primeros lavados sin coste alguno. Bien es cierto que había alguna gente que desconfiaba de el Gordo como para permitirnos llevar una modesta existencia. Aun así, los ahorros de una vida de trabajo poco a poco se fueron esfumando. Para colmo de males, el precio del trigo no hacía más que subir.

Volvió a respirarse inestabilidad en Roma. Si los dos cónsules habían jurado solemnemente no inmiscuirse en la campaña asiática de Sila, uno de ellos, Cinna, no tenía ninguna intención de cumplir su promesa y mucho menos de ser una marioneta del patricio que había cometido el sacrilegio de marchar con sus tropas sobre la sagrada ciudad. El cónsul llegó hasta el extremo de llamar a los senadores «esclavos del tirano», y no tardó en recibir amenazas de muerte por parte de las más insignes familias. La tensión en la curia se tornó irrespirable y el cónsul Cinna decidió abandonar la ciudad no sin antes jurar que volvería. Con él partieron decenas de hombres, entre ellos los hijos de Cayo Mario y, por supuesto, el gran Quinto Sertorio. Pronto llegaron a Roma inquietantes noticias. Harto de un Senado secuestrado y temeroso, Cinna llamó a las armas a los veteranos de Mario. Estos, dispersos por toda Italia, dejaron las tierras que gracias al viejo zorro les habían sido entregadas como pago por su leal servicio, y acudieron a millares. Roma volvió a ser pasto de los disturbios. La siempre inestable marea de la política volvía a cambiar y, con ella, Cayo Mario regresó de su exilio en África para hacerse cargo de la situación con una sola idea en la mente: vengarse.

El cónsul Cneo Octavio, asediado por las tropas de Sertorio y Cinna en Roma, intentó resistir. Quinto Sertorio sabía perfectamente cuál era el talón de Aquiles de la ciudad y, tendiendo puentes sobre el Tíber, interrumpió el tráfico fluvial que unía Ostia con Roma, el cordón umbilical con el que la urbe se nutría de trigo. El hambre recorrió las calles y, con ella, los disturbios se recrudecieron. La plebe culpaba al Senado de sus males. Cayo Mario, impaciente por entrar en Roma y por enviar un implacable mensaje a sus enemigos políticos, decidió ocupar la ciudad de Ostia y entregarla a la destrucción, al saqueo y al pillaje a manos de hombres que él mismo había reclutado: dos legiones compuestas de esclavos, forajidos y bandidos. De nada sirvieron las protestas de Sertorio y Cinna ante tamaño abuso. El viejo hizo caso omiso. Al final, Cneo Octavio

no tuvo más remedio que abrir las puertas de la urbe. Cinna juró respetar su vida, pero el viejo zorro tenía otros planes.

Una vez dueño y señor de Roma, Cayo Mario ordenó ejecutar al cónsul Cneo Octavio. Después, a quienes habían apoyado abiertamente a Sila. Luego, a quienes, manteniéndose neutrales, no se habían opuesto al patricio. Más tarde, a los que no habían mostrado el suficiente entusiasmo por su vuelta. El ejército de esclavos rabiosos del viejo recorría las calles ajusticiando sin miramiento a cualquiera mínimamente sospechoso de haber simpatizado con los enemigos de su comandante. Las calles se convirtieron en un matadero. Entraban en las casas, las saqueaban, mataban a sus moradores —en muchos casos, sus antiguos amos— y los dejaban tirados en la calle como alimento para los perros, los gatos, las ratas y las moscas. Nadie osaba retirar los cuerpos de la calle, menos aún darles digna sepultura, pues sabíamos que quien lo hiciera corría el riesgo de ser considerado amigo de los silanos. Riachuelos de sangre fluían por las calles. Cientos de cuerpos atascaban las cloacas. El hedor de cadáveres putrefactos quedó suspendido en el aire viciado. Esa fue la suerte que, entre otros, corrieron Pescennia y su familia. Mataron al carnicero, no sin antes obligarle a presenciar cómo una veintena de hombres violaban a su mujer y a su hija para luego darles muerte.

La necesidad de buscar comida nos hizo salir de casa una mañana a mi padre y a mí. Anduvimos con cautela, silenciosos como gatos, escondiéndonos en los quicios de puertas cerradas a cal y canto. La ciudad estaba desierta, no se oía un ruido, íbamos esquivando cuerpos y una leve niebla mortecina les daba a las calles un aspecto aún más siniestro. Al pasar por el barrio de los carniceros, vi el cuerpo verde, desnudo y descompuesto de Pescennia. Las cuencas de sus ojos, vacías, parecían mirarme. Su cara aún lucía un intenso gesto de dolor. Vomité en una esquina. He presenciado cosas terribles en mi vida, pero ninguna ha logrado adherirse con tanta persistencia a mi memoria y a mis sueños. Quizá sea porque el cuerpo de Pescennia, que el día anterior encarnaba para mí el deseo sexual, al siguiente se tornó bruscamente en la pura imagen del horror. Si, como sostenía Agatón, el cuerpo no es más que una cárcel para el alma, espero que el alma de Pescennia haya encontrado la paz.

No sé si es necesario decir que, de un día para otro, Sertorio, conocido partidario de Mario, se había convertido para mí en un villano repugnante. Pero lo cierto es que el sabino también había tenido suficiente con los desmanes de su superior. Una cosa era recuperar Roma de las garras de los secuaces de Sila para restablecer la República, e incluso juzgar y ejecutar a los responsables, y otra muy diferente era sembrar el terror y dar rienda suelta a una masa de exaltados armados que decían ser legionarios. El ejército de esclavos del viejo zorro solía reunirse en el foro para pasar la noche. Allí, dueños de una ciudad que les odiaba, descansaban de sus muchos crímenes, se emborrachaban y hacían recuento de lo expoliado. Precisamente, una noche Sertorio, harto de lo que estaba sucediendo y sin importarle ya la reacción de Cayo Mario, rodeó el foro con sus propios legionarios, hombres leales y curtidos en batalla, y dio la orden de matar a todos aquellos villanos. Dicen que Mario recibió la noticia de la masacre con una carcajada y que incluso le dio las gracias a Sertorio por haberle librado de la carga de tener que pagarles. Así, el sabino, volvió a convertirse en el héroe del pueblo. Y, por supuesto, en el mío. Roma respiró aliviada. Unos días al menos.

Todos luchábamos por volver a una aparente normalidad, había que trabajar y había que comer. Volvió a sentirse el bullicio, el trasiego de una ciudad viva ansiosa por dejar atrás una

terrible pesadilla. Mi madre sonreía a la escasa clientela que nos quedaba y procuraba estrechar lazos amistosos hablando sobre cosas banales. La mujer era consciente de que, al menos en la batalla por la simpatía, Próculo no tenía nada que hacer. Mientras, Agatón y yo hablábamos sobre el etéreo mundo de las ideas y de las almas, e incluso me contó una serie de anécdotas y estratagemas bélicas llevadas a cabo en tiempos remotos por insignes generales griegos. Parte de ese ambiente de normalidad, al menos para mí, fue ver llegar un día a Próculo y ofrecer de nuevo una cantidad irrisoria por la lavandería. Mi padre, por supuesto, se negó. Y dijo que antes prefería ver su negocio consumido por las llamas que vendérselo. Próculo, tan dado a los insultos, se mostró indignado ante la respuesta de mi padre y le llamó maleducado. Fueron días extraños, de tensa calma. En cada conversación se hablaba de un muerto. Creo que todos sospechábamos que aquello no había acabado.

Las sospechas pronto se convirtieron en noticia. La guerra en Asia había concluido. Sila volvía a Italia con sus victoriosas legiones.

Cayo Mario murió al poco tiempo. Nadie lloró su muerte. Aún a día de hoy se dice que el corazón del viejo zorro no soportó conocer la noticia de la vuelta de Sila.

Yo cumplía dieciséis años.

6

Cuando cumplí los diecisiete, Cinna seguía manejando los engranajes del poder en Roma. Derogó las leyes impuestas por Sila que atentaban contra los derechos de miles de ciudadanos y expulsó del Senado a todos aquellos que acumulasen deudas superiores a los dos mil sestercios. Permitió el regreso de los exiliados prometiendo concordia y suspendió el mando de Sila en Asia. Poco a poco cesaron las matanzas y la represión.

El temor que se había apoderado de todos cuando se supo que Sila se encontraba de camino se fue difuminando con los meses al ver que el patricio nunca llegaba. Estaba en Grecia, decían, y enviaba embajadas a Cinna procurando llegar a un fin negociado del conflicto.

Fueron meses tranquilos. Frecuenté el teatro con Agatón, quien, por aquel entonces, empezaba a enseñarme los rudimentos de su lengua, sirviéndose para ello de las obras inmortales de Homero. El pélida Aquiles, el osado Héctor y el ingenioso Odiseo tomaron al asalto mi imaginación con sus gestas irrepetibles. Reí con las comedias de Aristófanes y aprendí de memoria *Prometeo encadenado*.

Sufrí los efectos del vino al lado de Sexto en una serie de mortales borracheras que solían acabar en vómito. Nos íbamos de putas. Mi amigo y yo valoramos muy seriamente la posibilidad de alistarnos en las legiones. Habíamos llegado a la edad mínima para ello, nuestros cuerpos rebosaban energía, nuestras mentes estaban intoxicadas por historias de grandes gestas y, además, teníamos el ejemplo vivo de Quinto Sertorio, quien, en ese momento, ostentaba el cargo de pretor. Además, Cinna estaba reclutando un ejército con vistas a desembarcar en Grecia y acabar con Sila de una vez por todas. ¿No era acaso nuestra oportunidad? ¿Acaso quería seguir viviendo entre ropas y orines durante toda la vida? ¿Quería Sexto acabar de carpintero como su padre viviendo una mísera existencia? No. Viajaríamos a Grecia. Veríamos con nuestros propios ojos la tierra de los indómitos lacedemonios, la luminosa Atenas, Corinto. Lucharíamos por la República. Con suerte, estaríamos a las órdenes de Sertorio en la gloriosa lucha que se avecinaba. Y volveríamos con suficiente botín como para vivir como dioses. Durante días estuvimos contemplando la idea, cada vez con más y más entusiasmo y vino. Brindamos por la victoria. Qué inconscientes éramos.

—Voy a alistarme —dije en cuanto entré a casa.

—Aquí no va alistarse nadie, ¿entendido? —repuso mi padre con cara de enfado.

—Ya tengo diecisiete años, padre. Puedo alistarme si así lo deseo —dije con voz firme. Mi madre empezó a gimotear y a rogarme en voz baja que no lo hiciera—. No pienso permitir que

vuelvan a sucederse las matanzas. Es mi derecho y mi deber como ciudadano romano defender la República.

—¿La República? —preguntó mi padre con desprecio—. ¿Qué República? Tu lugar está aquí, con tu familia.

—Y por mi familia lo hago, padre.

—Hijo mío, mira a tu madre. Piensa un poco. Nunca has visto los horrores de la guerra.

—Pues quizá sea hora de que los vea —repuse altanero y desafiante.

—¿Quieres acabar mutilado? ¿Muerto?

—¿De qué sirve una vida si no hay nada por lo que morir, padre? La República necesita jóvenes bien dispuestos.

—La República engulle jóvenes bien dispuestos y luego los vomita en las calles. —La voz de mi padre estaba teñida de desprecio.

—Hijo mío —dijo mi madre sorbiendo lágrimas—, tu padre siempre se ha mantenido alejado de la política. Siempre. Y gracias a eso seguimos aquí. ¿Y si te alistas y al final Sila entra en Roma? ¿Qué crees que nos ocurrirá?

—¿Y si todo el mundo opinase lo mismo que vosotros, madre? Si nadie lucha por lo que cree el mundo acabará gobernado por tiranos. ¿De qué sirve todo lo que hacemos si no estamos dispuestos a defenderlo? Estoy seguro de que muchos piensan como yo. Derrotaremos a Sila.

—¿Quién va a derrotar a Sila, hijo? ¿Cinna? ¿Los hijos de Mario? Si entre todos son incapaces de ponerse de acuerdo. Dime, ¿quién detendrá a Sila?

—Sertorio —dije con convicción—. Y yo con él.

—Te ruego, hijo, que no lo hagas.

Sé que fui injusto. Pero estaba furioso. Dejé a mi padre con la palabra en la boca y fui a acostarme. Jamás me había enfrentado a él. Pero ahora me parecía que estaba ciego. No pude conciliar el sueño. Estuve oyendo llorar a mi madre toda la noche.

No había amanecido aún cuando salí de casa. A la puerta estaba el viejo Agatón esperándome.

—No intentes convencerme, viejo. Sé lo que debo hacer y lo voy a hacer.

—Al menos dejarás que te acompañe, ¿no?

—Haz lo que quieras. Solo te pido que no hables.

Agatón sonrió e hizo un leve gesto de acatamiento. Pronto me di cuenta del error que había cometido al aceptar que viniese conmigo, pero enviarle de vuelta a casa hubiese dado a entender que mi propósito no era firme. El viejo no hablaba, pero su mera presencia me obligaba a verme a través de sus ojos. Antes de dirigirme al campo de Marte en busca de mi glorioso destino, pasé por casa de Sexto. Sus padres no solo no me dejaron entrar, sino que mi amigo, sencillamente, tampoco tenía intención de salir. Me sentí traicionado. Le llamé cobarde. Miré a Agatón y este, simplemente, se encogió de hombros. El viejo estaba empezando a ponerme muy nervioso.

Por primera vez en mi vida me sentía completamente solo, esa soledad que te atenaza cuando no tienes a nadie a quien acudir y crees estar en posesión de una razón absoluta. Di media vuelta enseguida. Agatón seguía mis pasos y yo me sentía juzgado. El barrio despertaba. Me sorprendió comprobar que muchas personas se afanaban en sus quehaceres diarios con absoluta calma. Si esas gentes no hacían nada, no sería yo quien se quedase inmóvil, me dije. En las legiones encontraría hombres valientes, futuros compañeros y amigos, jóvenes fervientes dispuestos a seguir a comandantes experimentados que nos llevarían a la victoria. Y, cuando todo acabase,

llegaría a mi casa, mi madre me abrazaría, mi padre tendría que darme la razón y Sexto me envidiaría.

El día resultó estar plagado de decepciones. La idea de que el campo de Marte sería a esas alturas un ejemplo de marcialidad, disciplina y entusiasmo se hizo añicos nada más llegar. Todo era un absoluto caos. Los hombres gritaban y discutían. Me dirigí a un legionario de cierta edad: si alguien podía darme respuestas sería, sin duda, un veterano.

—¿Qué ocurre?

—Las tropas que se estaban concentrando en Brundisium para pasar a Grecia se han amotinado.

—¿Cómo puede ser eso? —pregunté indignado.

El legionario rio y respondió con otra pregunta.

—¿De verdad crees, muchacho, que puede haber alguien tan necio como para pretender cruzar el mar y enfrentarse a los veteranos de Sila?

—Pero ese es el plan de Cinna, ¿no es así?

—Precisamente. Y por eso las tropas se han amotinado y le han linchado a él y a sus oficiales. Sinceramente, no les culpo.

—¿El cónsul linchado? ¡Eso es rebeldía!

—Depende. Si sale bien, no lo es. De todos modos, estamos mejor sin Cinna. Era un imbécil.

—Pero ¿ha muerto? —dije sorprendido.

—Te lo acabo de decir. Linchado, junto con sus oficiales.

Volví a casa horrorizado, dispuesto a seguir con la que, hasta entonces, había sido mi vida. Todo el orgullo y convicción que había mostrado horas antes se habían convertido en humildad y duda. Mi padre no mostró emoción alguna al verme, tan solo habló de las tareas que habían surgido durante la mañana.

7

La muerte de Cinna no hizo sino acelerar los acontecimientos. La confusión se convirtió en pánico cuando se supo que, por fin, Sila había desembarcado en Italia. El patricio, al mando de un ejército compuesto por cinco legiones, avanzaba sobre Roma desde Brundisium.

Los días se sucedieron en medio de una terrible tensión y de noticias confusas. Muchas familias abandonaron Roma con todas sus pertenencias. El Senado llamaba a la calma. Cada tarde, Agatón y yo acudíamos al foro. Quería enterarme de lo que estaba sucediendo. Jamás había visto el foro tan rebosante de cabezas. El murmullo de miles de voces flotaba en el aire. Volví a considerar muy seriamente la idea de alistarme cuando oí el rumor de que Sertorio presentaba su candidatura al consulado. Yo estaba convencido de que, bajo su mando, Sila podía ser derrotado. Pero solo fue un rumor. Pronto conocimos los nombres de los cónsules que se enfrentarían a los temidos veteranos del conquistador de Asia.

Semanas más tarde supimos que uno de ellos, Norbano, enviado a detener al usurpador, había sufrido dos derrotas consecutivas a manos de Sila. Se reclutó otro ejército a toda prisa y este fue puesto al mando del otro cónsul, Lucio Cornelio Escipión Asiático. Durante días se me antojó que la ciudad contenía la respiración. Si hasta entonces las noticias habían corrido de boca en boca, mezcladas con rumores cada vez más inquietantes, ahora las gentes callaban. Hasta que una tarde el foro estalló en gritos y abucheos.

—¿Qué ocurre? —le pregunté a un hombre mayor que aparentaba estar más indignado que cualquier otro.

—¿Que qué ocurre? El general Metelo Pío se ha unido a Sila con sus tropas.

—¿Cómo? —dije alarmado.

—Sí, y también un joven ha reclutado tres legiones con su propio dinero, ha provocado una revuelta en el Picneo y se ha declarado a favor de Sila. ¡Un maldito mocoso de nombre Cneo Pompeyo!

—¿El hijo de Pompeyo Estrabón?

—El mismo.

—Pero si tiene poco más de veinte años...

—Efectivamente, y con veinte años ha estado volviendo loco por el sur de Italia al cónsul Escipión Asiático. Y ahora llegan noticias de que las mismas tropas de Escipión se están pasando en masa al enemigo.

—¿Cómo puede ser eso?

—Ya sabes cómo se las gasta el patricio. Durante días ha estado manteniendo conversaciones de paz con Escipión, ganando tiempo y, a la vez, enviando agentes que han recorrido el campamento ofreciendo grandes sumas a los hombres por abandonar a su general. Dicen que Sila le ha enviado un mensaje al Senado dando las gracias por los refuerzos y diciendo que ya no necesita más tropas para tomar Roma. Esto es un desastre. Un desastre. Estamos en manos de incompetentes.

—¿Pero no estaba Sertorio con Escipión? Creía que...

—¿Sertorio? ¡Por supuesto que estaba con él! ¡Y bien que le advirtió sobre las maquinaciones de Sila!

—¿Y dónde está Sertorio ahora?

—Dicen que estaba causando demasiados problemas, que ponía demasiadas objeciones a todo lo que estaba haciendo el Senado y a cómo están planteando la situación. Se lo han quitado de en medio. Le han concedido el gobierno de Hispania Citerior en calidad de procónsul. Salió ayer, y está de camino a ocupar su puesto allí.

—¿Entonces? ¿Quién está al mando?

—¡Otro maldito mocoso! ¡Cayo Mario el joven!

Hispania. Así que el Senado y todos aquellos encargados de organizar una respuesta al desafío de Sila, hartos de escuchar las vehementes protestas y continuas recomendaciones de Sertorio, se habían deshecho de él concediéndole un cargo que le mantuviese alejado. El más capaz de los generales a disposición del legítimo gobierno sobraba. Cualquier resquicio de fe que pudiera haberme quedado en la República se desmoronó de inmediato. Hispania. Me lamenté por Sertorio.

Tan pronto como hubo estallado entre los dioses la cólera y a suscitarse entre ellos la discordia, unos queriendo arrojar de su trono a Crono, con el fin de que reinase Zeus, y otros afanándose en sentido contrario, esto es, en que Zeus no gobernase sobre los dioses, entonces yo que pretendía convencer de lo mejor a los Titanes, a los hijos del Cielo y de la Tierra, no pude. Y menospreciando mis ingeniosas mañas, con su violento talante creían que sin esfuerzo, por la fuerza, se harían los amos.

Y, en mi interior, tuve que darle la razón a mi padre. Para gente humilde como nosotros no había nada que ganar con la política, ni con la guerra. Si Sertorio no había podido hacer nada, ¿qué iba a hacer yo, salvo resignarme? Sí, aceptar mi existencia tal cual era, abandonar toda ensoñación y, sobre todo, no hacer ruido en la vida. Resignarse es aceptar que nada podemos hacer, que hemos sido derrotados. Toda resignación conlleva tristeza. Y, según decía Agatón, la resignación es el camino hacia la madurez, aunque luego añadía que él, precisamente, seguía siendo un niño. Así que, contando diecinueve años, podía saber perfectamente lo que me deparaba la vida.

Eso sí, si alguien tenía el don de la oportunidad, era Sexto. Apareció por casa al anochecer, cuando cerrábamos la lavandería. Traía una bolsa con unas monedas y una amplísima sonrisa en la cara. Saludó a mi madre con cortesía.

—¡Vamos, Cneo! —dijo, instándome a la vez con la mano a salir de casa.

—¿Qué pasa?

Mi amigo se acercó a mí y me cuchicheó al oído.

—Mi padre me ha dado unos ases y me ha dicho que, ya que tu padre no permite que le pague por las clases de Agatón, que te lleve por ahí a beber y a pasarlo bien.

—No estoy de humor.

—¡Precisamente por eso!

—¿Has oído todo lo que está pasando, Sexto?

—Pues sí. Claro que lo he oído. ¿Acaso importa? Hoy es hoy y mañana ya será mañana. Vamos, hombre. Si no me lo gasto contigo, lo tendré que devolver. ¡Vamos!

Sexto consiguió animarme. No habíamos doblado la esquina cuando ya tuve una idea muy clara de adónde me llevaba. Y no era la primera vez, por supuesto.

Fue en uno de aquellos lupanares, regentado por un tal Sosio, donde, por segunda vez en el día, oí la palabra «Hispania». La entrada era estrecha. Aunque había una puerta de madera, esta se encontraba abierta de par en par. Justo al lado de la puerta una tabla de madera exhibía una lista de precios. Masturbación, un as; felación, dos ases; penetración vaginal, tres; penetración anal, cuatro. Yacer con la esposa costaba cinco. Había rebaja por servicios con dos prostitutas a la vez, y suculentos descuentos por grupos. Justo debajo, en rojo, un letrerito decía: «Sosio, un buen ciudadano, paga sus impuestos», y otro prometía «Variedad. Rotación mensual», refiriéndose a que, generalmente, Sosio disponía de alguna novedad relativamente exótica. Como todos los lupanares, olía a pestes y estaba tenuemente iluminado por lámparas de aceite. Se oían los jadeos de los clientes y los gritos de placer, reales o fingidos, de algunas muchachas. Sosio, hombre de mediana edad y delgado como un alfiler, tenía fama de ser honrado.

—Pasad, pasad, nobles patricios.

—No nos tomes por tontos, Sosio —dijo Sexto al ser adulado—. ¿Qué tienes?

—Creo que serán de vuestro agrado. —Y volviéndose hacia el pasillo gritó—: ¡Chicas!

Aparecieron tres, las que debían de estar desocupadas en ese momento. Como era habitual, venían totalmente desnudas. Dos de ellas eran bastante altas, jóvenes, con el cabello del color del oro y los pechos abultados.

—¿Galas? —preguntó Sexto.

—No —dijo Sosio—. Germanas.

La otra era negra como un cuervo, con los labios anchos, la nariz achatada, los pechos pequeños y los pezones puntiagudos.

—Y esta es nubia —aclaró Sosio.

—A esta ya la tenías el mes pasado —protestó Sexto.

—Sí, pero hace unas felaciones excelentes. Tengo clientes que se han encaprichado de ella. —El proxeneta miró al interior, expectante—. Aguardad, aún falta una —dijo al tiempo que entraba en el pasillo dando gritos.

—Si no hay nada mejor, creo que me voy con una de las germanas. Si quieres la compartimos —sugirió mi amigo.

—No. Ya sabes que prefiero ir a mi aire.

—Como quieras.

Sosio emergió del pasillo llevando del brazo a una chiquilla que no debía de superar los dieciséis años. La muchacha parecía resistirse.

—Disculpadme. Esta es hispana. La compré ayer. Acaba de llegar.

—Menudo saco de huesos —espetó Sexto al verla—. Yo me voy con esa —dijo apuntando a una de las germanas.

—Excelente elección. ¿Qué va a ser? Lo digo por el precio.

—Un poco de todo.

—En ese caso, son diez ases.

—¡Oh, vamos!

—Bueno, dejémoslo en ocho.

Sexto desapareció pasillo adelante riendo con su germana, anticipando un buen rato de diversión y placer.

Me quedé observando a la hispana. Supuestamente, Hispania estaba en paz, pero eso no significaba que los gobernadores no buscasen cualquier excusa para enriquecerse y extorsionar a sus habitantes, o inventasen pretextos para organizar expediciones de saqueo a territorios aún no controlados por Roma. No sé si me llamaron más la atención sus suaves facciones o quizá fueran esos labios finos. Tenía la cara surcada de moratones, las muñecas aún mostraban la lucha que debía de haber mantenido con los grilletes, y su cuerpo, aunque delgado, mostraba unas perfectas proporciones. Tenía el pelo de un tono cobrizo, el cuello esbelto, hombros en delicada caída, manos finas, pechos redondos y pequeños, pezones sonrosados, cintura estrecha, ombligo saltón, pubis delicado, piernas firmes. Pero lo que más me atrajo, sin duda alguna, fueron sus ojos, de un azul apagado, que lucían una excitante expresión de leona acorralada, pero en ningún modo vencida o resignada.

—Me quedo con esa —dije apuntándola.

—¿La hispana? —respondió Sosio con cierto aire divertido—. Es un poco terca. Creo que todavía no se ha acostumbrado. Ayer fue un infierno, perdí dos clientes. Pero hoy ya parece estar más calmada.

—¿Es virgen?

—Casi.

—¿Cómo que casi?

—Desde ayer no.

—Eres muy mal vendedor, Sosio.

—Déjate de chácharas. ¿La quieres o no?

—Sí, sí, me la quedo.

—¿Qué va a ser?

—Vaginal.

—Cuatro ases.

Aún tuvo Sosio que guiar a la muchacha hasta su cubículo no sin usar algo la fuerza.

—Y pórtate bien —le dijo el proxeneta antes de correr la cortina y dejarnos solos. Era evidente que la hispana no entendía una palabra.

Al igual que en otros lupanares, la habitación no medía más de tres pasos por tres pasos. Había un rudimentario lecho de madera, un par de lámparas de aceite y una pequeña banquetta. Podía oír a Sexto disfrutando de su germana en la habitación contigua.

La muchacha ni siquiera me miró a la cara. Sencillamente se tumbó boca arriba mirando al techo y se abrió de piernas. No pude tocarla. Algo me decía que, de hacerlo, estaría cometiendo un sacrilegio imperdonable. Tomé la banqueta e, hipnotizado, me senté junto al lecho para contemplarla. Se me antojó estar viendo a la mismísima Venus, o a Ifigenia, la hija de Agamenón, tendida en el altar, a punto de ser sacrificada para mayor gloria de su padre. Era la imagen viva de lo bello, de lo puro. Ifigenia, la de fuerte naturaleza. O quizá Helena, la mujer a la que, como Paris, hubiera raptado, y por la que no me hubiera importado librar una guerra. Probablemente intrigada por el hecho de que no me hubiese abalanzado sobre ella, volvió la cara y me miró. Sus ojos me atravesaron el alma.

—Cneo —dije apuntándome al pecho y sonriendo.

Mi Helena volvió la cara al techo con absoluto desinterés. Seguí observándola asombrado. Y así debí de permanecer un buen rato, porque, de pronto, se descorrió la cortina.

—¿Has acabado ya? —dijo Sosio detrás de mí—. Se me está llenando el lupanar de clientes.

—No, aún no.

—Pues venga. Date prisa.

—Sí. Ya voy.

Allí quedó tendida Helena. En el altar. Dispuesta a ser sacrificada.

8

Dos semanas después Sila derrotaba al joven Mario, que comenzó una desordenada huida hacia el norte. El patricio, el usurpador, de nuevo entraba en Roma. Recibí la noticia con indiferencia. No solo había perdido todo interés en las cuestiones políticas ahora, además, no podía pensar en otra cosa que no fuese mi Helena hispana. Atardecía. Agatón y yo estábamos sentados en la acera a la que daba la lavandería.

—Entonces, muchacho —dijo Agatón en griego—, ¿qué opinión te merece lo que dice Heráclito?

—¿El qué, perdón?

—Concéntrate, Cneo. ¿Dónde tienes la cabeza últimamente?

—Heráclito, sí. Perdón. Sostiene que nada «es» porque todo está en continuo cambio y que, si cambia, no puede «ser», pues algo, para «ser», debe permanecer inmutable.

—Sí. ¿Y qué ejemplo nos da?

—Dice que nadie puede bañarse dos veces en el mismo río porque la naturaleza del río es el agua, y el agua fluye constantemente.

—Sí. ¿Y tú qué opinas?

—¿Yo? ¿Opinar?

—Claro. Tú.

—Pues que los griegos estáis locos.

—Los romanos no lo hacéis nada mal —dijo mi maestro con una sonrisa.

Me gustaba hablar en griego, se había convertido en una especie de código entre Agatón y yo. Además, podían expresarse ideas para las que el latín resultaba insuficiente.

—Entonces ¿qué opinas? —repitió.

—Pues que si es imposible que lo que cambia «sea», porque para «ser» algo debe permanecer inmutable y ser eterno, querría decir que tú y yo no «somos».

—Se puede mirar de esa manera, sí.

—Pues yo digo lo contrario. Digo que para «ser» debes estar en continuo cambio. Tú mismo has dicho alguna vez que el día que deje de aprender será porque estoy muerto.

—Y así es.

—En ese caso la existencia no es otra cosa que el cambio continuo. Se «es» en la medida en que se cambia. Pues dejar de cambiar sería lo mismo que dejar de «ser». Y «no ser» es

claramente imposible.

—¿Y qué hay del «haber sido»? ¿No es eso algo intermedio entre el «ser» y el «no ser»? ¿No se encuentra la virtud siempre en el medio?

—«Haber sido» es lo mismo que «no ser». De nada sirve.

El anciano rio a carcajadas. Pensé que se estaba mofando de mí. Pero reía de satisfacción.

—No voy a decir que tengas razón, muchacho, porque nadie la tiene. Pero, después de cuatro años, empiezas a pensar como un maldito griego. Bienvenido. —Sonreí desganado—. Ahora pasemos a otro tema. ¿Quién es?

—¿Quién es qué?

—La muchacha que te ha hecho perder el interés por las cosas, el apetito, las ganas de pasear, el sueño. ¿Es Ninnia, la hija del pescadero?

—No sé cómo se llama.

—¿La ves pasar por aquí a menudo?

—Solo la he visto una vez. En el lupanar de Sosio.

—¿Una prostituta? —exclamó Agatón sorprendido—. Debe de haber sido toda una experiencia.

—No la toqué. Me limité a contemplarla.

—¡Vaya! Ni que fueras griego.

—Solo pienso en sacarla de allí. Pero no veo el modo. Y sé que, si espero mucho tiempo, Sosio la venderá para suplirla por otra. Las chicas allí no suelen durar más de un mes. He pensado en pedir un préstamo. En raptarla incluso.

—Locuras.

—Lo sé.

—Puedes intentar olvidarte de ella.

—No quiero. Sería como resignarme otra vez. No quiero pasar la vida simplemente aceptándolo todo. Tengo que seguir pensando. Quiero verla de nuevo. Quiero protegerla.

Un grupo de ocho legionarios pasó por delante de nosotros a toda prisa. Un instante después pasó otro grupo, este algo más grande, unas dos docenas de hombres armados.

—Parece que vuelven a amontonarse las nubes sobre Roma —observó Agatón al ver pasar a un tercer grupo—. Esperemos que esta tormenta no sea tan intensa como la anterior. Entremos en casa.

Cerramos las puertas de la lavandería justo cuando otro grupo de legionarios recorría la calle a toda prisa. Mi padre y mi madre tenían la oreja pegada a la puerta principal, la que daba a la vivienda. Se oía una potente voz cargada de marcialidad.

—«... es necesario, por tanto, pueblo de Roma, castigar a todos aquellos que, siendo cómplices de los usurpadores, han mantenido cautiva a la República. Cada día serán publicadas listas con los nombres de todos aquellos considerados culpables de traición. Aquel ciudadano que ocultara o en algún modo auxiliara a los culpables será considerado, asimismo, un traidor. Además se os insta, ciudadanos de Roma, a que informéis de cualquier conducta sospechosa. Y se recuerda que toda denuncia será recompensada. Así lo hace saber Lucio Cornelio Sila».

La voz calló. Luego se oyeron pasos a la carrera. Y la misma voz empezó a hablar un par de manzanas más abajo. No se entendía lo que decía, pero, sin duda, era el mismo discurso una y otra vez.

—Bueno —dijo mi padre—, ya hemos pasado por esto. O por algo muy parecido. Tendremos que ser pacientes hasta que todo se calme.

—Habrá que hacer acopio de comida —sugerí.

—Sí. Lo que no sé es con qué dinero —dijo mi padre.

—Podríamos vender al griego —intervino mi madre—. ¿De qué nos sirve?

Me estremecí ante la idea. No osé abrir la boca.

—Sí —decidió mi padre—. Ya lo he pensado.

—Padre, no puede hacer eso.

—¿Ah, no? ¿Por qué no?

—Porque es mi amigo.

—Es un esclavo, Cneo. Y es mío. Y mi deber es mantener a esta familia con vida. Si para eso tengo que vender un esclavo, lo haré. No por gusto, sino porque debo hacerlo. No sabemos lo que puede durar esta locura. ¿Lo has entendido?

—Sí, padre. Pero debe de haber otra manera.

—Dime cuál.

Dudé. ¿Debía resignarme de nuevo? ¿Aceptar y callar? Mi padre aguardó paciente.

—No lo sé —repuse al fin, agachando la cabeza.

—Señor —intervino Agatón dirigiéndose a mi padre—, lo que dices es a la vez justo y conveniente. Soy de poco uso ya en esta familia. El joven amo poco más puede aprender de mí. Después de cinco años sabe leer y escribir, habla griego con fluidez, aunque con un extraño acento rodio que no sé de dónde ha podido sacar —dijo dirigiéndose a mí con una sonrisa—, domina la geometría, la aritmética y el cálculo y conoce a los grandes poetas y filósofos. Algunos de memoria.

—¿Soy un ignorante! —protesté.

—¿Lo ves, señor? Precisamente lo que hubiera dicho el mismísimo Sócrates. Yo ya he colocado los cimientos. Ahora es labor del joven amo seguir construyendo el edificio.

—Muy bien —dijo mi padre—, así que todos de acuerdo. Gracias, Agatón. Mañana iremos al foro a ver qué puedo conseguir por ti. Procura asearte y estar un poco más presentable.

—Sí, señor.

—Esperemos que aún no se haya vuelto todo el mundo loco.

No dormí aquella noche. ¿Quién era Cneo Placidio Mutio el joven? ¿La hoja de un árbol plegada a los caprichos del viento? Tampoco me despedí del viejo cuando los oí partir por la mañana. Él, que podría haber utilizado sus dotes retóricas para convencer a mi padre y quedarse conmigo, había acelerado el fin de la discusión en mi contra. Durante mucho tiempo me sentí dolido con él, traicionado. Tardé años en comprender que, en realidad, el viejo Agatón me había protegido de un enfrentamiento con mi padre y que su decisión era la única razonable, a juzgar por la situación. Jamás volví a verle. Pero siempre me ha acompañado.

Mi padre volvió por la tarde con comida y una bolsa repleta de monedas.

—No he conseguido ni la cuarta parte de lo que pagué por él. Pero al menos tendremos suficiente hasta que las aguas vuelvan a su cauce. —Hizo una pausa—. La situación es peor de lo que creía. Han empezado a detener a senadores y caballeros. A los más ricos. Muchos de ellos sin aparente conexión ni con Cinna ni con Mario. Corre el rumor de que Sila no tiene con qué recompensar a sus hombres y está recurriendo a la ejecución y a la confiscación de los bienes de cualquiera que sea denunciado.

Mi madre se lamentaba. Yo no podía dejar de mirar la bolsa con monedas que había sobre la mesa. Así como un hermoso edificio devorado por las llamas acaba convirtiéndose en un montón de cenizas, allí, sobre la mesa de la lavandería, iluminadas por la tenue llama de una lámpara de aceite, quedó una bolsa con monedas que a mí se me antojaron ser las cenizas de mi maestro.

—Pero creo que podemos estar tranquilos. Aunque solo sea porque, para actuar, los soldados al menos necesitan órdenes. Acostaos —sentenció mi padre.

La noche fue larga. Me temblaba todo el cuerpo. En cuanto oí que mi madre dejaba de sollozar y que mi padre roncaba, me deslicé sigiloso hasta la lavandería. Allí, sobre la mesa, seguía la bolsa con monedas. No lo pensé. Abrí la bolsa y miré dentro. Volví a cerrarla y salí por la puerta de atrás. Sentí que el corazón me latía con fuerza en las sienes. Cerré con sigilo y eché a correr. Las calles estaban vacías, bajé por el barrio de los carniceros, torcí una esquina, seguí corriendo hasta que llegué al barrio donde estaba el lupanar de Sosio. Llegué jadeando. Había por lo menos una docena de legionarios aguardando su turno.

—¡Mi joven amigo! —Sosio pareció encantado de verme—. ¿De nuevo por aquí?

—¿Cuánto quieres por la hispana?

—¡Vaya! ¡Qué ímpetu! No lo sé, pensaba venderla en estos días. Pero no sé cuánto pedir por ella. ¿Tienes dinero? —le enseñé la bolsa—. Además, hoy es día de mucho trabajo, estos nobles legionarios que han tenido a bien liberarnos de las garras de los usurpadores necesitan distraerse.

—Déjate de charlas, Sosio. ¿Cuánto quieres?

—¡Vaya! El mocoso se ha enamorado —dijo uno de los legionarios. Tres o cuatro se echaron a reír—. Mucho dinero traes ahí, muchacho.

—Sí, mi padre acaba de cobrar una suculenta recompensa por denunciar a un cerdo partidario de Mario. Un curtidor. Malditos usurpadores. —Y escupí al suelo con desprecio.

—¡Ese es el espíritu, muchacho! —dijo el legionario.

—¿Cuánto quieres, Sosio?

—La muchacha está trabajando.

Un grito masculino surgió del pasillo, luego dos bofetadas y un grito de mujer. Emergió un legionario. Sangraba por la boca.

—¡Sosio, maldito cabrón! ¡Esa perra me ha mordido el labio!

Varios legionarios rieron.

—El valeroso Galerio, derrotado por una gatita hispana —dijo uno de ellos, y el resto coreó la gracia.

—¡Oh! Lo siento, señor. Lo siento. —Sosio prácticamente se arrastró ante el legionario.

—Quiero otra —dijo.

—Por supuesto, señor, por supuesto. Y esta vez será cortesía de Sosio.

—Más te vale, maldito idiota.

—¿Cuánto quieres por la hispana, Sosio? —insistí.

—Por cincuenta denarios es tuya y te la llevas ya.

—¿Cincuenta denarios? —dijo el legionario que parecía meterse en todo—. ¿Por esa piltrafa? ¡Vamos, Sosio! ¡No seas usurero y no te aproveches del chaval!

—Te doy treinta —dije.

—Con treinta no me da para comprar otra de la misma calidad.

—¿De qué calidad estás hablando? —volvió a interrumpir el legionario.

—Te doy treinta y cinco —insistí.

—No. No. De ninguna manera. Te la dejo en cuarenta y ya me parece barato.

—Adiós, Sosio. Quédate con tu hispana y a ver lo que tardas en tener algún problema por su culpa. —Di media vuelta.

—¡Vaya, el chaval tiene cojones! —volvió a interrumpir el legionario.

—Espera —habló Sosio—. Treinta y cinco. Hecho.

Conté monedas y se las entregué. La bolsa quedó muy ligera. El proxeneta parecía satisfecho con el trato. Entró por el pasillo y al rato salía con mi Helena, aferrándola fuertemente del brazo. Estaba mucho más delgada que dos semanas atrás y presentaba nuevos moratones. Sosio le entregó una áspera túnica y le dijo que la acababa de vender. Ella, por supuesto no entendía nada.

—No pareces haber hecho buena compra, muchacho —dijo el gracioso.

Salí del lupanar con ella. Yo también la agarraba del brazo, pero procurando ser delicado. Miró a derecha e izquierda como si quisiera huir. La solté.

—Cneo —dije con suavidad apuntándome al pecho—. Puedes confiar en mí.

De repente la hispana echó a correr. La perseguí. No llegó muy lejos, débil y agotada como estaba, tropezó con uno de los adoquines y cayó al suelo. Me arrodillé junto a ella. La pobre muchacha lloraba impotente. Le acaricié el pelo.

—Tú y yo —dije apuntándonos—, a Hispania. —Ni siquiera lo pensé.

—Hispania —repitió ella con un extraño acento.

—Sí. Hispania. Tú y yo.

II

Vagabundos

9

Abandonar Roma no nos resultó difícil. A aquellas horas la gente respetable dormía, pero las calles se veían inundadas de carreteros que iban y venían, salían y entraban en la ciudad para abastecer unos comercios atenazados por la escasez. Por alguna razón me sentía como un fugitivo y, aunque es probable que no hubiera sido necesario, le ofrecí unos ases a uno de esos carreteros para que me dejase tirar de su carreta hasta haber sobrepasado los muros de la ciudad. Junto a mí caminaba Helena, y un par de pasos por delante el carretero. Habiendo atravesado las murallas, pregunté por el camino al puerto de Ostia. No hablaré de la terrible sensación de desasosiego que se apoderó de mí al dejar atrás las murallas de Roma por primera vez, pero sí diré que sentí un terrible mareo y que vomité. Mi pequeño mundo de repente se hizo inabarcable y, por un instante, la hostilidad, la locura que se respiraba en la ciudad, se me antojó preferible a vivir en un mundo totalmente ajeno. Pero seguí adelante. Por supuesto, la mera presencia de Helena me daba fuerzas. Aunque solo fuese por el hecho de que, ante ella, sentía la necesidad de mostrarme valiente y decidido. Al principio, caminando solos hacia Ostia se mostró retraída, me seguía como un perro puede seguir a su amo.

Una vez en el puerto, rodeados de gente, debió de sentir la necesidad de aferrarse a mi brazo, como el náufrago se aferra a una tabla de madera en medio de una tempestad, no por amor a la tabla, sino por miedo a perderla y a tener que luchar de nuevo contra las olas. No sé si percibió el escalofrío que me recorrió el cuerpo al sentirla piel con piel. Nos miramos y ahogué el impulso de besarla repitiendo nuestro destino: Hispania. Me miró con ojos de agradecimiento.

Esta vez, y también probablemente de forma innecesaria, me hice pasar por el hijo de un comerciante griego para embarcar, por unas monedas, rumbo a Emporió, Hispania. Y decidí que, si Helena no hablaba latín, sería yo quien aprendería su lengua.

Así, durante los siete días de travesía, no nos separamos el uno del otro. Conocí su nombre: Veleda, aunque yo seguí llamándola Helena, algo que ella aceptó con resignación y un leve encogimiento de hombros. Luego aprendí algunas palabras de su extraño idioma: «hola y adiós, sí y no, tú y yo, caliente, frío, mojado, ayer, mañana...», así como frases sencillas. Su primera risa surgió, diáfana, cristalina y luminosa, cuando dije algo que, debido a mi acento, significaba seguramente otra cosa. Riéndose dijo mi nombre y, de nuevo, la frase para que yo la repitiera. Fue como recibir un puñetazo de amor. Yo, un insignificante gusano, había hecho reír a una diosa atormentada. ¿Qué mayor premio podía haber? Cuántos remordimientos huyeron de mi conciencia

al ser asaltados por aquella risa celeste aunque solo fuera por un instante... El rostro de mi Helena sí podía ser más bello. Ella repitió su frase de nuevo.

—Te amo —dije en latín—. Te amaré siempre.

Sé que no lo entendió porque volvió a repetir su frase un poquito más despacio, sílaba a sílaba, a la vez que gesticulaba con las manos. Tampoco yo hubiese querido que me entendiera. Y volvió a reír cuando intenté decir la frase de nuevo.

A veces, cuando he contado esta historia, o partes de ella, me han preguntado cuál fue la primera sensación que tuve al divisar Hispania. Siempre me ha sido difícil responder y siempre siento la necesidad de cerrar los ojos para recordar, para que nada de lo que tenga delante pueda influir en el que, probablemente, sea el recuerdo más nítido y a la vez confuso de mi vida. Nítido porque, si efectivamente cierro los ojos, aún puedo sentir el mareo acumulado tras siete días de travesía. Porque aún puedo ver los delfines surgiendo de un mar en calma, saltando felices una y otra vez como si, de alguna manera, fuera el mismísimo Neptuno quien guiaba la embarcación hacia una costa recién divisada, indefinida, recortada contra el horizonte, brumosa. Aún puedo oír los estruendosos chillidos de las gaviotas y los gritos de los marineros. Puedo oler el mar, la madera y la resina. Sentir el sabor a sal en la comisura de los labios. El tacto firme y rasposo de la proa. Y el contagio de felicidad cuando Helena se dirigió a mí y sonrió agradecida. Confuso porque, así como a ratos mis ensoñaciones me llevaban a verme a mí mismo como un Paris o un Ulises surcando los mares de vuelta a su patria, no podía alejar de mi conciencia la pesada losa que me atormentaba. Me había dejado llevar por un impulso, le había robado a mi padre, condenándole así a la pobreza en tiempos difíciles, había abandonado todo lo que conocía, las calles estrechas y tortuosas privadas de horizonte, los olores pútridos, los gritos y empujones en mercados atestados, los amigos, todo lo que constituía mi hogar y mi vida. El pez había salido de su elemento y le costaba respirar. «La libertad es un salto al vacío —solía decir Agatón—, un breve espacio de tiempo en el que el hombre, harto de sus antiguas cadenas, busca otras nuevas».

Cuando por fin desembarcamos, la tierra parecía moverse bajo nuestros pies. Tardamos un buen rato en acostumbrarnos, aquello también pareció divertir a Helena, que dijo algo en su lengua. Parecía feliz. Eso sí, yo no entendí ni una palabra. El puerto de Emporión, considerablemente más pequeño que el de Ostia, se mostraba igual de caótico, la misma cantidad de caos, pensé, solo que en un espacio mucho más reducido. Teníamos hambre, así que pregunté por el foro y un marino con cara de asco señaló con el dedo la dirección que debíamos seguir. Dejamos atrás el barullo portuario de la que llamaban «la nueva ciudad griega» para adentrarnos en la ciudad romana.

Emporión me sorprendió. Era una ciudad diminuta; bien es cierto que cualquier ciudad, comparada con Roma, me hubiera parecido pequeña. Era ordenada, las calles eran rectas, perfectas, no había bloques de ínsulas infectas y la gente parecía tener menos prisa para todo. Hacía un día espléndido. El foro estaba repleto de pequeños tenderetes que rebosaban legumbres, ajos, cebollas, puerros, trigo, queso...; había puestos de pescado, de telas, de cerámica, otros vendían vino o cerveza. Hombres y mujeres gritaban a los cuatro vientos las bondades de sus mercancías en al menos cuatro o cinco lenguas diferentes. Mi alma se sentía ligera, parte casi del aire mismo, aunque, para mi desgracia, tan ligera o más que mi alma se encontraba ya mi bolsa, las cenizas de Agatón. Compramos algo de fruta y carne seca, también un poco de pan y nos sentamos en una esquina del foro a comer. ¿Era eso la felicidad?

Oí el tintineo de una moneda delante de mí, recién caída sobre los adoquines. Era un as. Miré a Helena, me miré a mí mismo. Parecíamos auténticos pordioseros y, seguramente, olíamos a pocilga. Quienquiera que hubiese dejado caer la moneda seguramente pensaba, y con razón, que estábamos mendigando. «¿Y ahora qué?», me pregunté a mí mismo.

—Tú —dije dirigiéndome a Helena en su lengua—. Hispania. ¿Dónde? —Me miró sin comprender—. Yo, Cneo, Roma. Tú, Hispania. ¿Dónde?

—Kolouniokou.

Casi me atraganto al intentar repetirlo. Me alcé y extendí la mano para invitarla también a que se levantase.

—Tú y yo. ¿Ir? Kolou, Kolou —dije en su lengua.

Helena rio de nuevo.

—Kolouniokou. —Mi diosa asintió repetidamente.

Helena gesticuló mientras decía la palabra «lejos» varias veces.

—En ese caso —dije en latín—, tendremos que ponernos en marcha cuanto antes.

El poco dinero que me quedaba lo gasté en comprar más comida y un zurrón. No sé por qué, pero, en aquellos momentos, tenía la sensación de que Hispania podía recorrerse en un par de días. Creo que mi mente dedujo que, si el mar era infinito, tal como afirmaba Agatón, y habíamos tardado siete días en atravesarlo, Hispania, al no serlo, debía de ser mucho más pequeña. El tiempo me demostraría que la tierra de Helena era inmensa no solo en extensión, también en gentes.

Atardecía. Antes de abandonar la ciudad llamó mi atención un papiro escrito en latín y en griego clavado a la puerta de un templo. Mucha gente se detenía a leerlo; deduje que no debía de llevar allí mucho tiempo. Rezaba así:

Habitantes de Emporió: el proscrito y usurpador Quinto Sertorio se aproxima a Hispania al mando de un ejército de forajidos y bandidos contrarios al orden de la República. Tanto Quinto Sertorio como aquellos que le siguen han sido declarados fuera de la ley por el legítimo gobierno de Lucio Cornelio Sila y, como tal, habrán de ser perseguidos. Cualquier ciudadano que le preste auxilio será considerado cómplice del proscrito, procediéndose a la confiscación de sus bienes, a su ejecución sumaria y a la venta de sus familiares como esclavos. Cualquier ciudad que le abra sus puertas será considerada asimismo en rebeldía. Valerio Flaco.

No pude evitar dirigirme a un hombre que leía el mensaje a la vez que yo. Era un hombre maduro, bien vestido, de barba cana. Supuse que era griego. Me miró un tanto extrañado cuando me dirigí a él en su lengua, como si no esperase que un pordiosero pudiese hablar.

—Creía que el propretor de Hispania era partidario de Mario, Cinna y los suyos, no de Sila.

—¿Valerio Flaco? Como todos. Ha estado esperando a ver por dónde soplabla el viento para ajustar sus velas. Mientras tanto ha estado esquilmando las provincias.

—¿Y dónde está?

—¿Quién?

—Flaco.

—Con su ejército. Bloqueando los pasos del Pyrenne para evitar que ese tal Sertorio los atraviere.

—Le ruego que me disculpe, pero acabo de llegar a Hispania. ¿Qué son los pasos del Pyrenne?

—El Pyrenne es la cadena montañosa que separa Hispania de las Galias. Sus pasos son estrechos, un puñado de hombres bastarían para detener a un poderosísimo ejército.

—Como en las Termópilas —dije sin pensar.

El griego rio.

—Sí, un estilo a las Termópilas. Solo que en este caso Flaco cuenta con un ejército más numeroso que el de Sertorio, y bien suministrado. Para Flaco es una simple cuestión de esperar hasta que el ejército enemigo se desintegre.

—Entonces, si tan seguro está Flaco, ¿para qué hacer circular proclamas como esta?

—No lo había pensado —dijo extrañado el griego—. Esa es una buena pregunta.

—¿Cuándo la pusieron?

—Creo que hoy, a media mañana.

—¿Y a qué distancia están esos pasos?

—Un día y medio de marcha hacia el norte, quizá dos.

Asentí y sonreí al tiempo. Algo me decía que Valerio Flaco no era rival para Quinto Sertorio, ni con un ejército mayor ni ocupando mejores posiciones.

—¿De dónde eres, muchacho? —La pregunta del griego me cogió por sorpresa.

—De Rodas —afirmé sin inmutarme.

—Se te nota el acento —dijo con una sonrisa—. Buen vino el de Rodas. Al menos no eres romano. Solo los dioses saben cómo ha llegado esa raza de atracadores e insensatos a dominar el mundo.

—Solo Zeus lo sabe.

—¿Y qué hace un hombre educado vistiendo harapos y tan lejos de su hogar?

—Es una larga historia —dije mirando mis sucias ropas. Helena, viendo que la conversación se alargaba, me tomó del brazo. Como si temiese que fuese a olvidarme de ella—. Salí de Rodas hace meses con un cargamento de vino, era el primer viaje que me encomendaba mi padre. Íbamos a desembarcar en Brundisium, donde venderíamos el vino. Justo antes de llegar, nos asaltaron los piratas.

—¿Cilicios?

—Sí, cilicios —afirmé con vehemencia, aunque no sabía muy bien quiénes eran los cilicios.

—Malditos cilicios. Están por todas partes. Mientras los romanos luchan entre ellos, las aguas se infestan de piratas. Cada vez hay más y tienen escondrijos en todas las costas. Es repugnante. ¿Para eso pagamos impuestos? —dijo el griego completamente indignado—. ¿Y cómo has acabado aquí?

—Escapamos. Atracaron cerca de aquí para hacer acopio de agua, en una playa, junto a unas cuevas. Les prometí a dos de los piratas más jóvenes que, si nos ayudaban, mi padre estaría dispuesto a pagar un suculento rescate. Les dije que se presentaran en Rodas dentro de un año y preguntaran por Agatón el rodio, mi padre.

—Menuda historia, muchacho —dijo el griego sorprendido—. Pero ella no es griega.

—No. Es hispana. Me encapriché de ella en el barco. La capturaron hace un mes, y, como mi padre es inmensamente rico, no me importa pagar rescate también por ella. Eso sí, tengo intención de devolverla a su gente.

—Bueno, se nota que los viejos valores no han desaparecido del todo en la juventud. Mi nombre es Nicómaco, encantado de conocerte.

—Yo me llamo Agatón.

Un vigoroso empujón hizo que trastabillara y me empotrarse contra Nicómaco. Helena estuvo a punto de caer al suelo. El romano que soy rápidamente quiso reaccionar como hubiera hecho en cualquier calle de mi ciudad, insultando a quien me había empujado. Mi lengua se detuvo al ver a un soldado con un clavo entre los dientes, un papiro en una mano y un martillo en la otra. Llevaba cota de malla, casco y una espada colgada de un tahalí. Arrancó la proclama de Valerio Flaco, la hizo añicos y lanzó los trozos al suelo. Clavó de cuatro golpes la suya en el lugar donde había estado la anterior, descendió los cuatro escalones del templo y salió en dirección a un caballo. Montó y lo arreó para llevarlo al galope gritándole a la gente que se apartara de su camino.

—Vaya —dijo Nicómaco—, para los romanos cualquiera que no sea de su parecer es un usurpador.

Supe que hacía referencia al texto.

Habitantes de Hispania: los enemigos del pueblo de Roma, liderados por el pérfido Lucio Cornelio Sila, mantienen secuestrada a la República. Las tropas leales a nuestras ancestrales tradiciones se batan en desigual batalla a lo largo y ancho de Italia contra los ejércitos del usurpador y sus secuaces. El mando y la administración de Hispania, confiados por el legítimo gobierno a Quinto Sertorio en calidad de procónsul, han sido disputados por Valerio Flaco en un acto de traición. Las tropas de este han sido derrotadas y el traidor, ejecutado. Dada la delicada situación que se vive en Italia, es intención de Quinto Sertorio establecer una sólida base desde la que seguir disputando la ilegal toma de poder en Roma con vistas a restablecer la República y acabar con el tirano. Es, por tanto, necesario que todo aquel ciudadano romano en edad de portar armas proceda a alistarse en las legiones hispanas a la mayor brevedad. Quinto Sertorio, procónsul para Hispania.

Si los pasos de montaña estaban a tan solo una jornada, si Flaco había sido derrotado y si la forma más rápida de penetrar en Hispania pasaba necesariamente por Emporió, el ejército de Sertorio no tardaría en acampar a las puertas de la ciudad, aunque solo fuese para descansar y reabastecerse. El sabino reclamaba hombres, ciudadanos romanos, jóvenes valientes dispuestos a continuar la lucha contra Sila. Un escalofrío me recorrió el espinazo, una sensación parecida a la que sentía cuando Helena me rozaba.

Durante unos instantes me quedé paralizado por la indecisión. Era mi oportunidad de buscar la gloria en las armas al lado de Sertorio, y el mismísimo destino ponía ante mí tan anhelada posibilidad. También el destino parecía empeñado en apartarme de ese sueño y buscar otro con Helena. Pronto llegó en mi auxilio una de aquellas extrañas historias que contaba Agatón, la del burro con el que un sabio decidió hacer un absurdo experimento. Contaba el viejo griego que el dueño del asno, a la hora de la comida, le había llevado dos montones idénticos de heno, y los había colocado a la misma distancia, uno a la derecha y otro a la izquierda del animal. Este había

estado contemplando ambos montones durante horas, sin ser capaz de decidirse por ninguno de ellos, pues, por supuesto, ambos parecían iguales. Incapaz de decidirse, el burro acabó muriendo de inanición.

10

No. No morí de indecisión aquel día. Opté por uno de los dos montones de heno. Helena y yo abandonamos Emporión siguiendo la calzada que llevaba al sur, a Tarraco, la única que había. No avanzamos mucho. La noche pronto nos dio alcance.

Cualquier persona de ciudad entenderá la impotencia, el desasosiego, la inseguridad, el miedo que puede producir la inmensidad del mundo más allá de unas murallas. La sensación de peligro al sentir que no estás rodeado de gente, que no hay moneda que pueda garantizar tu seguridad o sustento. La inquietante quietud de la noche, los ruidos esporádicos y extraños de alimañas que la imaginación convierte en monstruos. Me opuse a abandonar la calzada, no quería buscar un refugio entre los arbustos para pasar la noche. Mi mente se resistía a perder todo contacto físico con ese trozo de civilización. Ante la insistencia de Helena, que tiraba de mí, acepté apartarme un poco, aunque no tanto como para perder de vista el camino. Helena, en cambio, una vez entre los arbustos, no parecía muy preocupada. Fue ella, de hecho, la que encendió un fuego, yo hubiera sido incapaz. La noche fue cálida, agradable. Ella durmió como besada por Morfeo. Yo no conseguí más que ver cómo se consumía la leña. Me sobresaltaba cada poco con un ruido nuevo, procuré acostumbrarme al aleteo de los murciélagos sobre mi cabeza, al ulular de una lechuza, a las sombras caprichosas del fuego. Y sobre todo me refugié en unos pensamientos avivados por las llamas y el cansancio. Pensé en Roma, ahora tan lejana. Pensé en mis padres, abandonados a su suerte. En Sertorio. En Helena y los suyos. No podía más que imaginarlos como auténticos salvajes, sucios, feos, vistiendo pieles, viviendo en cuevas, comiendo romanos en extraños rituales, sacrificando niños. ¿Y a mí? ¿Cómo me tratarían los salvajes cuando llegara con aquella muchacha? Tuve miedo. Al fin y al cabo, muchas eran las historias que me habían contado de las interminables guerras de Hispania. Del salvajismo de sus habitantes, de mujeres que se mostraban inocentes y complacientes y aguardaban cualquier descuido para degollar al romano con quien dormían. De hombres que se comían los corazones aún palpitantes de sus enemigos abatidos.

Por la mañana un escalofrío despertó a la bella hispana. Estiró sus delicados miembros, cubiertos por la mugre de días de viaje. Y me sonrió.

—Hambre —dijo en su lengua al tiempo que se frotaba la tripa.

Saqué un trozo de pan del zurrón y algo de queso. Me besó en la mejilla y rio. ¿Podría describir la intensidad con que mis venas golpearon mis sienes? ¿El cosquilleo que sentí en la tripa? Helena comió con avidez. Me miraba y sonreía.

—¿Dónde Kolo... Kolo...? —intenté repetir el impronunciable nombre de su pueblo.

—¿Kolouniokou? —completó ella.

—Sí. ¿Dónde?

Helena se encogió de hombros y señaló a occidente.

—Lejos —dijo como única respuesta.

Fue entonces cuando me di cuenta de que ni ella ni yo sabíamos dónde nos encontrábamos realmente y, lo que era peor, tan solo teníamos una vaguísima idea de hacia dónde debíamos dirigirnos. Por lo visto, su única referencia era que, cuando fue capturada, viajó hacia donde nace el sol. «Perfecto», pensé para mí antes de incorporarnos de nuevo a la calzada.

Lejos de estar desierto, el empedrado camino fue cobrando vida. Nosotros nos dirigíamos al sur, hacia una ciudad llamada Tarraco, según rezaban los miliarios. Un destacamento de caballería, que debía de estar compuesto por unos veinte jinetes, nos adelantó a pleno galope. Nos hubieran arrollado de no haber estado atentos, de no habernos apartado. Un rato después nos cruzamos con un hombre que dirigía una carreta tirada por bueyes y que iba en dirección opuesta, rumbo a Emporió.

—¡Buen hombre! —grité para llamar su atención haciendo uso de la más afable de mis sonrisas.

—¡Vete a la mierda! —obtuve por toda respuesta.

Seguimos adelante. Esta vez fue un grupo de legionarios los que nos adelantaron a paso ligero, también rumbo al sur. Parecían incombustibles bajo el sol de Hispania, cargados hasta los topes de impedimenta. El hombre que debía de estar al mando, probablemente un veterano, les gritaba para que apretasen aún más el paso.

Por fin un simple caminante, escuálido y de pelo cano, que descansaba a un lado del camino, se dignó a escucharme.

—Buen hombre, por favor...

—¿Qué se te ofrece, muchacho?

—¿Me podría decir dónde está un lugar llamado Koloun... Koloun...?

—Kolouniokou —intervino Helena.

—Ni idea —dijo el anciano negando con la cabeza.

—Keltiberia —añadió Helena.

—¡Ah! ¿Cluniaco? —dijo sorprendido el anciano. Helena asintió—. Muy lejos, muchacho. Lejísimos. A veinte días, por lo menos. O treinta. Es tierra de celtíberos, salvajes, muchacho, gentes difíciles. Comen niños, ¿sabes? Y defecan en sus casas. Y cuando la casa está llena de mierda, se construyen otra. Al menos desde las campañas del gran Escipión se están más o menos quietos. Yo estuve al servicio de Escipión en Numancia, aquello sí que fue una guerra y no lo que...

—Gracias. Gracias. ¿Me podría decir cómo se llega hasta allí?

—¿Para qué quieres ir? Pareces un buen muchacho. Te sacarán los ojos y te mearán en las cuevas antes de degollarte si osas asomarte por aquellas tierras. En tiempos de Escipión...

—Tengo que ir. Eso es todo.

—¡Ah! ¡Eso sí que eran guerras y no lo de ahora!

—Señor, por favor... ¿Cómo puedo llegar hasta allí?

El anciano pareció molestarse. Debía de tener mucho que contar, pero no me lo contaría a mí.

—Tarraco. Desde allí la calzada sigue la costa hasta Cartago Nova, pero hay una bifurcación que lleva a poniente. A Numancia, en la tierra de los celtíberos. Dejamos la ciudad convertida en un montón de cenizas. ¡Ah! Numancia... Aquello sí que fue un asedio. Escipión trajo elefantes de África, ¿lo sabías?

—¿Cuánto tiempo?

—Tienes seis días de marcha hasta Tarraco, luego hasta Numancia otros quince o dieciséis. Preguntad por allí. He oído que están reconstruyendo la ciudad. ¡Pero no volverán a levantar murallas! ¡Ah, no! ¡Malditos! No hay peor guerra que una guerra en Hispania, muchacho. Los hispanos están locos. ¿Me oyes? ¡Locos!

—Gracias, señor —dije, procurando alejarme lo más rápido posible. Se exaltaba por momentos.

—¡Ah! ¡Cómo luchaban los muy cerdos! —decía el viejo a medida que nos alejábamos—. ¡Aparecían y desaparecían de repente! ¡Se comieron entre ellos! ¿Sabes? ¡Eso era una guerra! ¡Cuántos buenos romanos cayeron, muchacho! ¿Y para qué? ¿Para qué? ¡Sí, señor! ¡Sí, señor! ¡El centurión Galerio Liburnio a sus órdenes, señor! ¡Formación en testudo! ¡Aguantad! ¡Sí, señor! ¡Todos muertos, señor! ¡Juliano, Hosto, Decio! ¡Todos muertos! ¡Buenos romanos! ¡Buenos romanos!

Hispania es inmensa. Más aún cuando no la conoces. Durante días recorrimos la calzada que llevaba de Tarraco a Numancia. Comíamos frutos y raíces que Helena encontraba, conseguíamos comida de algún comerciante amable que seguía nuestra ruta o la opuesta. Vimos más destacamentos de soldados recorrer el camino a toda prisa, ya fuese en un sentido o en otro. Si la Hispania costera resultaba ser una copia casi exacta de Italia, a medida que avanzábamos hacia el interior toda similitud se iba desvaneciendo. El terreno resultaba más árido y agreste, las noches más frías, los días más calurosos. A cada paso, Helena parecía recobrar fuerzas y dicha; yo, en cambio, cada vez me mostraba más temeroso de lo que pudiera encontrarme más allá. ¿Estaría viviendo mis últimos días? Me preguntaba si moriría de una forma horrible a manos de unos bárbaros. Procuraba aliviar el creciente temor hablando con Helena, aprendiendo cada día voces nuevas de su lengua. Cuando la calzada murió bajo mis pies abruptamente y se convirtió en un camino polvoriento, pasé de sentirme protector a protegido. Cada vez con más frecuencia los caminantes y comerciantes que poblaban el camino yendo de un lugar a otro entendían menos el latín o el griego, cada vez con más frecuencia la que llevaba el peso de las conversaciones con los desconocidos era Helena. En su lengua. ¿Sentí el deseo de dar media vuelta? Por supuesto. En cuanto se hacía el silencio entre nosotros. ¿Qué me hacía seguir adelante? Creo que la inercia y el temor de no volver a verla, así como cierto sentido del deber. Me convencí de que la vida sin ella no merecería la pena ser vivida. Más aún después de bañarnos desnudos en un río de aguas gélidas. Diana sorprendida por un humano. Venus emergiendo de la espuma del mar. Jugamos en el agua. Reímos. Nos salpicamos. Nos abrazamos. Cesaron las risas, se enfrentaron los ojos. Y a punto estuvieron de tocarse los labios. Fue lo más cercano que puede haber a la magia.

—No puede ser —dijo Helena en su lengua al tiempo que apartaba la cara y su sonrisa se tornaba seria. Se abrazó a mí con fuerza y dejó que su cabeza reposase sobre mi hombro. No pude más que besarle el pelo y acariciar su espalda.

Cneo Placidio Mutio había traicionado a sus padres, había viajado a Hispania, había abandonado el sueño de unirse a Sertorio y se dirigía a una muerte segura a manos de unos salvajes. Y todo por un «No puede ser» en lengua bárbara.

Decía Aristóteles que el amor es un alma que habita en dos cuerpos. Y, según Agatón, el amor, por naturaleza, debía ser incondicional. A punto estuve de ahogarme cuando me tragué todos mis besos y me comí todo el orgullo. Amaría a Helena siempre. Así se lo había dicho durante la travesía hasta Hispania. Y no sería yo quien rompiera esa palabra. Ocurriese lo que ocurriese.

Atrás quedó la nueva Numancia. Pequeños poblados y granjas moteaban el paisaje, a ratos inabarcable, a ratos quebrado. Fui acostumbrándome a los ruidos de la noche, a los olores de Hispania, a las interminables caminatas, al sol. Dos días de marcha y Helena empezó a reconocer los riscos de su tierra, los meandros, los bosques. A pesar de tener ambos las sandalias deshechas y los pies llenos de ampollas, mi esclava, lejos de detenerse, cada vez andaba más aprisa, cada vez con más ansias de llegar a su hogar, de ver a los suyos. Me instaba a la prisa, tiraba de mí. «Venga», decía en su lengua. Y de repente me di cuenta de que, a lo largo de todo el trayecto, nadie nos había molestado, no había habido salteadores de caminos, ni fieros salvajes acosándonos, dispuestos a comerse mis vísceras. Más bien Hispania parecía la paz misma, la armonía. Pasamos la noche bajo un roble gigantesco. Helena, después de encender el fuego, se abrazó a mí y me besó la mejilla. Me miró a los ojos.

—Mañana veremos Kolouniokou, Cneo —dijo con un poso de tristeza—. Gracias —susurró al tiempo que se apuntaba al corazón.

El fuego fue muriendo ante mis ojos. La noche resultó ser fría. Fui quedándome dormido al compás de la sosegada respiración de Helena. Acariciándole el brazo.

Me despertó una patada acompañada de risas. Helena, a mi lado, se sobresaltó. Fue incapaz de sofocar un grito al ver ante nosotros a cinco hombres. Tras ellos, otros tantos caballos pastaban tranquilamente. Quise erguirme. La planta del pie de uno de aquellos hombres sobre mi pecho me lo impidió. Rieron de nuevo. Cuatro de ellos vestían manto negro con capucha bajo la cual se adivinaba una ligera túnica blanca. Todos portaban espada suspendida de un tahalí y lanza. El quinto vestía también con el manto negro, pero bajo este llevaba cota de malla. No portaba lanza, pero sí una espada riquísimamente decorada con extrañas formas laberínticas en oro y plata. Este, que parecía ser el joven jefe de aquellos bárbaros, me habló en su lengua. No parecía tener ojos para Helena.

—¿Quién eres?

—Yo viaja Kolouniokou —debí de decir, más o menos.

—¡Un romano! —dijo el joven caudillo con aire divertido a sus acompañantes. Debió de deducirlo por mi acento.

—No. No. Griego —aseguré.

Todos rieron.

—Solo sois valientes cuando venís todos juntos —dijo en latín—. Deberían haberte dicho que los romanos no sois bienvenidos a este lado del bosque.

—No soy romano, señor. Lo juro —procuré que mi latín sonara con acento griego.

—Cobardes y mentirosos. Claro que lo eres. Y aunque no lo fueses, lo pareces. Por mucho que lleves encima una costra de mierda. Creo que nos vamos a divertir mucho contigo. —Luego se dirigió a sus hombres—. Cogedle. Atadle a ese árbol.

Ni siquiera me resistí. Estaba aterrado. Paralizado. Me desollarían vivo. Supliqué. El joven caudillo dirigió entonces su mirada hacia Helena.

—¡Belinos! —gritó mi diosa—. ¡Belinos! —repitió jubilosa al tiempo que se incorporaba y echaba a correr hacia él con lágrimas en los ojos.

Los hombres que me aferraban de los brazos se detuvieron al instante. Ella se abalanzó sobre el tal Belinos. Por un momento el bárbaro la miró extrañado.

—¡Soy yo, Belinos! —dijo Helena—. ¡Veleda!

—¡Por todos los dioses, Veleda!

Ambos se fundieron en un apasionado beso.

11

Kolouniokou o Cluniaco, por utilizar su nombre en latín, me sorprendió. Donde esperaba encontrar bárbaros viviendo una vida desordenada y sucia, me encontré calles adoquinadas, casas rectangulares, un par de templos y una imponente muralla. No era Roma, qué duda cabe, tampoco era Emporión, pero, lejos de ser una recua de bandidos, muchos de los habitantes se comportaban como aristócratas, como hombres libres. Los niños corrían felices y no estaban cubiertos de mugre como en Roma. No se respiraba esa antipatía que, según Agatón, definía a los romanos.

Helena no era una pordiosera, ni una granjera cualquiera. Al parecer, era hija y heredera de un rico aristócrata de la zona, prometida al hijo, ocho años mayor que ella, de otro aristócrata: Belinos. Lo cierto es que ante él yo me sentía pequeño. Era algo más alto que yo, pisaba el suelo con firmeza, con seguridad, tenía bellas facciones e inspiraba respeto entre sus iguales e incluso ante hombres mayores que él. No hacía falta ser un genio para ver que Belinos, como yo, estaba perdidamente enamorado de aquella que le había sido arrebatada dos días antes de sus esponsales por una partida de saqueo al mando del entonces gobernador de Hispania: Valerio Flaco. No tardé en saber que Belinos, al enterarse, había jurado dar muerte a todo romano que se cruzase en su camino. «Lo arrasáis todo y a eso lo llamáis paz», me dijo. Hizo una excepción a su juramento: Cneo Placidio Mutio. Al principio el celtíbero se mostró suspicaz conmigo, me trataba con desdén y altanería, con desprecio incluso. Sin embargo aquella actitud no duró mucho, tan solo un día y una noche. Helena debió contarle todo lo ocurrido. Me la imagino diciéndole, entre beso y beso, que ambos le debían mucho a ese joven romano que ahora era su huésped.

Así que, dos días después, lejos de ser desollado vivo, lejos de tener mis ojos arrancados y las cuencas utilizadas como blanco en práctica de tiro para orines, fui agasajado por la población de una ciudad celtíbera. Me dieron ropas cómodas y limpias, sandalias nuevas y un manto negro. La noticia corrió como el viento: un romano había salvado a la bella Veleda de las garras del monstruo que amenazaba con devorarlos. Las gentes me saludaban por las calles. Por supuesto, tales agasajos no le sirvieron de nada a mi alma. Tuve que presenciar, como invitado de honor, los esponsales de Belinos y Helena. Y tuve que mostrar mi más insincera sonrisa a lo largo de los aburridos rituales. Ella, cargada de pesadas ropas y aparatosas joyas, juraba entregarse a él. Y él, vestido con la rica y reluciente panoplia de un gran guerrero, juraba entregarse a ella. Debía de ser una importante unión, pues Cluniaco al completo fue invitado a celebrarla con ellos.

Bebí de todo rodeado de cánticos y risas, y tuve que soportar a más de un celtíbero decir que qué aburridos éramos los romanos. La boda duró desde el mediodía hasta bien entrada la noche. No dejaban que me separase de la feliz pareja. Me palmeaban la espalda. Me besaban en las mejillas.

Lo último que recuerdo es que era de noche, que estábamos sentados alrededor de una gran hoguera. Debíamos de ser unas veinte personas, los más cercanos a la pareja. Me dolía la cabeza, el mundo daba vueltas, la música resultaba molesta, cansina, monótona. No lograba enterarme de nada, aunque, para ser sincero, tampoco lo intentaba. En un momento dado, Belinos se alzó, vino hacia mí, me aferró del brazo y me ayudó a levantarme. Trastabillé, aunque no caí. Muchos rieron. Belinos pidió silencio alzando la mano. El ahora marido de Helena me acercó a la hoguera, desenvainó su bella espada y se hizo un corte en la palma de la mano. Yo casi no podía mantener los ojos abiertos y apenas el equilibrio. El celtíbero aproximó su puño cerrado a las llamas y apretó. La sangre manó de él gota a gota, cayendo sobre el fuego, siseando al contacto. Alzó la voz.

—Yo Belinos, hijo de Belinos, juro amistad eterna a Cneo Placidio Mutio. Mi casa será su casa. Mis tierras, sus tierras. Mis miembros, sus miembros. Sellen los dioses esta promesa.

Acto seguido envainó la espada manchada con su sangre, se retiró el tahalí y me lo colocó sobre los hombros.

—Te ruego, Cneo Placidio Mutio, que aceptes mi regalo y mi amistad.

Sencillamente asentí. De haber intentado decir algo, hubiera vomitado. Y no parecía el mejor momento para aliviar mis maltrechas tripas. Las gentes aplaudieron y Belinos me besó en las mejillas, me abrazó y me llamó «hermano». Ya no recuerdo más. Todo daba vueltas. Debí de desplomarme en aquel mismo instante. Espero que los hispanos pensasen que me había poseído algún dios, no que estaba borracho como una cuba.

Jamás he sufrido una sensación de vacío tan horrorosa como la que sentí al día siguiente. Me desperté con un terrible dolor de cabeza. Era como si tuviese a una compañía de saltimbanquis viviendo en mi cráneo. Un jovencuelo, que debía de haber sido hecho responsable de mi bienestar, me acercó un cuenco con agua en cuanto abrí los ojos. Se lo agradecí.

—Más, por favor —dije en su lengua.

Pero la sensación de vacío no tenía que ver con mi cabeza atormentada ni con mis tripas revueltas, tampoco con mi lengua pastosa. Más bien con el abismo que se había abierto ante mí, pues estaba en medio de ningún sitio y la mujer que había supuesto todo mi mundo durante días era ahora esposa de un hombre que me había jurado amistad eterna. ¿Tenía aquello algún sentido? Debía salir de allí. Quizá incluso volver a Roma. Olvidarme de todo el episodio y arrastrarme delante de mi padre como un gusano dispuesto a soportar una monumental paliza. Y volver a mis orines y a la suciedad de la urbe. A salir por ahí con Sexto, a beber y a irnos de putas. La espada de Belinos al menos valdría algo de dinero.

El muchacho me trajo ropas limpias, las que llevaba puestas estaban asquerosas y pegajosas. Plagadas de tropezones de carne sin digerir. El muchacho parecía encantado de haber sido puesto a mi servicio.

Le pedí al niño que me llevase a ver a Belinos, y me condujo a su casa. De camino para allá, la gente me saludaba. Iba vestido con mi flamante túnica celtíbera, mi *sagum* (pues así se llamaba el manto negro) y mi nueva espada colgada del tahalí. Sin duda podía pasar por un celtíbero más.

El hombre que me había jurado eterna amistad me recibió con un jubiloso abrazo sincero. También él se había despertado hacía no mucho.

—Ha sido una noche larga —dijo en latín con una amplia sonrisa. Apuntó al lecho. El cuerpo desnudo de Helena se revolvía entre pieles curtidas de animal.

—Ya imagino —repose con fingida indiferencia—. Debo partir.

—¿Tan pronto?

—Sí. Debo regresar a Roma.

—Quédate unos días más. Iremos de caza. Seguiremos celebrando. Esta es una bella tierra.

—No. No puedo. Debo regresar.

Helena se levantó del lecho. Por un instante pude ver su cuerpo desnudo, justo el suspiro que tardó en calarse la túnica. Vino hacia mí. Me abrazó y me besó en la mejilla.

—Dice que se va —informó Belinos en su lengua.

—Sí. Es lo mejor. También él debe de tener a alguien esperándolo —dijo Helena. La entendí a la perfección.

Belinos asintió y fue a vestirse.

—Yo... —dije a modo de disculpa.

—Si hubiera sido en otra vida..., en otro tiempo... —dijo en un susurro la celtíbera con tristeza. Habló despacio, con palabras fáciles y gesticulando un poco para que la comprendiese mejor—. Pero todos nos debemos a alguien. Y a algo. Nuestro cuerpo y nuestra alma no siempre nos pertenecen.

Me asombró entenderla tan bien. «Cuando no tenemos nada —pensé para mí—, sí que nos pertenece el alma y el cuerpo».

—¿Tú, a él, amas? —pregunté, como pude, también en un susurro. Tenía que saberlo. Aunque creo que ya conocía la respuesta.

—Desde que era así. —Puso la palma de la mano a la altura de su rodilla.

—Yo... —Tuve que intentarlo de nuevo.

—Quizá en otra vida, Cneo. Quizá —dijo Helena con ternura.

—¡Listo! —interrumpió Belinos.

Abandoné Cluniaco al día siguiente. Cinco de los guerreros de la ciudad me acompañaron hasta el bosque donde habíamos sido «apresados». Observé el roble gigantesco con la nostalgia de aquello que pudo haber sido pero no fue. Me ofrecieron un caballo, que rehusé, pues jamás había montado. Me dieron un hatillo con ropa limpia y sandalias nuevas, comida para varios días y una bolsa con monedas de plata acuñadas en Cluniaco a la manera de los tetradracmas griegos. También me dieron una pequeña plancha de bronce, con la forma de una mano. En ella venía tallada una extraña inscripción. Me dijeron que, si algún día volvía por allí o cualquiera venía en mi nombre, aquella placa me aseguraría trato de amistad. También me dieron un trozo de tela que envolvía algo no muy pesado.

—De Veleda —me dijo uno de los hombres.

Agradecí su compañía y ayuda y emprendí mi camino. Ellos dieron media vuelta y se fueron. Desenvolví el regalo de la celtíbera. Era un pequeño colgante de cobre que representaba dos manos entrelazadas. Llevaba otra inscripción, también en su lengua. Lo besé y me lo puse al

cuello. Sería un caminante, cerca ya de Numancia, quien me dijese lo que significaba. «Mi corazón aquí queda. Mi alma camina contigo».

12

—¡Alto ahí!

Absorto como estaba en mi soledad y en mis pensamientos, no los vi llegar. Aquella orden no iba conmigo.

—¡He dicho alto, maldito salvaje!

Estaba en algún lugar entre Numancia y Tarraco, pisando ya una calzada, recordaba el camino que me había llevado a Cluniaco. No me dio tiempo a decir nada. El escudo del legionario se empotró contra mí. Caí al suelo. Lo último que vi fue el pomo de una espada estrellándose contra mi sien.

No sé el tiempo que pasó. Me despertó un chorro de agua. Maldita cabeza, pensé. ¡Qué intenso dolor! Y esta vez no era fruto de una borrachera. Delante de mí un legionario volvía con un cubo lleno de agua. Sus intenciones eran claras.

—¡Señor! —gritó el legionario—. ¡El bárbaro despierta!

Miré a mi alrededor. Era una pequeña casa abandonada. Probablemente una granja. Aún era de día, la paja que hacía las veces de techo mostraba huecos enormes, fruto de los elementos y del abandono. Una cuerda mantenía inmobilizados mis tobillos. Otra las muñecas. La espada de Belinos había desaparecido junto con mi *sagum* y mi modesto hatillo. Y yo solo pensaba en volver a casa. A Roma. Ya había tenido suficiente vida aventurera. Entró un hombre con atuendo de suboficial.

—Le digo que traman algo, señor —dijo el legionario.

—Menudo lince estás hecho, Balbo. Esta pandilla de hijos de puta siempre está tramando algo.

—Pero esta vez preparan algo gordo, señor.

—Cállate, Balbo. Maldito imbécil.

—Sí, señor. Perdón, señor.

—¿Hablas latín, bárbaro?

—Mejor que tú, gilipollas —dije mortalmente ofendido. Sentí que había metido la pata. Tuve que pensar rápido—. Nombre, rango y unidad —exigí. ¿De dónde saqué la fuerza o la caradura para decir eso? Solo los dioses lo saben. Los dos legionarios se miraron confundidos.

—¿Eres romano? —preguntó el suboficial.

—Pues claro, idiota. —Apreté los dientes al insultarle.

—Señor —interrumpió Balbo—, los hispanos tienen magos poderosos, igual le han embrujado para que hable latín. Seguro que es uno de ellos.

—Balbo —dijo el suboficial esbozando una mueca de hastío—, tu madre no pudo parirte tan tonto. Y solo los dioses saben por qué me castigan con tu presencia.

—Lo he capturado yo, señor. Es mío —protestó Balbo.

—Haz el favor de callarte.

—No me has respondido —insistió—. Nombre, rango y unidad. Si me retenéis, os meteréis en un buen lío.

—¿Ah, sí? —dijo el incrédulo suboficial con una media sonrisa.

—Sí. Tengo órdenes especiales del procónsul Quinto Sertorio. —Noté el escalofrío en sus miembros—. Traigo información importante sobre los celtíberos de más allá de Numancia. Así que soltadme si no queréis acabar con la espalda hecha jirones.

—No te creo —dijo no muy convencido.

—Pues más te vale creerme. El procónsul aguarda mi informe con impaciencia. Tú verás.

—Señor... —susurró Balbo.

—¿Quieres callarte?! —rugió el suboficial—. Así que eres un espía. ¿Es eso? ¿Y cómo es que yo no me he enterado?

—Quizá el hecho de que no te hayas enterado —repuse— debería ser prueba suficiente. Es lo que tienen los espías.

—En eso tiene razón —intervino Balbo. El suboficial calló y escuchó al legionario—. Además, ¿quién no conoce la historia de Quinto Sertorio infiltrándose entre los cimbrios y llevando información valiosísima a Mario antes de la batalla?

—Si me soltáis ahora, además de mi informe, os recomendaré al procónsul y le diré que me habéis sido de gran ayuda en mi misión.

El suboficial dudó un instante.

—Apio Brutio —dijo al fin—, optio. Quinta cohorte, legión II. Balbo, desátalo.

—Sí, señor.

—No es fácil vigilar los caminos tan cerca de los bárbaros —dudó a la hora de dirigirse a mí—, señor. Estamos bajo mucha tensión. Somos pocos...

—No hace falta que te disculpes, Apio. Simplemente cumples con tu deber. Si todo romano hiciese lo mismo la República no se hallaría en tales peligros. De hecho —continué, ya desatado y en pie—, que me hayáis apresado es prueba suficiente de un trabajo bien hecho.

Noté como el pecho de Apio se inflaba.

—Gracias, señor —dijo el optio con humildad—. Y disculpe. Ya digo..., la tensión. Los nervios... Si pudiera pedirle al procónsul que nos relevara... Nos han prohibido que nos acuartelemos en aldeas o ciudades..., llevamos aquí ya más de treinta días, es un territorio peligroso, y...

—Cuenta con ello, Apio —dije palmeándole la espalda—. Cuenta con ello, amigo mío. ¿Qué noticias hay del procónsul?

—Creo que se encuentra en Tarraco.

—Quizá podríamos facilitarle una escolta, señor —sugirió Balbo como para hacerse notar.

—No es necesario —repuse.

—Sí, buena idea, Balbo —aceptó Apio—. Una pequeña escolta. Somos una veintena de hombres, la falta de un par de ellos no se notará.

Me negué con toda la vehemencia de la que fui capaz. Pero Apio insistió tanto que al final me fue imposible rechazar su oferta, aunque solo fuese porque, de seguir negándome, hubiera dado alas a la sospecha. Es probable que el pobre diablo quisiera asegurarse mi recomendación, o puede que aún no se fiase del todo de mi condición de espía. Por ahora me había librado de una paliza o de algo peor. Ya encontraría la forma de escabullirme de la escolta y de abandonar aquel país de locos para volver a Roma. Me devolvieron mi hatillo.

—¿Y la espada que llevaba? ¿Y las monedas? —pregunté.

—¿Qué espada? ¿Qué monedas? —dijo Balbo a toda velocidad. Mentía de la manera más burda—. Yo no he visto ninguna espada.

—Vamos, Balbo. Te la regalaría si fuera mía, pero es un presente de un caudillo de Cluniaco para Sertorio.

—No hay ninguna espada. Y no hay monedas —insistió el legionario.

Una mirada del optio bastó para que Balbo se derrumbase y admitiese haber enterrado su botín cerca de la calzada.

13

Decía Agatón que había que temer más a los tontos que a los malvados, porque, al menos, los malvados descansaban de vez en cuando. Fueron precisamente Apio y Balbo quienes me acompañaron hasta Tarraco. En los ocho días de caminata nunca vi dormir a los dos al tiempo. Imagino que Apio no se fiaba del todo, aunque me siguiese tratando con amabilidad y respeto desmedidos, en ocasiones hasta molestos.

Supe que todo estaba perdido cuando me encontré ante la empalizada del campamento que Sertorio había establecido a una milla de las puertas de Tarraco. Llegaba el otoño y las tropas se preparaban para pasar el invierno.

—Traigo información de la Celtiberia para el procónsul —le dije a uno de los hombres que guardaba la entrada.

—Y regalos —añadió Balbo detrás de mí con una sonrisa bobalicona—. Es espía, ¿sabes? — Apio le administró un codazo.

El legionario me miró de arriba abajo. También a mis acompañantes. Y pidió que aguardásemos. Desapareció a paso ligero campamento adentro. Ya no había escapatoria posible. Me resigné a seguir con la farsa hasta que fuera posible y a derrumbarme ante Sertorio si es que llegaba a verle. La espera junto a mis dos acompañantes se hizo eterna. No podía soportar la estúpida sonrisa de Balbo ni su maldita manía de no poder estarse quieto. El legionario volvió seguido de un oficial, un tribuno, un joven unos cinco o seis años mayor que yo.

—Acompañadme —dijo el joven secamente.

Recorrimos la avenida principal a grandes zancadas detrás del joven tribuno, rumbo al pretorio. El campamento era un enjambre de actividad. Hombres y más hombres entraban y salían de sus tiendas de campaña, afilaban sus espadas, cocinaban, jugaban, hacían instrucción siguiendo la voz ronca de los centuriones; otro grupo de jóvenes reclutas practicaba con movimientos monótonos y espadas de madera al grito de «uno, dos, tres, cuatro» y otra vez «uno, dos, tres, cuatro». Se oían los rebuznos de las mulas de carga, las risas de algún veterano contando chistes soeces.

—Deja ahí la espada y el hatillo —dijo el tribuno dirigiéndose a mí. Luego me pidió que extendiese los brazos y me palpó el cuerpo para asegurarse de que no llevaba armas escondidas —. Puedes pasar. Vosotros no —dijo, dirigiéndose a Apio y a Balbo, que ya hacían ademán de acompañarme.

El pretorio era amplio, pero austero. Una simple cama de campaña, unas lámparas de aceite, una silla de tijera y una gran mesa rectangular en el centro atestada de documentos; algunos abiertos, otros sin abrir, otros amontonados. Un mapa de Hispania ocupaba el centro. Frente a mí, tras la mesa, el mismísimo Sertorio ataviado con su atuendo militar, la coraza musculada, la capa roja, la cabeza descubierta. Tras él cuatro hombres, parte de su guardia personal. Y, alrededor de la mesa, una docena larga de jóvenes tribunos y dos hombres ya entrados en edad, dos centuriones veteranos. Sertorio, el tuerto, me miró esbozando una media sonrisa. El resto de ojos también se posaron en mí. Se hizo un incómodo silencio. Un mensajero irrumpió en el pretorio.

—Las listas, señor —dijo, entregándole a Sertorio un papiro enrollado—. Han llegado hoy, son las de hace una semana.

—Déjalas ahí, con las demás. Ve a descansar, Minucio.

El papiro pasó a engrosar un taco de documentos abiertos.

—Dejadnos —ordenó el sabino—. Aguardad fuera.

En un instante el pretorio quedó desierto. Tragué saliva. El tuerto no me quitaba el ojo de encima.

—Así que un espía, ¿eh?

—Sí. Bueno, no. En realidad...

—El caso es que tu cara me resulta familiar. ¿Nos hemos visto antes?

—Sí, señor. Sí. Sí, en Roma. Varias veces. Hace años. —Vi en él una mueca de desconfianza. Mi mente viajó hasta aquel día en el teatro. Recité en griego—:

Hemos llegado a esta remota región de la tierra, a este desierto sin seres humanos. Hefesto, debes cumplir las órdenes de tu padre y encadenar a estas rocas al bandido con grilletes irrompibles. Pues tu flor, el fulgor del fuego, útil a todas las artes, tras robarlo se lo entregó a los mortales. Preciso es que por este delito pague su pena y aprenda a tolerar el poder absoluto de Zeus y poner fin a su tendencia de favorecer a los hombres.

—¡Vaya! —exclamó sorprendido.

—Y también te seguí a todas partes durante tu campaña electoral a tribuno de la plebe.

—¿Eras tú aquel muchacho?

—Sí, señor. Cneo Placidio Mutio.

—Cneo Placidio Mutio... —repitió, como intentando recordar—. ¿De qué me suena ese nombre? —Hizo una pausa, miró al techo y volvió a encararse a mí—. Bien. Parece claro que no eres hispano. Pero ¿qué haces vestido así? ¿De dónde vienes? Dame una razón para no ordenar que te ejecuten. Comprenderás que no puedo estar seguro de que no estás a las órdenes de Sila...

—Sí, señor. Lo comprendo. Pero no es así. Yo solo quiero volver a Roma, ver a mis padres, volver a la lavandería... —Estaba a punto de llorar.

—¿Cuántos años tienes?

—Veinte, señor.

—¿Y qué historia es esa de que eres un espía a mi servicio?

—Es un poco complicado.

—Y es mentira.

—Sí, es mentira. Pero hay una razón.

—Adelante. Explícate.

—Yo no quería robarle a mi padre, señor. Le aseguro que no quería. Pero ¿qué podía hacer? Cuando...

Procuré contar toda la historia lo mejor que pude a pesar de mi nerviosismo. Helena, mi huida de Roma, la llegada a Emporió, la larga marcha hasta Cluniaco... La seriedad con que Sertorio escuchó el principio de toda mi odisea fue cambiando poco a poco hasta convertirse en una genuina sonrisa que, de vez en cuando, se convertía en una carcajada. Me pidió que le explicase mejor algunas cosas. Que me tomase mi tiempo. Llegó a servirse algo de vino y a sentarse en su silla de tijera. Rio cuando le conté cómo me había hecho pasar por espía a su servicio confrontado con los dos ineptos de Balbo y Apio.

—Así que escapaste de Roma estando esta ocupada por Sila y haciéndote pasar por carretero. Llegas a Hispania haciéndote pasar por el hijo de un comerciante griego. Caminas durante días para llevar a una muchacha de la que te has enamorado hasta su pueblo en plena Celtiberia, allí un hombre de rango te jura lealtad y amistad eternas y luego, para sobrevivir, no te queda más remedio que hacerte pasar por espía.

—Le juro que es verdad, señor.

—Lo sé, muchacho. Sé cuándo me están mintiendo. Eres un joven con recursos, ¿eh? —dijo en tono divertido.

—Ahora lo único que quiero es volver a Roma, señor —dije en tono de súplica.

—Cneo Placidio Mutio... El caso es que tu nombre me suena.

—Señor, no causaré problemas. Se lo juro. No diré nada a nadie.

Levantó la mano para que me callase. Dejó la copa sobre la mesa, se incorporó y empezó a buscar entre el taco de documentos. El mismo taco sobre el que había depositado el papiro recién llegado de Roma, el que, misteriosamente para mí, el mensajero había llamado «las listas».

—Cneo Placidio Mutio —repitió. Se detuvo en su búsqueda a mitad del taco—. Aquí está. La lista de hace dos meses. —Buscó con el dedo y fue leyendo nombres—. Casio, Casio, Casio, Cayo, Cayo, Cneo, Cneo. Aquí. Cneo Placidio Mutio, su esposa Caria y el hijo de ambos. Denunciados por Antistio Próculo. Cargos: conspiración. Hijo desaparecido.

Me mostró el documento.

—Tiene que ser un error —protesté—, mis padres nunca han hecho nada.

—Precisamente el nombre me llamó la atención, porque, a partir de ahí, ninguno de mis hombres conoce a los denunciados ni a los denunciantes. Es gente humilde con algún modesto patrimonio.

—Nadie habrá podido probar nada en contra de mis padres.

—Eso es lo de menos. El nombre está en la lista.

—¿Y qué quiere decir que esté en la lista?

—Que han sido ejecutados y que sus bienes han sido confiscados y entregados al denunciante. Así que lo más probable es que tu padre ni siquiera llegase a saber que le habías robado.

Tuve que luchar con todas mis fuerzas para reprimir las lágrimas. Sertorio se acercó a mí y me palmeó la espalda.

—Todos hemos perdido a gente querida a manos de ese loco. Precisamente por eso estamos aquí. Para luchar por una República que, ahora mismo, está secuestrada. Tú, de la manera que sea,

has conseguido escapar a tiempo.

—Yo no quería...

—Necesitamos hombres para luchar en esta guerra, Cneo Placidio Mutio.

—Yo solo quiero ir a Roma. No sé blandir una espada. No sé montar a caballo.

—¿Y dices que un hombre principal de entre los celtíberos te ha jurado amistad?

—Sí, señor. Belinos se llama. Como digo, me entregó su espada, me abrazó...

—De Cluniaco... —dijo el tuerto pensativo al tiempo que echaba un vistazo al mapa de Hispania.

—Sí.

—¿Sabes que podrías ser muy útil a nuestra causa?

—¿Yo? —dijo sorprendido.

—Solo necesitas el rango adecuado. Necesitamos poner a los hispanos de nuestra parte y tú, sin darte cuenta, ya has hecho parte del trabajo.

—Pero, señor..., yo...

—No se hable más —dijo el tuerto zanjando la discusión.

Sertorio hizo caso omiso de mis súplicas. De un grito ordenó que entrasen los tribunos y centuriones que, hasta ese momento, habían aguardado fuera.

—Caballeros —dijo dirigiéndose a ellos—. Dad la bienvenida a Cneo Placidio Mutio. — Todos, al unísono, murmuraron un saludo acatador. Sertorio comenzó con las presentaciones. Empezó por los jóvenes tribunos. Estos asentían al ser nombrados. Yo era el más joven—. Lucio Hirtuleyo, Lucio Salinator, Marcelo Piscio, Tito Camelio, Séptimo Virio, Casio Novio, Numerio Lafrenio... —Luego siguió y nombró a los centuriones presentes.

—Señor, yo no...

—Caballeros —continuó Sertorio sin hacerme caso—, este hombre viene a aliviar nuestra carencia de jóvenes oficiales. Hirtuleyo, de las tres cohortes que tienes asignadas, confiarás una al tribuno Cneo Placidio Mutio. Así se relajará tu carga.

—Gracias, señor —agradeció Hirtuleyo.

—Pero, señor, yo...

—Hirtuleyo te instruirá en tus nuevas obligaciones.

—Con gran placer —dijo el aludido.

—Bienvenido, Cneo —sentenció Sertorio—. Ahora prosigamos...

No me atreví a interrumpir. La reunión de Estado Mayor se me hizo interminable. Por primera vez en mi vida contemplaba las tripas del ejército. De hecho, ahora, y sin yo quererlo, me había convertido en parte de esas tripas. Tribuno militar. Quién lo hubiera dicho. Así, de repente.

Al parecer, la guerra en Italia seguía su curso. El joven Mario se encontraba sitiado en la ciudad de Preneste por las tropas de Sila desde hacía meses. Los intentos para levantar el asedio habían resultado infructuosos y la posición de los enemigos de Sila era cada vez más comprometida. Sertorio sabía que en cuanto la guerra en Italia acabase, el usurpador enviaría un ejército a Hispania para acabar con él. Y, detrás de ese ejército, estaría todo el poder de Roma.

El primer objetivo, por tanto, era crear una base sólida tanto militar como económica en las provincias hispanas. El núcleo de sus tropas, las que habían venido con él desde Italia asignadas

por el legítimo senado, era escaso. Nominalmente unas dieciocho cohortes, menos de nueve mil hombres. A estos había que restarles desertores y enfermos y añadirles los nuevos reclutas que llegaban huyendo de Roma. Los números no eran halagüeños. Máxime, teniendo en cuenta las tropas que había que despachar a diferentes puntos para guarnecer poblaciones y rutas clave. Era esencial ganarse a la población para evitar revueltas. Por lo visto, los hispanos eran muy dados a levantarse en armas, algo que en Roma hizo que se ganasen una terrible reputación como súbditos desleales y salvajes. Pero lo cierto, aunque esto lo comprendí más tarde, es que un siglo de desmanes, corrupción, abusos y masacres había predisposto a la población en contra del poder de Roma.

Sertorio adoptó una serie de medidas para facilitar las relaciones y poder así dedicarse a plantear la defensa de Hispania sin preocuparse de una retaguardia siempre levantisca. El sabino decidió reducir los impuestos radicalmente. Argumentaba que, por razones obvias, no tenía intención de enviar dinero al Senado en Roma y, por tanto, lo que se recaudase sería mucho más que suficiente para llevar a cabo la guerra. Además, Hispania era rica en oro y plata. En segundo lugar, envió regalos a los principales caudillos bárbaros que debían obediencia a Roma tras las guerras. Eso los dispuso muy favorablemente hacia él. Pero, quizá, la medida más popular para los hispanos, lo que les hizo comprender que se encontraban ante un gobernador que merecía la pena mantener, fue el hecho de que prohibió la más odiosa de las prácticas de los ejércitos romanos: que las tropas se acuartelasen en las ciudades y las aldeas. Cualquiera puede imaginar los abusos a los que eran sometidas las poblaciones con esta política, por mucho que supusiesen un considerable ahorro a las arcas del Senado o, mejor dicho, del gobernador de turno.

Solucionada la cuestión administrativa de las provincias, tocaba plantear su defensa. Los pasos del Pyrenne eran esenciales. Cualquier intento de desalojar a Sertorio de Hispania provendría del norte. Asimismo, existía el peligro de una operación marítima. Esta última, aunque posible, era, en opinión del procónsul, poco probable. Embarcar un ejército siempre era arriesgado, lo asemejó a una tirada de dados. Ningún comandante en su sano juicio optaría por esa opción si tenía otras a su alcance. Aun así, Sertorio había ordenado la construcción de una modesta flota que esperaba que estuviese lista, en su mayor parte, para la primavera. Otra razón para la creación de esa flota era patrullar las costas de Hispania para defenderlas de las constantes y cada vez más agresivas incursiones de los piratas cilicios. Por ahora, decía el tuerto, se trataba de resistir, pues tarde o temprano la situación política en Roma volvería a dar un vuelco y, cuando eso ocurriese, ahí estaríamos nosotros y las provincias hispanas, para restablecer el orden republicano.

El entusiasmo y la energía del sabino se me metieron en los huesos.

—¿Alguna pregunta? —concluyó Sertorio.

—No, señor —dijeron todos a una.

—¿Alguna sugerencia?

—No, señor.

—Bien. Pueden retirarse, caballeros.

14

—Placidio, Placidio... No me suena la familia Placidia —dijo Hirtuleyo.

Hirtuleyo me cayó bien nada más estrecharle la mano. Era un tipo culto, amable y pausado. Caminábamos por el campamento rumbo a las tiendas de campaña de la cohorte que me había sido asignada. Apio y Balbo nos seguían como dos perrillos. Sería imposible describir las sensaciones que se me agolpaban en la cabeza: miedo, nerviosismo, entusiasmo, orgullo, negación, aceptación... Y todo ello unido al hecho de que mi conocimiento acerca de la guerra era nulo. Ante mí se abría un abismo.

—Creo que conocí una vez a un Placidio... ¿Estáis emparentados con la *gens* Cornelia?

—No exactamente —respondí.

—¿Con la *gens* Julia quizá?

—No —dije secamente.

—Bueno, da igual. ¿Qué experiencia tienes en el mando?

—Ninguna.

—¿Y qué has hecho desde los diecisiete?

—Mejor no te lo cuento.

—Ya —Hirtuleyo rio—. Hijo único, ¿no?

—Exactamente.

—Bueno, verás —dijo Hirtuleyo en griego—, es importante que entre los oficiales hablemos en griego. Sobre todo cuando no queremos que los hombres se enteren de lo que decimos.

—Entendido.

—Bien. El mando no es una cuestión difícil. Piensa que estos hombres provienen de los bajos fondos de la sociedad. Ya sabes, lavaderos, carreteros, albañiles, campesinos, carniceros... Gentes sin cultura. Necios en su mayoría y que, al igual que los burros, solo entienden de palos y zanahorias. No te encariñes con ellos y nunca muestres debilidad ni duda. Lo único que tienes que hacer en cuanto a ellos es asegurarte de que sus necesidades estén cubiertas y, en cuanto a las órdenes que vengan de arriba, seguirlas.

—¿Y cuando no haya órdenes?

—En ese caso, haz uso del sentido común. No hay más. Debes ser severo, pero justo. Generoso, pero austero. Como decía Aristóteles...

—«En el medio está la virtud» —completé.

—Eso es —dijo Hirtuleyo—. Es importante que siempre vean en ti una expresión serena. Piensa que, de alguna manera, son conscientes de su inferioridad. Saben que nosotros hemos nacido para mandar y ellos para obedecer. Aunque siempre andan buscando excusas para hacer lo menos posible. Tienes que hacerte respetar. Para el tema de los gritos y los insultos, ya tienes a los centuriones.

—Disculpa mi ignorancia, Lucio. ¿De cuántos estamos hablando?

—Seis.

—¿Seis hombres?

—No, no. Seis centuriones. Seis centurias, aunque un poco mermadas. Según el recuento de esta mañana, tienes trescientos veintiséis hombres a tus órdenes. —Casi me da un mareo—. Creo que jamás nadie ha visto una cohorte con todos sus efectivos. Apóyate en tus centuriones, esa es la clave. Y mantén a tus hombres ocupados. El resto ya lo irás aprendiendo.

—¿Y estos dos?

—¿Quiénes?

—Estos que nos siguen. Los dos legionarios con los que llegué esta mañana.

—¿Qué pasa con ellos?

—Me gustaría que formasen parte de mis trescientos y pico.

—No creo que haya problema.

Apio y Balbo quedaron encantados. No es que les tuviera particular aprecio, pero, ante el abismo que se me presentaba, quise al menos contar con un par de caras conocidas, aunque fueran recientes. Las tiendas de campaña de la cohorte en cuestión, la sexta, ocupaban el extremo noreste del campamento, cerca de la empalizada. Comenzaba a caer la tarde. Los legionarios descansaban en pequeños grupos, charlaban, jugaban a los dados...

—¡Alio! —gritó Hirtuleyo.

De entre las tiendas de campaña emergió un hombre maduro. Bajito, robusto, hubiera dicho que medía lo mismo de alto que de ancho. Su frente estaba surcada por gordísimas arrugas, sobre todo en el entrecejo. Era como si hubiese estado enfadado desde que nació. Vestía cota de malla y puñal al cinto. Llevaba en la mano un bastón nudoso de sarmiento.

—¡Señor! —dijo cuadrándose ante Hirtuleyo.

—Te presento a Cneo Placidio Mutio. A partir de ahora él hará mis funciones.

—¡Sí, señor!

—Cneo, este es Alio. Le llaman así porque, cada vez que tiene que administrar un castigo, rompe su sarmiento en la espalda del castigado y siempre anda pidiendo otro.

—Entiendo.

—En realidad se llama Crastino, pero ya no responde a ese nombre. Es el *pilus prior* de la cohorte, el más veterano de los seis centuriones y en quien te debes apoyar para todo. Si tú no estás, él da las órdenes. Si estás, las órdenes se las das tú a él y él las transmite de manera que los hombres puedan entenderlas. No sé si me explico.

—Perfectamente.

—Puedes retirarte, Alio. Y busca acomodo para estos dos —dijo Hirtuleyo apuntando a Apio y Balbo.

—Sí, señor. Gracias, señor.

Hirtuleyo me llevó hasta una tienda de campaña. Era igual que las demás, solo que las otras eran para compartir entre ocho hombres. Y en esa estaría yo solo.

—Ahí tienes tu cama de campaña. En ese arcón podrás encontrar papiro y tablillas por si necesitas escribir algo. También hace las veces de mesa. Tienes un par de lámparas de aceite. Te doy un consejo: por la noche, aunque duermas, no apagues demasiado pronto la lámpara. Procura apagarla de madrugada, ya sabes. Que se crean que sigues despierto. Parece una tontería, pero ayuda a que piensen que trabajas en cosas que ellos no comprenden, que estás vigilante y que necesitas menos horas de sueño.

—Entendido.

—Andamos escasos de caballos. En cuanto haya alguno disponible, mandaré que te lo traigan.

—No sé montar a caballo.

—Pero ¿dónde te has pasado la vida? —dijo asombrado y divertido—. ¿En una caja?

—Más o menos.

—Bien. Dejo que te instales. Por cierto, bonita espada. ¿De dónde la has sacado?

—Me la regaló un celtíbero.

—¿Me permites?

—Por supuesto.

Entregué a mi nuevo compañero el arma. Hirtuleyo observó los extraños motivos de oro y plata. Desenvainó y admiró la espada desnuda, su tono azulado.

—Un arma magnífica. Debe de tenerte aprecio ese bárbaro. No hay mejores espadas que las celtíberas. Dicen que su dureza y flexibilidad las consiguen bañándolas en la sangre menstrual de las vírgenes.

—Dicen tantas cosas acerca de los celtíberos... —Cambié de tema—. Una pregunta.

—Tú dirás.

—¿Qué le pasó al tribuno que ocupaba esta tienda?

—Desertó. Hará dos semanas.

Fue un invierno duro. Jamás había pasado tanto frío. Las granizadas eran terribles, las copiosas lluvias encharcaban el campamento. Aun así, Sertorio despreciaba la molicie e instaba al entrenamiento continuo de las tropas. La legión debía seguir su rutina todos los días. Despertábamos al alba; formábamos para revista hiciese el tiempo que hiciese; almorzábamos; practicábamos formaciones, maniobras, o lucha cuerpo a cuerpo; luego comíamos, se reparaban desperfectos y después, vuelta a entrenarse. Cada día una cohorte hacía lo que llamaban «la larga marcha», que consistía en recorrer las millas que se esperaban de la unidad en un día de marcha cualquiera. Fueron meses que recuerdo como agotadores. No debía haber descanso. Así, decía Sertorio, los miembros se mantenían fuertes, los hombres estaban siempre alerta, se evitaba la molicie y huía el fantasma de la desertión. Más aún, según él, la rutina diluía el tiempo, algo muy necesario durante los interminables inviernos estáticos. Y, lo mejor de todo, Sertorio compartía todo ejercicio y penuria con sus hombres. Decía que, si algo había aprendido del viejo Cayo Mario durante las guerras contra los bárbaros, había sido precisamente eso: que un general tiene que estar cerca de sus legionarios.

De vez cuando el procónsul concedía un día libre para que, en pequeños grupos, pudiésemos ir a Tarraco, beber y visitar los lupanares. Algo esencial si se quería mantener alta la moral de la tropa. Eso sí, quien causase problemas a la población se enfrentaba a un severo castigo. Los comerciantes, taberneros y las putas de Tarraco, recelosos en su día cuando un ejército acampaba a sus afueras o se acuartelaba en la ciudad, veían ahora en los soldados de Sertorio una magnífica fuente de ingresos. La paga llegaba puntual, y la comida no era del todo mala. «En mayor o menor medida todos somos actores —había dicho Agatón un día en el teatro—. Eres lo que crees que eres, y los demás te juzgarán por cómo te proyectas ante ellos». No recuerdo la obra en cuestión. Creo que cualquier compañía de actores, de esas que pululaban por Roma en aquella época, me hubiera contratado para hacer el papel de patricio estirado. Guardé en el arcón mis dos túnicas celtíberas y las monedas que me diera Belinos. De lo que no me desprendía era del *sagum*, que, en aquellos meses fríos, se convirtió en la envidia de legionarios, centuriones y oficiales, y bajo el cual decidí llevar la cota de malla que me había entregado Hirtuleyo como parte de mi equipo. Debajo, la túnica blanca con una línea roja que me identificaba como tribuno. Rechacé también el gladio, prefería mi espada hispana, que, aunque similar en longitud y anchura a la espada reglamentaria de la legión, resultaba más llamativa, además de ser, según me había asegurado

Hirtuleyo, bastante más robusta y flexible. Hice de Balbo y Apio una suerte de ayudantes personales. Mientras que a Alio, el centurión, le pedí que me instruyese en el arte de la espada. Le dije que sería nuestro pequeño secreto; que, por alguna razón, un golpe en la cabeza había hecho que olvidase todo lo referente a la esgrima. Sabía que jamás llegaría a ser un gran esgrimista; decente, a lo sumo. En cuanto a la hípica, Hirtuleyo tuvo el tino de entregarme un jamelgo viejo, castrado y cansado al que, no sin sorna, llamé Pegaso por lo blanco de su pelaje. «El animal servirá por ahora —me dijo—. Montar a caballo solo tiene dos secretos. El primero es no caerse. El segundo, hacer que te lleve donde ordenas con las riendas o las piernas. No hay más». Era curioso cómo, para Hirtuleyo, todo parecía sencillo. Sus recomendaciones en cuanto a la esgrima venían a ser lo mismo: «Solo se trata de ensartar y de que no te ensarten. No hay más».

Y así pasó el invierno. Instrucción, esgrima, hípica, marchas, sesiones de Estado Mayor, salidas esporádicas a Tarraco, principalmente con Hirtuleyo y Lucio Salinator... Al primero, curiosamente, no le gustaba beber, al menos no hasta caer borracho, pero le encantaban las putas, a las que trataba con exquisita consideración. «En el lecho, querido amigo, a las putas hay que tratarlas como si fueran damas. Y a las damas como si fueran putas. Ahí radica el éxito. No hay más». A Salinator, en cambio, le encantaban los caldos, no así las putas. Decía haber dejado un amor en Roma. Yo, durante un par de meses, también quise mantenerme fiel a la memoria de Helena. Pero no tardé en sentir la llamada de la naturaleza, máxime cuando esa absurda fidelidad me hubiera llevado al celibato. Aunque me llevasen unos años, Hirtuleyo, Salinator y yo hicimos buenas migas. Aunque nunca dejaron de creer que escondía algo.

Puedo decir que aquel invierno, a pesar de todo lo ocurrido, a pesar de la amargura de saber que mis padres habían muerto, a pesar de saber que jamás podría amar a Helena, a pesar del frío y las labores propias de la legión, sentí que, junto a Sertorio, había encontrado algo parecido a un hogar. Sé que es extraño, pero no consigo describirlo de otra manera. Sí juré, no obstante, que algún día volvería a Roma, buscaría a Próculo y le haría pagar, con torturas inenarrables, todo el daño y sufrimiento causados a mi familia. Entre nosotros, quien más quien menos también tenía cuentas pendientes al otro lado del mar.

El mal tiempo propio de la estación supuso el cese de las comunicaciones con Italia. Ni los barcos se hacían a la mar ni los mensajeros leales, cada vez más escasos, se atrevían a enfrentarse a los elementos. Sertorio se quejaba amargamente de estar ciego y sordo con respecto a los acontecimientos en Roma.

La primavera tardó en asomarse, pero llegó. Supimos que algo grave ocurría cuando se nos convocó a una sesión de Estado Mayor sin haber siquiera amanecido. El procónsul acababa de recibir un mensaje de Roma.

—Caballeros, no por esperadas, estas noticias son menos tristes. Hace tres meses se libró una cruenta batalla a las afueras de Roma, en la *Porta Collina*. Las últimas tropas leales han sufrido una terrible derrota a manos de Sila y Marco Licinio Craso. El joven Mario, abandonado por sus hombres en Preneste, se ha suicidado. —Sertorio hizo una pausa para dejar que asimiláramos sus palabras—. En resumen, caballeros, estamos solos contra Sila.

Al parecer, el asunto de la batalla de la *Porta Collina* había sido muy feo. Sila no se contentó con derrotar a sus enemigos. Cerca de seis mil prisioneros fueron conducidos hasta las puertas del

Senado en Roma y pasados a cuchillo al tiempo que el usurpador daba un discurso ante los senadores en el que abogaba por la concordia. Y pedía ser nombrado dictador para devolver el orden a la República. Con los gritos de desesperación de los prisioneros al ser ejecutados retumbando en las paredes del Senado, no es de extrañar que los togados aplaudiesen la propuesta con entusiasmo. Los cuerpos fueron echados al Tíber y allí sirvieron de recordatorio a un Senado y a una población aterrorizados. Se recrudecieron las matanzas y se ampliaron las temidas listas. Decían que el olor a muerte y putrefacción que desprendía Roma se percibía a diez millas de distancia. Cuentan que, cuando al dictador le llevaron la cabeza del joven Mario en una bandeja, Sila dijo: «Debería haber aprendido a remar antes de querer gobernar un barco».

—Quedan leales en África, señor —interrumpió Salinator.

—Sí, Lucio, pero son pocos y están desorganizados. Por lo que se ve, Sila ha enviado a ese mocoso de Pompeyo a acabar con ellos.

—*Adulescens carnifex* —dijo Hirtuleyo.

Efectivamente. Cneo Pompeyo, quien más tarde sería conocido como «el Grande», título que le concedería Sila, aún no sabemos si por sus méritos o para burlarse de él, en aquella época era conocido como «el Carnicero Adolescente».

—El mismo —apostilló Sertorio—. A nosotros, en cambio, parece que nos reserva las habilidades de Cayo Anio Lusco. ¿Alguno de vosotros le conoce?

—Sí, señor —dijo Séptimo Virio—. Es un hombre de carácter. Seco e impasible.

—Sí —convino Sertorio—. Eso tengo entendido. Carente de cualquier tipo de sentido del humor.

Todos reímos entre dientes. Imagino que para liberar algo de tensión.

—Pues bien —continuó el procónsul—, Anio ya está de camino. Y cuenta con unas seis legiones. Sí, caballeros, sus más de treinta mil hombres contra nuestros escasos nueve mil. Hasta aquí las malas noticias. Ahora las buenas. Si, como afirma el mensajero, Anio salió de Roma sin haber esperado a que concluyese el invierno, eso significa que viene a pie y no por mar. Su marcha habrá sido lenta y penosa y todos sabemos lo que eso supone para las tropas.

—Pero son veteranos, señor —intervino Hirtuleyo.

—Eso todavía no lo sabemos, Lucio. El caso es que, dado que viene por tierra, solo podrá acceder a Hispania por aquí y por aquí —dijo apuntando al mapa—, que es exactamente el mismo problema que tuvimos nosotros el año pasado. En otras palabras, podemos fortificar los pasos y detenerle en el Pyrenne por muchas tropas que tenga. Mientras tanto enviaremos mensajeros a todos los caudillos y notables con quienes hemos estado entablando relación. Ellos nos suministrarán hombres y vituallas. Cuando contemos con suficientes efectivos, dejaremos que Anio penetre en Hispania y le derrotaremos. ¿Alguna duda? ¿Alguna sugerencia?

—No, señor.

—Excelente. Ocuparemos los pasos con seis mil hombres. Salinator.

—Señor —dijo mi amigo, cuadrándose.

—Tú, en calidad de legado, serás el encargado de bloquear esos pasos. Yo esperaré con los tres mil restantes aquí y aguardaré los refuerzos de nuestros aliados hispanos. Cuando recibas la orden, retírate.

—Entendido, señor.

—Bien. No hay tiempo que perder. En marcha.

Ni mi cohorte ni la de Hirtuleyo partieron con Salinator. Nos despedimos de él y le deseamos suerte. Nos veríamos en verano. A tiempo para derrotar a Anio y celebrar la victoria.

—Y después a Roma —dijo Salinator.

—¡A Roma! —coreamos Hirtuleyo y yo.

«Amadísima Veleda...»; lo taché. «Mi corazón late...»; también lo taché. «Las flores de primavera me recuerdan...». ¡Por todos los dioses! Era incapaz de escribir un mensaje de amor. Desistí. De todos modos, ¿quién lo hubiera llevado a Cluniaco? Y aunque alguien lo hubiera llevado, ¿quién se lo hubiera leído? ¿Belinos? A veces somos más estúpidos de lo que parecemos.

Durante días vivimos una calma tensa. Salínator había conseguido contener el avance de Anio y le negaba cualquier posibilidad de acceso a Hispania. Los dos ejércitos acampaban a poco más de dos millas, pero Salínator ocupaba puntos fortificados en los pasos de las imponentes montañas. Anio, por supuesto, había hecho alguna tentativa para probar cuán resuelta era la defensa. Convencido de que era sólida, se detuvo para buscar otras alternativas. El silano no se atrevía a avanzar, y Lucio, en inferioridad numérica y siguiendo órdenes expresas, tampoco se lanzaba al ataque. Mientras tanto, al campamento de Tarraco llegaban mensajes de los más diversos puntos de Hispania. Todos decían lo mismo, aunque con distintas palabras: «Muy a nuestro pesar, nos es imposible atender las demandas del procónsul». La razón era sencilla. Conscientes de la presencia de las tropas del usurpador al otro lado del Pyrenne y de su fuerza, esgrimían excusas para no enemistarse con quien podían predecir que sería el claro ganador de la contienda. La sombra de Sila era larga y, sobre todo, aterradora. Los notables hispanos y los magistrados de las ciudades sabían muy bien a lo que se exponían si apoyaban al proscrito Sertorio: muerte, saqueo y destrucción. De ahí su tibieza. Una cosa era aceptar rebajas de impuestos, recibir regalos o agradecer la magnanimidad del tuerto a la hora de no estacionar tropas en aldeas y ciudades, y otra muy diferente era mostrar su apoyo abiertamente a un hombre cuya suerte parecía estar echada.

Junto con los mensajes negando refuerzos, llegaban las cada vez más apremiantes peticiones de ayuda de Salínator. Anio no atacaba, no se movía, pero habían comenzado las desertiones de los nuestros. Día a día la moral de los hombres de Salínator decaía y muchos pasaban a engrosar las filas del enemigo esperando, sin duda, compasión y perdón por haber estado luchando en el bando equivocado. La disciplina más férrea, las ejecuciones sumarias de aquellos capturados en plena huida, los castigos ejemplares habían dejado de surtir efecto, y el pequeño ejército de Lucio Salínator se diluía. También en nuestro campamento, en Tarraco, las desertiones comenzaban a ser preocupantes. Llegué a ver hasta cinco ejecuciones en un día. Tres de los hombres eran de mi propia unidad. Por primera vez vi a Sertorio fuera de sí, recorriendo el campamento amonestando

a los hombres por ser unos cobardes, amenazando a los centuriones con degradarlos si no cumplían su labor a la hora de instaurar la disciplina. Y a nosotros por no mostrar entusiasmo en la victoria.

—¡Los hombres os observan para ver qué deben pensar! ¡Y hablan! ¡Cuando os ven, no es vuestra cara la que ven, sino la mía! ¡Así que más os vale levantar esos ánimos! ¡Puedo soportar que nos derrote Sila! ¡Lo que no puedo soportar es ver cómo nos estamos derrotando nosotros mismos!

Debo reconocer que el sabino nunca me trató ni con más ni con menos severidad que a los demás. Cuando le fui conociendo, me di cuenta de que siempre que tomaba una decisión asumía sus consecuencias. Y de que poseía una notable intuición. A día de hoy, no sé qué vio en mí, en aquel joven asustado que solo quería volver a casa. Pero algo vio. Quizá recursos, como él decía.

A la vuelta de la tienda de Sertorio, vi cómo Alio, armado con el sarmiento, le atizaba repetidamente a Balbo en la espalda en presencia de otros diez legionarios de mi cohorte.

—¿Qué ha pasado, Alio?

El centurión se detuvo.

—Este hombre se muestra derrotista, señor.

—¿Qué ha dicho? —Balbo me miraba suplicante.

—Dice que ayer vio a un ave de presa descender de los cielos y cazar un ratón y descuartizarlo. Que es un mensaje de los dioses. Que el ave son las tropas del usurpador y el ratón somos nosotros.

—¿Es eso cierto, Balbo?

—Sí, señor. Lo vi, se lo juro.

—Pero en Hispania hay muchas aves de presa, ¿no, Balbo?

—Sí, señor.

—¿Y qué comen las aves de presa?

—Pequeños animales, señor.

—Entonces lo que has visto es una escena típica de esta bellísima tierra. ¿No es así, Balbo?

—No, señor. Era un presagio, señor. Estoy seguro. «Por todos los dioses», pensé.

—Atízale, Alio. Atízale con ganas. —Balbo empezó a gritar de nuevo—. ¿Y vosotros? —dije mirando a los diez legionarios que observaban—. ¿Creéis que es raro ver en Hispania aves de presa cazando?

—No, señor. No.

—Entonces. No habéis creído ni una palabra. ¿Estoy en lo cierto?

—Por supuesto, señor.

—Me alegro de verdad. —Balbo seguía gritando—. Sería como si yo dijese que va a llover porque me han entrado ganas de mear. —Los hombres rieron—. Para ya, Alio.

—Sí, señor. —El centurión se detuvo al instante.

—Y tú, Balbo, ¿has aprendido algo hoy?

—Sí, señor —dijo con humildad.

—¿Y qué es?

—Que tengo que darle la razón cuando me pregunte «¿No es así?».

—Déjalo, Balbo. No te esfuerces. Podría estallarte la cabeza.

Nos enteramos de la muerte de Salinator por la tarde. El mensajero que traía la noticia llegó a la carrera, sucio y descompuesto. Su caballo se había desplomado por el esfuerzo a dos millas de distancia, espoleado hasta la muerte. Lucio había sido asesinado por uno de sus hombres, Calpurnio Lanario, quien, acto seguido, había huido para refugiarse entre los hombres de Anio, esperando, sin duda, ser recompensado generosamente por su perfidia. El ejército de Salinator se había desintegrado nada más conocer la noticia de su muerte, como un montón de polvo dispersado por el viento. Los pasos ahora estaban desguarnecidos. Las tropas del usurpador avanzaban hacia Emporió. Seis legiones, treinta mil hombres, marchaban contra nuestros escasos tres mil. Tarraco nos cerró sus puertas.

No tuvimos tiempo de llorar al bueno de Lucio Salinator. Sertorio nos convocó para informarnos de que la situación era insostenible, algo que ya sabíamos. Pero no habría rendición, en eso se mantenía firme. «Mientras haya aliento, hay esperanza». Aquellas cinco cohortes de las que disponía eran lo que quedaba del legítimo gobierno de la República.

—Debemos ganar tiempo. Levantaremos el campamento y marcharemos hacia el sur, a Cartago Nova. La ciudad es fácilmente defendible. Actuaremos rápido. Son dieciséis días de marcha en condiciones normales, deberemos reducir ese tiempo a la mitad. Eso supone marchas forzadas. No habrá descanso. Tenemos que llegar a la ciudad antes que la noticia. No llevaremos más que lo imprescindible. El resto lo quemaremos. Eso es todo, caballeros. En marcha.

Salimos del pretorio a la carrera. Convoqué a mis centuriones. No era necesario dar detalles, los hombres ya olían el desastre de Salinator, y sus sospechas no tardaron en ser confirmadas primero por los rumores, luego por las órdenes. Alio y los otros supervisaban a gritos el desmontado de las tiendas, la carga de las mulas, el equipo de los legionarios.

—¡Vamos, gandules! ¡En una hora quiero veros listos y en formación! ¡El último se ganará cuatro palos! —gritaba el veterano.

Apio y Balbo desmontaron mi tienda y llevaron mis escasos efectos personales al pretorio, donde un puñado de carretas aguardaba el bagaje de los oficiales. La actividad era frenética. Procuré ayudar en lo posible, aunque Alio tuvo a bien recordarme que aquellas tareas no eran propias de mi rango. Vestí mi cota de malla, mi *sagum*, me colgué la espada, me calé el casco y monté sobre Pegaso. En una hora que se me antojó un latido, el campamento no era más que el esqueleto de lo que había sido. Las cohortes formaban allí donde habían estado acampadas

durante el larguísimo invierno. Los hombres iban cargados con toda su impedimenta: sarcina, pala, estaca, martillo, manta, escudo, *pila*, sierra..., todo lo que no estaba cuidadosamente amontonado en las mulas, una por cada ocho hombres. Procuré no mostrar mi asombro ante aquel despliegue de orden y marcialidad. Observaba desde lo alto de mi montura. Alio, después de haberle dado cuatro palos al último legionario en formar, se acercó a mí totalmente ataviado para la marcha y la guerra, con su armadura y sus condecoraciones, el sarmiento y el casco con el penacho transversal. Los hombres aguardaban en silencio. Formaban rectángulos perfectos. Delante de cada una de las seis centurias, el centurión y el portaestandarte; detrás de cada una de ellas, el *optio*.

—Todo listo, señor.

—Gracias, Alio. Vuelve a tu puesto.

Las cohortes fueron abandonando el campamento una a una, en estricto orden. La sexta ocupaba el tercer puesto en la marcha. A Hirtuleyo le fue encomendada la retaguardia y el mando de la escasa caballería disponible.

Aquella primera marcha fue durísima. Avanzamos lo que quedaba de tarde y seguimos avanzando hasta bien entrada la noche. Nos detuvimos un par de horas para descansar y luego continuamos hasta el amanecer, momento en el que descansamos otras dos horas. A ratos, me sentía desfallecer de sueño sobre Pegaso. Cuando mis posaderas empezaban a sufrir el efecto de la silla, desmontaba y caminaba llevando a Pegaso de las riendas. El registro de Alio a la hora de tratar a los hombres cambió radicalmente. Si en el campamento había estado llamándolos gandules y atizándolos con el sarmiento, ahora su voz ronca les hablaba en términos que podían antojarse hasta cariñosos.

—¡Vamos, muchachos! ¡Ánimo! —decía—. Sois la esperanza de la República. ¿Qué es esto para legionarios como nosotros? ¡Vamos! ¡Ánimo, muchachos!

Si mis nalgas estaban castigadas, no quise ni imaginarme qué sufrimientos estarían pasando los pies de aquellos hombres recios e incultos.

El día siguiente fue caluroso. La noche, fría. Según los mensajeros, Emporión había abierto sus puertas a Anio y le había recibido como libertador. Tarraco pronto seguiría los pasos de la ciudad griega. Anio marchaba con lentitud, pero no era él quien más preocupaba a Sertorio. Lo importante era que la noticia de su avance no llegase a Cartago Nova antes que nosotros. Allí esperaba la pequeña flota que el tuerto había ordenado construir. No habría rendición. De todos modos, tampoco podía haberla, pues ya estábamos condenados por el implacable e inmisericorde Sila. Sertorio, por ser Sertorio. Nosotros, por serle fiel.

Aquella era una tierra bella. Bordeamos la costa hasta Saguntum. Un intenso sol primaveral se reflejaba en los acantilados color crema, en los verdes pinares de olor intenso, en el mar turquesa, plácido, tranquilo, como dormido. Luego la calzada se perdía entre montañas atravesando el interior.

Diez días después de haber abandonado nuestro campamento en Tarraco, divisábamos las murallas de Cartago Nova. Estábamos exhaustos, habíamos acabado con todos nuestros suministros. Requisamos alimentos en varias aldeas condenando a sus moradores, muy probablemente, a la inanición. Para nuestro alivio, la antigua ciudad cartaginesa nos abrió las puertas. Nuestro pequeño ejército debió de resultar todo un espectáculo para las gentes de la ciudad. Atravesamos las murallas y marchamos por la calle principal, en formación, cansados,

sucios y hambrientos. En las caras de los habitantes y comerciantes, que callaban a nuestro paso, se adivinaba que no éramos del todo bienvenidos. Era una expresión unánime, recelosa, parecida a la de quien recibe en casa y por sorpresa a un invitado que considera particularmente molesto. Avanzamos hasta el foro y allí, en perfecta formación, los hombres dejaron caer al suelo sus pesados petates y aliviaron a las mulas de sus pesadas cargas. Los oficiales descabalgamos. No tardaron en aparecer los notables de la ciudad. Veinte hombres vestidos con ricas sedas. Llegaban nerviosos, daba la sensación de que hubiesen dejado lo que fuera que estaban haciendo para recibir al procónsul.

—Sed bienvenidos, Quinto Sertorio —dijo el portavoz de aquellos hombres con una leve reverencia.

—Gracias...

—Antonino, señor.

—Gracias, Antonino.

—Mis hombres necesitarán alojamiento y manutención. Pagaremos por ello —informó el sabino.

—Por supuesto, señor. Parecen cansados. ¿Hay algún problema? —El notable se oía algo.

—Ninguno, Antonino. Ninguno —repuso Sertorio con una reconfortante sonrisa.

Sertorio exigió que todos fuéramos alojados cerca los unos de los otros y próximos al puerto. Se establecieron guardias en las murallas y en las puertas de la ciudad y se nos dejó claro que cualquier abuso sobre la población sería severamente castigado. Aquella misma noche fuimos convocados a la lujosa casa que la ciudad había puesto a disposición del procónsul. Un bello mosaico se extendía bajo nuestros pies. La escena: Ulises atado al poste de su embarcación, con el gesto retorcido de locura mientras escucha el canto de las sirenas.

—Caballeros, no hace falta que les diga que la situación es extremadamente delicada. No podemos avanzar. No podemos retroceder. No podemos enfrentarnos a Anio. —Nos miró con gravedad—. Y no podemos rendirnos, caballeros. Si caemos nosotros, cae la República. Necesito ideas. Opciones.

—Cartago Nova es una ciudad fácilmente defendible, señor. Podríamos resistir —intervino Tito.

—¿Por cuánto tiempo? —preguntó Hirtuleyo.

—Meses. Un año quizá —repuso Tito convencido—. Lo suficiente como para que haya una reacción, en algún lugar, contra el tirano.

—Nada nos garantiza que la población esté dispuesta a apoyarnos. Menos aún cuando tengan un ejército de treinta mil hombres a las puertas —insistió Hirtuleyo—. Porque saben que, de hacerlo, las tropas de Sila arrasarán la ciudad hasta los cimientos. Tendríamos dos enemigos, uno fuera y otro dentro. No aguantaríamos ni dos semanas.

Se hizo el silencio. Nos mirábamos entre nosotros. Mirábamos el mapa de Hispania. Mirábamos a nuestro comandante.

—¿Séptimo? —inquirió Sertorio. Y este negó con la cabeza—. ¿Casio?

—Lo siento, señor. No se me ocurre nada —respondió el aludido.

—¿Numerio?

—Nada, Señor.

—¿Cneo?

—No, señor.

—¡Vamos, caballeros!

—Quizá... —dije.

—¿Sí?

—Es una tontería.

—A falta de algo mejor..., adelante. Expón tu tontería.

—Bien —dije dubitativo. Era la primera vez que intervenía—. Esta ciudad es una ratonera. Si nos quedamos, pereceremos. Si salimos, acabaremos recorriendo Hispania como liebres hasta que nos den caza. Disponemos de algunos barcos en el puerto. Podríamos embarcar. El mar parece en calma...

—¿Y adónde nos dirigiríamos?

—Eso no lo sé, Señor.

—No podemos hacer eso, Cneo —dijo Sertorio con severidad—. Soy el legítimo gobernador de Hispania. ¿Cómo crees que se interpretaría nuestra huida?

—No lo sé, señor.

—Nos convertiríamos directamente en fugitivos.

—Bueno, parece que ya lo somos. Será cuestión de aceptarlo y decidir según esta nueva realidad.

Me arrepentí nada más decirlo. Todos me miraron como si hubiese cometido el mayor de los sacrilegios. Si hubiesen conocido mi historia, habrían sabido que Cneo Placidio Mutio, en su corta vida, no había hecho otra cosa que aceptar realidades. Ya no era una sensación nueva que el viento me llevase de aquí para allá. Para ellos, en cambio, todo era muy diferente.

—No. No puede ser. ¿Algo más, caballeros?

Avanzaba la noche. No llegábamos a ninguna conclusión. Y justo cuando Sertorio se disponía a dejarnos marchar, las puertas de la sala se abrieron. Eran Antonino y otro par de notables de Cartago Nova. Venían vestidos con sus ropas de noche, sus caras mostraban preocupación y urgencia. Antonino hizo una rápida reverencia y pidió disculpas por interrumpir.

—¿Qué se te ofrece, Antonino?

—Debéis abandonar la ciudad. Os lo suplico. Vuestra presencia aquí nos compromete.

—¡Cobarde! —ladró Tito.

—Así que ya os habéis enterado —dijo Sertorio con resignación.

—Señor, soy un hombre leal. Pero, dándoos cobijo y suministros, la ciudad se convierte en cómplice. Hay demasiadas familias, demasiada gente depende de mí. Os lo suplico, señor. Debéis abandonar Cartago Nova.

Sertorio se quedó pensativo. Observó el mapa que tenía delante. Me miró. Todo el mundo sabe que las noticias, si son malas, no descansan, avanzan y avanzan y se mezclan con los rumores. Imagino que el tuerto pensaba que, puesto que la noticia del avance de Anio nos había dado alcance, ahora, mientras hablábamos, esa misma noticia galopaba rumbo a otras ciudades, nos adelantaba. Todas las puertas se cerrarían a nuestro paso.

—Precisamente de eso estábamos hablando, ¿verdad, Cneo? De abandonar la ciudad.

Tardamos dos días en aprovisionar y cargar las naves. Cuando embarcamos, Anio se encontraba en Saguntum.

Solo ahora me doy cuenta de lo duro que debió de resultar para Sertorio tomar la decisión de abandonar Hispania sin haber luchado.

18

—Al menos aquí nos evitamos las deserciones —dijo Hirtuleyo, apoyado sobre la regala. Observaba ensimismado la inmensidad de las aguas.

Las costas de Hispania se fueron desdibujando en el horizonte. El mar estaba en calma. No sabíamos adónde nos dirigíamos. Viajábamos hacinados en una treintena escasa de transportes, con los marineros justos para gobernar las naves. Estos nos miraban con recelo, no en vano, pues prácticamente habían sido obligados a servirnos a punta de espada.

—Jamás pensé que me convertiría en un fugitivo —suspiró mi amigo. ¿Qué podía decir ante eso? Opté por el silencio. Creo que todos estábamos temerosos de nuestro futuro. Que no veíamos salida. Rodeados de agua, condenados al silencio salvo por las esporádicas toses de algún legionario y los relinchos desesperados de aquellos animales que viajaban en la bodega y que no acababan de aceptar el leve bamboleo de las embarcaciones bajo sus pezuñas. Pegaso, como siempre, se mostraba tranquilo y paciente. El jamelgo no parecía tenerle miedo a nada. Acataba cuanto fuera con la resignación de un sabio.

—Mira —dije apuntando a la embarcación de Sertorio—, parece que viramos.

—¿Qué tendrá en mente?

Cambiamos de rumbo. En vez de continuar hacia el este, las naves siguieron la estela de la capitana y enfilaron hacia el mediodía.

—Mauritania —dijo Hirtuleyo secamente.

—¿Y eso?

—¿A dónde si no? Hispania nos está vetada, en los alrededores de Cartago, en África, campa a sus anchas el Carnicero Adolescente, y más allá solo hay territorios leales a Sila.

Y así fue. Cuatro días después de haber abandonado Hispania, pisábamos suelo mauritano. Estábamos lejos de ser la temible flota de los aqueos dispuestos a desembarcar en las playas de Troya, pero la imagen se le antojó apropiada a mi imaginación, tan propensa a este tipo de ensoñaciones. Los hombres agradecieron pisar tierra firme. Si algo diferencia a un romano de un griego es su relación con el mar. Para el primero es una frontera, un mal que hay que evitar, enfrentarse a las aguas le da pavor al romano. En cambio, para el griego, el mar es el camino hacia nuevos mundos, es un medio, una ventana a la libertad.

Las naves quedaron varadas en la playa, muy cerca las unas de las otras, y los marinos, bajo estrecha vigilancia. Los legionarios cavaron un foso y levantaron una empalizada a lo largo de todo el perímetro. Luego, el pretorio y, a su alrededor, como pudimos, el resto de las tiendas de campaña. La noche nos sorprendió encendiendo las primeras hogueras. A la mañana siguiente Sertorio me encomendó la que sería mi primera misión. No era una tarea difícil. Los víveres se consumían con rapidez y hacía falta buscar agua dulce. Era necesario organizar partidas de forrajeadores.

Abandonamos el campamento de madrugada, en formación, dejando atrás toda la impedimenta, salvo las armas, y llevando con nosotros el doble de mulas de lo habitual, provistas de grandes cestos de mimbre. Los exploradores que habían reconocido el terreno nada más llegar habían localizado tres pequeñas aldeas rodeadas de campos sembrados de trigo aún verde. Era pronto para la cosecha. Aun así buscaríamos otros alimentos que llevar de vuelta al campamento. La primera aldea se encontraba a dos millas de la playa. Era un conglomerado de unas cincuenta casas humildísimas de adobe con techumbre de paja. Sus habitantes, conscientes de nuestra presencia en la zona, habían huido llevándose con ellos todo lo que podían transportar, que no era mucho. Salvo por un perro que nos ladraba insistentemente, el poblado estaba desierto y en silencio. Un puñado de gallinas picoteaba el suelo, ajenas a nuestra presencia. No quedaba ni un animal en los corrales. Hacia el sur se alzaba un monte cubierto de bosques. Allí era donde, probablemente, los aldeanos se refugiaban esperando a que pasase la inesperada incursión como quien aguarda a que pase la tormenta.

—Que empiecen —le dije a Alio.

Este, con su voz ronca y agitando el sarmiento, dio la orden. En un instante la cohorte se deshizo de sus armas y se perdió entre las casas en busca de comida. No tardaron en dar con los graneros enterrados y medio vacíos. Estos fueron saqueados a conciencia. Me distraje un buen rato viendo a Balbo y a un grupo de tres legionarios corriendo detrás de las gallinas, a las que, una vez capturadas, ataban con una cuerda de las patas y colgaban a lomos de las mulas, de seis en seis. Un legionario, harto de oír al perro, le ensartó con la espada. Ladridos. Un chillido. Creo que todos agradecemos que se callara.

Con las mulas a media carga, marchamos hasta la siguiente aldea, algo más al oeste. Pasado el mediodía, la partida podía darse por satisfecha. Volvíamos con suficiente comida para, al menos, una semana. Los hombres charlaban. No es que yo hubiese hecho gran cosa, pero me sentí satisfecho conmigo mismo. «Misión cumplida», me dije. Y me entregué a mis ensoñaciones en aquel camino pedregoso, quebrado y seco. A nuestra izquierda, una pequeña elevación, más allá un pinar no demasiado espeso. Helena. ¿Qué estaría haciendo ahora la bella celtíbera? ¿Volvería a verla?

Alio caminaba junto a mí. Pegaso, que por lo general iba con la cabeza casi rozando el suelo, la irguió, miró a derecha e izquierda y alzó las orejas. Se detuvo en seco. Alio también. El veterano centurión ordenó el alto y pidió silencio a la tropa. Olisqueó el aire como un perro. Aguzó el oído.

—¡Mulas al centro! ¡Primera y segunda centuria, proteged el cargamento! ¡Tercera y cuarta, testudo! ¡Quinta, en línea conmigo!

Un sonido metálico acompañó el apresurado despliegue. Después, el silencio.

—¿Qué ocurre, Alio?

—Haría bien en buscar refugio con las mulas, señor.

—No sé, yo no oigo nada. No veo nada.

—Precisamente, señor.

Hice caso al centurión. Descabalgué y llevé a Pegaso hasta donde estaban las mulas. Alio se guareció detrás de la línea que había ordenado formar. Desenvainé lentamente. Alio tenía razón; tanto silencio, tanta quietud eran extraños. No cantaban los pájaros, no se movían las hojas de los árboles ni los arbustos. Los legionarios, detrás de sus escudos ovales atejados y protegida la cabeza por el casco, observaban inquietos, atentos a cualquier movimiento del penacho transversal del *pilus prior*, temerosos de un posible enemigo que, por ahora, no era más que un fantasma en nuestra imaginación.

—Dicen que hay mauritanos que tienen dos cabezas —le susurró delante de mí un legionario a otro. La voz me resultó familiar.

—Sí, y que sus mujeres tienen dientes en el coño, no te jode... —dijo el otro.

—¿En serio? —respondió Balbo sorprendido—. Tengo que contárselo a Apio.

—Callaos —ordené.

Oír el comentario de Balbo no solo no me tranquilizó, más bien al contrario. Nada tenía que ver con los hombres de dos cabezas, sino con el hecho de que si, efectivamente, había un temible enemigo acechándonos, aquel montón de hombres incultos y básicos no serían de mucha utilidad. Sí, me había metido tanto en mi papel después de meses que ya empezaba a pensar como un patricio. De pronto se oyó un alarido solitario y lejano en el pinar, al que le siguieron otros. Detrás de cada árbol surgió un hombre a la carrera. Aullaban. Levantaban el polvo a su paso.

—¡Ahí vienen, muchachos! —gritó Alio.

Fue lo último que le oí decir al *pilus prior* antes de que todo acabase envuelto en la confusión y los gritos de esfuerzo. Primero volaron sus jabalinas, luego las nuestras. Después sus pequeños escudos redondos de madera chocaron contra los nuestros. Las mulas, detrás de mí, se revolvían inquietas. Una jabalina mauritana atravesó el cuello de la que tenía más cerca. El animal se desplomó entre estertores, su cargamento esparcido por el suelo, su sangre fluyendo hacia mis sandalias. Noté un río cálido en la entrepierna recorriéndome el muslo. Estaba paralizado. No me habían herido. No era sangre. Sencillamente me estaba meando encima. La centuria que estaba con Alio a unos treinta pasos fue engullida por una masa de mauritanos. Estos iban armados a la ligera, no portaban armadura, pocos llevaban espada, la mayoría lanzas e incluso aperos de labranza. Me impresionaron las caras tostadas y curtidas de aquel extraño enemigo. Muchos eran muy jóvenes. Ningún tipo de organización parecía estar detrás de aquella explosión de furia.

Mientras Alio se batía rodeado, otros mauritanos se empotraban contra los escudos de la delgada línea de legionarios que los separaba de las mulas y, por supuesto, de mí. Fue entonces cuando mi percepción de aquel montón de hombres «incultos y básicos» cambió por completo. Me fijé en Balbo. El muy idiota se había convertido, para mi asombro, en un legionario frío y disciplinado en medio de la refriega. Bloqueaba un golpe, bloqueaba otro y, con la precisión de un cirujano, proyectaba su gladio hacia el enemigo, que caía abatido. Luego avanzaba un paso y vuelta a empezar.

—Vamos, muchachos —me oí decir. Casi en un susurro. Luego más alto—. ¡Vamos, muchachos! —Y otra vez—. ¡Vamos, muchachos!

Sentí que mis palabras no solo animaban a los hombres, también a mí mismo. Un extraño entusiasmo se apoderó de mí. Monté a Pegaso y, desde la grupa, pude observar mejor lo que ocurría. Alio seguía rodeado, pero no cedía, del pinar ya no surgía ningún mauritano. La línea que tenía delante avanzaba paso a paso. La derecha y la izquierda soportaban la embestida.

—¡Dadles lo suyo a esos hijos de puta! —seguí gritando—. ¡Veinte monedas de plata al primero que llegue hasta Alio! —Azucé a Pegaso hincando los talones en sus flancos—. ¡Veinte monedas de plata al primero que llegue hasta Alio!

No sé por qué lo dije. Creo que fue el nerviosismo, el miedo, la necesidad de ver aquello acabado cuanto antes, de hacer algo. El corazón latiendo en las sienes, las manos sudorosas, el cuerpo temblando. Ni por lo más remoto podía imaginar el efecto que tuvieron mis palabras. Los hombres abandonaron todo método y se lanzaron a la carga contra el enemigo con un alarido que me erizó el vello y que debió de helar la sangre de los mauritanos. Los enemigos cayeron por decenas. En unos instantes la presión sobre Alio se había deshecho y el enemigo emprendía la huida perdiéndose por los pinares.

—¡Bien hecho, muchachos! ¡Bien hecho!

El combate no debió de durar más de media hora, quizá ni eso. Y tan solo fue una escaramuza. Pero a mí se me antojó eterno y toda una batalla campal. Me encontraba eufórico.

—Gracias, señor —dijo Alio cuando llegué a su altura—. Aunque no era necesario. Un puñado de campesinos inconscientes. Pero gracias de todos modos —repitió.

Contamos seis muertos y varios heridos de diversa consideración entre los nuestros. No nos molestamos en contar mauritanos. Los bárbaros moribundos fueron liberados de sus miserias allí donde habían caído. No di ocasión a mis hombres para que desvalijasen los cuerpos. Tampoco creo que hubieran encontrado nada de valor.

Volvimos al campamento de la playa a marchas forzadas.

19

Pronto resultó evidente que no éramos bienvenidos en Mauritania. Es natural, por aquellas tierras, el continuo estado de guerra civil. Muere un rey, sus hijos se disputan el trono durante años, uno acaba alzándose con la victoria y, a su muerte, ya sea por las causas propias de la naturaleza o siendo víctima del asesinato, el conflicto vuelve a surgir.

Por lo que se debatía en las sesiones en el pretorio, los mauritanos estaban de nuevo luchando entre ellos. La decisión de Sertorio de desembarcar en aquel remoto país del fin del mundo no había sido lanzar una piedra al aire para ver dónde caía, más bien al contrario. Su intención era tomar partido por alguna de las facciones en liza y ganarse la confianza del vencedor para así poder establecer una base desde la que poder volver a Hispania y disputar el poder del usurpador. Durante días sufrimos varios asaltos al campamento, cada vez más intensos. Todos ellos murieron en la empalizada. Tras ella estábamos seguros, pero también es cierto que era imposible adentrarse en territorio mauritano sin sufrir cuantiosas bajas. Algo que Sertorio no estaba dispuesto a arriesgar.

Por mi parte, y para mi sorpresa y fastidio, me había ganado la reputación de ser un hombre generoso. Cumplí la palabra de gratificar al primer legionario que llegase hasta Alío, un tal Calpurnio, y le entregué las veinte monedas de plata que me diera Belinos. Y digo que tal reputación me resultó fastidiosa porque, a partir de entonces, me sentí obligado a ser generoso. Decían que si en una acción de tan escasa importancia había sido capaz de ofrecer tal recompensa, ¿qué no sería capaz de ofrecer en una situación más comprometida?

Mientras tanto, me sorprendió saber que Sertorio no cesaba de buscar soluciones a nuestra precaria posición. Además de intentar mantener conversaciones con las diferentes facciones mauritanas en liza, todas infructuosas, había conseguido ponerse en contacto con el azote de las costas: los piratas cilicios. Estableció con ellos un pacto de amistad. Si nos ayudaban, habría mucho que ganar para ambos. No conozco cuáles fueron las bases de ese acuerdo, pero una semana después de haber llegado a Mauritania volvimos a nuestros transportes y abandonamos aquellas tierras dirigiéndonos al norte escoltados por medio centenar de barcos piratas. Navegamos durante días. Regresábamos a Hispania. O, más bien, a una isla desde la que, en un día claro, podía verse un trocito de la península. Difuminado, a lo lejos, pero un trocito. La isla es conocida por el nombre de Pityussa. Jamás he contemplado atardeceres más bellos que los que

pueden observarse desde el confin oeste de esa isla. Sertorio volvía a estar en el puesto que le correspondía. Volvía a ser dueño de una pequeña parte de Hispania.

Desembarcamos de madrugada y, sin gran esfuerzo, conseguimos desplazar a la pequeña guarnición que defendía el emplazamiento. La mayoría de los cien legionarios allí destacados se rindieron sin luchar. Nos aprovisionamos, levantamos el campamento y, con la isla firmemente en nuestras manos, se reanudaron las reuniones diarias en el pretorio.

—Recuerda —me susurró Hirtuleyo al oído antes de entrar—, no debemos siquiera insinuar que los hombres están desmoralizados. El tuerto ya lo sabe, pero lo que no quiere es que lo sepan nuestros nuevos compañeros de armas.

Hirtuleyo, por supuesto, se refería a los piratas. Dos de ellos estarían en las reuniones, y aunque parte del trato incluía ponerse a las órdenes del sabino, creo que, por razones obvias, no nos fiábamos de ellos. Además, tanto Hirtuleyo como Tito y Numerio, los otros tribunos, afirmaron molestos que pactar con aquellos rufianes era una afrenta y una deshonra. Ya no éramos un ejército, protestaban, parecíamos más una banda.

—No creo que sea deshonroso aferrarse a cualquier oportunidad para mantener viva una guerra justa —dije convencido—. Además, el tuerto no es ningún necio. Sabrá sacarles jugo.

Mis compañeros aceptaron con reticencia mi observación. Entramos en el pretorio y el sabino procedió con las presentaciones. Jamás le había estrechado la mano a un pirata. Lo cierto es que siempre me los había imaginado sucios, sin dientes, feos. Sin embargo, aquellos dos vestían sedas, olían bien y llevaban la barba cuidada. En el cuello y en los dedos lucían collares y anillos. Tenía su lógica. Las constantes guerras terrestres de Roma contra cimbrios y teutones, contra los aliados italianos y ahora la guerra civil habían supuesto el desvío de recursos, por parte de la República, hacia cuestiones más perentorias que el mar y la protección del comercio. Sin ningún poder capaz de hacerles frente, aquellos bandidos marinos habían estado enriqueciéndose durante décadas, y todos sabemos que la riqueza acaba desembocando en el refinamiento o, mejor dicho, en la apariencia de refinamiento si esa riqueza no ha sido transmitida durante generaciones. Sertorio, aún no sé si en serio o en broma, se dirigía a uno de ellos llamándolo almirante. El almirante Mopsos.

—¿Estado de la tropa? —preguntó el tuerto como siempre hacía al comenzar la sesión.

—Dos mil trescientos ochenta y siete hombres en condiciones de luchar —respondió el cuestor—, ciento ochenta y seis indispuestos. No se han registrado deserciones.

—Excelente, Druso. ¿La moral?

—A prueba de fuego, señor. Como siempre.

—¿Suministros?

—Más que suficientes, señor.

Luego Sertorio pasó a revisar la situación. Sí, éramos un puñado. Pero, según las noticias que llegaban de Roma, la salud de Sila era muy delicada, las revueltas en la urbe se sucedían a diario, los gobernadores de todas las provincias estaban al borde de la insurrección contra el usurpador y el ejército de Anio en Hispania se diluía fruto de las deserciones. Tal avalancha de buenas noticias era abrumadora. Tardé en deducir que todo era mentira. Una gran mentira diseñada para hacer ver a nuestros nuevos aliados que habían elegido el bando correcto.

El tuerto sabía que Anio, en cuanto supiera de nuestra presencia en Pityussa, vendría a por nosotros. Pero también sabía que cualquier intento de hacerse a la mar con un ejército podía

acabar en desastre. Y si Anio embarcaba y, o bien tenía la mala suerte de ser víctima de una tormenta, o bien era derrotado por la flota pirata, nosotros podríamos volver a Hispania y establecernos allí de nuevo para continuar la guerra contra Sila. De hecho, fue el mismo Sertorio el que envió a un legionario de su confianza para que entrase en contacto con las tropas de Anio y, afirmando haber desertado, informase al general de nuestra posición. ¿Por qué? Sencillamente porque cuanto más tiempo tardasen las legiones del usurpador en aparecer, más probabilidades había de que los piratas acabasen por abandonarnos. Y el tuerto quería forzarles cuanto antes a una batalla naval. Era plenamente consciente de que los barcos piratas, uno a uno, no podían enfrentarse contra trirremes y quinquerremes bien armados. Pero eran mucho más rápidos y ligeros, con viento a favor podían rodear a los barcos que Anio enviase, podían intentar asaltarlos en proporción de cinco a uno e incluso podían guiarlos a zonas escabrosas de la costa donde encallarían. La apuesta era arriesgada, qué duda cabe, pero Sertorio se había hecho con una flota de la noche a la mañana y, de todos modos, tampoco teníamos muchas más opciones.

—Así que, almirante Mopsos, ese es el plan. ¿Alguna sugerencia?

—No —respondió Mopsos—. ¿Será entonces cuando Roma me reconozca como rey de Cilicia y amigo del pueblo romano?

—Habrá que esperar a que lo ratifique el Senado, por supuesto, y eso será una vez que nos hagamos con la ciudad. Pero para mí, querido amigo, Mopsos es ya rey de Cilicia y amigo del pueblo romano.

Sertorio palmeó la espalda del pirata y le regaló la más luminosa de sus sonrisas. Nosotros, en ese momento, ya sabíamos a qué estaba jugando el tuerto. Mopsos, por el contrario, no tenía ni idea. El almirante sonrió satisfecho.

20

Los días que siguieron fueron extremadamente tensos. La tropa estaba al borde del motín. La noticia de que Anio había embarcado con dos legiones en Cartago Nova nada más conocer nuestro paradero se propagó por las tiendas de campaña como una mala peste. Pasábamos más tiempo buscando desertores por la isla que preparándonos para la próxima e inevitable batalla naval. Aquellos que capturábamos, escondidos en cuevas o entre los arbustos, eran sumariamente ejecutados a palos por sus compañeros. No había muchos lugares a los que ir, es cierto, pero imagino que, conscientes de que Anio ocuparía la isla, consideraban razonable ocultarse unos días hasta que lo inevitable ocurriese. Ya emergerían después de sus escondrijos y se entregarían al general victorioso.

Dos mil cien hombres en condiciones de combatir por la mañana. Dos mil por la noche. Mil novecientos a la mañana siguiente. Mil ochocientos por la noche. Esta fue la última cifra que Sertorio nos hizo conocer antes de saber que el momento para embarcar de nuevo había llegado. La flota de Anio había sido avistada no muy lejos de allí por uno de los barcos de Mopsos. Y navegaba sin descanso en dirección a Pityussa.

—Caballeros —dijo el tuerto—, la diosa Fortuna nos sonrío. En poco menos de dos horas avistaremos las naves de Anio. Navegan con el viento en contra, eso significa que necesitan propulsarse a remo y que sus movimientos son lentos, y también significa que nosotros podemos maniobrar con mayor facilidad. Mopsos ya está al mando de sus naves esperándole. Los barcos piratas son más pequeños y endeble que los del enemigo, pero más ágiles. Procurarán atraerlos a los arrecifes, y asaltarlos en una proporción de cuatro a uno. No podemos enfrentarnos a Anio en tierra si llega a desembarcar, nos barrería. Por lo tanto, embarcaremos nosotros en los transportes, seguiremos de cerca a nuestros aliados y, si veis la ocasión de abordar alguno de los barcos de Anio, hacedlo. Con Anio y dos de sus legiones neutralizadas, pondremos rumbo a Hispania y recuperaremos las provincias. ¿Alguna pregunta?

—No, señor —dijimos al unísono.

—Caballeros, esta es nuestra oportunidad —dijo el tuerto a modo de conclusión—. En marcha.

Si algo admiré siempre en Sertorio fue su continua fe en la victoria. La capacidad de buscar y encontrar soluciones imaginativas en momentos en los que cualquier otro se hubiera derrumbado y,

sobre todo, en su habilidad para hacernos creer, porque él así lo creía, que nada estaba perdido hasta que todo estaba perdido. Y ese todo era la vida misma.

Embarcamos confiados. Yo iba resuelto a dar la orden de aproximarnos a cualquier barco de los que Sertorio, muy en su estilo, llamaba rebeldes. Pues siempre insistió en que los rebeldes no éramos nosotros, sino los secuaces de Sila. Por muy poderosos que fueran, éramos nosotros los que representábamos a la legítima República. Ordené a Alio que los hombres se armasen como si fuesen a luchar en tierra, que todos formasen en cubierta y estuviesen preparados para recibir la orden en cuanto nos encontrásemos cerca de un navío rebelde. No es que no tuviera miedo, pero había estado sometido ya tantas veces a ese sentimiento que estaba empezando a acostumbrarme a él. A convivir con él. Imagino que lo mismo les pasa a los caballos con las moscas. Son molestas, y pueden llegar a volverte loco, a no ser que no les prestes demasiada atención.

Las velas se hincharon y dejamos Pityussa impulsados por un viento favorable. A lo lejos se veían las velas arriadas de los barcos de Mopsos que, a pesar del leve oleaje, parecían inmóviles mientras aguardaban la orden de entablar combate. Entre los huecos se divisaban ya las naves de Anio, batiendo las aguas con sus remos, avanzando a toda la velocidad de que eran capaces, cortando las aguas, haciéndose más y más grandes a medida que nos aproximábamos. De repente, casi al tiempo, los barcos piratas desplegaron sus velas y empezaron a ganar impulso. Nuestros transportes, más lentos, les seguían a una considerable distancia. Vestido con mi cota de malla y mi *sagum*, con la espada desenvainada, con las aguas salpicándome la cara, por primera vez en mi vida sentí que no tenía miedo a la muerte. Menos aún sabiendo que luchaba por una causa justa. Por Roma, por mis padres asesinados, al lado de nuevos y buenos amigos como Hirtuleyo y Tito, y al servicio de mi héroe de la niñez, Quinto Sertorio. Deseaba entrar en combate.

Delante de nosotros los piratas ganaban en velocidad, iban formando grupos de cuatro y cada grupo enfilaba hacia uno de aquellos temidos trirremes de amenazantes espolones que seguían azotando las aguas como si no tuviesen a un enemigo delante. La flota de Anio era inmensa. Los barcos de Mopsos parecían volar sobre las aguas.

—¡Más aprisa! —grité.

Acatar mi orden era imposible. Lo supe en el preciso instante en que la di. Pero al menos sé que mi entusiasmo hizo efecto en mis hombres. Los piratas estaban a punto de entrar en contacto con los rebeldes.

Y, de repente, el tiempo mismo pareció detenerse. Las velas se deshincharon, el agua dejó de salpicarme la cara. A lo lejos comenzaban los primeros combates, se oían los primeros gritos. Un trirreme embestía a uno de los barcos piratas ahora prácticamente inmóviles. Luego a otro. Luego a otro. Nuestra improvisada flota había perdido su principal arma, en un suspiro, a un capricho de los dioses. Quedé paralizado.

El viento había vuelto a soplar, pero esta vez en nuestra contra, de repente. Cundió el pánico entre los legionarios. La flota de Anio desplegaba sus velas aprovechando el soplo del oeste y barría una a una las indefensas naves de nuestros aliados. Y cada vez soplaba con más y más fuerza. Y los rebeldes se enzarzaban en una lucha desigual contra un enemigo inmóvil. De pronto todo estaba perdido por capricho de la fortuna. Volví la mirada a la nave de Sertorio, enviaba señales. Ordenaba la retirada. El viento arreció. A nuestra espalda la flota pirata caía derrotada, se desvanecía engullida por las aguas. Los transportes emprendimos la huida con toda presteza, de nuevo hacia el sur. Procuramos reagruparnos en nuestra singladura. Muchos, en medio de la

confusión, acabaron estrellados contra las rocas de la costa. Parte de la flota de Anio se desgajó de la escuadra principal para darnos caza. La noche llegó a tiempo para ofrecernos su amparo. Y a la mañana siguiente nos encontrábamos en medio de un mar inabarcable, con vientos favorables y, por fortuna, sin contacto visual con nuestros perseguidores. Otro fracaso a nuestras espaldas.

Diez días después del desastre, la maltrecha flota atravesaba las columnas de Hércules. Desembarcábamos de nuevo en la hostil Mauritania. En los confines del mundo. Cansados, derrotados, proscritos, desmoralizados, hambrientos. Éramos poco más de mil los supervivientes. Éramos lo que quedaba del legítimo ejército de la República.

21

—Las llaman las Islas de los Bienaventurados, ¿sabes, Cneo?

Fue la primera vez que vi al sabino borracho. Lo que quedaba del verano y el otoño lo habíamos pasado recorriendo Mauritania, más como soldados de fortuna al servicio de una facción en lucha por el trono de aquel remoto país que como un ejército propiamente dicho. Con la ayuda de los mauritanos habíamos derrotado a un pequeño ejército enviado por Sila al mando de un tal Paciano. Y hasta habíamos ocupado la ciudad de Tingis, en el extremo del mundo, y derrocado al rey Ascalis, protegido y partidario de Sila. Allí pasamos el invierno. Y allí nos sorprendió la primavera.

La reunión en el pretorio había durado apenas unos minutos. Lo suficiente para que el cuestor diera un cumplido informe de las fuerzas y los suministros disponibles. La brisa soplaba leve del mar. Hacía calor. El tuerto escuchó el informe sentado en su silla de tijera, con los pies sobre la mesa y la copa de vino en la mano. Luego solicitó a Hirtuleyo, a Numerio y al cuestor que abandonasen la tienda. A mí, en cambio, me pidió que me quedara. Tito había muerto con sus hombres en Pityussa, su embarcación estrellada contra las rocas.

—Las Islas de los Bienaventurados —repitió el tuerto—. Dicen que los vientos allí son suaves y la temperatura siempre es la misma. Que es una tierra fértil, que ni siquiera hay que ararla, pues los frutos surgen espontáneos. Que los parajes son verdes y floridos. Que hay comida abundante y sus moradores no conocen la guerra, solo la paz y la felicidad.

—Aún no estamos muertos.

—¿Qué quieres decir con eso, muchacho?

—Está describiendo el Elíseo, señor. ¿No es allí adonde van los grandes guerreros, los virtuosos, una vez dejan este mundo? —pregunté pensando que se trataba de algún tipo de adivinanza. Luego me asaltó la inquietud. ¿Acaso estaba pensando en suicidarse? ¿Acaso pretendía que fuera yo quien ejecutase su última voluntad?

—El Elíseo... —suspiró—. El Elíseo... —repitió de nuevo, soltando una triste carcajada—. ¿De verdad crees que somos merecedores de caminar entre héroes durante toda la eternidad, Cneo? ¿De caminar junto a Aquiles, Leónidas, Epaminondas, Alejandro, Aníbal, Escipión? ¿De verdad?

—Quinto Sertorio lo es, señor.

—Tonterías. Ya no recuerdo cuándo empecé a huir. Pero lo peor no es eso, Cneo. Lo peor es sentirse abandonado por los dioses. Sentir que tu vida, que siempre creíste destinada a grandes cosas, no haya servido para nada. Y que, por culpa de las decisiones tomadas, hayan muerto buenos romanos, por una buena causa, al mando de un general que les ha fallado.

—Ha hecho lo que estaba en su mano, señor. Nadie podría haberlo hecho mejor con tan escasos medios. La fortuna nos ha sido esquivada hasta ahora. ¿Quién nos dice que no puede cambiar?

—Esta vida, si alguna vez tuvo sentido, ya no lo tiene.

—Señor, no debería... —La idea de acabar con su vida y a petición suya empezaba a revolverme el estómago—. Yo no...

—¿Sabes a quién echo de menos? —Negué con la cabeza—. A mi madre. Rea. Una gran mujer. La echo de menos todos los días. Siempre tiene respuesta para todo.

—Yo...

—Sí. ¿Y sabes cuál es el momento más sublime de un hombre?

—Señor, no creo que...

—Cuando ese hombre ha luchado hasta vomitar el alma por una causa justa, por todo aquello que ama, y se encuentra tendido en el campo de batalla, ensangrentado, jadeante, exhausto y victorioso.

—Nadie dice que ese momento no pueda llegar —dije con nerviosismo—. Aquí estamos, con nuestros brazos, nuestras piernas, nuestra nariz, nuestros ojos..., bueno, o nuestro ojo..., quiero decir... Bueno, da igual. Ya es tarde, señor, quizá deberíamos...

—Me caes bien, Cneo. A mí también me ha costado siempre darme por vencido. Te admiro. Pero creo que el momento ha llegado. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro, señor.

—¿Tú me acompañarías a esas islas?

—Soy demasiado joven para ir a según qué sitios. No entra en mis planes abandonar este mundo ahora mismo.

—Dicen que no están lejos de aquí —continuó diciendo el tuerto con tristeza; era evidente que no me escuchaba—, a unos diez mil estadios. Según los marinos, tan solo nos llevaría unos días llegar a ellas. No es donde yo creía que terminaría mis días. Pero, quién sabe, quizá allí podamos vivir hasta hacernos viejos. Al menos es seguro que Sila tardaría en encontrarnos. Un soldado debe saber cuándo está perdida la batalla.

Seguro que es fácil imaginar el suspiro de alivio que surgió de mis entrañas. El sabino no quería suicidarse, solo huir a unas islas que no estaban demasiado lejos y que le habían sido descritas como si fueran un paraíso. No me había repuesto de la conversación cuando Numerio entró en la tienda a toda prisa.

—Señor, acaba de llegar al campamento un grupo de emisarios lusitanos.

—¿Lusitanos? ¿Qué hacen aquí?

—Piden, más bien suplican, que vuelvas a Hispania. Dicen que se están preparando para alzarse en armas contra Lucio Fufidio, el nuevo gobernador de la Ulterior. Dicen que los extorsiona. Que ha subido los impuestos hasta límites impagables. Que con la excusa de buscar

hombres leales a ti saquean sus pueblos y ciudades, que capturan tribus enteras y entregan a sus habitantes a la esclavitud. En resumen, señor, quieren que vuelva su anterior procónsul, y están dispuestos a ofrecerte el mando.

Sertorio se alzó de un salto y fue directo al rincón donde se amontonaban tres arcones repletos de documentos. Buscó frenéticamente mientras hablaba.

—Conozco a Fufidio. Es un necio. Un centurión favorito de Sila y un maldito avaricioso.

Encontró lo que quería, un mapa de Hispania que se apresuró a extender sobre la mesa. Encendió dos lámparas de aceite y plantó su dedo índice sobre las columnas de Hércules. Miró a Numerio y le sonrió.

—¡¿Qué haces ahí plantado?! ¡Hazlos pasar! ¡Muévete! ¡Ve a por ellos! ¡Vamos!

III

Fortuna Dubia

Merecía la pena arriesgarse. Abandonamos Mauritania dos semanas después de la visita de los lusitanos. Era una noche sin luna. Las aguas estaban en calma. Nosotros, por orden expresa, en silencio. No se veía nada salvo las estrellas flotando inmóviles en el firmamento. Sin embargo, los marinos aseguraban poder navegar por aquel estrecho hasta con los ojos vendados. Sertorio prohibió encender antorchas o lámparas. Sabíamos que Anio había sido sustituido por Fufidio y que un tal Cota estaba al mando de una pequeña flota de trirremes que patrullaba el estrecho que separa Mauritania de Hispania. Me dio la sensación de estar navegando en círculos hasta que, de pronto, en la lejanía, vimos una llamarada. Una gran hoguera recién encendida que marcaba el lugar designado por los lusitanos para nuestro desembarco. Una amplia playa, habían dicho. Hacia allí se dirigieron nuestras naves hasta encallar en la arena. Descargamos nuestro equipo en la oscuridad, procurando no hacer demasiado ruido. Desembarcamos las pocas mulas que nos quedaban y organizamos una pequeña fuerza de caballería con la docena de caballos que teníamos. Pegaso aún seguía conmigo. Una treintena de lusitanos vino a recibirnos a caballo. Eran hombres robustos, varios de ellos lucían barbas, venían armados para la guerra, portaban pequeños escudos redondos, espada y jabalinas y cascos como los nuestros solo que ricamente decorados y sin carrilleras. Descabalgaron y se postraron ante Sertorio. El sabino hizo que se alzasen.

—No soy ningún dios —les dijo el tuerto.

—Bienvenido, señor —dijo el que parecía el jefe de los treinta. Su latín era correcto, aunque su acento, marcado.

—¿De qué fuerzas disponemos?

—Unos cinco mil. Hemos atravesado el Anas y el Betis en pequeños grupos para evitar ser interceptados por las tropas de Fufidio y hemos establecido el punto de encuentro en Baelo, no muy lejos de aquí.

—Sí, conozco Baelo.

—Es probable que haya más hombres en camino. La Lusitania entera está en armas y dispuesta a seguirte.

—Excelente. Aunque por ahora Fufidio estará sobre aviso de vuestra presencia.

—Lo dudo, señor. Los grupos de guerreros está dispersos en un área de diez millas a la redonda, ocultos en los montes y entre la espesura, esperando a ser convocados. Además, el

grosso de las tropas de Fufidio y él mismo se encuentran ahora más allá del Anas saqueando nuestras tierras.

—¿Sabes de cuántas tropas dispone?

—Tres legiones, señor.

—Unos quince mil hombres —concluyó el tuerto—. Bien. En marcha.

Amanecía cuando llegamos a Baelo. La diminuta ciudad, jubilosa, abrió sus puertas a nuestro pequeño contingente. En el foro los notables nos dieron la bienvenida. Las gentes nos aclamaban como libertadores, nos regalaban comida, nos ofrecían vino. El enclave entero se sumió en la fiesta, las muchachas coqueteaban con los legionarios y estos, acostumbrados a pagar por el sexo, parecían sentirse acobardados, más aún después de haber sido advertidos de que cualquier desmán con la población acarrearía un castigo. ¿Por qué nos recibían con tal entusiasmo cuando, apenas hacía un año, toda Hispania nos había dado la espalda? La respuesta era sencilla. En el tiempo que Sertorio había estado al mando, las provincias habían saboreado las mieles del buen gobierno y el fin de la extorsión, se habían reducido los impuestos, se habían mantenido a raya los abusos de la tropa. Ahora, en cambio, Fufidio, y Anio antes que él, habían vuelto a las viejas prácticas. Más aún Fufidio, hombre de origen humilde, ascendido a pretor de la Hispania Ulterior por Sila y dispuesto a hacerse asquerosamente rico durante el tiempo que durara su cargo. Solía decirse en Roma que un gobernador debía amasar tres fortunas durante su mandato en una provincia: una para pagar sus deudas, otra para sobornar a los jueces a su vuelta y otra para sí mismo. Hispania quería volver a ser gobernada con justicia, y estaba dispuesta a luchar por ello.

Acampamos en un monte cercano a Baelo y, a lo largo de los días, grupos de hombres armados se fueron uniendo a nosotros. Nuestro minúsculo campamento se fue haciendo cada vez más grande. No solo había lusitanos, también jóvenes romanos, turdetanos, carpetanos y un puñado de celtíberos. En poco menos de dos semanas, Sertorio había pasado de comandar un ejército de un millar de hombres derrotados a ponerse a la cabeza de cerca de diez mil guerreros desbordados de entusiasmo. Fufidio abandonaba la Lusitania y marchaba hacia el sur. El tuerto recibió la noticia con sumo agrado.

—Caballeros, toca actuar. ¿Preparados para darle al centurioncito Fufidio una lección de humildad?

—Por supuesto, señor —dijimos.

Levantamos el campamento y partimos hacia el norte alejándonos de la costa. Era un ejército heterogéneo y, si se me permite, muy colorido, alejado de la austeridad monocroma de las tropas romanas. Los escudos, grandes y ovalados, de la infantería pesada hispana lucían bellos trazos, cada uno con un dibujo; rojos, amarillos, verdes, negros, extraños animales y motivos geométricos decoraban las defensas. Las espadas, lejos de la austeridad y uniformidad romanas, estaban también ricamente decoradas, muchas de ellas hechas a la medida de su portador. Los pendones eran diversos en tamaños, colores y motivos. Los arreos de los caballos hispanos, de rica factura, contrastaban con los nuestros, diseñados desde la funcionalidad y no con vistas a la belleza. Las tropas ligeras, vestidas con una simple túnica, escudo pequeño y jabalinas, venidas de lo más bajo de la sociedad, no mostraban menos entusiasmo en la marcha que sus más pudientes compatriotas. Cantaban. Todos cantaban. Algunos decían que Sertorio no era sino Viriato reencarnado, surgido

de entre los muertos, enviado por los dioses para continuar una lucha que en Hispania siempre había quedado inacabada, siempre en suspenso, siempre a la espera de una nueva señal. E Hirtuleyo y yo, en medio de aquel conglomerado, nos convertimos en hombres importantes, hombres cercanos a Sertorio, romanos, el núcleo de aquel ejército. En una de las sesiones del pretorio, Hirtuleyo planteó sus dudas con respecto al hecho de enfrentarse con Fufidio.

—Son tropas romanas, señor. Hombres curtidos y disciplinados. Y nos superan en número. Los nuestros son una caterva de hombres de muy diversa procedencia. No dudo de su valentía, pero no están acostumbrados al mando único. No creo que sea el momento de enfrentarnos a Fufidio.

—¿Y cuándo lo será, Lucio? ¿Mañana? ¿Dentro de diez días? ¿Dentro de un año? —preguntó el tuerto—. En cuanto la noticia de nuestro desembarco llegue a Roma, Sila enviará más tropas. Para entonces tenemos que haber establecido un férreo control sobre estas tierras, y para ello debemos derrotar al centurioncito.

—Señor, con todos mis respetos, no creo que sea el momento. El entusiasmo solo no gana batallas.

—No. Pero tampoco se puede ganar una batalla sin él. Entiendo tus dudas, Lucio. Pero déjame recordarte dos cosas: la primera, que Hispania siempre ha estado en guerra. Estos hombres llevan el combate en la sangre. Y la otra: ¿acaso no consiguió hacer Aníbal de estos hispanos una fuerza terrible?

—Sí, señor..., pero...

—Además —dijo el sabino con una amplia sonrisa—, ¿no era Aníbal tuerto también?

—Señor, no sé lo que eso tiene que ver con nada.

—No tiene nada que ver. Pero es un hecho. Si Aníbal, tuerto y con un ejército heterogéneo, hizo temblar Roma, ¿no podemos nosotros hacer temblar al perrito faldero de Sila? Y aunque no pudiésemos, ¿tenemos alguna otra opción? Además, el centurioncito estará deseando darnos caza. Ahora mismo el muy necio se estará frotando las manos pensando en lo generoso que será su amo con él cuando le envíe nuestras cabezas a Roma en una bandeja de plata. Y eso puede hacerle cometer graves errores. Fufidio tendrá prisa en obtener resultados.

Creo que todos acabamos convencidos de que no había otro camino salvo el enfrentamiento directo con Fufidio, el centurioncito, el perrito faldero de Sila. Sertorio también necesitaba una victoria, y la necesitaba cuanto antes. Derrotar a Fufidio suponía no solo hacerse con el control de la Ulterior, sino también enviar un mensaje claro al resto de Hispania de que la legítima causa de la República no estaba muerta.

—Le esperaremos aquí —dijo Sertorio señalando un lugar en el mapa, cauce arriba del río Betis—. Es un laberinto de marismas. Pensará que nos ha interceptado de camino a la Lusitania. Le haremos saber que somos pocos, que no queremos luchar con él y que estamos asustados.

No muy lejos de Itálica, hay un vado donde las aguas frías pero calmas del río Betis se ensanchan y, según la estación, permiten cruzarlo a pie. Bien es cierto que, a medio camino entre las orillas y en algunos trechos, el agua puede llegar a cubrir hasta el cuello. Pero el lecho del río es firme y la corriente débil. Precisamente allí, a una milla del río, en la margen izquierda, establecimos el campamento y esperamos a Fufidio. Sabíamos que se encontraba a media jornada de camino, en la margen derecha.

Según Sertorio, nuestra posición debía ser lo suficientemente fuerte como para derrotar a un ejército superior en número, organización y calidad. Pero también debía mostrarse lo suficientemente débil como para que el centurioncito se arriesgase a atravesar el río con sus tropas.

—Por último —dijo el tuerto—, necesitamos al mejor de los actores. Alguien que «deserte» al ejército rebelde y le haga creer que estamos al borde de la desintegración. ¿Alguna idea?

—Creo que tengo al hombre que necesitamos, señor —dije con total confianza.

Aquel hombre era Balbo. Al salir del pretorio le hice partícipe a Hirtuleyo de mi idea. Mi amigo no era ajeno a los despropósitos que Balbo había protagonizado desde hacía tiempo, pues eran motivo de comentario y risas cuando nos reuníamos en nuestros momentos de ocio o en las marchas. Hirtuleyo se mostró extrañado en un principio. ¿Cómo íbamos a encomendarle tan difícil misión a un hombre tan carente de luces? A lo que respondí con otra pregunta: ¿qué mejor actor que aquel que ni siquiera sabe que está actuando?

Llamé a Balbo a mi tienda. Allí, con cara de preocupación, departíamos Hirtuleyo y yo.

—Señor —se cuadró el legionario.

—Descansa, Balbo. Ven, siéntate con nosotros. ¿Quieres un poco de vino?

—Me encantaría, señor.

—¿Recuerdas, Balbo, lo que dijiste ayer?

—¿El qué, señor?

—Aquello por lo que te atizó Alio.

—Pero es que me lo contó Apio, hicimos la prueba y es cierto. Si alguien te da un puñetazo en la cara y al momento se escupe en la mano con la que te ha golpeado, el dolor disminuye de repente. Es verdad, señor. Ayer lo hicimos varias veces y...

—No, eso no —me costó reprimir una carcajada—, lo que dijiste de los hispanos.

Balbo miró a derecha e izquierda como si temiese ser escuchado. Y bajó la voz.

—No me fio de ellos, señor. No me gusta cómo nos miran —dijo en un susurro.

—¿Por qué, Balbo?

—No sé si debería...

—Claro que debes. Es más, te ordeno que des tu opinión al respecto.

—El otro día vi cómo una oruga era atacada por un montón de hormigas, señor.

—¿Y qué quiere decir eso?

—Bueno —dijo dándose un poco de importancia—, mi madre era adivina y me enseñó a interpretar presagios.

—¿Y qué presagio es ese?

—Los hispanos se revolverán contra nosotros y nos matarán en cuanto descuidemos la guardia, señor. O en cuanto tengan la menor ocasión.

—¿Es eso lo que piensan los demás?

—Algunos, señor.

—¿Y por qué no huyes? Podrías desertar. El ejército de Fufidio no se encuentra muy lejos de aquí.

—Oh, no, señor. Yo nunca haría eso.

—¿Por qué no?

—Porque soy un buen legionario.

—Y un legionario que pronto morirá a manos de los hispanos.

—¿También lo cree, señor? —dijo sorprendido.

—Sin duda, Balbo. No hay más que ver cómo nos miran. Cualquiera diría que están deseando cocernos a fuego lento.

—Eso es exactamente lo que creo yo.

—Solo respetan a Sertorio. Por eso aún no nos han empalado. Pero ¿qué pasaría si el procónsul muriera?

—¡No diga eso, señor!

—Pues tiene mala cara —intervino Hirtuleyo.

—Muy mala cara —añadí.

—Ayer le vi paseando por el campamento y parecía muy saludable —dijo el legionario.

—Tiene que aparentarlo, Balbo. Pero lo cierto es que no se encuentra bien y eso los hispanos lo saben. Porque son brujos. Y están al borde de la revuelta.

—¡Dioses! ¡Es terrible! —exclamó.

—Así que quiero encomendarte una misión.

—Lo que sea, señor. Lo que sea.

—Quiero que desertes.

—Eso nunca, señor. No.

—Quiero que vayas al encuentro de Fufidio y le pidas clemencia para nosotros. Y para ti. Y para todos los buenos romanos que forman parte de este ejército.

—Pero, señor...

—¿De verdad consideras que abandonar un ejército compuesto por bárbaros y unirse a uno formado por romanos es desertar?

—Son rebeldes —dijo consternado—. Además, si Alio me pillara...

—Ya he hablado con Alio. Y él es de la misma opinión que nosotros. No tendrás problemas. Estamos en peligro mortal, Balbo. Este ejército se desintegrará al primer golpe. Nada más ver a las curtidas legiones de Fufidio.

—¡Dioses! ¡Estamos condenados! —Hice un gesto con la mano para que el legionario bajase la voz—. Entonces yo tenía razón.

—Sí, Balbo, la tenías y la tienes. Y no solo eso, además, eres nuestra única esperanza. Puedes contar con una buena recompensa si nos volvemos a ver.

—Toma —dijo Hirtuleyo contando unas monedas de su bolsa—. Veinte ases.

—Gracias, señor, gracias, gracias.

Salió de la tienda de espaldas, haciendo reverencias. Nada más caer la noche atravesó el río de camino a las legiones de Fufidio.

«Nada existe. Si algo existiese, no podría conocerse. E incluso si llegase a conocerse, no podría ser comunicado a otros». Quien haya estado en una batalla entenderá el significado de esta frase que Agatón me hizo memorizar. Una batalla podría describirse con una sola palabra: confusión.

Dos días después de que Balbo abandonase el campamento, recibimos la noticia de que Fufidio estaba en marcha. No había amanecido aún. El pretorio estaba repleto: Sertorio, Hirtuleyo, Numerio, Sulpicio el cuestor y otros dos jóvenes romanos, Sabino y Rufo, ambos provenientes de Itálica. Estos últimos fueron hechos tribunos en virtud de su ciudadanía y por ser hijos de hombres principales. Con nosotros había una docena de hispanos. El tuerto caminaba por el pretorio con las manos enlazadas a la espada mientras establecía su plan. Las tropas ligeras hispanas se desplazarían al otro lado del río, en la margen derecha. La idea era dar la impresión a Fufidio de que nos había sorprendido en el preciso instante de cruzar. Estas tropas tenían orden expresa de no disparar siquiera; debían retirarse en desorden, como si huyesen despavoridos ante la presencia de las legiones del centurioncito. Debían gritar, aullar como si fuesen presa del pánico y refugiarse en la otra orilla. Al final, señaló el tuerto, el arte de la guerra es el arte del engaño. Hacer parecer que eres débil cuando eres fuerte, que eres fuerte cuando eres débil, que estás lejos cuando estás cerca, o cerca cuando estás lejos. La huida de las tropas ligeras daría confianza a los rebeldes, quienes, si todo salía bien, identificarían el vado por el que huían y las seguirían directos a la infantería pesada hispana de coloridos escudos. El centro de la línea cedería terreno palmo a palmo una vez enganchados en combate. Los flancos, en cambio, se mantendrían firmes y, a una señal, cuando la mitad de las fuerzas de Fufidio hubiesen atravesado el río, el centro detendría su retroceso y los flancos cargarían. Las escasas tropas romanas estarían en reserva.

—Esto ya lo hizo otro tuerto hace más de cien años —dijo Sertorio con confianza.

El sabino nos deseó suerte. A Hirtuleyo y a mí nos fue encomendado el flanco izquierdo: comandaríamos las tropas junto con los jefes lusitanos de quienes dependían.

Una vez establecido el despliegue inicial, una batalla toma vida propia, y reaccionar ante imprevistos resulta extremadamente difícil. Cualquier maniobra resulta complicada, cualquier cambio en la disposición en medio de la batalla puede hacer que cunda el pánico entre la tropa. Pero eso lo comprendí tiempo después. Por entonces me bastaba con saber que el plan no podía fallar. Aunque también es cierto que, hasta ese momento, todos habían fallado.

A media mañana el ejército se había desplegado en orden de batalla. Ocupadas sus posiciones, y sin tener a la vista al enemigo, los hombres dejaron tendidas sus armas en el suelo y se sentaron. Charlaban entre ellos, comían, entonaban cánticos de guerra por grupos según su procedencia. Alguno se levantaba de su sitio para otear el horizonte y volvía a sentarse cuando su visión quedaba satisfecha de que no había rastro de las legiones. La moral estaba alta. Los hispanos tenían ganas de luchar, de vengar siglos de agravios y derrotas. Hirtuleyo y yo buscamos acomodo a la sombra de un árbol. Empezaba a pegar el sol. Pegaso pastaba tranquilamente junto al caballo de mi amigo. Los aguadores recorrían las líneas llevando agua fresca a las tropas. Todo aquello parecía una gran fiesta. Sertorio recorrió las líneas ataviado para la batalla, vistiendo su armadura, casco y capa roja, dando ánimos a los hombres, diciendo que los presagios eran favorables. Cuando llegó hasta nosotros nos habló.

—Recordad. Cara impasible. Pase lo que pase. Y buen humor.

A mediodía, con el sol en su cénit, aún no divisábamos al ejército de Fufidio. Pero cuando el astro comenzaba su descenso, sonaron las tubas llamando a formar. En un instante las líneas estaban compuestas, los hombres firmes y yo sobre mi caballo observando el horizonte hispano en un día limpio y bello. Las tropas ligeras, armadas con sus jabalinas y pequeños escudos, avanzaban por el vado.

Lo primero que se ve cuando un ejército se aproxima es una especie de nube blanca y lejana producida por miles de pies perturbando el polvo, como suspendida. En cierto sentido se asemeja a una ola. La nube va haciéndose más grande a medida que el enemigo avanza y, pasado un tiempo, una especie de negrura, que ocupa la línea del horizonte como una pincelada, se va materializando bajo esa nube blanca. Después el sol arranca destellos intermitentes de los metales, es como un baile de estrellas a ras de suelo. Luego esa masa informe va tomando forma y empiezan a adivinarse las formaciones del enemigo. Los estandartes. Y llega el rumor metálico a los oídos. Y el constante batir de los pies sobre la tierra. Y las órdenes de los oficiales. Y, luego, todo se detiene y llega el silencio.

Desde mi posición, la retirada de las tropas ligeras hispanas al otro lado del río se me antojó tardía. Unos dos mil hispanos, con el Betis a sus espaldas, aguardaron hasta el último momento para emprender la huida. Se adentraron en las pacíficas aguas dando gritos de desesperación. Pronto parecieron un montón de cabezas y torsos flotando. Las tropas de Fufidio se lanzaron a por ellos a paso ligero. Cuando los hispanos llegaban a la mitad del río, los legionarios rebeldes empezaban a adentrarse en él, una cohorte tras otra, en perfecta y aterradora formación. Pegaso se mostraba tranquilo. Yo, en cambio, temblaba. Y no es de extrañar, era la primera vez que me veía inmerso en una batalla de tal magnitud; había presenciado la fría profesionalidad de los legionarios en otras ocasiones y no tenía tanta confianza en que los hispanos no fueran a dar media vuelta en cuanto empezase el combate, pues de ellos se decía que eran valientes, pero también que eran cobardes. La jornada daría y quitaría razones.

—¿Qué opinas? —le pregunté a Hirtuleyo.

La primera cohorte de Fufidio estaba ya a mitad de camino entre ambas orillas. Incluso cubiertos de agua hasta el pecho, no perdían la formación estrecha, compacta y profunda. Alzaban los escudos sobre las cabezas para evitar que se mojaran. Avanzaban lentos, pero firmes. Tras la última línea de la primera cohorte, venía la siguiente, a unos veinte pasos, y otra detrás, y otra más que se preparaba para adentrarse en el Betis.

—Depende. Nos enfrentamos a hombres duros, pero nuestra posición es muy favorable —respondió mi amigo.

A veinte o treinta pasos de la orilla, y a cuarenta de alcanzar la línea de infantería pesada hispana, el agua cubría hasta las rodillas. Allí, las cohortes del centurioncito, formaron por centurias, la una al lado de la otra. Chapoteaban en el agua a la carrera para ocupar sus posiciones. Una vez en su lugar, descendían los escudos. Se oían los gritos de los suboficiales.

Empezaba a hacer calor. Por un momento sentí envidia de aquellos pies sumergidos en el agua gélida. La infantería ligera hispana comenzó a hostigar a los rebeldes lanzando sus jabalinas; algunas se incrustaban en los escudos, otras se quedaban cortas y las menos lograban llegar a aquellos objetivos inmóviles que aún estaban formando. Cayeron unos cuantos romanos y, de repente, las tubas del enemigo tocaron avance. A medida que la primera cohorte se aproximaba paso a paso a la línea hispana, una segunda formaba detrás de ella.

—Se detendrán a unos quince pasos para descargar sus *pila* —dijo Hirtuleyo—. Espero que los nuestros sepan aguantar sin desbocarse.

No entendí muy bien aquella observación. Hoy sí puedo explicarla. Es muy difícil mantener la línea después de horas de espera y con los nervios cargados de ansia, cuando empiezan a llover proyectiles que abaten a amigos y compañeros. Es necesaria una férrea disciplina para aguantar ahí, tras el escudo, mientras se espera una orden, sin que una mezcla de miedo, valor y deseo de acabar pronto con todo aquello te lleve a cargar. Solo hace falta que un hombre, traicionado por los nervios, se lance a la carrera contra sus enemigos para que los demás lo sigan y se produzca una cascada desordenada. Este caso se da más aún entre los pueblos bárbaros, que ven la guerra como una cuestión individual de la que esperan no solo botín, sino también gloria.

Comenzó la lluvia de *pila* sobre nuestra línea. Los hispanos se refugiaron tras sus largos escudos ovalados. Sus caudillos aullaban que se mantuviesen firmes hasta haber recibido una orden expresa de Sertorio.

—Esa ha sido la primera —dijo Hirtuleyo—, a ver si aguantan la segunda.

Efectivamente. Una segunda ola de jabalinas cayó sobre ellos y, en cuanto cesó, los hispanos se alzaron, escupieron sus gritos de guerra mientras aguantaban en posición y los romanos, al grito de carga, cayeron sobre ellos. La línea se había mantenido inmóvil y ahora las lanzas hispanas se proyectaban sobre el implacable enemigo, chocaban los escudos, se hería la carne, rugían las gargantas, caían abatidos unos y otros. Las cohortes que iban cruzando el río se unían a la refriega, el frente se iba ensanchando, se levantaba el polvo, se rompían las armas. Atronador espectáculo.

—¿Damos la orden ya? —pregunté, impaciente.

—No. Hay que esperar —respondió mi amigo.

La línea hispana retrocedía palmo a palmo, poco a poco. En el suelo dejaban tendidos a sus caídos. Los heridos pedían auxilio. Más tropas de refuerzo llegaban desde el otro lado.

—¿Ya?

—No, Cneo. Aún no. Sé paciente.

Otro paso más. Otro. Otro palmo. Ruido, desorden, sangre, sudor, polvo. La paulatina retirada del centro acabó extendiendo el combate, aunque más débilmente, hacia los flancos. Oímos las tubas. Las pocas tropas romanas que teníamos en reserva avanzaron para apoyar el centro que cedía cada vez más rápido. Desde la otra orilla seguía el constante fluir de hombres.

—¡Vamos! —gritó Hirtuleyo—. ¡Es el momento! ¡A por ellos!

Hundimos los talones en los flancos de nuestras monturas al tiempo que gritábamos «¡Avanzad! ¡Avanzad!». Nuestros gritos fueron coreados por los caudillos hispanos, que aguardaban impacientes. El centro detuvo su retroceso, los flancos empezaron a ganar terreno y Sertorio envió a las tropas ligeras para que, buscando huecos entre las líneas, hostigaran a las tropas del centurioncito. A partir de ese momento ningún general tiene ya capacidad para tomar decisiones y todo se vuelve ambiguo, te envuelve el ruido, te empapa el sudor. Hay momentos en los que el combate parece perder intensidad, otros en que esta aumenta. Cada instante parece eterno. Y eso que, en aquella batalla, no tuve ocasión de blandir la espada. Tampoco es que quisiera. Me limité a desenvainar, a decir «adelante» y a procurar parecer impasible. Pero el caso es que avanzábamos. Lentamente, sí, pero avanzábamos. Al principio solo veía cabezas y espaldas. A medida que la formación ganaba terreno, charcos de sangre, armas rotas, escudos desechados, tierra batida y cuerpos hispanos. Un poco más adelante cuerpos hispanos y romanos por igual. Otros veinte lentísimos pasos más y solo cuerpos romanos. Hombres pidiendo clemencia o ayuda.

De pronto las pezuñas de Pegaso se hundieron un poco. Miré hacia el suelo. El jamelgo ya pisaba el lecho del río, los hombres chapoteaban y luchaban unos pasos más allá. Las aguas bajaban teñidas de rojo. Flotaban cuerpos en ellas de camino al mar. Las tropas de Fufidio se vinieron abajo en aquel momento. Luchaban ahora a la desesperada, de espaldas al río, con el agua hasta las rodillas, empujados por los fieros hispanos en los que, horas antes, yo no confiaba del todo. La retirada ordenada de los legionarios se convirtió en desbandada en cuanto Sertorio hizo avanzar a la caballería lusitana. Cundió el desorden. Cayeron por docenas. Fufidio, en su orilla, observaba atónito el desastre a lomos de un magnífico caballo. El enfrentamiento debió de durar horas, pero aseguraría que fueron minutos.

Los lusitanos, jadeantes y orgullosos, aclamaron al tuerto como el nuevo Viriato, renacido de entre los muertos para llevar la victoria a aquel pueblo de pastores que no acababan de aceptar el yugo de Roma. Es difícil expresar la alegría y el júbilo de la victoria.

Los moribundos fueron rematados, algunos cruelmente, lentamente, por parte de los hispanos que tenían alguna cuenta pendiente. Estos desnudaban los cuerpos y se hacían con los cascos y las armaduras de los caídos para mejorar su propia indumentaria. Contamos miles de muertos entre los rebeldes.

Fufidio se retiró a toda prisa y nosotros, al día siguiente, cruzamos el río Betis sin ser molestados, seguros de nuestra fuerza y confiados en el hombre que nos lideraba. El centurioncito había recibido un duro golpe, no solo militar, también moral.

A lo largo de los días perseguimos a Fufidio, quien en ningún momento osó dar la vuelta para plantar cara. Su ejército empezó a desintegrarse, las ciudades le negaban acceso y mercado, así que, durante días, se vio obligado a forrajear. Los hispanos, organizados en bandas y conocedores de su tierra, acosaban a sus partidas de forrajeadores. Después de la derrota, decía Sertorio, había que atacar al estómago del ejército en retirada. No le dimos descanso. La mascota de Sila huyó como un conejo hacia Gades, donde se refugió. Nunca volvimos a saber nada de él. Imagino que fue ejecutado por orden del usurpador, pues, ahora, y debido a su imprudencia, la Ulterior había vuelto a manos de Sertorio, el sabino, el tuerto. El último republicano.

Balbo apareció por el campamento una noche. El muy briboncete había desertado de nuevo. Dijo que echaba de menos a Apio.

Avanzaba el verano. La noticia de la derrota de las tropas de Fufidio a manos de Sertorio y de su ignominiosa huida corrió como el viento de ciudad en ciudad. Más aún, surgió el rumor de que, en realidad, el ejército del tuerto estaba compuesto por cincuenta mil caníbales negros gigantes, provenientes de más allá de Mauritania. Estoy convencido de que fue el propio sabino el que hizo circular este rumor. Así, las ciudades de la Ulterior que aún no habían abrazado nuestra causa enviaron embajadas de concordia y se pusieron a nuestra disposición.

Con la provincia firmemente en nuestras manos nos dirigimos al norte, a tierras lusitanas, entre el Tagus y el Durio. De allí había venido la mayoría de las tropas que ahora formaban nuestro contingente y allí era donde el apoyo a la causa del sabino era más sólido. Quizá merezca la pena resaltar que para un hispano la guerra es un asunto estacional. Muchos de ellos, después de la victoria, ya tenían su mente puesta en volver a sus tierras para la cosecha. La victoria, que para aquellos hombres había sido un final, para Sertorio no era más que un principio. Las nuevas llegarían a Roma y Sila no dudaría en tomar medidas para acabar con la amenaza que suponíamos. Además, la Hispania Citerior aún estaba en manos de los rebeldes, bajo el gobierno de Cota, que contaba con tres legiones, y que, seguramente, no tardaría en recibir órdenes de marchar contra nosotros.

Establecimos nuestro campamento al norte del Tagus, y Sertorio, como legítimo gobernador y precedido por su fama de hombre justo y victorioso, se volcó en afianzar todo el apoyo posible en aquellas tierras. Visitó a caudillos y notables, les llevó regalos, alabó la valentía de sus hombres y agradeció su lealtad a la República. Mientras tanto, fluían a nosotros ciudadanos romanos desafectos o desencantados con Sila y su férrea dictadura, y se entrenaba a los jóvenes hispanos en la forma de luchar romana. Aquellos que quisieron fueron invitados a volver a sus tierras para la cosecha, aunque también se les hizo jurar que atenderían la llamada de Sertorio en caso de necesidad. Disolver de esa manera gran parte del contingente resultaba arriesgado, porque podía darse el caso de que, una vez llamados, se negasen a volver. Hirtuleyo, en privado, se mostró crítico con aquella decisión. El tuerto se echó a reír.

—Nos hemos ganado su confianza dando este paso, Lucio. Y, además, así no tenemos que alimentarlos. Más aún, alguien tendrá que recoger la cosecha si queremos comer este invierno. Si estoy en lo cierto, la palabra de un lusitano es algo más sólida que la de cualquier romano. Y, de todos modos, ya están encadenados a nuestra causa. Los silanos ya los consideran rebeldes, y eso

significa que, si algún ejército asoma por aquí, no habrá clemencia. Ya no tienen más remedio que apoyarnos, Lucio.

Ocurrió por entonces un hecho insólito. Un buen día un lusitano de baja condición se presentó en el campamento diciendo traer un presente para el sabino. Yo mismo fui el encargado de escoltarle hasta el pretorio. Decía llamarse Espano, vestía una túnica ajada y vieja, y traía en brazos una cervatilla recién nacida, blanca como la nieve o la espuma del mar. Espano caminaba acobardado, mirando al suelo. La cervatilla no se movía, parecía estar a gusto en sus brazos. A medida que nos acercábamos al pretorio, los hombres abandonaban sus quehaceres y se quedaban mirando a la cervatilla; algunos llamaban la atención a sus compañeros para que observasen el extraño pelaje del animal. Los hispanos murmuraban asombrados. Una vez en el pretorio, le pedí al lusitano que aguardase fuera, e informé a Sertorio sobre quién era el visitante y cuál era su presente.

—Hazle pasar.

Espano, una vez en la tienda de campaña, se mostró mucho más retraído. No es de extrañar, allí estábamos apiñados treinta hombres entre oficiales romanos y caudillos y notables hispanos. Sertorio abandonó el lugar que ocupaba detrás de la mesa repleta de documentos y se acercó a Espano.

—¿Qué me traes aquí, amigo? —dijo con una cálida sonrisa mientras acariciaba la cabeza del animal.

—Es una cierva blanca, señor.

Nadie rio ante tal obviedad.

—Cneo —dijo Sertorio—, trae algo de cebada. ¿Dónde la encontraste? —preguntó el tuerto.

No oí la historia de Espano. Salí raudo de la tienda de campaña. Alrededor de ella empezaban a congregarse grupos de hombres. La noticia recorría el campamento. Cuando volví, Espano ya no tenía a la cervatilla en brazos, esta se encontraba de pie frente al sabino, y él, con una rodilla en el suelo, le acariciaba las barbas.

—Buena chica —decía el tuerto.

Sertorio agradeció el puñado de cebada y el animal comió de su mano.

—¿Y dices que es un animal sagrado, amigo Espano? —continuó diciendo el sabino.

—Tiene que serlo, señor. Un regalo de los dioses.

—Sin duda, mi buen amigo. Un regalo de Diana.

Espano fue recompensado generosamente. Sertorio le abrazó como si hubiera estado abrazando a su padre.

—Más cebada, Cneo.

Cuando volví, el lusitano ya no estaba. Un tumulto se congregaba alrededor del pretorio. Sertorio había ocupado su lugar detrás de la mesa y, junto a él, dócil y mansa, estaba la cervatilla.

—Caballeros, una señal de los dioses. Haced correr la voz. Somos los elegidos de Diana para liberar a esta tierra de la tiranía.

En cuestión de días la historia de la cervatilla había recorrido la Lusitania entera, después se propagó por toda Hispania. Sertorio solía pasear por el campamento para dejarse ver, y esta,

como un perro, le seguía. No se asustaba con el jaleo del campamento, ni con los gritos de esfuerzo y el chocar de espadas de madera en los campos de entrenamiento. Sencillamente le seguía. Si los romanos estaban maravillados, los hispanos pronto pasaron a la veneración. Y, por supuesto, Sertorio aprovechó aquel carácter supersticioso para difundir el rumor de que la cierva, por las noches, le hablaba y le hacía conocedor de los designios del enemigo. Un hombre puede luchar por su familia, o por un líder, puede estar dispuesto a dar su vida por una causa, pero cuando se sabe bendecido de los dioses, el efecto sobre la moral es indescriptible. Si quedaba alguna duda entre los hispanos sobre lo justo de nuestra lucha contra el usurpador, esta se desvaneció con la llegada a nuestras vidas de la cierva blanca.

El campamento se tornó en un ajetreado centro administrativo. El verano acababa, y con la Lusitania y la Ulterior firmemente ya en nuestras manos, tocaba plantear la siguiente campaña: reconquistar la Citerior. Para ello debíamos conseguir más apoyos; la Celtiberia era, según el tuerto, el próximo territorio que debíamos levantar contra el usurpador. Parte de ese amplio territorio se consideraba ya ocupado desde las campañas de Escipión Emiliano y la caída de Numancia; parte vivía ajeno al poder de Roma y Cluniaco era, precisamente, la más fuerte de las ciudades de la Celtiberia libre. Si la Celtiberia se alzaba en armas a nuestro favor, además de disponer de magníficos guerreros, podríamos ejercer presión sobre la Citerior desde dos puntos, y eso obligaría a los rebeldes a mantenerse a la defensiva.

—Así que te toca actuar, Cneo —dijo el tuerto de pronto en la reunión del día—. Si no recuerdo mal, estableciste buenas relaciones con ellos.

—Así es, señor. Pero no sé si estarán dispuestos a ayudarnos.

—¿A ayudarnos? Es que no van a ayudarnos, Cneo. Los vamos a ayudar nosotros a ellos. Necesito un ejército celtíbero y tú me lo vas a conseguir.

—Lo intentaré, señor —dije con humildad.

—No intentarás nada, Cneo. Lo harás. En primavera quiero verte marchando al mando de un contingente de celtíberos bien armados y muy cabreados. Y quiero que te asegures de que quienes no estén con nosotros al menos no estén contra nosotros.

—Sí, señor —dije, abrumado por la responsabilidad que, de repente, me había caído encima. Y vería a Belinos de nuevo. Y a Helena. Hacía tres años. Celtíberos. Primavera. Reclutar un contingente celtíbero. Yo al mando.

—Lleva contigo tres cohortes. —El tuerto se dirigió luego a Hirtuleyo—. Lucio.

—Señor.

—Avanzarás Tagus arriba con cuatro mil hombres. Cota ha abandonado la Citerior y se dirige hacia nosotros. No te enfrentes a él directamente, tan solo retrásale hasta que la falta de suministros le obligue a retirarse.

La noticia de los movimientos de Cota nos sorprendió. No solo porque la temporada para comenzar cualquier campaña tocara a su fin, pues con el otoño resultaba siempre difícil mantener un ejército en el campo, sino porque Cota debía de haber recibido presiones desde Roma para avanzar. Lo verdaderamente sorprendente era cómo Sertorio lo sabía, pues no recordábamos haber visto a ningún mensajero.

—¿Sorprendidos, caballeros? —Nuestra cara debió de darle a entender que sí, que lo estábamos—. Me lo contó la cierva. Anoche —dijo el tuerto con media sonrisa.

Cluniaco. Me alegré de ver la ciudad a lo lejos, al norte. No llegaba, como hacía tres años, cubierto de mugre y con las ropas raídas; llegaba al mando de un pequeño ejército romano de unos mil legionarios y como mensajero y persona cercana al hombre más poderoso y venerado de Hispania. Tres años. Una eternidad que, de pronto, me pareció haber transcurrido en un destello. Escogí mi indumentaria, elegí una de las túnicas celtíberas, el *sagum* y, por supuesto, la espada de Belinos, que nunca se separaba de mí. Pegaso cabalgaba tranquilo. Olía a otoño.

A lo largo de nuestra marcha por la Celtiberia atravesamos pequeñas aldeas y granjas. En todas ellas las gentes o bien se escondían en sus endeble moradas o bien huían a los montes y bosques. Hice saber a los legionarios que cualquier abuso sobre la población acarrearía serios castigos.

—Y soy un hombre muy imaginativo —añadí.

Además envié a Cluniaco un par de mensajeros celtíberos que se adelantaron a nosotros para avisar de nuestra llegada portando la tésera de amistad que me diera Belinos. Tardamos once días en hacer el recorrido completo, y no tuvimos que lamentar ningún percance. Y allí estábamos, a dos horas escasas de la ciudad de Helena. Solo que yo no era ni Aquiles, ni Paris ni Héctor.

Una partida de treinta jinetes celtíberos acudió a recibirnos. A la cabeza venía Belinos. Nos reconocimos al instante y, sinceramente, me alegré de verle. Descabalgamos y me abrazó con fuerza. Riendo. Mi abrazo fue un poco más tibio. Los hispanos son gentes efusivas, tanto en sus amores como en sus odios. Me palmeó la espalda con fuerza.

—Bienvenido, Cneo Placidio Mutio. Bienvenido.

—Gracias, noble Belinos.

—Tus hombros han ensanchado. Tus brazos son más musculosos —dijo asombrado.

—La vida del campamento, supongo.

—Y el caballo que llevas es una mierda. Deberías montar buenos caballos. A un hombre se le valora por su montura. —No me dejaba hablar—. Así que con Quinto Sertorio, ¿eh? Dime la verdad, es otro romano cabrón, ¿verdad? Otro zorro vestido de gallina. Dicen que es tuerto.

—Al contrario, Belinos. Es un hombre sabio, justo y, además, bendecido por los dioses.

—¿La cierva blanca? —dijo con un toque de desprecio—. Historias para niños, amigo mío. Pero dejemos de hablar de tonterías. Ven a Cluniaco, comamos y bebamos. Tienes mucho que contar, por lo que se ve. Además, Velda está deseando verte.

Veleda..., pensé. Qué nombre más inapropiado para la belleza misma hecha mujer.

—Eso sí —dijo Belinos—, tu pequeño ejército...

—Descuida. Saben cuál es su lugar. Levantarán el campamento aquí y no darán problemas. Sí te pido, no obstante, que les permitas comprar sus víveres en la ciudad.

—¡Por supuesto! El dinero romano siempre es bienvenido. No tanto los que lo acuñan.

Llamé a Tarquino, a Lucrecio y a Alio para hacerles saber que debían levantar mi tienda, pero que probablemente no pasaría mucho tiempo en ella. A los dos primeros, jóvenes patricios de dieciséis y diecisiete años, respectivamente, huidos de Roma hacía un par de meses, les encargué los aspectos administrativos del campamento, y a Alio, todo lo referente a la disciplina.

En Cluniaco me recibieron como a un héroe. Por lo visto, la historia de Helena había circulado de boca en boca hasta convertirse, si no en una leyenda, al menos en la historia más repetida: su cautiverio, la huida de Roma, el largo camino hasta Cluniaco y el joven romano que había arriesgado su vida sin esperar nada a cambio para llevarla de vuelta a su hogar. En la espaciosa casa de Belinos me esperaba una magnífica acogida, los veinte hombres más importantes de Cluniaco, vestidos de gala, me saludaron y me dieron la bienvenida uno a uno. Tras ellos vino Helena. Estaba muy cambiada, más mujer quizá, más bella incluso de lo que la recordaba. Ya no era un saco de huesos. De hecho, sus miembros habían ensanchado un poco. Se acercó a mí luciendo una intensa sonrisa, me percaté de que cojeaba, aunque pronto me di cuenta de que la cojera no era a causa de algún defecto o enfermedad: de su pierna derecha colgaba un niño que no le permitía avanzar de otro modo. Su túnica estaba abultada en el vientre. También estaba embarazada. Se volvió hacia el chiquillo con ternura y le susurró algo al oído. Este la soltó enseguida, aunque se quedó agarrado a su túnica mirándome fijamente, con un ojo solo. La criatura rondaría los dos años de edad. Luego Helena me encaró y me besó las mejillas. Fue un beso lento.

—Bienvenido, Cneo —dijo en su lengua.

No pude más que hacer una leve reverencia. La muchacha que había traído de Roma se había convertido en mujer y en madre. Y era, a todas luces, feliz.

—¿Es tuyo? —No pude evitar la pregunta.

Helena asintió.

—Se llama Cneo. En tu honor —dijo la bella hispana.

Me arrodillé. Le sonreí. El chiquillo bien podía decir que era hijo legítimo de Belinos. Era su cara, pero en miniatura.

—Hola, muchacho. —Se escondió detrás de su madre.

—Discúlpale —dijo Belinos. Se agachó para cogerlo en brazos. El pequeño celtíbero se refugió en su padre hundiendo la cabeza en sus hombros—. No le gustan los romanos. Ven, Cneo Placidio Mutio. Comamos. Hablemos.

La comida fue copiosa: caza, principalmente. Recuerdo el fortísimo sabor de un plato preparado a base de corazón y pulmón de ciervo, delicioso, siempre y cuando no se comiese demasiado. Comenzamos charlando sobre cuestiones banales, la cosecha, la caza, el segundo hijo que esperaba Helena. Belinos no dejaba de ensalzar las habilidades de su primogénito, que me miraba con desconfianza. A pesar de tener solo dos años de edad, el pequeñajo ya iba a lomos de un caballo con su padre, manejaba las riendas y sabía blandir un pequeño cuchillo con cierta

maestría. Eso era al menos lo que contaba el padre. Yo estaba sentado entre Belinos y Helena, la única mujer que ocupaba un lugar alrededor de las llamas. El resto de notables hablaba. En un momento de silencio uno de ellos me hizo una pregunta directa. Yo sabía que la conversación, tarde o temprano, tomaría esa deriva.

—¿Qué nos cuentas de Sertorio, Cneo Placidio Mutio?

—Que es un hombre sabio y sensato. Que su lucha contra los usurpadores es justa. Y que los dioses se comunican con él a través de una cierva blanca.

—Sí. Hemos oído lo de la cierva. ¿Tú la has visto?

—Con estos ojos.

—¿Y la has oído hablar?

—No. Solo le habla a él. De noche.

Yo, por supuesto, esto no me lo creía. Pero si los romanos son supersticiosos, los hispanos lo son mucho más. Los notables murmuraron entre ellos.

—Tonterías —dijo Belinos—. No dudo de tu palabra, Cneo Placidio Mutio, pero a veces los hombres vemos y entendemos tan solo lo que queremos ver y entender.

—Puedes creer lo que quieras, amigo Belinos. Pero lo cierto es que toda Hispania está abrazando la causa de Sertorio. —No dejé que la discusión siguiera—. Traigo regalos del procónsul. Vino, armas, oro y plata.

—¿Para comprarnos? —dijo el celtíbero.

—No. Sertorio no espera nada a cambio.

—Ya —dijo un descreído Belinos—. Así que el procónsul de Hispania, quien, permítaseme recordar que es un romano, ha hecho mandar un pequeño ejército hasta nosotros con alguien a quien conocemos y queremos y, además, nos envía regalos. ¿Y no quiere nada de nosotros?

—No, Belinos. Te lo aseguro.

—En ese caso, es más necio de lo que creía.

Me había metido yo solo en un incómodo atolladero. Quizá se debiese a mi inexperiencia a la hora de negociar. Tampoco pensé que aquellos hombres fuesen tan directos. Así que procuré ser franco sin desdecirme del todo.

—Con mostraros neutrales sería suficiente.

—Algo había detrás de los regalos.

—¿Acaso habéis tomado partido por alguno de los bandos en liza?

—No —respondió Belinos.

—En ese caso, pedirnos que os mantengáis neutrales viene a ser lo mismo que no pedirnos nada.

Belinos se quedó pensativo. Rio y me palmeó la espalda.

—En eso tienes razón.

—De todos modos —continuó—, si la guerra se extendiese por toda Hispania, ¿no os veríais obligados, tarde o temprano, a uniros a una u otra causa?

—No necesariamente. Además, con Roma pasa como con los cerdos. Puedes meterte a la pira a luchar con ellos, pero acabarás cubierto de mierda y el cerdo se lo habrá pasado en grande.

—El romano tiene razón —intervino uno de los notables—. Todos los años sentimos la respiración de esos lobos alrededor de nuestras tierras. Veleda y su raptó es un claro ejemplo de ello, y cuantos han desaparecido tras las incursiones romanas. Ahora estamos tranquilos. Pero

¿qué ocurrirá cuando finalicen sus cuitas? ¿No buscarán nuevas tierras que someter? ¿Honrarán los acuerdos que ni siquiera ahora honran? ¿O buscarán pretextos para coronarnos con su yugo?

—¿Y qué propones, Ambatos? —dijo Belinos—. ¿Que elijamos entre un amo y otro? Ahora Sertorio nos hace regalos y nos pide neutralidad. Pero es un romano. Luego, querido amigo, nos exigirá lealtad. Y luego impuestos. Ahora nos pide que nos mantengamos ajenos, luego pedirá tropas; si se las damos, exigirá más, y, cuando no tengamos más que dar, nos llamará traidores.

—Creo que te equivocas, Belinos. Sertorio es un buen hombre —intervine convencido de mis palabras.

—Ha demostrado ser un gobernante justo —dijo otro de los notables—. ¿Cuántos abusos no han sufrido nuestros hermanos sometidos? ¿Cuánta hambre para satisfacer a los recaudadores de impuestos romanos? El otro día un pariente mío, de los alrededores de Numancia, se vio obligado a vender a sus dos hijos pequeños como esclavos para satisfacer sus deudas. Y eso está pasando a dos días de camino de aquí. A hombres cercanos por sangre. El año que Sertorio estuvo al mando de las provincias, la gente vivió con esperanza. Ahora ya solo hay rencor e impotencia.

—Yo también oigo esas historias —dijo Belinos—. Y sé que son ciertas. Y sufro por nuestros hermanos. Pero no pondré en riesgo la vida de mis hijos en un conflicto entre romanos para beneficio de romanos. El día que vengan, si es que vienen, ya tomaremos nuestras decisiones. Me niego a ser arrastrado por una marea que nada tiene que ver con nosotros.

—¿Entre romanos? Los lusitanos no son romanos —intervino otro de los celtíberos—. Ellos han sufrido tanto o más que nosotros y apoyan a Sertorio. De todos modos, Belinos, algo que nos atañe directamente está ocurriendo en Hispania. No podemos darle la espalda.

—Que se destrocen entre ellos —insistió Belinos—. Debemos ser prudentes. Sertorio no ha hecho más que correr como un conejo hasta ahora. Nada nos garantiza que no vaya a ocurrir lo mismo en adelante. Roma es poderosa y él, nos guste o no, es un proscrito a ojos de los poderosos. Roma enviará tropas para derrotarle, y lo hará. No obstante, nada nos impide aceptar sus regalos y garantizar nuestra neutralidad con una sonrisa y con otros regalos. Observemos la marea, ya decidiremos si entramos o no en el agua.

Debo admitir que las prudentes palabras de Belinos me sorprendieron. De entre los notables, era el más joven, pero no por ello un inconsciente, y, además, su opinión parecía valorarse. Me esperaba una respuesta extrema. Me lo hubiera imaginado negándose en redondo, o defendiendo entusiasmado la intervención de su pueblo, pero nunca jugando al difícil juego de los compromisos tibios. Sentí por él un fugaz destello de admiración. La charla continuó. Por lo visto, la cuestión se llevaba debatiendo ya unos días y, por supuesto, había partidarios y detractores de unirse a Sertorio. Llegó un momento en el que no sabía si mi presencia allí contaba o no para algo. Curiosamente, eran los más ancianos los que abogaban por aliarse con el sabino. Decían que era una oportunidad como ninguna otra para reparar los agravios que se remontaban a las últimas décadas y a la última gran guerra, aquella que había acabado con la caída de Numancia y que ellos habían vivido en su juventud.

—¿Reparar agravios o crearlos nuevos? —refutó Belinos.

Si ellos se alzaban, seguían argumentando algunos, no tardarían en seguirles sus hermanos ya sometidos. A los vacceos también se los podría convencer, y a los belicosos cántabros. Como anfitrión Belinos pidió silencio cuando la discusión se volvió acalorada.

—Mis nobles amigos, dejemos estas charlas para el consejo. Cneo Placidio Mutio ha hecho un largo camino, estará deseando descansar y aquí estamos nosotros discutiendo como viejas. Hablemos de cosas banales, o mejor... —dijo dirigiéndose a Helena—: ¿Cantarías para nosotros?

La celtíbera asintió encantada. El pequeño Cneo se había quedado dormido en su regazo. Helena volvió la cara para llamar a un ama de cría de pechos gigantes. Esta se hizo cargo del pequeño con total delicadeza. Mi diosa se alzó, bella como siempre, o como nunca, deslizó sus pies descalzos hasta el lado opuesto de la hoguera y, una vez allí, cerró los ojos para comenzar su canto. Se bamboleaba levemente de derecha a izquierda. La canción surgió primero de la garganta, como un zumbido, luego empezaron a moverse los delicados labios. Qué bella melodía. Todos callamos. Me sentí flotar. En un momento miré a Belinos de reojo. El celtíbero escuchaba embelesado, le brillaban los ojos y susurraba parte de la letra.

—¿Qué dice la canción? —le dije a Belinos al oído. Para enterarme, sí, pero también mezquinamente para sacarle de su embeleso.

—Es una canción muy antigua. El que habla es el corazón de una joven. Una mitad ama a un hombre, la otra a otro. Y las dos mitades se pelean hasta que el corazón deja de latir. Por eso la canción es cada vez más lenta y más suave. Y más triste.

Los notables de Cluniaco recibieron agradecidos los regalos. A lo largo del otoño se sucedieron las reuniones del consejo. Yo era invitado a algunas. A otras no. A veces pasaba la noche en el campamento con mis hombres. Otras las pasaba en casa de Belinos disfrutando de charla y cerveza. A veces salíamos juntos de caza, aunque yo no me atrevía a espolpear demasiado a Pegaso. El celtíbero se encontraba a gusto conmigo, disfrutaba de mi compañía, me preguntaba continuamente acerca de Roma y quedaba asombrado con mis descripciones de la gente, de las calles, de la mugre, del Senado. Aproveché también para hablar sobre las matanzas que había organizado Sila, aunque obvié las perpetradas por Mario. Sé que poco a poco le fui convenciendo de que la podredumbre de Roma, su crueldad, era fruto de unos pocos, de que Sertorio había sido expulsado y de que era perseguido, precisamente, por ser lo contrario de aquella ponzoña. Mi sincera y apasionada opinión sobre el sabino debió de calar hondo en Belinos.

—Quizá deberías conocerle. Y juzgar por ti mismo —sugerí un día.

Me arrepiento de muchas cosas. Él me consideraba su amigo, con todo lo que ese rango significa para un hispano. Yo a él, en cambio, un rival y una pieza que ganar dentro de la estrategia de Sertorio para hacerse con el control de Hispania. En Belinos, a pesar de su juventud, había un hombre sincero, valiente, sensato. Comprometido con salvaguardar un antiquísimo mundo que se desvanecía ante sus propios ojos. Era el hijo que hubiera deseado cualquier padre. El amigo que hubiera deseado todo amigo. El marido que hubiera deseado cualquier esposa. Yo era un tronco continuamente arrastrado por la corriente. Él un árbol firmemente asentado en sus robustas raíces.

Cada diez días llegaba a nosotros un mensajero desde la Lusitania trayendo noticias y pidiendo informes. El tuerto quería conocer los avances de mi embajada. Además supe que Hirtuleyo había detenido el avance de las tropas de Cota desde la Citerior, que Cota había sido sustituido por un tal Marco Domicio Calvino y que este, temiendo los rigores de los elementos en territorio hostil, emprendió de nuevo el camino de vuelta a su provincia.

El solsticio de invierno trajo grandes fiestas a Cluniaco. Luego llegaron las nieves que cubrieron la tierra con un bellissimo manto blanco. El consejo de Cluniaco seguía sumido en sus discusiones. A mitad del invierno, en medio de una gran ventisca, bajo el azote de un granizo inmisericorde, los notables me hicieron llamar para comunicarme su decisión. La primavera

abriría la temporada de campaña, y si el año anterior había sido intenso, el que comenzaba prometía serlo mucho más. Sila, en Roma, había abandonado la dictadura por su propio pie y había accedido al consulado junto con Quinto Cecilio Metelo Pío. El usurpador aseguraba que el orden republicano había sido restablecido y el Senado enviaba a Metelo, su colega en el cargo de cónsul, con un importante ejército a Hispania para someternos. Metelo tenía fama de ser un hábil general, aunque, a diferencia de Sertorio, y como descendiente de una de las más insignes familias patricias romanas, adoraba el lujo y los placeres de la vida. Metelo debía de rondar la cincuentena.

—Cneo Placidio Mutio, se te ha convocado para hacerte saber la conclusión de las deliberaciones del consejo —dijo ante todos el más anciano de los notables con la solemnidad de un sacerdote—. Se ha decidido que Kolouniokou, tal y como pide Quinto Sertorio, se ha de mantener al margen de esta contienda. —Mi alma se deshizo. Mi cara, o eso espero, permaneció impassible. Otro fracaso más—. No obstante —continuó el anciano—, aun siendo esta la postura de la ciudad, se permitirá a aquellos hombres libres que lo deseen unirse a ti en la contienda, siempre que la neutralidad de Kolouniokou sea dada por supuesta. Eso es todo, Cneo Placidio Mutio.

Ni sí ni no. Esa era, al fin y al cabo, la respuesta.

En cuanto los rigores del invierno fueron cediendo, y aunque aún no hubiese asomado la primavera, coloqué una mesa protegida por un toldo a la entrada de mi pequeño campamento. A la mesa dispuse una serie de tablillas de cera para ir apuntando los nombres de aquellos que se fueran uniendo a nosotros. Lo importante no eran tanto los nombres que figurasen en ellas, muchos de los cuales serían iguales, sino acabar por tener una idea aproximada de los hombres disponibles y de los suministros necesarios. El primer día, Tarquino, Lucrecio, Alio y yo esperamos bajo una leve lluvia la llegada de algún voluntario de Cluniaco. Por la noche recogimos nuestro pequeño puesto sin haber apuntado un solo nombre. El día siguiente fue igual, aunque sin lluvia. Había gente que salía de la ciudad con destino a los campos o al bosque, de caza o a saber a qué, pero ninguno a alistarse. A la mañana siguiente un muchacho se presentó. No debía tener ni catorce años, no portaba arma alguna. Lo apunté. Alio le buscó acomodo y, por la noche, el padre del muchacho llegó al campamento para llevárselo a rastras. Al tercer día, nada. Al cuarto, tampoco. Y yo me desesperaba porque pronto tendría que enviar un informe detallando mis progresos.

Visité Cluniaco. Las gentes se mostraban cordiales conmigo, me saludaban afablemente. Fui a ver a Belinos y a Helena. El celtíbero me recibió encantado, como era su costumbre. Helena también me dedicó un beso en la mejilla y una sonrisa, aunque pronto me di cuenta de que a su marido lo trataba con cierto desdén. El pequeño Cneo se ocultó detrás de una columna al verme llegar. De vez en cuando asomaba un ojo para comprobar que yo seguía ahí. Belinos me ofreció vino y cerveza.

—¿Qué se te ofrece, amigo mío?

Decidí ser directo.

—¿Qué ocurre en Cluniaco? Creí que al menos alguien se dignaría a unirse a nosotros.

—No creo que lo hagan.

—¿Por qué?

—Porque nadie quiere ser el primero y arriesgarse a ser el único. Y porque en el fondo tenemos miedo de Roma. Llámalo memoria popular.

—Pero esta es una gran oportunidad, Belinos.

—Siempre lo fueron, Cneo. Siempre lo fueron. Y mira. Casi toda Hispania en manos de Roma.

—¿Entonces?

—Puedes esperar más. Nunca se sabe.

—¿Y tú? ¿No te unirías a nosotros?

—¿Yo? No. Mi lugar está aquí, intentando que nuestras tierras sigan siendo nuestras.

Helena miraba a Belinos con cierto aire de desprecio. A mí, en cambio, me trataba con amabilidad. En un momento en que la celtíbera se ausentó le pregunté a Belinos:

—¿Qué le pasa?

—Cosas de mujeres —dijo él.

En cuanto abandoné su casa, ya de noche, y nada más cerrar la puerta, una violenta discusión entre Helena y Belinos daba comienzo. O, mejor dicho, Helena estallaba indignada en su lengua mientras Belinos hacía inútiles intentos por explicarle algo. No me entretuve.

Volví al campamento. Le pregunté a Alio si había venido alguien. Respuesta negativa, salvo por el mensajero que me había traído noticias de la Lusitania. No abrí el mensaje. Me derrumbé sobre mi camastro de campaña. No estaba cansado, estaba decepcionado. La primavera llegaba y yo tendría que volver a la Lusitania con las manos vacías, con los mismos hombres con los que había partido y sin haber conseguido nada. No dormí. Antes del alba fui a despertar a Alio.

—Necesitamos hacer correr la voz por toda la Celtiberia de que estamos aquí. Busca diez hombres de tu confianza, dales caballos, que se vistan como mercaderes...

—No tenemos tales ropas.

—De eso ya me encargo yo. Iré a Cluniaco a por ellas, no me las pueden negar. Que recorran los caminos. Que se lo digan a todo el mundo. A quien se encuentren. Habrá recompensas para todos.

—Es peligroso, señor. Habrá patrullas rebeldes.

—Mejor. Con suerte pensarán que la Celtiberia está al borde de la rebelión, eso les obligará a desviar tropas hacia aquí y empujará a estas gentes a nuestros brazos. Así que en marcha.

—Sí, señor.

—Mil trescientos veintiocho, señor.

—Bien —dije—. Lucrecio, mensaje para Sertorio: «De Cneo Placidio Mutio para el procónsul de Hispania Quinto Sertorio, salud. A día de hoy siguen llegando grupos de hombres de los diferentes pueblos y ciudades de la Celtiberia. Pronto contaremos con más de dos mil. Algunos vienen armados con lanza y escudo, jabalinas, pocos cuentan con espada y casi ninguno con armadura. Traen caballos. Muchos son hombres jóvenes que tan solo aportan aperos de labranza. Pero hay entusiasmo. Y deseo de luchar contra los rebeldes. Las provisiones escasean. Necesito dinero para continuar aquí, comprar víveres y seguir reforzando el contingente».

—¿Es todo? —preguntó Lucrecio.

—Sí. Que salga ya.

La primavera había llegado. De los diez hombres que se enviaron a recorrer la Celtiberia volvieron tan solo cuatro, pero cumplieron su cometido. Hartos de los abusos, de los elevados impuestos y recordando las gloriosas historias de sus padres y abuelos sobre las guerras que habían llevado a su sometimiento, los jóvenes celtíberos llegaban a nosotros. El campamento, pensado para mil hombres, no tardó en verse insuficiente. Contraté a un joven de Cluniaco como intérprete y como maestro para que me enseñase su lengua más allá de lo que había aprendido con Helena. Y seguían llegando hombres. Una tarde, ante la mesa de reclutamiento se presentó Belinos. Estaba disgustado. Fuimos a mi tienda a charlar.

—Nos estás comprometiendo —dijo sin más preámbulo.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Porque por todas partes corre el rumor de que en Cluniaco se reclutan hombres para la guerra contra Roma. Y de ahí a que nos consideren tus aliados, va un paso. Tenéis que iros de aquí.

—No podemos emprender la marcha sin provisiones. Ahora podemos acceder al mercado de Cluniaco y pagamos un buen precio por el trigo. Los comerciantes deben de estar satisfechos.

—Los comerciantes sí... Tenéis que marcharos.

—Te digo que ahora no podemos. Dentro de diez o veinte días tendremos dinero suficiente para comprar lo necesario. Hasta entonces no puedo.

—¿Qué necesitas?

—Comida. Toda la que podamos llevar.

—La tendrás.

—¿Qué tal está Veleda? —dije, cambiando de conversación.

—Furiosa.

—¿Y eso?

—Me tacha de cobarde. Pero ella no lo entiende...

En ese momento entraba Tarquino en la tienda.

—Señor, hay un grupo de jinetes fuertemente armados a las puertas. Quieren hablar con la persona al mando.

—¿Celtíberos? ¿Romanos?

—Creo que ni una cosa ni la otra, señor. No han dicho más.

Salí de la tienda y me dirigí a las puertas del campamento. Belinos y Tarquino me seguían. Una larga línea de hombres esperaba a ser apuntada en las tablillas. Lucrecio escribía, Alio supervisaba y el intérprete traducía. Al lado de la mesa, sin esperar su turno, aguardaba impaciente un hombre hercúleo vestido con pieles oscuras, de barba poblada y aspecto fiero. A la espalda llevaba el *sagum* prendido con una fibula. En vez de sandalias, se cubría los pies con unas botas de piel. Tras él un nutrido contingente de dos centenares de jinetes vestidos de igual forma. Sus monturas eran espléndidas. Cada uno de ellos llevaba a la espalda un hacha de doble filo, al costado del caballo un carcaj con venablos, colgando de una gruesa tira de cuero un escudo redondo con un cuervo negro pintado sobre fondo rojo, lanza, espada, puñal y casco. Uno de los hombres llevaba un estandarte de fondo rojo decorado con un símbolo cruciforme amarillo. El Hércules se acercó a mí.

—Nos han dicho que hay una guerra —dijo el hombre en un latín tosco y con fuerte acento.

—Y así es —respondí un tanto cohibido.

—¿Cuánto?

—¿Cuánto qué?

—¿Cuánto pagáis?

—Ahora mismo nada. Proporcionamos comida. —El hombre bufó insatisfecho—. Pero nos dirigimos al sur. Allí hay ocasión de obtener suculentos botines. Además, podréis tratar directamente con Sertorio cualquier asunto relativo a las pagas.

—¿Quién es Sertorio?

Belinos me cogió del brazo y me apartó unos pasos. Habló en susurros.

—Yo no me fiaría.

—¿Por qué?

—Son montañeses. Mercenarios. Salvajes. Cántabros.

—Cántabros —dije pensativo. El nombre de aquel pueblo me sonaba—. ¡Tarquino!

—¿Señor?

—Tú has vivido en Hispania toda tu vida. ¿Quiénes son los cántabros?

—Gentes de las montañas. Peligrosos. O eso tengo entendido. Cuentan que durante uno de los asedios a Numancia, el de Cayo Hostilio Mancino, hará unos cincuenta años, quizá más, el simple rumor de que un ejército de cántabros se dirigía a ayudar a los numantinos hizo que cundiese el pánico entre las tropas romanas y que estas, temerosas, estuvieron al borde del motín y obligaron a Mancino a levantar el sitio.

—¡Vaya! —dije sorprendido—. Tienen fama entonces.

—Mucha, y muy mala —dijo Belinos—. No es buena idea, créeme. No tienen lealtad a ninguna causa salvo a la suya propia.

—Como todos nosotros, imagino.

—Me refiero a una causa superior. Te abandonarán en cuanto no puedas pagarles. Son tozudos, inconscientes, pendencieros. Te buscarán problemas.

—¿Y qué harán si les digo, por ejemplo, que no necesitamos sus servicios?

—Que irán a buscar a quien sí los necesite.

—Los silanos, por ejemplo.

—¿Qué?

—Sí. Que irán a unirse a las tropas de Sila, eso es lo que me estás diciendo.

—No. Bueno, quizá.

—Pues, sinceramente, no me gustaría tenerlos enfrente. Prefiero tenerlos al lado.

—Cometes un error, amigo mío —me advirtió Belinos.

—He cometido tantos ya que uno más no creo que importe.

Volví hacia el cántabro y me dirigí a él.

—Yo no tengo potestad para tratar asuntos de precio con mercenarios. Pero podéis hablarlo con Quinto Sertorio.

—Pues que salga.

—No está aquí, está en la Lusitania. Pero podéis acompañarnos.

—Dinero.

—¿Por acompañarnos?

—Por escoltaros.

—¿Doscientos hombres escoltando a más de dos mil?

—Pues llámalo como quieras. Pero por ir a la Lusitania cobramos.

—Sea, pues. Pero, como digo, tendrás que hablarlo y cobrarlo allí.

—Acepto.

—¿Nombre?

—Me llaman «el Cuervo» y todos juntos somos «la partida del Cuervo». Corvus para los romanos.

—Muy bien, Corvus, bienvenido.

Belinos había oído hablar de ellos. Por lo visto, su nombre no venía del distintivo con el que decoraban sus escudos, más bien al revés. Los llamaban así porque tenían fama de descuartizar los cuerpos de sus enemigos en el campo de batalla una vez esta había acabado. Fueron ellos los que más tarde habían adoptado aquel siniestro pájaro como símbolo. Su líder, Corvus, recorría las montañas de los cántabros al acabar cualquier campaña y reclutaba de entre ellos solo a los hombres más corpulentos, y, de entre estos, a los que pudieran pasar una serie de intensas pruebas físicas. Siempre eran doscientos. En su tierra tenía un gran prestigio. Más allá era temido y odiado.

Los cántabros acamparon a veinte estadios de distancia, dispuestos a marchar cuando partiésemos, pero sin mezclarse con nosotros. A lo largo de los días fueron llegando más y más celtíberos entusiasmados con la idea de servir a Sertorio. Llegamos a contar un total de tres mil. Y Belinos seguía insistiendo en que debíamos partir cuanto antes. Cluniaco hizo un titánico esfuerzo por proporcionarnos la comida suficiente para el camino sin cobrarnos por ello. Simplemente querían vernos lejos. Pero, además, un mensaje de Sertorio me instaba a levantar el campamento e ir a su encuentro. Los subordinados del cónsul Metelo, decía el mensaje, habían desembarcado en la Ulterior con un poderoso ejército.

Helena me visitó la noche antes de partir, en secreto, arrebujada en un manto y en compañía de dos sirvientas. Dijo sentirse dolida por la actitud de los hombres de Cluniaco y aseguró que haría lo posible por ayudarme.

29

El campamento de Sertorio en la Lusitania me impresionó. La empalizada de las tropas romanas, que desde el principio del invierno ocupaba una pequeña elevación, había crecido y estaba rodeada de cientos, miles de tiendas de lona de diferentes tamaños y hechuras. Oficiales romanos entrenaban a nutridos grupos de tropas indígenas. El sol lucía en lo alto. Se respiraba marcialidad y entusiasmo.

Fue Hirtuleyo quien vino a recibirme. Qué alegría sentí al verle después de tanto tiempo... Nos abrazamos efusivamente. Nos dimos golpes en la espalda.

—¡Querido amigo! —me dijo.

—Enhorabuena por lo de Domicio —le felicité.

—Gracias. Aunque no fue para tanto. Unas cuantas escaramuzas y se le echó el invierno encima. Tuvo que retirarse de vuelta a la Citerior. Enhorabuena a ti por las tropas. Ha sido un invierno fructífero, por lo que veo.

—Hay un poco de todo, no creas.

—Ven. Sertorio ha dicho que en cuanto te presentaras fuésemos al pretorio. No tardaremos en marchar de nuevo. El año se presenta intenso.

El pretorio estaba repleto. No cabía una pluma. El tuerto abandonó su lugar detrás de la mesa en cuanto aparecí y me saludó entusiasmado, estaba de muy buen humor. Vestía su coraza musculada, pero había sustituido su capa roja por un *sagum* negro. Al fondo, un muchacho lusitano daba de comer a la cervatilla blanca. El sabino hizo las presentaciones. La mayoría de los congregados eran caudillos y notables lusitanos, pero, además, a lo largo del invierno, habían estado llegando romanos de cierta relevancia huyendo de las cada vez más despiadadas listas de Sila.

—Bien —dijo el tuerto de vuelta en su puesto tras la mesa. La cervatilla recibió con agrado una caricia suya—. Podemos empezar. Primero, las malas noticias: Lucio Torio Balbo, legado de Metelo para Hispania, ha desembarcado en Gades con un importante contingente. Viene al mando de cuatro legiones. Es de esperar que, aunque Metelo aún no haya llegado para hacerse cargo de la situación, Torio tenga órdenes expresas de empezar la campaña cuanto antes. Solo Torio, con veinte mil hombres, ya nos supera en número y, por supuesto, en calidad. —Un par de lusitanos fruncieron el ceño—. Pero, además —dijo apuntando a la Citerior en el mapa—, ayer recibimos

noticias de que Domicio vuelve a marchar hacia aquí desde Tarraco con los suyos. Otras cuatro legiones.

—¿Y las buenas noticias? —me atreví a preguntar.

—¡Ah! Por supuesto. Las buenas noticias: que parece que Sila nos empieza a tomar muy en serio —dijo el tuerto con una intensa sonrisa—. La idea, caballeros, es la siguiente: contamos con unos tres mil legionarios, con ocho mil lusitanos y con los tres mil celtíberos que nos ha traído Cneo. Eso suman catorce mil hombres que deberán batirse en dos frentes. Hirtuleyo —dijo dirigiéndose a mi amigo.

—¿Señor?

—El otoño pasado diste buena cuenta de Domicio. ¿Te atreves con él otra vez?

—Por supuesto, señor. Será un placer.

—Bien. Te acompañaré Cneo. Al igual que en la campaña anterior, desgástale. No podemos enfrentarnos a legionarios curtidos directamente...

—Esto es un insulto —protestó uno de los caudillos lusitanos—. Nuestros hombres son valientes. Están deseando entrar en combate. —El resto de los lusitanos mostró su aprobación con gruñidos—. ¿Pretende Quinto Sertorio que corramos como conejos? Concentremos nuestras tropas, marchemos primero a por Torio y luego al norte a por Domicio.

—Sí —corearon los demás notables lusitanos.

—Mi querido Duberdico —dijo el tuerto—, no dudo ni de la valentía ni del entusiasmo de nuestras tropas. Pero te aseguro que no pueden medirse en campo abierto con las legiones. Al menos por ahora.

—Pues yo digo que sí. No hay honor en la estrategia que planteas, Quinto Sertorio.

—Las guerras no las gana el honor, y, para nuestra desgracia, el valor no es suficiente. Pero tenemos otras armas. Somos más veloces, conocemos el terreno.

Los lusitanos no parecían dispuestos a dejarse convencer. Querían una pelea de carneros, cabeza con cabeza. Un lobo valiente contra un oso metódico. Fue una sesión muy tensa.

Quien conozca algo sobre la vida de Quinto Sertorio sabe cómo acabó el tuerto convenciendo a los lusitanos. Ningún testigo lo olvidó jamás, y aún hoy, en Roma, se cuenta la historia. El sabino ordenó que se trajesen dos caballos al pretorio. A Duberdico le encargó que buscara entre los suyos al más fuerte de los hombres y al más robusto de los caballos. A nosotros, que buscásemos al más famélico de nuestros jamelgos y al más enclenque de los hombres. Todos nos preguntamos qué pretendía el tuerto. La voz se corrió por el campamento, y cuando Hirtuleyo volvió con el caballo, escuálido y enfermo, y yo con un viejo encorvado y cheposo de entre los buhoneros, la expectación era enorme. Duberdico trajo consigo un magnífico semental lusitano, poderoso, negro como la noche, y a un gigante, también lusitano, de prodigiosos músculos. El tumulto se iba haciendo cada vez más grande. Todos observábamos con interés. Entonces Sertorio dio las instrucciones que debía seguir cada uno en voz alta. Al anciano le asignó el semental lusitano. El viejo debía quitar al caballo los pelos de la cola uno a uno. Al hercúleo lusitano le asignó el caballo enfermo, al que debía arrancarle la cola de un tirón.

El anciano empezó con su tarea, poco a poco, pelo a pelo. El lusitano se escupió en las manos, agarró la cola del jamelgo y tiró con brusquedad. El pobre animal relinchó; la fuerza del lusitano hizo que el caballo se desplazase un poco, pero la cola seguía en su sitio. El guerrero volvió a intentarlo. Esta vez buscando otra postura. Se restregó las manos con tierra y tiró de nuevo,

acompañando el tirón de un grito de esfuerzo. La cola, por supuesto, seguía en su sitio. El anciano, por su parte, seguía pelo a pelo. Pronto empezaron las apuestas entre los que asistíamos al extraño espectáculo y aquel juego se convirtió en una diversión para todos. Cinco intentos más y el guerrero no sabía ya qué postura adoptar. Observaba al caballo, tocaba la cola. Volvía a tirar. Sus compañeros, además de apostar por él, le jaleaban y le daban ánimos. Y el viejo seguía con su lenta labor.

A media tarde, el viejo había concluido y recibió una suculenta recompensa. En cambio, el lusitano, agotado, se había dado ya por vencido. Sertorio le dio las gracias, pidió que se retiraran los caballos y que todo el mundo volviese a sus quehaceres. Nosotros le acompañamos al pretorio.

—¡Hemos perdido el tiempo! —rugió Duberdico—. ¿A qué ha venido esto? ¿Acaso querías humillar a uno de los míos?

—No deberías considerar humillante que uno de los tuyos haya seguido órdenes. —Luego se dirigió a todos—. El ejército romano es como una cola de caballo. Desgástala poco a poco y podrás acabar con ella aunque seas débil. Inténtalo por la fuerza y acabarás derrotado por muy poderoso que seas.

Aún permanecimos varios días en el campamento antes de partir hacia el este. Hirtuleyo había sido nombrado cuestor y sobre él, además de una serie de labores administrativas, recaía el mando de un contingente de cinco mil hombres con el que debíamos detener de nuevo a Domicio. Durante los meses de invierno Sertorio no solo había entrenado a las tropas introduciendo en la caótica forma de luchar hispana las formaciones y las señales romanas, sino que también había asignado oficiales romanos a aquellas unidades. Además, había aprendido de ellos y se había familiarizado con las tácticas de guerrilla habituales en esas tierras. El resultado era un extraño ejército extremadamente móvil, capaz de luchar en formación o disperso, en batalla o autónomamente en montes y bosques.

—Está todo listo, Cneo —me dijo Hirtuleyo—, mañana partimos.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Procuré que no me temblara la voz. Estaba nervioso.

—Claro.

—¿Cómo piensas detener a Domicio?

—No le vamos a detener, Cneo. Le vamos a derrotar —me dijo sonriente.

—¿Cinco mil hombres contra veinte mil?

—Vamos a agotarle. Vamos a patearle el estómago.

Cómo admiré a Hirtuleyo. A pesar de todo lo que teníamos en contra tenía una fe ciega en la victoria.

Para un romano es difícil entender las razones que llevan a ciertos pueblos a la guerra. En el caso de Hispania existe una curiosa singularidad. No es extraño que un hispano abrace una causa no ya por convicción, o por riquezas, o por honores, sino por el simple hecho de que su vecino ha abrazado la causa contraria.

Entre la Citerior y la Ulterior, entre el Tagus y el Anas, se asienta el pueblo de los carpetanos y una importante ciudad: Consabura. Aquel enclave, de poderosas murallas y bien defendido, se había mostrado contrario a unirse a Sertorio simplemente porque los lusitanos sí se habían unido a él. Hacia allí decidió Hirtuleyo dirigir los pasos de nuestro pequeño ejército para sitiar la ciudad que se había declarado a favor de los rebeldes. Mi amigo me confesó que tomar la ciudad era imposible con tan pocas tropas y que el asedio distaría mucho de ser efectivo. Pero allí estábamos, a una milla de las puertas, con destacamentos repartidos por todo el perímetro para evitar que ningún habitante pudiese entrar o salir, al menos a plena luz del día. Tal y como dictan los modales de la guerra, se ofreció a los notables de Consabura la posibilidad de rendirse y abrirnos las puertas. Ellos, por supuesto, se rieron de nosotros e Hirtuleyo ordenó varios asaltos de poca importancia mientras varias partidas de lusitanos y celtíberos, así como la partida del Cuervo, recorrían el territorio incendiando los campos. Si no podíamos tomar la ciudad, ¿qué hacíamos allí? La cuestión, para mi amigo, era sencilla. Como todo para él. No se trataba de conquistar Consabura.

Sabíamos que Domicio marchaba desde la Citerior y sabíamos que se dirigiría a la Lusitania. Pero desconocíamos qué ruta se disponía a tomar. Asediando una ciudad hispana que se había declarado en su favor, obligábamos a Domicio a venir a nuestro encuentro. Conocería nuestra posición exacta, estaría informado de nuestro número de efectivos y del hecho de que no era Sertorio quien estaba al mando, sino un par de jóvenes sin experiencia que eran incapaces de valorar la fuerza de una plaza, pues pretendían rendirla con un puñado de bárbaros y sin máquinas de asedio. Si la posibilidad de derrotarnos no era suficiente reclamo, sin duda lo sería demostrar a los hispanos que Domicio acudía en socorro de aquellos que proclamaban ser sus aliados. Todo un acto de propaganda. Además, al silano aún debía de escocerle el hecho de que un mocoso como Hirtuleyo hubiese sido capaz de detener su avance el año anterior. Estaría deseoso de revancha.

Quince días después de haber dado comienzo el asedio, recibimos noticias de nuestros exploradores lusitanos. El ejército de Domicio había sido avistado a dos o tres jornadas de Consabura.

—Empieza la fiesta —dijo Hirtuleyo con una carcajada cuando recibimos el mensaje—. A ver lo que encuentran para comer.

En cuanto la gran nube de polvo que levantaban las legiones de Domicio fue visible desde el cerro más alto del entorno, Hirtuleyo ordenó levantar el campamento. Dejábamos las tierras de Consabura calcinadas, la cosecha del año echada a perder y supongo que los graneros de la ciudad estaban para entonces considerablemente reducidos, no tanto por el mal llamado asedio, sino porque los habitantes de la ciudad no habían tenido ocasión de recoger la cosecha y habrían estado alimentándose del grano que les quedaba del año anterior. Como era de esperar, Domicio fue recibido en Consabura como un libertador.

Emprendimos la huida hacia la Lusitania. O, mejor dicho, algo parecido a una huida, porque podríamos haber marchado mucho más rápido. Procurábamos mantenernos a una media jornada de nuestros perseguidores. Lo suficientemente cerca como para dar la sensación de que podían alcanzarnos, pero lo suficientemente lejos como para estar prevenidos de sus movimientos y no sufrir desagradables sorpresas. A medida que nos retirábamos, hacíamos acopio de todos los víveres de la zona, y aquellos que no podíamos llevar encima los quemábamos. Depositábamos animales muertos en ríos y riachuelos para emponzoñar el agua. Y a lo largo del camino íbamos dejando pequeños destacamentos de un centenar de hombres a caballo, ocultos en montes y bosques, con instrucciones de no actuar hasta al menos dos días después de que el ejército enemigo hubiese rebasado su posición. Una vez ocurrido esto, las partidas debían atacar todo lo que se moviese desde o hacia Domicio: mensajeros, rezagados, hombres que se separasen del cuerpo principal en busca de comida y agua, trenes de suministros, todo. Debían ser implacables. Como bien sabía Hirtuleyo, un ejército marcha al ritmo que le marca su estómago.

Las legiones de Domicio abandonaron Consabura dos días después de haber llegado. El gobernador de la Citerior, ansioso, partía para darnos caza. Durante días marchamos hacia el este, hacia la Lusitania, quemando los campos a nuestro paso. Después Hirtuleyo decidió cambiar el rumbo de la retirada, y esta vez nos dirigimos al norte. Domicio nos siguió. Luego, otra vez hacia el este. Después al norte. Más tarde al oeste. El sol castigaba la tierra cada vez con más fuerza. Las partidas que habíamos dejado diseminadas a lo largo de nuestra ruta tomaron, como era de esperar, vida propia.

Las primeras señales de que las legiones de Domicio empezaban a acusar los efectos de perseguir a un enemigo esquivo en un territorio baldío fueron manifestándose a medida que pasaban los días. Nuestros exploradores, hispanos acostumbrados a fundirse con las sombras y los árboles, observaban de cerca el avance del ejército rebelde. Cada jornada, nuestros enemigos recorrían menos millas, la disciplina impartida por Domicio pasó de severa —latigazos— a brutal —crucifixiones—. La cantidad de desertores capturados por nuestras partidas era cada vez mayor. Muchos de ellos eran sometidos por los hispanos a muertes terribles; los empalaban, los desollaban vivos, los tendían en el suelo para pisotearlos con sus caballos, les cortaban los genitales y hacían que se los comieran al tiempo que se desangraban... Sus cuerpos eran más tarde expuestos en la ruta que seguía Domicio. Creo que nunca dejaré de sorprenderme la capacidad imaginativa que despliega el ser humano a la hora de diseñar formas para hacer sufrir a sus

semejantes. A los hispanos les espoleaba un terrible rencor acumulado durante generaciones, durante siglos.

Hirtuleyo lamentaba tales actos de barbarismo contra ciudadanos romanos, y en más de una ocasión estalló de ira ante los mensajeros ordenando que aquellos legionarios que se rindiesen sin oponer resistencia fueran llevados ante él y tratados con clemencia. Había varias razones para esto: en primer lugar, Hirtuleyo, como todo romano, valoraba la vida de un ciudadano por encima de cualquier otra, aun siendo enemigo; una cosa era que un romano torturase a un romano, pero una cuestión diferente era que lo hiciese un bárbaro. En segundo lugar, aquellos que se rendían bien podían pasar a engrosar nuestras filas en caso de que sus lealtades radicasen no con el usurpador, sino con el legítimo poder de la República. En tercer lugar, no convenía que las tropas de Domicio sintiesen que no ganaban nada desertando. A pesar de las insistentes instrucciones de Hirtuleyo, las partidas hispanas tenían su propia visión de las cosas. Tenían demasiadas cuentas pendientes con los romanos y una insaciable sed de venganza que, si bien garantizaba su ánimo y deseo de luchar a nuestro favor, también los hacía, hasta cierto punto, incontrolables.

—¡Luchamos por la legítima República! —me dijo Hirtuleyo enfadado después de conocer el brutal asesinato de veinte legionarios—. ¡No podemos permitirnos que en Roma se nos vea como renegados al mando de bárbaros!

A pesar de todo, el gobernador de la Citerior estaba ofuscado con obligarnos a presentar batalla. Y nosotros le hacíamos creer que estaba a punto de alcanzarnos. En este sentido hicimos buen uso de una curiosa táctica hispana. Estos suelen acudir al campo de batalla montados a caballo de dos en dos. No es difícil imaginar la movilidad que tal costumbre concede a un ejército en fuga. Los cántabros de la partida del Cuervo se negaban a compartir sus caballos, no así el resto, que lo hacía con gusto. Disponiendo, por tanto, de cerca de mil quinientos caballos, éramos capaces de llevar montados a unos tres mil hombres, esto es, la mayoría de nuestro pequeño contingente. Nuestras tropas de a pie, las cohortes romanas que teníamos asignadas, abandonaban el campamento nada más nacer el día; los guerreros hispanos, en cambio, aguardaban hasta que las tropas de Domicio se encontraban cerca. Entonces montaban a lomos de dos en dos y huían.

Pasadas tres semanas desde que diera comienzo la persecución, Hirtuleyo decidió que era el momento de pasar a la acción. Estábamos cerca del Anas, en una zona peñascosa poblada de bosques frondosos. Domicio se había adentrado tanto en territorio lusitano que sus líneas de comunicación y suministro eran ya inexistentes. El enemigo estaba ciego y sordo, marchaba apiñado por un país hostil persiguiendo sombras, acosado y hambriento. Supimos que era el momento cuando nuestros exploradores nos informaron de que los legionarios de Domicio habían empezado a matar a sus mulas para poder comer. Más aún, el flujo constante de deserciones se había detenido. Esto, a primera vista, pudo haberle dado al gobernador de la Citerior la impresión de que sus tropas se mantenían firmes, pero, según Hirtuleyo, lo que en realidad significaba era que estaban al borde de un motín. Ningún hombre se atrevía ya a abandonar la seguridad de la legión por miedo a ser capturado por los hispanos y porque, tan lejos de sus bases, en medio de un territorio hostil, las probabilidades de sobrevivir eran prácticamente nulas. Cuando tal desesperación se ceba con los hombres, el general al mando empieza a correr un serio peligro.

Hirtuleyo eligió un pequeño desfiladero a dos millas al norte del Anas para enfrentarse por fin a Domicio. Aquel era paso obligado si pretendía seguir acosándonos. Ordenó a las dos cohortes romanas que nos acompañaban cavar una zanja entre los dos montes boscosos que flanqueaban el

paso. La tierra de la trinchera se utilizó para levantar tras ella un pequeño montículo, y la zanja misma se llenó de ramas secas. Tras el montículo formaban las dos cohortes. En los bosques, agazapados, sin hacer ruido, aguardaban los hispanos, hechos a este tipo de guerra. Los caballos quedaron en el campamento, a tres millas de distancia, pues cualquier relincho podía alertar de nuestra presencia. Aguardamos. La espera de un emboscado mezcla extrañamente el tedio y la ansiedad. Observas a tu alrededor, detrás de cada árbol hay un hombre, y sabes que hay muchos más a los que no puedes ver. Tú mismo te sientas y te apoyas en algún tronco de espaldas al lugar donde sabes va a haber una matanza. De vez en cuando te das la vuelta para mirar el sendero por donde está previsto que pase el enemigo y donde es probable que pierdas la vida. Esperas una señal. Hay un momento concreto en el que la sorpresa de una emboscada puede dar todo su rédito, es un lapso de tiempo muy corto entre el «demasiado pronto» y el «demasiado tarde». Vuelves a mirar el camino. Te distraes observando cómo un montón de hormigas atacan a una oruga que se retuerce. Bebes un poco de agua o vino. Esperas la señal. Miras de nuevo el camino. Haces dibujos en el suelo con la espada. Ves cómo otros hombres esperan, también con la espalda contra un árbol. Miles de hombres dispersos. La señal. El camino. Las hormigas. La oruga.

La vanguardia de Domicio no apareció hasta bien entrado el mediodía. La columna avanzaba con lentitud por el paso, adaptando su formación a lo estrecho del sendero. Los legionarios levantaban el polvo. Desde mi posición, por entre los árboles, se divisaba la lenta marcha: una cohorte, un espacio de unos diez pasos, luego otra, el mismo espacio, y otra más. El rumor de las pisadas, lejano y difuminado al principio, se volvió cada vez más audible y claro en el bosque. Los legionarios marchaban con los petates al hombro y el escudo colgado de la espalda y cubierto con la tela protectora. La mayoría ni siquiera iban ataviados con su cota de malla, incómoda prenda bajo el sol de Hispania. Tampoco con el casco, que muchos llevaban colgando junto con su petate. En lugar de este, muchos lucían sombreros de ala hechos de paja. Iban tan cargados como sus mulas. Y seguían pasando. Cuando la vanguardia de Domicio se topase con la zanja una milla más allá, toda la columna se detendría. Hirtuleyo mandaría entonces prender las ramas secas depositadas en la trinchera. El fuego cortaría el camino al ejército rebelde; el humo sería nuestra orden de carga.

Conté diez cohortes antes de que la columna se detuviese. Se oyeron los gritos de los centuriones ordenando el alto. De pronto vimos el humo surgiendo una milla más allá. El corazón me palpitaba en las sienes. Era el momento. Me puse en pie.

—¡A por ellos! —grité con todas mis fuerzas—. ¡A por ellos! —repetí.

De cada árbol surgió un hispano. Cargaron colina abajo esquivando troncos, maleza y árboles, gritando como dementes, al tiempo que los centuriones enemigos instaban a sus hombres a prepararse para el combate. De la ladera opuesta bajaban más hispanos a la carrera aullando como lobos. Volaron las jabalinas antes de entablarse el cuerpo a cuerpo. El rumor de la batalla envolvió el aire. Los primeros en trabar contacto directo con los desprevenidos legionarios fueron los doscientos cántabros de la partida del Cuervo. Corvus, el líder de aquel puñado de locos montañeses vestidos de negras pieles, blandía su gigantesca hacha de doble filo mientras dos de sus corpulentos acompañantes le cubrían los flancos. Corvus era mecánico, golpeaba con el hacha el escudo de un legionario, esta se quedaba incrustada, el cántabro tiraba hacia sí con furia, desestabilizando a su contrincante, arrancándole el escudo de la mano. Luego una patada, o un cabezazo, o un puñetazo. Esos latidos de aturdimiento los utilizaba el cántabro para arrancar el

hacha del escudo en que había quedado incrustada y, con el mismo impulso, dirigir un certero golpe ascendente o descendente, a la cabeza o las piernas del infeliz legionario. Luego iba a por el siguiente. Y así uno tras otro seguido de sus hombres, abriendo cuña.

Después de semanas de marcha por un país hostil, las tropas de Domicio, agotadas, acosadas, hambrientas y al borde del motín, no fueron capaces de resistir la repentina oleada de furia hispana que caía sobre ellos por todas partes. La columna, aparentemente sólida al principio, empezó a venirse abajo. Los centuriones se desgañitaban mientras muchos de los hombres buscaban una salida a aquel infierno o, sencillamente, arrojaban las armas al suelo y se arrodillaban en señal de rendición. Domicio intentó socorrer a sus tropas del desfiladero enviando más en su ayuda, pero la angostura no hacía más que acrecentar la confusión entre los que buscaban una salida y los que llegaban para socorrerlos. Al final, pudieron oírse las tubas enemigas que llamaban a retirada. Sonaban insistentes, atropelladas, como si en realidad entonasen un «sálvese quien pueda». Las órdenes de Hirtuleyo habían sido precisas: si el enemigo se replegaba, no debíamos perseguirle, debíamos volver a la espesura y regresar al campamento que habíamos establecido tres millas más al oeste. Decía que, en más de una ocasión, batallas en apariencia ganadas se habían perdido precisamente porque, en ese momento de locura victoriosa, los hombres se veían incapaces de reprimir el deseo de perseguir a un enemigo en desbandada. Si esto ocurría, el perseguidor se desorganizaba, perdía cohesión. En nuestro caso, el efecto de la sorpresa ya se habría desvanecido, y lo más probable era que, para entonces, las tropas de Domicio ya se encontrasen en orden de batalla a la entrada del desfiladero. Hirtuleyo había rogado a los dioses ante mí, pidiéndoles que los hispanos recordasen sus instrucciones y que las siguiesen. Sonaron nuestras tubas ordenando el repliegue. Los ruegos de mi amigo fueron escuchados. Nuestras tropas no persiguieron al ejército derrotado. Sí que se entretuvieron, no obstante, en recoger apresuradamente por el campo todo aquello que pudiera serles de utilidad: oro y plata, cascos a los que arrancaban las carrilleras, jabalinas, espadas, puñales y, sobre todo, cotas de malla. Tal y como habíamos caído sobre ellos desaparecimos, dejando tendidos en el suelo cientos de cadáveres ensangrentados a merced de los elementos y las alimañas.

Durante días las tropas de Domicio no hicieron amago de moverse. Y si él no se movía, nosotros tampoco lo haríamos. El enemigo estableció su campamento a media jornada de marcha. Fueron días calurosísimos. Las moscas mismas caían al suelo en pleno vuelo. El canto de las chicharras lo envolvía todo. Alrededor del campamento de Domicio, escondidos entre la espesura, observaban nuestros exploradores.

Un grupo de veinte legionarios desarmados y con la boca cubierta de saliva blanca, seca, encostrada, se presentó una mañana en nuestro campamento, escoltados por la partida del Cuervo. Pidieron audiencia. En una camilla traían el cuerpo rígido, gris y sin vida de Domicio, cosido a puñaladas, su cara lucía un rictus de intenso dolor. Habíamos agotado al ejército rebelde. Sin comida, sin agua, en medio de un territorio hostil, incapaces de avanzar o de emprender la retirada y temerosos de abandonar el campamento en busca de alimento, las tropas del gobernador de la Citerior habían acabado por amotinarse.

Apenas tuvimos tiempo de saborear nuestro triunfo. Hirtuleyo llegó a un apresurado acuerdo con el ejército derrotado, que aún podía luchar: quienes quisieran unirse a nuestra causa serían bienvenidos; sin embargo, aquellos que lo desearan podrían volver a la Citerior y luego a Roma, siempre y cuando abandonasen las armas y jurasen no volver a enfrentarse a nosotros. Fueron

cerca de tres mil los legionarios que pasaron a engrosar nuestras filas; al resto se le garantizó que no serían perseguidos ni molestados en su retirada. La necesidad de llegar a un acuerdo cuanto antes venía dada por un mensaje de Sertorio. El tuerto acababa de derrotar a Lucio Torio, lugarteniente de Metelo en la Ulterior. Torio, hombre temerario, recalcitrante patricio y amante de los lujos, huía hacia el Betis con sus maltrechas legiones y Sertorio iba tras él intentando evitar que se reagrupase. El tuerto nos instaba a marchar hacia el norte de Hispania a toda velocidad, pues había recibido noticia de que Lucio Manlio, gobernador de la Galia Transalpina, estaba atravesando los pasos del Pyrenne al mando de tres legiones y mil quinientos jinetes.

A Hirtuleyo le gustaba la guerra. Decía que esta era el hogar natural del hombre. Admitía sus horrores, pero afirmaba que solo en el conflicto armado se podía saber cómo era una persona en realidad. Era cierto que la guerra hacía surgir lo peor del ser humano, pero también, y sin duda alguna, lo mejor, que la paz no era más que un preludio, una preparación para la guerra y que ni las mujeres ni el vino daban la satisfacción de una victoria. La guerra endurece el espíritu, azuza el ingenio, crea lazos irrompibles entre los hombres, que derraman su sangre hombro con hombro. La guerra nos aleja de la desidia y las banales preocupaciones de la paz. La guerra es a la paz lo que la vida a la muerte. Una sociedad sin guerras es una sociedad muerta, sin alma, decadente, sin retos, alejada de toda realidad, alejada del amor a la vida y a los grandes hechos de los hombres. «¿Quién —decía mi amigo— puede vivir una vida plena sin conflictos? ¿Quién puede crecer como individuo sin fuerzas antagónicas que se opongan a su existencia misma? ¿Quién puede explorar sus límites, su verdadero yo, su verdadera valía, alejado del sumo conflicto? Solo el fuego de la guerra pone a prueba lo que somos. Solo sabemos que los principios de que hacemos gala son sólidos cuando nos enfrentamos a situaciones que los ponen a prueba. La amistad, el valor, la honradez, el amor, el sacrificio... Además —decía—, uno se sabe amado por los dioses cuando muere joven y en batalla». Pero sobre todo Hirtuleyo luchaba por un ideal, luchaba por la República en la que creía. Consideraba que su causa era justa, tenía una fe ciega en que los dioses, al fin, nos concederían la victoria. El sacrilegio cometido por Sila sería castigado por fuerzas superiores a nosotros mismos.

Avanzamos hacia el norte a toda velocidad. En tan solo veinte días recorrimos el espacio que nos separaba de la ciudad celtíbera de Bílbilis, a dos días del río Iber y a poco más de ocho o nueve de Tarraco. La ciudad celtíbera nos recibió con los brazos abiertos; dieron comida, vino y cerveza a los hombres, los notables nos agasajaron a Hirtuleyo y a mí con todo tipo de honores, nos hicieron regalos y pusieron a nuestra disposición a más de mil jóvenes guerreros. Todo esto lo agradecemos en nombre de Sertorio. Los notables nos preguntaron si era cierto que el tuerto contaba con la bendición de los dioses, si efectivamente le habían enviado una cierva blanca con la que hablaba. Sabían de nuestra victoria sobre Domicio y nos informaron de que Lucio Manlio y sus legiones acampaban en Tarraco y se aprovisionaban dispuestos a avanzar sobre la Celtiberia. Sin saberlo, Manlio empujaba a los celtíberos a luchar a nuestro lado.

—¿Qué haremos con Manlio? —pregunté.

Caía la noche. Nuestras tropas acampaban a las afueras de la ciudad celtíbera. Hirtuleyo se acicalaba en su tienda. Se había encaprichado de la hija de un notable celtíbero, y esta de él. O, más bien, podría decirse que había sido el propio notable quien había maniobrado para que la muchacha acabase de alguna manera compartiendo lecho con el hombre de confianza de Sertorio al tiempo que parecía mirar para otro lado. La chica no debía de tener más de dieciséis años. No me cabía duda de que disfrutaría de la noche. Yo, en cambio, intoxicado por la victoria sobre Domicio, no podía más que pensar cuáles serían nuestros siguientes pasos.

—Es bella, ¿verdad? —dijo Hirtuleyo sin responder a mi pregunta.

—Sí. Buen culo y buenas tetas.

—Y cara de ninfa. Ahora que lo pienso..., no me acuerdo de su nombre. Tienen nombres tan extraños...

—¿Entonces qué?

—¿Qué de qué?

—¿Qué vamos a hacer con Manlio?

—Aún no lo sé. Nos supera en número.

—Como Domicio.

—Sí, pero no se debe hacer siempre lo mismo contra un enemigo a menos que quieras que aprenda de ti. Debemos ser imaginativos. Además, la temporada de campaña va tocando a su fin. No podemos andar corriendo por la Celtiberia como conejos. Pero, bueno, de eso ya hablaremos mañana. Ahora tengo que atender a la llamada de Venus.

Mi amigo me palmeó la espalda y salió a cumplir como hombre y como legado de Sertorio. Yo me quedé, pensativo. Un par de lámparas de aceite iluminaban tenuemente la tienda de campaña. A lo lejos se oían los cantos de los lusitanos y los celtíberos alrededor de las hogueras, unidos de nuevo contra Roma. Y, un poco más allá, se podían distinguir los aullidos rituales de la partida del Cuervo. Podía imaginármelos, bailando alrededor de las hogueras, saltando tan alto como les era posible cargados con sus armas, para caer en genuflexión mientras uno de ellos exprimía una monótona melodía de una gran caracola marina que llevaban a todas partes. Las tiendas ocupadas por los legionarios romanos se mantenían en silencio en comparación con el jaleo que montaban los hispanos.

Sertorio había conseguido crear algo de la más absoluta nada y unir a todas estas gentes dispares en un mismo propósito. Era magnífico. Asombroso. Mis ensoñaciones me llevaron a verme entrar triunfante en Roma, junto a Sertorio e Hirtuleyo, tomando quizá alguna magistratura, algo que jamás se me hubiera ocurrido pensar. ¿Podría Cneo Placidio Mutio llegar a ser algún día senador? ¿Gobernador de alguna pequeña provincia? ¿Y cónsul? No pude evitar reír entre dientes. «Estupideces», pensé. Pero si algún día volvíamos a Roma victoriosos, lo que sí tenía claro es que la vida del cerdo de Próculo, el hombre que había acabado con mis padres, sería miserable. No lo mataría, eso hubiera sido demasiado fácil. El Gordo tendría que sufrir, poco a poco..., perdiendo su negocio, su dinero, su casa, poco a poco... No le mataría yo. Lo haría por su propia mano, comido por la desesperanza.

—Señor —dijo la voz de Balbo, que acababa de retirar la lona que daba al exterior.

—¿Sí?

—Se ha presentado un celtíbero en el campamento y quiere...

—Hirtuleyo no está. Dile que vuelva mañana.

—Quiere hablar con Cneo Placidio Mutio. Dice venir de Cluniaco.

—¿Te ha dado un nombre?

—No. Pero me ha dado esto.

El legionario me mostró la chapa de bronce que encajaba a la perfección con la que me diera Belinos. Por alguna razón me alegré.

—Hazle pasar.

El celtíbero entró en la tienda vestido para la guerra, la cota de malla cubriendo su túnica blanca, el *sagum* negro a modo de capa, la espada colgando del tahalí.

—¡Cneo! —dijo, y se lanzó a abrazarme como hubiera hecho un hermano. Yo también procuré mostrarme efusivo.

—Bienvenido, Belinos —dije en su lengua—. Adelante. Siéntate. ¿Vino?

El celtíbero asintió. Parecía entusiasmado, feliz de verme, de estar allí.

—Puedes retirarte, Balbo. —Balbo observaba al celtíbero con un interés vacío, de arriba abajo, buscando, imagino, alguna señal que le permitiese adivinar que pronto sufriríamos alguna catástrofe—. Puedes retirarte, Balbo —repetí. Y el legionario, algo contrariado, dio media vuelta y salió de la tienda.

—¿Qué se te ofrece? —dije, procurando dar a mis palabras el tono adecuado de amabilidad—. ¿Qué tal está tu esposa?

—Veleda bien. Dio a luz en primavera. Un niño.

—Mi enhorabuena, Belinos —dije con fingido entusiasmo.

—Gracias.

—¿Cómo le habéis llamado?

—Ella ha decidido que se llamaría Kalaitos. Así se llamaba su padre. —El rostro del celtíbero se ensombreció un poco—. Dice que es nombre de guerrero. Que un hombre debe ser un guerrero como lo fue su padre. Se está volviendo una mujer un tanto agria. Ya no me mira como antes. A mí me hubiera gustado llamarle Belinos, pero...

—¿Y permites que una mujer decida sobre estas cuestiones?

—No conoces a las mujeres celtíberas, amigo mío.

—¿Qué tal el joven Cneo? —pregunté con cierta malicia para hurgar en la herida abierta.

—Bien, es sano, fuerte, inteligente. Veleda ha decidido que debe aprender latín. Él se opone —dijo con cierto tono de orgullo, de victoria—, se niega a hablarlo.

—¿Y qué te trae por aquí?

—Hemos tenido noticia de vuestras victorias. El consejo de Cluniaco ya no se muestra contrario a unirse a Sertorio. Somos pocos los que consideramos que deberíamos mantenernos al margen, cada vez menos, que esto es una guerra entre romanos. Cuando dos osos se están peleando, no es sensato meterse en medio. —Hizo una pausa para beber algo de vino—. Pero a muchos la espada les quema en la vaina. En la Celtiberia la sensatez suele ser tachada de cobardía —dijo con cierta resignación—. Y la actitud de Veleda no ayuda. No por Sertorio, a ella el tuerto le trae sin cuidado, sino por ti. Dice que mi juramento de amistad me obliga.

—¿Entonces? ¿Por eso estás aquí?

—En mi tierra decimos que es más fácil nadar a favor de la corriente que en contra. Yo insisto en que la corriente puede cambiar en cualquier momento y que para evitar sus vaivenes es mejor no meterse en el río. Pero, sinceramente, ya no sé lo que pensar. Quizá sea yo el que está

equivocado. No soy ningún cobarde —protestó indignado, como si se estuviese dirigiendo al consejo de su ciudad—. Y no me importa luchar y morir por lo mío, pero me aterra luchar y morir por lo de otros. Y eso es lo que creo que estamos haciendo uniéndonos a vosotros.

—No creo que exista mucha diferencia si todos estamos luchando por lo mismo. Y unidos somos más fuertes.

—Pero es que no luchamos por lo mismo, Cneo, amigo mío. Yo lo que quiero es que mi gente viva en paz, que no desaparezca, que todo siga como siempre fue. Es como si el mundo de nuestros abuelos se nos estuviese yendo de las manos. Nuestro mundo desaparece ante nuestros ojos sepultado por calzadas, templos y una lengua extraña que ahora aprendemos.

—Ya —dije, recordando las palabras de Agatón—, pero todo cambia. La existencia es cambio. Lo único que no cambia es lo que está muerto. Es absurdo pretender que todo siga igual. Absurdo e inútil, amigo mío. La corriente ya está en marcha, hacia dónde vaya es lo de menos. Lo importante es hacia dónde quieres ir tú. —Belinos me miraba inexpresivo—. En Roma yo tenía un maestro, un griego. Solía decir que el hombre es como un perro atado a un carro tirado por bueyes. El camino está trazado, puedes resistirte y tirar de la cuerda en dirección opuesta, puedes intentar salirte del camino, pero el carro va a seguir tirando de ti y nunca vas a tener la fuerza suficiente como para cambiar su rumbo. Lo que sí puedes hacer es aceptar tu realidad, seguir al carro de buena gana, no tirar demasiado de la cuerda para que no acabes ahogándote. Y observar, amar lo que la vida te ha dado y hacer el camino como mejor puedas. Como mucho, podrás acercarte a un lado o a otro del camino para husmear. Poco más.

—Es una forma triste de verlo.

—Es una forma de verlo que, a la larga, libera, Belinos. La corriente del río del que hablabas crece y crece en Hispania. Vosotros, ahora mismo, estáis en la orilla del cauce. Pero el cauce se desbordará y, para entonces, más os vale haber elegido en qué dirección vais a nadar. Nuestra causa es justa. Tus hermanos se unen a nosotros...

—Puede que tengas razón.

—Pero imagino que no estás aquí para charlar. —A medida que hablaba con el celtíbero me sentía cada vez más seguro de mí mismo. Su duda alimentaba mi seguridad. Quién mejor que yo, una hoja desplazada al antojo del viento, para hablar sobre perros atados a carros—. ¿A qué has venido exactamente, Belinos?

—El consejo de Cluniaco me ha puesto al mando de nuestra juventud; dos mil guerreros dispuestos a todo. Me consideran el hombre ideal para liderarlos. Quieren que los ponga al servicio de Sertorio. Cuando supimos que estabais aquí y que un ejército romano se prepara para irrumpir en la Celtiberia, tomaron la decisión. No escucharon mis protestas. Y sospecho que Veleda ha tenido algo que ver.

Había cierto rencor en la voz de Belinos. El hombre seguro de sí lamentaba estar abrazando algo en lo que no creía. Pero todo le empujaba en esa dirección.

—Si te sirve de algo, a mí me alegra compartir esto contigo. Podemos hacer grandes cosas juntos, Belinos. —Sonreí todo lo afablemente que pude. Me acerqué a él para tomarle la mano con fuerza—. El carro, Belinos. Piensa en el carro. Acepta tu destino. Una vez que lo aceptas, el bosque de dudas se disipa y ante ti aparece una amplia llanura. —Yo hablaba de tal manera que hasta me sorprendí a mí mismo. ¿De verdad creía lo que estaba diciendo? Poco importaba. A partir de entonces sí que lo creí. Y, lo que es más importante, también él. Pude ver en sus ojos ese

destello que desprende el convencimiento paulatino. El principio de la fe—. Saldremos airosos, Belinos. Confía en mí.

—¿Sabes, Cneo? —dijo Belinos pensativo—. A veces siento celos de ti.

Además de ver nuestro contingente reforzado por los hombres de Belinos, a lo largo de los días fueron llegando a Bilibilis hombres de toda la Celtiberia. Estos acudían como el lobo acude al olor de la sangre fresca, entusiasmados, ávidos de guerra, venganza y botín. Empezaban a creernos invencibles. Es curioso cómo el rencor y el odio pueden ser heredados de padres a hijos, de abuelos a nietos, como una verruga.

Llegó un momento en que Hirtuleyo tuvo que rechazar partidas enteras, pues, cuanto mayor es un ejército, más difícil resulta alimentarlo. Sí se les instaba, no obstante, a hacer que la vida de los rebeldes fuese lo más interesante posible. No marcharían con nosotros, pero serían de los nuestros. Tarde o temprano, les decía Hirtuleyo, serían llamados. Mientras tanto, cualquier acción que llevase penurias a los hombres de Manlio sería bienvenida.

Dos semanas después de haber llegado a Bilibilis, recibimos noticia de que Manlio había abandonado Tarraco y se dirigía hacia nosotros. Avanzamos a su encuentro mientras el consejo ordenaba que se reforzaran las murallas de la ciudad. Ahora ya podíamos decir que, al menos en cuanto a número, nuestras fuerzas y las de los rebeldes estaban parejas. Aun así, y a pesar de la insistencia de los caudillos hispanos, Hirtuleyo se negaba a ofrecer batalla como un carnero.

—Parece mentira que aún no sepan lo que son capaces de hacer las legiones, incluso al mando de un incompetente —me dijo una noche.

—¿Es Manlio un incompetente?

—No lo sé, pero aunque lo fuese.

Divisamos la vanguardia de Manlio a mitad de camino entre Bilibilis y Tarraco. Al igual que con Domicio, emprendimos una lenta retirada hacia el sur intentando de nuevo atraer al enemigo y agotarle al tiempo que lo alejábamos de la Celtiberia. Manlio nos persiguió durante dos días. Luego cambió de rumbo y volvió a dirigirse al noroeste. Resultaba evidente que no tenía intención de andar corriendo por Hispania tras un esquivo enemigo y menos aún a mitad de la temporada de campaña. El enemigo parecía haber aprendido algo. Ahora éramos nosotros quienes perseguíamos a Manlio.

La guerra ofrece, por lo general, dos objetivos principales: uno móvil, los ejércitos, y uno estático, las ciudades. Destruir ejércitos es la forma más rápida de derrotar a un enemigo; asaltar o asediar ciudades, la más lenta. Imagino que Manlio dedujo que, si no podía llevarnos a una batalla campal, tendría que elegir un objetivo inmóvil. Sus intenciones no tardaron en resultar

evidentes. El gobernador de la Galia se dirigía a Bílbilis. La elección era lógica. Bílbilis había sido la primera ciudad de la Celtiberia en levantarse abiertamente a nuestro favor y en poner a toda su juventud a nuestra disposición. Atacar esa ciudad y tomarla supondría para Manlio no solo una victoria que poder esgrimir ante el Senado en Roma, sino que también era probable que esperara que, si Bílbilis caía en sus manos y ofrecía un espectáculo de crueldad romana a los celtíberos, el apoyo de estos a nuestra causa se debilitaría.

En poco más de una semana Manlio acampaba a las puertas de la ciudad. Sus habitantes no habían dispuesto de tiempo suficiente para reforzar las murallas. El romano se preparaba para el asalto. Del mismo modo que para él la toma de Bílbilis resultaba necesaria a falta de una batalla campal, para nosotros era imprescindible que no la tomara. El entusiasmo celtíbero por nuestra causa podía desmoronarse si no nos mostrábamos impetuosos a la hora de defender a aquellos que se habían declarado a nuestro favor. Así que Hirtuleyo decidió pasar a la acción. Creo que, además de la importancia estratégica y moral de la ciudad, una parte del corazón de mi amigo residía dentro de aquellas murallas. Acampamos a media jornada de distancia y apostamos exploradores alrededor del campamento de Manlio para que nos mantuviesen informados de sus movimientos. Consciente de que nos encontrábamos cerca, el romano no se atrevió a llevar a cabo su asalto, aunque sí sometió la ciudad a un moderado asedio. Era lógico. Asaltar ciudades es costoso y sangriento. Y si los defensores cuentan con un mínimo deseo de resistencia, no hacen falta tropas expertas para defender unas murallas. Manlio sabía que, en el momento en que ordenara el asalto, nuestro ejército se presentaría a sus espaldas y tendría que luchar en dos frentes. Demasiado incluso para legionarios curtidos.

Hoy en día, después de tantos años, y habiendo tal cantidad de veteranos que contaron su historia, me asombra que en Roma se haya popularizado la idea de que las guerras en Hispania son llevadas a cabo por pequeños grupos de hombres que hostigan, de forma infame, a valientes legionarios desprevenidos. Que los hispanos se esconden en las montañas por puñados, que salen de su escondrijo, atacan por sorpresa y vuelven a esfumarse en los montes. Que son incapaces de organizarse para formar una línea de batalla en orden cerrado para enfrentarse a las legiones, que luchan con armamento ligero, que prefieren la vil escaramuza a la gloriosa batalla campal. Aunque cierto en parte, esta visión está algo alejada de la realidad. Muchos hispanos acuden a la batalla, si pueden permitírselo, con armamento pesado y suficiente como para plantar cara a las legiones. Y prefieren luchar a campo abierto que recurrir a la emboscada. Cuestión diferente es que sea recomendable hacerlo o que su fuerza no se lo permita. Lo cierto es que la orografía hispana se presta a este tipo de lucha de escaramuzas, lo que Sertorio llamaba «defensa activa», oponiéndolo a la defensa pasiva de, por ejemplo, las ciudades. El hispano, aunque valiente y hábil en el manejo de las armas, es un guerrero estacional. Quiero decir con esto que el hispano irá a la guerra después de la cosecha y antes de la siembra. A medida que se va acercando el momento de la siembra, la cabeza del hispano pasa más tiempo en sus tierras que en el campo de batalla. Porque el hispano es su tierra. En cambio, el legionario no tiene otra preocupación que las armas. El tiempo del hispano se divide entre la azada y la espada. El tiempo del legionario se consume íntegramente en la guerra. Por decirlo de algún modo, el hispano considera la guerra un derecho; el legionario, una obligación contractual. Como todo derecho, el hispano se ve en condiciones de renunciar a él cuando así lo considera, como hombre libre. El legionario está atado a su contrato con su general. El mapa hispano está fragmentado en miles de pequeñas ciudades. Al legionario

romano le sustenta toda la maquinaria de la República. Una mala cosecha hará que cunda el hambre entre las tropas hispanas, pues antes han de comer sus hijos. Un legionario romano no tiene hijos o, si los tiene, no los conoce. Un hispano volverá a su ciudad o aldea para proteger a sus seres queridos. Un legionario no tiene a dónde volver ni qué proteger. Además, se podría decir que, al igual que cuando un herrero golpea, toda la fuerza de su cuerpo viene a concentrarse en un punto del martillo; así la República puede concentrar todo su peso sobre un punto del mundo y golpear una y otra vez hasta que, por duro que sea el clavo o densa la madera, este acabe penetrando hasta el fondo.

Al final Manlio desistió del asedio de BÍlbilis. Los días se sucedían y ni BÍlbilis se rendía ni Manlio se decidía a asaltar sus murallas. Una buena mañana el gobernador de la Galia emprendió el camino de vuelta a Tarraco, probablemente acuciado ahora por problemas de suministro.

Viendo que las todopoderosas legiones se retiraban, los celtíberos comenzaron a sentirse felizmente inquietos. Querían actuar, querían una batalla. Decían, y no les faltaba razón, que, si no destruíamos aquel ejército, este volvería para atormentarnos al año siguiente. Hirtuleyo, indeciso al principio, decidió perseguir a Manlio y dar la batalla en cuanto el momento y el lugar se mostrasen propicios. Los celtíberos celebraron su decisión.

Hirtuleyo me puso al mando de la caballería celtíbera. Nuestro cometido no era otro que hostigar continuamente la retaguardia del rebelde. En un principio no entendí muy bien por qué mi amigo me confiaba una tarea de tamaña responsabilidad. Menos aún montado en mi triste y viejo Pegaso. Pero lo cierto es que con Belinos a mi lado el trabajo no resultó ser demasiado arduo. Ya había comandado una cohorte, ahora tocaba probar la caballería. Corvus, el cántabro, al saber que abandonaba el grueso del ejército con la caballería, quiso hablar conmigo. Se presentó como siempre lo hacía, cubierto de armas, hacha, espada, puñal, venablos...

—Nosotros también vamos —dijo secamente.

—Ya somos suficientes —repuse.

—Me da igual. Tú nos pagas. Nosotros vamos contigo.

A Belinos no le gustaba el barbudo cántabro. A mí tampoco es que me gustase demasiado. Pero he aquí lo mezquino que puede llegar a ser un hombre. Belinos me susurró al oído una protesta. Estaba indignado.

—Ya somos suficientes, Corvus —repetí.

—Quita celtíberos —dijo mirando a Belinos con asco y de arriba abajo—. Nosotros vamos.

—Muy bien —dije al fin—, partimos ya.

Creo que disfrutaba contrariando a Belinos.

Salimos del campamento de BÍlbilis al alba. Yo iba en cabeza, sintiéndome importante, un romano, un patricio al mando de bárbaros. Belinos, a mi derecha, sobre su semental blanco, vestido al modo de su gente, la túnica blanca surcada de vivos colores, la espada colgada del tahalí, rasurado y limpio. Tras él, un sirviente sobre una mula portando el resto de su panoplia, y más atrás cerca de un millar de jinetes. A mi izquierda, Corvus, ataviado con pieles negras, sobre su bestia negra, la cara oculta tras la barba negra, cubierto de armas. Tras él, sus doscientos cántabros. La rivalidad entre ambos me divertía. Es más, incluso sus caballos parecían llevarse mal. El viejo Pegaso pasaba desapercibido para los otros dos sementales. En cambio, estos no dudaban en lanzarse alguna dentellada cuando se tenían a tiro.

Las legiones de Manlio avanzaban lentamente a lo largo del cauce del río Iber. Nosotros íbamos tras él. Le seguíamos de cerca, sin perder de vista la nube de polvo que levantaban sus veinte mil hombres y caballos. A una jornada venía Hirtuleyo con el grueso de nuestras tropas. En un par de días comenzaron las escaramuzas. Manlio, consciente de que le perseguíamos, había apostado a sus jinetes en retaguardia. El primer contacto con ellos fue inesperado. Atravesábamos un bosque. El suelo estaba húmedo, dada la cercanía del río. El bosque, de grandes robles, era lo suficientemente frondoso como para que nuestra columna se viera obligada a cabalgar dispersa. De repente, Corvus detuvo su montura y olisqueó el aire como un perro. Yo hice lo mismo. Poco a poco, los cascos de nuestros caballos se fueron deteniendo.

—Están cerca —dijo el cántabro.

Agucé el oído.

—Muy cerca —insistió.

No había acabado de hablar mi incómodo acompañante cuando oímos un relincho a lo lejos.

—¡Vamos! —aulló el cántabro.

Y, sin más preámbulo, sin esperar mi orden, espoleó su montura soltando al tiempo un ensordecedor alarido de carga. La partida del Cuervo partió al galope detrás de su líder, venablo en mano.

—¡Espera, maldito idiota! —grité.

—¡Están locos! —dijo Belinos a mi lado.

Ambos tuvimos que tirar fuerte de las riendas para que nuestros caballos no siguiesen el ejemplo de aquellos dementes, que ya se perdían en la espesura esquivando los árboles.

—¡Ese hombre está loco! —insistió Belinos apuntando en la dirección en que habían desaparecido. Ya solo se oían sus gritos en medio del bosque, alejándose.

De pronto llegó a nosotros el inconfundible ruido de la batalla. Lejano y difuso, pero inconfundible. Me sentí aturdido. Como si me hubieran golpeado con un martillo en la cabeza. ¿Qué hacer? ¿Seguir a los cántabros? ¿Quedarnos ahí? ¿Huir?

—Te dije que nos traería problemas —dijo Belinos, nervioso, al tiempo que, con la mano, llamaba a su sirviente para que le tendiese la panoplia.

Detrás de mí sentía cómo hombres y caballos se revolvían inquietos ante la inminencia de la batalla. Tenía que tomar una decisión. Belinos ya estaba preparado para entrar en combate a una orden. Me miraba expectante. La espada desenvainada. Mi corazón palpitaba. Los gritos lejanos y el choque de los metales parecían suspendidos en el aire.

—No puedes luchar a lomos de ese jamelgo, Cneo —protestó Belinos.

Acto seguido llamaba a uno de sus hombres. Este llegó al trote. Belinos, en su lengua, le ordenó que me diese el caballo que montaba.

Así que, sin yo decir una palabra, la decisión estaba tomada. Y parecía que la había tomado yo. Entregué las riendas de Pegaso al celtíbero. Subí al animal que se me ofrecía. Me sentía como un imbécil. Pronto eché en falta la quietud, docilidad y parsimonia de Pegaso. El bicho que tenía entre las piernas se movía inquieto. Dicen que los caballos huelen el miedo de sus jinetes, dicen que, si notan que quien los monta no está al mando, el mando lo asumen ellos.

—Es un animal valiente —dijo Belinos con orgullo.

El caballo resoplaba. Hundía los cascos en el suelo húmedo. Daba un paso al frente. Luego otro atrás. Todo mi cuerpo se tensó. Mi único objetivo era mantenerme en lo alto, no caer.

Comenzó la inconsciente lucha entre mis brazos y el cuello del animal. Necesitaba ambas manos. Lo último que podía pensar era en desenvainar la espada. Mucho menos en guiar al combate a aquellos hombres que me seguían. Y, de repente, en medio de aquella lucha personal, el maldito bicho, sin siquiera espolearlo, se puso sobre sus ancas traseras, relinchó y salió al galope para recorrer el camino que habían abierto los malditos cántabros. Detrás, oí a Belinos gritar en su lengua; entendí las palabras «demostrar, mejor, caballería, Hispania». Luego, el tronar de miles de cascos a mi espalda. No creo que haga falta decir que galopar por un bosque es un asunto complicado. Ramas, troncos cruzados, quiebros o saltos inesperados cuando no tienes el control de la montura. Cada instante era una caída potencial; cómo no acabé en el suelo es para mí un misterio. Belinos me sobrepasó gritando acompañado por los suyos. La bestia con la que yo lidiaba, lejos de amedrentarse, cogió más velocidad. Los caballos tienen la mala costumbre de querer ir siempre los primeros.

Una batalla es un asunto confuso. Una batalla en un bosque dobla en confusión a cualquier otra. Una batalla en un bosque y a caballo...

La moral de la caballería de Manlio se hundió en cuanto los celtíberos chocaron contra ellos. Se conoce que, en un principio, habían respondido a la impetuosa carga de los cántabros pensando que eran los únicos que los hostigaban. Aunque, como he dicho, en un bosque es imposible calcular de cuántos hombres dispone el enemigo o de dónde vienen. De pronto debieron de creerse superados en número y calidad, y emprendieron la huida. Tengo que decir que nunca pudo asemejarse la caballería romana a la hispana. Belinos, Corvus y los suyos persiguieron a los de Manlio durante un trecho, alcanzando y derribando a los más rezagados. Para entonces, yo ya había conseguido hacerme con mi montura. Los hispanos desmontaban para rematar a los romanos muertos o moribundos y aprovechaban para registrar sus cuerpos en busca de algo de valor. A lo lejos sonaban las tubas de las legiones. Alertado de la escaramuza, Manlio enviaba varias cohortes contra nosotros. Venían a paso ligero. En un momento Belinos y Corvus estaban a mi lado. El cántabro lucía una demencial sonrisa de satisfacción; tenía la cara cubierta de sangre propia y ajena. Escupió coágulos al suelo junto con un diente. Llevaba en la cabeza el casco con penacho de un oficial romano.

—Tenemos que irnos —dijo Belinos jadeante.

Hostigamos la retaguardia de Manlio durante días a lo largo del cauce del Iber. Sintiéndose acosado, el rebelde reorganizó su columna e hizo sus líneas más compactas, esto es, más sólidas, menos vulnerables, pero también más lentas. Esto permitió que Hirtuleyo fuese ganándole terreno.

El Iber es un río majestuoso y bello. Nace en tierra de los cántabros y desemboca en el mar que los griegos llaman «mesoponto» («el mar de enmedio»). De los montes del Pyrenne surge un sinfín de ríos menores, tributarios del Iber, que ensanchan su cauce y hacen un aporte a su grandeza. Uno de estos lleva a la pequeña ciudad amurallada de Ilerda. En vez de seguir hacia Tarraco como esperábamos, Manlio se desvió hacia el norte. Puede que considerase que el camino hasta Tarraco era ya demasiado largo para sus escasos suministros y que su mejor apuesta pasaba por llegar a Ilerda, a tan solo dos jornadas de marcha desde donde se encontraba. Allí podría abastecerse y, quizá, pasar el invierno o volver a su provincia de la Galia y esperar a la campaña siguiente. Hirtuleyo decidió que había llegado el momento de ofrecerle al rebelde algo

que no pudiese rechazar: una batalla campal. Al fin y al cabo, a eso había venido Manlio. Hirtuleyo y yo nos encontramos donde ambos ríos se juntan y allí levantamos un campamento.

No me extenderé aquí sobre el desarrollo de la batalla que tuvo lugar a continuación. Entre otras cosas porque no fui testigo de ella a causa de unas fiebres que me tuvieron incapacitado en mi tienda durante días. Baste decir que, por lo que me contó Hirtuleyo, la infantería hispana sostuvo el duro envite de las legiones de Manlio y que este, agotado de golpear nuestro centro sin resultado y viendo que sus flancos corrían el serio peligro de ser desbordados por nuestra caballería, optó por refugiarse en Ilerda. Hasta allí seguimos al gobernador de la Galia y allí decidió Hirtuleyo asediarse.

De aquellos días de asedio recuerdo más bien poco. Pasé todo el tiempo en mi tienda de campaña. Belinos, Alio e Hirtuleyo solían venir a verme y me ponían al corriente de la situación y los trabajos que este último había ordenado: una empalizada que rodease toda la ciudad y encerrase a los silanos. A falta de médico, fue el bueno de Balbo quien se tomó muy en serio la labor de cuidarme, aunque sospecho que, además del cariño que me tenía aquel necio, en sus simples cálculos también entraba el hecho de librarse de los duros trabajos en la empalizada. El legionario no se movía de mi lado salvo cuando se trataba de ir a buscar sus extraños remedios a mis fiebres probados eficazmente, decía, por su madre. Entre ellos citaré los más curiosos. Balbo, durante días, estuvo siguiendo una estricta dieta a base de col. No comía otra cosa. Cuando orinaba, lo hacía sobre un paño que luego me restregaba por los pies, las manos y la cara haciendo caso omiso de mis protestas. Decía que la orina de col calmaba las fiebres. Sí, es cierto, aquel olor me recordaba a Roma y a la lavandería de mi padre, pero eso no quiere decir que no me diese asco. En otras ocasiones me restregaba heces de cabra alrededor del ombligo, y, no contento con eso, un buen día decidió que el fin de mis dolencias estaría más cercano si me dejase meter un puñado de ortigas por el recto. Algo a lo que, por supuesto, me negué.

Las jornadas empezaban a ser menos calurosas. Las noches eran cada vez más frescas. La temporada de campaña tocaba a su fin. Con los silanos encerrados en Ilerda, nos llegaron noticias del sur y de los avances de Sertorio. El tuerto había acorralado al ejército de Torio y lo había hecho pedazos. El mismísimo Torio había muerto en el enfrentamiento, y eso significaba que en el sur de Hispania los silanos mantenían escasas posiciones. Entre ellas Gades, lugar en el que había desembarcado el ahora procónsul Quinto Cecilio Metelo Pío para hacerse cargo de una situación que al Senado en Roma se le estaba yendo de las manos. A partir del año siguiente ya no nos enfrentaríamos a gobernadores provinciales, segundones o subalternos, sino a uno de los generales más capaces que Roma podía poner en el campo. «La puta Vieja», así se refería Sertorio a Metelo en la misiva que nos hizo llegar. Y así comenzamos a llamar al patricio desde entonces.

Manlio, encerrado en Ilerda y consciente de que el tiempo se le agotaba, decidió hacer una salida eligiendo para ello el punto más débil de nuestra empalizada. Las legiones del gobernador de la Galia lucharon con arrojo, y tras una mañana sangrienta, consiguieron romper el cerco y marchar hacia el norte a toda prisa, antes de que las nieves cubrieran los pasos del Pyrenne. Ocupamos Ilerda al día siguiente. Los hispanos, con su mente ya puesta en la siembra, se negaron a perseguir al rebelde.

Semanas después supimos que tan solo un puñado de las tropas de Manlio había llegado a la provincia de la Galia. La ruta tomada por el silano lo había llevado a atravesar las tierras de los aquitanos, al oeste, a orillas del océano exterior. Este pueblo belicoso tuvo a bien acabar el

trabajo que nosotros habíamos empezado. Otro ejército rebelde se desvanecía. Sertorio comenzaba a adquirir fama de invencible en Hispania.

IV

Los años de gloria

Hay quien dice que vivir es ir acumulando pequeños arrepentimientos hasta llegar a sentir un arrepentimiento total. Quizá por eso también se dice que los dioses aman a quienes mueren jóvenes. Porque cortan su camino antes de que la carga se vuelva demasiado pesada, cuando aún existen ideales por poner a prueba. Porque, de los jóvenes que mueren, siempre se piensa que su futuro no podría haber sido sino luminoso.

Ilerda nos recibió agradecida. Aún quedaban vestigios de los abusos a los que había sido sometida la población de la desdichada ciudad. Charcos de sangre seca, cadáveres aún insepultos, mocosos pidiendo comida, casas calcinadas y saqueadas, hombres con las manos cortadas, mujeres jóvenes con la mirada perdida, cuerpos empalados. La crueldad, en suma, de un ejército acorralado que teme una sublevación dentro de sus murallas. Quedé impactado. No es que fuesen inocentes, porque nadie es inocente. Todo el mundo es culpable o potencialmente culpable de algo. Tampoco es que no hubiera presenciado algo parecido antes, en Roma concretamente. La cuestión es que ese era el primer destello de aquello en lo que se iba a convertir la guerra en la que estábamos sumergidos.

La fama de crueldad de las guerras en Hispania no se debe a que los hispanos sean particularmente crueles; de hecho, la crueldad en Hispania, aunque imaginativa, es simple, burda, sencilla, básica, incluso. El problema en Hispania es que las guerras son largas y que es imposible saber dónde empieza la población y dónde el pueblo en armas. En otras repúblicas y reinos las cuestiones las decide una única gran batalla. No allí donde cada ciudad es una entidad autónoma con su propia historia de odios y lealtades.

En Ilerda dejamos una pequeña guarnición, también en una ciudad más al norte, llamada Bolskan por los hispanos, Osca por los romanos, lugar que, por su estratégica posición, permitía mantener controlados los pasos del Pyrenne y el amplio valle del Iber. Con el otoño acechando, el ejército que habíamos reunido se dispersó como las hojas marrones cuando sopla el viento. La mayoría de los hispanos estaban ansiosos por volver a sus hogares, ansiosos de contar sus historias de valor y victoria al calor de la hoguera, impacientes por mostrar los trofeos arrebatados a los ejércitos romanos derrotados, deseosos de volver a ver aquello por lo que habían luchado. Pero, sobre todo, impacientes por recuperar su lugar detrás del arado, por hollar la tierra para obligarle a dar fruto. Había grandeza en esa forma de vivir. Una grandeza de la que yo, infeliz, no sería consciente hasta años después, testigo ya del agónico fin de aquel mundo.

Sertorio, en una misiva, nos instaba a buscar cuarteles de invierno, a dispersarnos a lo largo de la geografía hispana con las tropas no estacionales con el objeto, por un lado, de evitar lo oneroso de mantener un ejército en armas en un mismo punto y, por otro, para recordar a los hispanos nuestra presencia y seguir así estrechando lazos entre ellos y nuestra justa causa. El tuerto se quedaría en la Lusitania preparándose para la dura campaña que sin duda vendría al año siguiente en la que nos veríamos las caras con el procónsul Metelo, «la Vieja».

—Hay algo más —dijo Hirtuleyo con el mensaje en la mano.

—¿El qué?

—Está pensando en buscar una sede permanente.

—No te entiendo.

—Sí, una capital, por decirlo de algún modo. Pregunta por Osca, si es fácilmente defendible, si sus murallas son robustas.

—Pero es una ciudad minúscula —dije extrañado.

—Eso es lo de menos. Estratégicamente está muy bien ubicada. Además, para un romano cualquier ciudad resulta minúscula. Dice que tiene un pequeño proyecto en mente: crear allí un Senado y una escuela para jóvenes hispanos de sangre noble donde aprendan latín, griego, gramática, geometría, filosofía, oratoria, derecho..., donde aprendan a vivir como auténticos romanos.

—¿Y a eso le llama «un pequeño proyecto»? —dije riendo.

—«Tengo un pequeño proyecto» —leyó Hirtuleyo en voz alta—. Eso dice.

—Lo de la escuela puedo entenderlo. Pero lo del Senado...

—Tiene su lógica. Al fin y al cabo, a medida que pasa el tiempo perdemos legitimidad a ojos del pueblo romano. Si se establece un Senado en Hispania, al menos le estamos disputando la legitimidad al de Roma y enviamos el mensaje de que seguimos siendo romanos. Algo así como un legítimo gobierno en el exilio.

—Entiendo. ¿Y a quién pretende hacer senador?

—Quién sabe... ¿A ti? ¿A mí?

—Suena bien.

—¿El qué?

—Senador Cneo Placidio Mutio... Suena bien.

Echamos a reír.

—La cabeza del sabino nunca descansa —concluyó Hirtuleyo.

Acepté, por tanto, la invitación de Belinos de acompañarle a Cluniaco para pasar el invierno junto con algunos de mis hombres, entre ellos el centurión Alio y mi ahora perrito faldero, Balbo. Hirtuleyo decidió quedarse en Bilibilis con el resto de las tropas. Los cántabros pidieron lo suyo y volvieron a sus montañas advirtiéndome de que, antes de la primavera, volverían para ponerse de nuevo a mi servicio.

Empezaba a acostumbrarme al camino de vuelta a la ciudad de Helena. Aquel camino que recorrí por primera vez como un mendigo y ahora recorría como hombre cercano al poderoso Sertorio. Curiosos vuelcos los de la diosa Fortuna. La cuestión es que, a lo largo del trayecto, no podía evitar sentirme como un impostor. Pésimo jinete, peor esgrimista, aprendiendo el arte de la

guerra a trompicones..., tomé la decisión de poner fin a aquel despropósito ese mismo invierno. Como toda decisión que se va dejando para el día siguiente, algo tiene que pasar en nuestras vidas, por insignificante que sea, para hacer que por fin tomemos las riendas de una situación. Aquel acontecimiento no fue otro que la muerte de Pegaso durante nuestra marcha hacia Cluniaco. El pobre animal, que en su juventud debió de haber sido bravo y valiente y al que la vida había domado, como nos acaba domando a todos, simplemente supo que no viviría otro día. Fue una mañana, al levantar el campamento. Balbo, que había ido a ensillarlo, me dijo algo así como «ese maldito jamelgo no se quiere levantar ni a palos». Salí a ver qué le ocurría. Cualquiera jinete, por escuálida, fea o contrahecha que pueda ser su montura, acaba desarrollando hacia ella un especial cariño. Un vínculo. Entendí lo que le pasaba nada más verle, y tuve que detener a Balbo en su nuevo y brutal intento por hacer que se levantara. Pegaso se enfrentó a la muerte con un simple suspiro de cansancio y resignación. Acatador incluso. Quién sabe si recordando tiempos mejores. El caso es que mi fiel Pegaso parecía haber hecho suyas las enseñanzas de Agatón, quien una vez me dijo que toda la filosofía no es más que una forma de prepararse para la muerte, solo eso. «Filosofías hay muchas —decía—, pero todas llevan al mismo lugar. No podemos decidir cuándo morimos, ni cómo, solo la cara que le ponemos a la muerte, y esta debe ser tranquila. Acatadora. Sumisa. Pero con ese destello rebelde que dice: fui, y, al ser, engañé al vacío, le arranqué algo a la nada eterna. ¿Qué es la vida salvo un insignificante destello en medio de dos eternidades? Nada es. Y, sin embargo, lo es todo». Allí quedó tendido el animal. Pasto de cuervos y buitres.

Como es lógico, me ofrecieron otro caballo. El mismo alazán musculoso, poderoso y rebelde que me dieron durante la escaramuza contra la retaguardia de Manlio. No recuerdo cómo me dijo Belinos que se llamaba mi nueva montura. Yo, por el color de su pelaje, por su fuerza y arrojo, decidí llamarle Ignis.

El trecho que restaba hasta Cluniaco fue de lo más incómodo. Resulta extremadamente agotador para cuerpo y mente centrarse durante horas en un solo objetivo: no caer. Solo quienes nunca han montado a caballo dicen que es el caballo el que lo hace todo.

En Cluniaco fuimos recibidos con todos los honores. No hay nada comparable a ser testigo privilegiado de la vuelta a casa de una juventud victoriosa. Quien no se mostraba excesivamente jubiloso en medio de todo aquel alboroto era Belinos. Lucía una mirada resignada, casi triste, con una pincelada de melancolía que en aquel momento no entendí muy bien. Hoy creo saber lo que pasaba por su mente en medio de los cánticos y parabienes de su pueblo. Sencillamente, Belinos, al contrario que la mayoría de sus compatriotas, sabía que habían emprendido un camino del que ya no había retorno. Y sabía que las victorias de aquel año, engañosas, encenderían un peligroso ardor guerrero entre los suyos.

Helena nos recibió en su casa como una gran dama, vestida con ricos ropajes, cargada de joyas y con el pequeño Kalaitos en brazos. Tanto a Belinos como a mí nos dispensó la misma calurosa bienvenida, como si no quisiera hacer distinciones entre ambos. Y mientras el joven Cneo, ahora un palmo más alto, corría hacia su padre para abrazarlo, Helena y yo cruzamos miradas. La suya se me antojó brillante, ardiente, anhelante, como si quisiera darme un beso en los labios. Envidié la dicha de Belinos al abrazar a su pequeño Cneo. Padre e hijo se dijeron muchas cosas en poco tiempo. Entendí las palabras, «grande, fuerte, serás un gran guerrero», dichas por Belinos. Del joven Cneo entendí las palabras «cuándo» y «matar romanos». Luego su padre le respondió entre risas: «Aún no, cuando cumplas quince años». Helena afeó la conducta al

chiquillo y le advirtió de que yo, el amigo de su padre, el hombre que había salvado a su madre del cautiverio, era romano. El chiquillo me miró con asco y dijo algo así como «ningún romano es amigo». Y entonces recibió un bofetón de su madre. Belinos disculpó al joven. «Cosas de niños».

Comimos copiosamente. Bebimos cerveza. Helena nos preguntó por la campaña. Belinos y yo contamos detalles, los más escabrosos, como la lamentable situación de Ilerda al ser liberada. Los más divertidos, como mi incapacidad a la hora de montar a Ignis, o los remedios de Balbo durante mis fiebres y dolencias. Yo procuraba expresarme en la lengua de Helena y, cuando no encontraba las palabras, hacía por que Belinos las tradujese. Helena reía.

—Sí. Sertorio es un gran hombre. Ahora tiene un magnífico proyecto en mente: crear en Osca un Senado y una escuela —dije en medio de toda aquella conversación.

Belinos me miró extrañado.

—¿Una escuela? —preguntó el celtíbero—. ¿Para quién? ¿Para qué?

—Para todos. Para los hijos de hispanos principales. ¿No es magnífico? Un lugar donde los chiquillos puedan prepararse para un mundo cada vez más complejo, donde aprendan oratoria, retórica, latín, griego, matemáticas, filosofía... ¿Os imagináis las posibilidades?

El ambiente festivo de la bienvenida mudó a uno más serio. Belinos dejó de comer, de beber y de reír y me miró fijamente.

—Explícate, Cneo, por favor.

—Bueno, no hay mucho más que decir, la verdad. Aún es un proyecto. Pero imagina a tu hijo, por ejemplo, hablando latín y griego, pudiendo, como hombre noble, mirar a cualquier romano de alta cuna de igual a igual. ¿No es magnífico?

Helena no entendía lo que nos decíamos. Así que Belinos tradujo. A la celtíbera se le iluminó la cara y miró a su hijo mayor como si sobre él comenzara a dibujarse un futuro prometedor más allá de cualquiera que ellos pudieran ofrecerle.

—Osca está lejos —dijo Belinos con lacónica seriedad.

—Lo sé. Pero esa distancia no es nada comparada con la distancia que separa la ignorancia del conocimiento. Algún día tu hijo te sucederá como hombre principal entre estas gentes. ¿No será mejor que cuando eso ocurra sea un hombre culto? ¿Que conozca la forma de pensar de los grandes hombres que han poblado la historia? ¿De los grandes pensadores? ¿Que hable latín y griego para poder relacionarse con gentes de todo el mundo?

—La ignorancia solo depende del entorno en que te muevas. De nada sirve la filosofía o el latín si eres ignorante del cultivo de la tierra, o de la caza, o del cuidado de rebaños y tienes que sobrevivir. La ignorancia es no saber desenvolverse en el entorno en que te ha tocado vivir.

—¿Y en qué entorno crees que le tocará vivir al pequeño Cneo?

—No lo sé —dijo con cierto aire apesadumbrado. Luego miró al suelo.

—Sí lo sabes, Belinos. Lo sabes muy bien. De todos modos, ¿qué mal le puede hacer? Tu hijo no será pastor, ni cultivará la tierra. Será guerrero y guiará hombres.

—A los hombres de su tierra.

—O a otros.

—Puede ser. No sé.

—Pero piensa en esto: imagina que todos los hombres principales de las ciudades de Hispania enviaran a sus hijos a esa escuela. ¿Qué pasaría si tú te niegas? ¿No sería tu hijo menos que ellos? ¿Y cuando sea adulto? No tendría armas para enfrentarse a hombres mejor educados.

—Pero aquí puede aprender latín.

—Quizá. Pero el latín no es solo una lengua, es todo un modo de entender el mundo. Y el mundo, querido amigo, es cada día más pequeño. Pero diré más. ¿Qué pasará cuando todos esos jóvenes hijos de caudillos y notables desarrollen lazos de juventud entre ellos? ¿Se quedará tu hijo fuera de esas relaciones? La escuela que plantea Sertorio es una gran idea. Él tiende la mano a Hispania y le da lo mejor que tenemos.

—Pero Osca está lejos —repitió Belinos—. Perderá el contacto con lo suyo, con los suyos.

—Tonterías, Belinos. Cneo siempre será un celtíbero. Orgullosos y valientes.

—Aquí está seguro.

—¿Crees que allí no?

—Creo que allí se convertiría en un rehén. Eso es lo que creo.

—Por todos los dioses, Belinos —dijo con una carcajada—. Tienes una mente retorcida. Deja de ver fantasmas donde hay futuro.

Fue un invierno intenso. Tenía dos obsesiones. La primera, conseguir de una vez por todas adquirir cierta pericia en el manejo de la espada. Alío, el centurión, hombre extremadamente sincero, llegó a decirme que una espada celtíbera de tal calidad como la que tenía no merecía ser blandida por manos tan inexpertas. Que aquel noble acero demandaba un amo más diestro. Que de la espada, como de la mujer, se saca más cuando se usa todo el cuerpo que solo la parte en contacto con ella. Que el arte de la esgrima no está en la muñeca, sino en los pies. Que la espada no es un garrote, sino una pluma. Que la estocada es preferible al tajo. Que un paso atrás no es una derrota. Que el arma debe flotar en el aire, no aferrarse como un saco de monedas en un mercado concurrido.

En lo que a hípica se refiere, mi segunda obsesión, Belinos fue mi maestro. Ignis era un caballo fogoso. Decía Belinos que solo aprendiendo a caer y no teniéndole miedo a dicha caída podía un hombre aprender a montar. Y que la prueba de fuego de un buen jinete no era controlando a su caballo en un campo de batalla, sino rodeado de yeguas en celo. Perdí la cuenta de las veces que me fui al suelo.

La nota graciosa de aquel invierno la puso Balbo, por supuesto. El legionario se enamoró perdidamente de una viuda de Cluniaco que debía de superarle en edad por al menos quince años. Era una mujer obesa y risueña que, según él me confesó, le recordaba a su madre. La cara del hombre se volvía un poema de ternura cuando estaba a su lado. Se hacían carantoñas, se besaban en la mejilla, él le regalaba flores y la acompañaba a por agua a un manantial cercano. Aquel ser con cerebro de topo, disciplinado en las líneas de su cohorte, firme ante el enemigo, se volvía un niño en presencia de aquella inmensa matrona de pechos descomunales. Solo los dioses saben los juegos a los que se entregaban por las noches.

Y entonces, como después de un largo suspiro, asomó la primavera. Y con ella un mensajero lusitano. Traía órdenes de Sertorio para Cneo Placidio Mutio. Era necesario reclutar a toda prisa un importante contingente celtíbero para dirigirlo al sur y también establecer una pequeña

guarnición permanente en Cluniaco. Dejé a Alío y a un puñado de hombres al cargo de la ciudad y partimos en cuanto todo estuvo listo.

Quinto Cecilio Metelo Pío, «la Vieja», marchaba ya a la cabeza de sus veteranas legiones para aplastar al tuerto.

—Vuelve —me dijo Helena en un susurro a modo de despedida.

—¡Bienvenidos, muchachos! —dijo el tuerto.

Sertorio había salido de su tienda y nos abrazó a Hirtuleyo y a mí, como hubiera abrazado a dos hijos.

—Adelante, pasad. —Sonrió pleno de júbilo.

El campamento era un hervidero, una inmensa colmena. El pequeño pretorio olía a sudor fresco y estaba abarrotado de hispanos y romanos. Algunos ya conocidos. Los más, sin embargo, eran caras nuevas. Sertorio procedió con las presentaciones. Sería inútil recordar todos aquellos nombres. Inútil e innecesario. Lo que sí resultaba evidente es que todos sintieron un automático respeto por nosotros, los recién llegados, porque era sabido que llevábamos junto a Sertorio más tiempo que cualquiera de los allí presentes y porque conocían, aunque fuera de oídas, el resultado de nuestras campañas. Es cierto que todo el mérito era de Hirtuleyo, pero es bien sabido que, cuando caen, tanto la gloria como la mierda salpican a los que están cerca.

—Ya estamos todos —dijo el tuerto con satisfacción. Volvió a su lugar junto a la mesa donde se arremolinaban los cuerpos de los presentes y, cómo no, la cierva blanca, ahora algo crecida—. ¿Qué me traéis?

—Un contingente de dos mil jinetes celtíberos —respondió Hirtuleyo.

—Y un grupo de doscientos mercenarios de las montañas del norte —añadí.

—Excelente, muchachos. Excelente. ¿Han dado ya comienzo las obras en Osca para la escuela, Hirtuleyo?

—Tal y como pediste.

—Muy bien. Pasaremos el invierno allí. Pero antes tenemos que darle a la puta Vieja un poco de medicina hispana.

El tuerto nos puso al día. Metelo avanzaba con lentitud. Diez millas de media al día como mucho, según los exploradores. En ocasiones la vanguardia de su ejército había empezado a levantar el campamento casi al tiempo que la retaguardia se ponía en marcha. Aquel avance cuidadoso y lento, temeroso incluso, daba cierta solidez al apelativo que Sertorio había ideado para el patricio. Al parecer, la Vieja no tenía intención de repetir los errores de quienes que le habían precedido. Pero lo cierto es que aquella lentitud estaba exasperando incluso a sus más curtidas tropas. Sertorio seguía siendo consciente de que no debía buscar el combate directo, y,

aunque de cara a sus subordinados hiciese alarde de un claro desprecio hacia Metelo, era evidente que sabía que no se enfrentaba a un general cualquiera.

Levantamos el campamento al día siguiente y partimos hacia el sur, al encuentro del silano. Uno de los principales problemas de Metelo era que, una vez abandonada la cuenca del Betis, carecía de bases o ciudades que garantizaran su avance. Debía de ser consciente de que cualquier intento de adentrarse en la Lusitania no serviría de nada contra un enemigo esquivo si no podía garantizar su línea de suministros y si no disponía de algún establecimiento permanente desde el que poder atacar y al que poder replegarse en caso de necesidad. En la guerra que se libraba no había frente como tal, solo flancos. Y la mejor forma de crear frentes y avanzar, aunque fuese lentamente, era levantando fortificaciones.

Hostigar a la Vieja se convirtió en una difícil tarea. Desde los montes veíamos las compactas líneas de legionarios. Bloques sólidos de tropas bien armadas. Sin huecos. Sin puntos débiles. Columnas homogéneas, monolíticas. Parte importante de la lentitud del avance se debía a que Metelo había hecho acopio de grandes cantidades de alimento que sus legiones transportaban en mulas y pesadísimas carretas. De este modo, el patricio evitaba depender de los forrajeadores y de los peligros que entrañaba, en territorio hostil, salir en busca de comida. Tan solo llegamos a capturar a algún desertor. Aparte de eso, no había forma de dañar las columnas de la Vieja ni de detener su constante avance.

Cuando trato de explicar el enfrentamiento entre ambos ejércitos, suelo recurrir a una analogía que se me antoja ilustrativa. Los combates de gladiadores han cambiado mucho desde aquel lejano entonces, pero hoy en día, en la arena, nunca se enfrenta a contendientes con armamentos similares, sino que se busca el exotismo de una lucha desigual; así, por ejemplo, se enfrentarán el ligero *retiarius* con su red y su tridente contra el pesado *murmillio*, de gran casco, gran escudo y espada corta. Si son luchadores experimentados, no cargarán contra el otro nada más comenzado el enfrentamiento, sino que se irán tanteando, hasta que alguno de ellos sienta la confianza suficiente como para pasar al ataque o alguno de ellos cometa algún tipo de error.

La Vieja tardó una eternidad en recorrer el espacio que separa el Betis del Anas, y una vez allí, antes de cruzar ese gran río, se detuvo. Debía de saber que, una vez lo cruzase, se adentraría ya profundamente en territorio enemigo. Allí, a orillas del Anas, estableció un campamento, y con duros trabajos, a lo largo de casi un mes, levantó una poderosa fortificación. Hoy en día el lugar sigue existiendo, más como ciudad que como campamento militar. Lo llamó, por supuesto, Metellinum, en honor a sí mismo. Aquel baluarte se convirtió en un quebradero de cabeza para el tuerto, suponía un puesto avanzado al que los rebeldes podían llevar suministros desde el rico Betis y, a la vez, desde el que podían lanzar ofensivas contra la Lusitania.

Intentamos ralentizar los trabajos como pudimos, lanzando algún ataque por sorpresa, siempre poco arriesgados y de escasa entidad, o desplegando al ejército al otro lado del río con la intención de tentarle a cruzarlo y perseguirnos, o replegándonos a un par de jornadas hacia el norte para invitarle a avanzar. Nada de esto surtió efecto. La Vieja tenía muy claro que, antes de seguir adelante, debía establecer una base sólida.

Sertorio recurrió también a una curiosa treta que podría haber acabado con todo aquello de un solo golpe. Dado que el patricio no iba detrás de nosotros, volvimos a marchar hacia el sur y establecimos nuestro campamento a media jornada de distancia del ejército de Metelo, aún sumido en sus obras de fortificación. Sertorio se vistió para la batalla, y, junto con diez

acompañantes escogidos, entre ellos yo, cabalgamos hasta la orilla norte del Anas, a la vista de Metellinum. Íbamos todos ataviados con nuestras mejores galas, las armaduras, los cascos, todo reluciente, un estandarte legionario coronado por el águila, nuestros mejores caballos... Los centinelas, al otro lado del caudaloso río, pronto repararon en nuestra presencia. Sertorio espoleó su montura hasta que esta se encontró chapoteando en el río. Desde las defensas de Metellinum, que poco a poco se iban abarrotando de legionarios, empezaron a llover insultos. Sertorio hizo caso omiso de ellos. Los hombres de la Vieja sabían ya quién era el jinete.

—¿Cómo os va, legionarios de Roma? —dijo Sertorio con su potente voz y en tono jubiloso.

Por un instante se hizo el silencio en las defensas.

—¡Mejor que a ti, sabino de mierda! —dijo uno de los legionarios al fin. Y todos los que estaban a su alrededor prorrumpieron en risas. Curiosamente, Sertorio también se unió a las carcajadas.

—¿Os da mucho por el culo Metela «la Vieja»? —gritó Sertorio.

Los legionarios se echaron a reír con la ocurrencia del tuerto.

—¡No tanto como tú les das por el culo a las cabras! ¡Has pasado demasiado tiempo entre lusitanos, sabino!

Más risas.

—¡Al menos es mejor dar que recibir! —contestó Sertorio—. ¡Aunque sea con cabras! ¡Deberíais probar!

—¡Beeeeee! ¡Beeeeee! —gritó otro de los legionarios intentando imitar a una cabra teniendo un orgasmo.

—¡Os ha costado llegar hasta aquí! ¡Menudo paseo! ¡Vaya calma! ¿Habéis venido a Hispania a luchar o a conocer sus caminos? —Aquello empezaba a parecer más una charla entre compañeros de contubernio que otra cosa—. ¿Está por ahí vuestra gloriosa comandante Metela «la Vieja»?

—¿Para qué quieres a la Vieja Metela? —dijo uno de ellos reutilizando el mote ideado por Sertorio.

—Para preguntarle cómo es que os ha costado tanto llegar hasta aquí.

—¡La Vieja sufre de incontinencia, tiene que parar a mear cada poco! —contestó otro de los legionarios. Muchos corearon la gracia.

—¡Y también para ver qué le parecería arreglar todo esto como verdaderos romanos, él y yo, aquí y ahora! ¡Y dejar de olerlos el culo como perros para ver quién monta a quién!

—¡Eso me gustaría verlo! —dijo uno.

—¡Sí! ¡Buena idea, sabino!

Todos se echaron a reír y a corear a Sertorio.

—¡Pues decidle que aquí le espero! ¡Así es como deberían lucharse las guerras! ¡Y no poniendo en peligro la vida de buenos romanos como vosotros!

—¡Eso he dicho yo siempre! —dijo una voz desde las defensas.

—¡Sí! —corearon varias voces.

—¡Cuánto sufrimiento se habría ahorrado la República y cuánto hubiéramos disfrutado viendo luchar a Mario y a Sila en el Campo de Marte!

De pronto un centurión se abrió paso a palos entre los legionarios y ordenó silencio. Las carcajadas se detuvieron de inmediato.

—¿Qué alboroto es este?! —gritó—. ¡A trabajar, malditos vagos! ¡Vamos!

—¡Eh! ¡Tú! ¡Amargado! —gritó Sertorio al centurión—. Dile a la Vieja de Metela que aquí le espero para arreglar esto como verdaderos romanos.

—¡Vete a la mierda! —contestó el centurión desde lo alto.

—¡Así que la Vieja pide a los suyos que se batan por él y él no es capaz de hacerlo por sí mismo! ¿Es eso? —El centurión no respondió—. ¡Eh! ¡Amargado! ¡Estoy retando a tu comandante a combate singular! ¡Es tu deber al menos informarle de mi oferta! ¡Y él es el único que puede negarse! ¿O ni siquiera para eso tiene cojones?

El centurión, dubitativo, hizo amago de no prestar atención a las palabras del tuerto. Sin embargo, los legionarios que le rodeaban parecían estar intentando convencerle de que el sabino tenía razón. ¿Quién era él para responder por Quinto Cecilio Metelo Pío?

—¡Aguarda ahí! —dijo el centurión.

Un buen rato después, tiempo suficiente para haber consultado con su superior, el veterano volvió a las defensas.

—El procónsul Quinto Cecilio Metelo Pío rehúsa tu oferta —dijo con solemnidad.

Los legionarios, que ya habían estado haciendo apuestas, abuchearon las palabras del centurión. Como romanos, la negativa de su jefe se les antojó deshonrosa. Muchos empezaron a burlarse de su comandante con canciones soeces.

Acabadas las labores de fortificación de Metellinum, la Vieja volvió a ponerse en marcha. Sus legiones cruzaron el Anas y se dirigieron al norte siempre en formación compacta, asegurando cada uno de sus pasos. Entre el Anas y el Tagus, Metelo se detuvo de nuevo durante días. Allí estableció otro campamento permanente y bien fortificado, Castra Caecilia.

Los lusitanos, en las reuniones del pretorio, empezaban a mostrarse inquietos. Parecía imposible detener el avance de Metelo. Como siempre, Sertorio pedía calma. La Vieja, decía, no podría dedicarse eternamente a levantar empalizadas. Tarde o temprano tendría que pasar de un avance defensivo y cauteloso a algún tipo de ofensiva, o de lo contrario el invierno le sorprendería sin haber logrado gran cosa. Tan solo era cuestión de esperar el momento. La oportunidad de propinar un duro golpe a los rebeldes acabaría por materializarse. Hasta entonces convenía mantener la cabeza fría, seguir observando, seguir retirándose, marcar de cerca los pasos del enemigo. Y hostigarle cuando pudiese resultar ventajoso.

La oportunidad de la que hablaba Sertorio no tardó en llegar. Metelo, en apariencia satisfecho con sus puntos fuertes diseminados a lo largo de su línea de avance, decidió por fin buscar una batalla a campo abierto. Nosotros, por supuesto, le rehuíamos. Ahora, ya firmemente en la Lusitania, el patricio no se contentaba con avanzar cuatro o cinco millas cada jornada, sino que nos perseguía. Abandonaba sus bases y salía a buscarnos. Tentaba a Sertorio desplegándose en orden de batalla, pero el tuerto no se dejaba tentar. La Vieja no tardó en darse cuenta de que, si quería provocar un enfrentamiento decisivo antes de que acabase la temporada de campaña, de nada servía andar persiguiendo a Sertorio por montes y valles en círculos interminables. Tenía que cambiar de estrategia, buscar objetivos que no pudiesen escapársele para así minar la confianza de los lusitanos en la capacidad del tuerto de defender a sus partidarios. Aquellos objetivos eran las ciudades.

Como en otras ocasiones, Metelo salió de sus bases hacia el noroeste, aparentemente a nuestro encuentro. Y, como en otras ocasiones, nosotros rehuimos el combate dirigiéndonos al sur. Tardamos todo el día en darnos cuenta de que el patricio no nos perseguía. Había pasado de largo, a marchas forzadas, en línea recta, como una flecha, hacia el corazón de la Lusitania. Sertorio nos convocó de urgencia al pretorio por la noche.

—Caballeros, la maldita Vieja por fin tiene un plan —dijo el tuerto—. Sea cual sea, debemos desbaratarlo, y para desbaratarlo debemos saber cuál es. Quiero que hagáis correr la voz de que

Sertorio pagará un talento de plata a quien me informe de sus intenciones.

La noticia de la recompensa que ofrecía Sertorio por conocer las intenciones de Metelo recorrió la Lusitania no ya a ña de caballo, sino a vuelo de pájaro. Salimos en persecución de Metelo al día siguiente de recibir la orden de hacer correr la voz. Por la tarde ya teníamos varias respuestas. Muchos eran los que se aproximaban a nuestra columna en marcha y decían saber adónde se dirigía el patricio. Pastores, niños, algunos de nuestros propios hombres. Todas las respuestas a las preguntas del tuerto eran vagas y de poca utilidad. Lo que Sertorio quería era el plan de acción exacto, no vaguezas que podían ser deducidas por la velocidad de la marcha y la dirección del enemigo. El hecho de que Metelo no se detuviese más que para pasar la noche significaba que tenía algo muy concreto en mente. Lo más lógico era pensar que se dirigía a una ciudad, pero la temporada de campaña hubiera acabado antes de que cualquier asedio hubiese podido surtir efecto. Y entonces, a mitad de la noche siguiente, en medio de un placentero sueño, Balbo me despertó con premura diciendo que Sertorio quería vernos a todos.

No llegué el primero al pretorio. Tampoco el último. El tuerto presidía la mesa con una amplia sonrisa. A su lado, la cierva blanca. En poco tiempo la tienda estaba abarrotada.

—Ya sé hacia dónde se dirige —dijo el tuerto con satisfacción cuando estábamos todos—. Langóbriga.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó uno de los caudillos lusitanos.

—Me lo ha dicho ella hace un rato —respondió el sabino apuntado a la cierva. Los lusitanos, por supuesto, quedaron maravillados.

—¿Y por qué allí y no a otro sitio? —preguntó otro.

—Porque la ciudad de Langóbriga tan solo cuenta con un pequeño pozo intramuros. Insuficiente para toda la población y menos aún para un ejército. Es un objetivo fácil. Sin agua suficiente y en estación seca, se rendirían en menos de una semana.

—¡Debemos detenerle! —rugió otro lusitano—. Es hora de plantar cara. De dar batalla. Si cae Langóbriga, muchos dudarán de nosotros.

—Lo sé —respondió el tuerto con tranquilidad—, pero ni Langóbriga va a caer ni nosotros vamos a ofrecer batalla.

—¿Y cómo piensas hacer eso?

—Esta es la oportunidad que esperábamos, queridos amigos. La Vieja lleva suministros a cuestras para cinco días. Lo suficiente para llegar a Langóbriga y sitiarla. El miedo a la sed hará que se rindan. O al menos eso espera el rebelde.

—¿Y cómo sabes eso?

Sertorio apuntó a la cierva con absoluta tranquilidad.

—Así que —continuó el tuerto— tendremos que suministrar a la ciudad toda el agua posible antes de que la Vieja asome por allí.

—Imposible. Nos leva ventaja —protestó uno de los lusitanos—. Y si se dirige hacia allí, seguirá la ruta más directa. Incluso si vamos a toda velocidad tomando rutas secundarias no llegaríamos a tiempo. Luego hay que cargar el agua y llevarla. No podríamos. Es imposible. Tenemos que perseguirle y ofrecer batalla. Hay que detenerle.

—Para nada —intervino Sertorio—. Nosotros le seguiremos como hasta ahora, a distancia, esperando que cometa algún error. Por el momento, lo único que necesito es que hagáis correr la voz otra vez por los valles y montañas de la Lusitania. Quiero que se sepa que Sertorio

recompensará con treinta denarios de buena plata hispana a cualquier hombre por cada odre lleno de agua que llegue a la ciudad, otros treinta por cada mujer, niño o anciano de Langóbriga que sea evacuado y otros treinta a aquellos que se unan a la defensa de la ciudad.

Cogí a Hirtuleyo del brazo y le susurré al oído.

—¿De dónde piensa sacar tanto dinero?

—¿Qué te crees que ha estado haciendo todo el invierno? —dijo mi amigo—. Hispania es toda ella una mina de plata. Y ahora produce a pleno rendimiento.

—¿Algo que objetar, Cneo e Hirtuleyo? —interrumpió Sertorio.

—No, señor —repuse dando un respingo.

—Muy bien. En marcha entonces, caballeros. Tú no, Cneo —me dijo cuando ya me disponía a dar media vuelta—. Tú espera.

La tienda se quedó vacía en un instante. Y yo, como siempre que me quedaba a solas con él, inquieto.

—¿Ves esas bolsas de ahí? —dijo apuntando a tres saquitos que había encima de su mesa. Asentí—. Bien. Coge a un grupo de jinetes de tu entera confianza, de esos celtíberos que te has traído, y cabalga una milla al este. Allí hay un monte y en lo alto una cabaña de pastores. Búscala. Dentro te estará esperando un hombre. Dale las bolsas.

—¿Qué hay dentro?

—Un talento de plata.

—¿Y quién es ese hombre?

—Uno de los guías lusitanos de la Vieja —dijo Sertorio con una media sonrisa.

No recuerdo cómo se llaman esas flores que surgen en primavera junto a las margaritas. Son como una bola blanca y, cuando las soplas, la bola se deshace y sus diferentes partes salen volando en todas direcciones. Pues así pareció surcar los cielos la oferta de Sertorio para aquellos que estuviesen dispuestos a socorrer Langóbriga.

Metelo, que ya debía de estar saboreando su victoria, llegó a las puertas de la ciudad y, en tan solo un día, la tenía rodeada. Al igual que los cornudos, el patricio fue el último en saber que a lo largo de las cuatro jornadas que le había llevado llegar hasta allí, la ciudad no solo había sido abastecida con más de dos mil odres de agua, sino que la población que resultaba inútil para la defensa de la plaza, y una carga para sus suministros, había sido evacuada.

Creyendo que Langóbriga caería en cualquier momento y que su negativa a rendirse se debía más a la estupidez y el orgullo lusitanos que a una hábil stratagema, el patricio se sentó a esperar. Pasó un día. Luego otro. Y otro más. Viendo que los suministros se le agotaban y que Langóbriga no se rendía, el silano despachó una legión completa de las cuatro con las que contaba. Su cometido: encontrar comida en los campos circundantes.

Aquella legión, al mando de un tal Aquino, abandonó el campamento de Metelo por la mañana llevando consigo cientos de mulas y cestos. Los hombres también llevaban hoces. Sabían que andábamos cerca, pero lo que no sabían era exactamente dónde. El enemigo estaba ciego. En cambio nosotros, gracias a nuestros exploradores, conocíamos todos sus movimientos. Sertorio nos dejó claro que debíamos dejarlos hacer; esto es, no molestarlos en su avance por el territorio, o en sus saqueos de las aldeas circundantes, o en sus tareas recolectoras. Al principio no entendí

muy bien el porqué, pero, cuando cayó la tarde, me sonreí. Nos habíamos desplegado en un amplio frente, poco a poco, en pequeños grupos, a lo largo del día, todo para no levantar grandes nubes de polvo que revelasen nuestra posición. Aquino había tomado un sendero hacia el norte. Lo más lógico era pensar que, una vez cumplido su cometido, y si no se sentía amenazado, volvería por el mismo camino. Y así fue. Avanzaba la tarde cuando divisamos a los primeros legionarios y sus mulas cargadas de alimentos. Regresaban agotados después de un intenso día de marcha y recolección, hartos de andar y encorvar la espalda. Soñando ya con el descanso y la cena.

Entonces caímos sobre ellos como un huracán. Y no solo los tomamos por sorpresa. Sertorio había logrado concentrar, a lo largo del día, a prácticamente todo nuestro contingente en el punto donde sabía que se daría la batalla. Fue una terrible masacre. Agotados, rodeados y ampliamente superados en número, la legión de Aquino luchó con una valentía y una disciplina asombrosas. Cuando las noticias de la batalla le llegaron a Metelo, era ya demasiado tarde para que la Vieja reaccionase. Allí, tendidos, quedaron los cuerpos desnudos de cuatro mil romanos, despojados de todo cuanto llevaban. Muy pocos lograron huir, y aquellos que cayeron prisioneros fueron ejecutados por los lusitanos de mil horribles maneras que no cabe aquí describir.

Dicen que Metelo montó en cólera ante la noticia de la irreparable pérdida. Ahora, después de una agotadora marcha relámpago desde el Tagus, se encontraba en el corazón de la Lusitania, incapaz de hacerse con su objetivo, escaso de suministros, pues de ellos había decidido prescindir en aras de una movilidad y velocidad de avance mayores. Despojado de una cuarta parte de sus fuerzas en un solo día y con la moral de sus tropas restantes a punto de quebrarse, supo entonces que Langóbriga tenía agua suficiente para resistir cien días y que el tuerto se le había adelantado. Desde entonces parece que la Vieja aprendió a no compartir sus planes con nadie. Años después me contaron que en una de aquellas campañas de la guerra de Hispania, un centurión le había preguntado la razón de una orden que no entendía. Metelo le había dicho que se limitara a obedecer y que había llegado a afirmar en la misma conversación: «Si sospechara que mi camisa sabe lo que estoy pensando, la lanzaría a las llamas».

La retirada de la Vieja no se hizo esperar. Derrotado, regresó a sus bases de Castra Caecilia. Luego a Metellinum. Después, de vuelta al valle del Betis. Y todo este tiempo, hasta la llegada del otoño, fue hostigado continuamente por nuestras fuerzas.

Aún nos deparaba el año otra buena noticia. En Roma, Sila, el usurpador, el Carnicero, había muerto. Dicen que fue una muerte lenta y dolorosa. Eso espero. Aunque solo sea por el peso que debía de sentir en su alma a causa de sus muchos crímenes contra los hombres y contra la República.

—Magnífico, Hirtuleyo. Realmente magnífico —dijo el tuerto al contemplar el avance de las obras en Osca, su nueva capital.

Imagino que «magnífico» no era la palabra adecuada. Al fin y al cabo, Osca no era más que una pequeña ciudad hispana con poco que ofrecer. Las murallas habían sido reforzadas, el recinto que iba a ocupar la escuela ya estaba prácticamente acabado, así como el edificio que albergaría el Senado, barracones permanentes para las tropas y un pequeño teatro de madera. La primera obra que se representó fue, por supuesto, *Prometeo encadenado*. Los actores no eran muy buenos, pero hicieron una labor decente. Y yo, al lado de Quinto Sertorio, convertido ya en uno de sus hombres más cercanos, recordé el día que le vi por primera vez. Cuando acabó la obra, en mi cabeza resonaron los últimos versos:

En verdad, de hecho, y ya no de palabra, la tierra ha temblado, y subterráneo el estruendo del trueno brama, y la trayectoria muy ardiente del relámpago brilla, y los torbellinos mueven en espiral el polvo, y saltan los soplos de todos los vientos entrando en discordia entre sí soplando en sentidos opuestos, y el éter se ha confundido ya con el Ponto. Tal tempestad enviada por Zeus contra mí avanza manifiestamente intentando aterrorizarme. ¡Oh, madre venerable; oh, éter que haces girar la luz común a todos! ¿Ves qué iniquidades sufro?

Era la primera vez que Belinos y Helena asistían a una representación teatral. También el joven Cneo, que no dejó de protestar y revolverse desde el principio hasta el final. Además de no entender ni una palabra de griego, el celtíbero me confesó que aquello del teatro le parecía una auténtica idiotez.

—No se puede vivir sin historias, Belinos, amigo mío.

—Pero no es real. Es gente vestida a lo raro que pretende ser lo que no es. Menuda pérdida de tiempo.

—Lo ficticio es mucho más real de lo que imaginas. Nos hace vivir otras vidas, nos hace reflexionar sobre lo que somos, sobre quiénes somos...

—Yo ya sé quién soy.

—Azusa nuestra imaginación, que es, al fin y al cabo, lo que nos hace humanos.

Caminábamos junto a muchos otros notables hispanos, sus esposas y sus hijos, celtíberos, lusitanos, vacceos, así como romanos cercanos a Sertorio. Hispania entera latía en Osca. El tuerto había comprado, por una cantidad desorbitada de dinero, la mayor casa de la ciudad para convertirla en su residencia. Hacia allí nos dirigíamos para asistir a un banquete.

A pesar de ser la casa más grande y de conjugar de manera extraña aspectos romanos e hispanos, parecía un lugar cómodo. Eso sí, éramos tantos que resultaba prácticamente imposible moverse. Corría el vino a raudales. Los chavales, de varias edades, zigzagueaban entre la gente persiguiéndose. Todos menos el pequeño Cneo, que se aferraba a la pierna de su padre y observaba todo aquello con cara de susto. Sertorio iba de un lado a otro, hablando con todo el mundo, dándoles la bienvenida a su nueva capital, a un nuevo futuro de amistad, libertad y concordia. Helena, como su hijo mayor, también parecía abrumada por aquel despliegue.

—Tengo mis dudas sobre todo esto, Cneo —me dijo Belinos.

—¿Sobre qué?

—Quizá no sea el momento de dejar aquí a mi hijo. Quizá deberíamos esperar al año que viene, cuando sea un poco más mayor.

—¡Oh! ¡Vamos! Ya hemos hablado de esto. Será bueno para él.

—No sé. No le veo preparado.

—Los chiquillos se adaptan a todo. Dentro de un año estarás satisfecho con tu decisión.

—No lo acabo de ver claro. Quizá mejor esperar al año que viene.

—¡Así que esta es la bella celtíbera que liberaste de las garras de los silanos! —dijo la voz del tuerto detrás de mí—. Y este debe de ser el hijo del valiente Belinos.

—Así es, señor —dije con satisfacción.

Belinos, al ver que Sertorio le reconocía, recompuso su semblante de hombre preocupado, de comandante a punto de ordenar la retirada, a uno de dignidad y orgullo. El sabino observó al joven Cneo. El chaval seguía con la mirada las carreras del resto de los chiquillos como si quisiera unirse a ellas.

—El muchacho tiene fuego en los ojos —dijo Sertorio—. Estudia el campo antes de entrar en batalla. Eso está bien. Será un gran líder de hombres. —Palmeó el hombro de Belinos—. Algún día serán ellos los que estén al mando. Hay que prepararlos para ello como mejor sepamos. ¿No crees, valiente Belinos?

—Por supuesto, señor. Para eso estamos aquí —respondió mi amigo para mi sorpresa y sin mostrar un ápice de duda.

—Bienvenidos a Osca —dijo Sertorio cordialmente y en lengua celtíbera antes de sumergirse de nuevo y desaparecer entre aquel mar de cuerpos.

Estuvimos un rato hablando de banalidades. Intenté hacer que Helena se sintiera a gusto chapurreando en celtíbero, eso siempre la hacía reír. Un chaval lusitano, de la edad del pequeño Cneo, se aproximó a él y le dijo algo en su lengua. El pequeño celtíbero no entendió lo que le decía, pero los niños tienen la capacidad de, aun no entendiendo las palabras, comprender su significado. Juntos echaron a correr entre la gente. Helena observó a su hijo con satisfacción. De repente su retoño parecía feliz. Aún se deshizo más el hielo cuando Hirtuleyo se acercó a nosotros. Venía acompañado de la muchacha de Bílbilis. Aquel irredento mujeriego parecía haber encontrado la mitad que, según Aristófanes, todos andamos buscando desde que Zeus separó en

dos a los seres andróginos y esféricos de los que supuestamente descendemos. Helena y la bilbilitana enseguida entablaron conversación, y no tardaron en establecer vínculos.

—Parece que las cosas empiezan a cambiar en Roma —dijo Hirtuleyo jubiloso y un poco borracho—. Podríamos estar de vuelta antes de lo que nos imaginamos.

—¿Y eso?

—Emilio Lépido, el ahora cónsul, está maniobrando para retirar las leyes de Sila. Dice que, en aras de la concordia, conviene restituir los bienes confiscados durante la dictadura del usurpador a los hijos y nietos de aquellos que fueron asesinados. Y también ha dicho que puede llevar a buen fin la guerra de Hispania sin necesidad de más derramamiento de sangre.

—¿Y cómo pretende hacer eso?

—No lo ha dicho, pero se cree que a lo que se refiere es a llegar a un acuerdo con Sertorio. El Senado se opone a él, y el otro cónsul, Catulo, también, pero Lépido cuenta con partidarios, particularmente entre los itálicos y el pueblo. Y lo más asombroso de todo, cuenta también con el apoyo del joven Pompeyo.

—¿Cneo Pompeyo? ¿El Carnicero Adolescente? —pregunté asombrado.

—El mismísimo.

—¿Pero no era un ferviente partidario de Sila?

—Todos eran fervientes partidarios de Sila hasta que ha muerto. De todos modos, no es fácil saber a qué está jugando el Carnicero Adolescente o, como se hace llamar ahora, Pompeyo Magno.

—Asombroso.

—Y tanto. Así que yo no pienso acomodarme mucho en Osca. Ni en Bílbilis. Cuando vuelva a Roma... —Miró de soslayo a su acompañante celtíbera—. Tengo muchas ganas de volver a Roma.

Por un momento, la idea de volver se me hizo atractiva. A mi mente vino el rostro desdibujado de Próculo, a quien, si aún vivía, pensaba hacer morir de una forma lenta y dolorosa. Pero, por otro lado, la idea me aterró. En Hispania, junto a Sertorio, yo era alguien. En Roma no sería nadie.

Aquella fue una noche de intensa borrachera. Las mujeres se retiraron pronto. Helena se despidió de mí con un caluroso abrazo y un prolongado beso en la mejilla. Por alguna razón, y sin saber por qué, aquel beso me hizo pensar que ya no la miraba con los ojos de antes. De repente me di cuenta de que el hormigueo que siempre había sentido en la barriga cuando la tenía cerca había desaparecido. Que cualquier deseo por ella, también. Y que ahora valoraba más la amistad de Belinos que cualquier ensoñación homérica con la celtíbera. En cierto modo, me sentí liberado, como si las cadenas que ataban cualquier posibilidad de una estrecha y sincera amistad con Belinos se hubieran desvanecido.

Así que me fui de putas. Como es bien sabido, todo ejército es perseguido por una pléyade de estas mujeres, al igual que cualquier caballo es perseguido por las moscas o un perro por las pulgas. También es sabido que muchas mujeres humildes que no ejercen el oficio de forma habitual, se animan a ello cuando sus ingresos no resultan suficientes. De la noche a la mañana, Osca se había convertido no solo en la capital sertoriana de Hispania, sino también en un lugar adonde llegaba buen vino y que contaba con un prometedor mercado del sexo. Fueron dos hispanas las que me acompañaron aquella noche por una módica cantidad. Recuerdo vagamente mi tambaleante caminar por las calles, el mareo, los vómitos en las esquinas; recuerdo orinar en la puerta de alguna casa, saludar a legionarios ebrios, cantar canciones con ellos, tropezarme y caer;

volver a levantarme con la ayuda de mis eventuales amantes. Reír. Infeliz de mí. Era el dueño del mundo.

Cuando amaneció, mis pies aún recorrían las calles ya tranquilas de Osca. Despedí a mis dos solícitas hispanas, que se ofrecieron para cualquier ulterior servicio. Aún tambaleante, bostezando de sueño y con la túnica empapada de vómito rojo como la sangre, me dirigí al lugar donde se estaba levantando el campamento permanente. Allí, en mi tienda de campaña, podría cambiarme y estar así algo presentable para asistir a un momento importante en la vida de mi amigo Belinos y su esposa Veleda.

En el campamento los legionarios ya preparaban la primera comida del día. Muchas miradas se posaban sobre mí. Muchos de ellos no estaban en mejores condiciones.

—¿Intensa batalla la de anoche, señor? —saludó Alio con cierta sorna. Había llegado a Osca escoltando a Veleda.

—Muy intensa.

—Veo que hemos estado practicando técnicas de equilibrio. Espero que cayeran muchos.

—Cayeron unos cuantos, Alio.

Me vestí como pude y volví a salir del campamento rumbo a la escuela. Llegué justo a tiempo para saludar a Belinos y a Veleda. Dejaban al joven Cneo a las puertas de la novísima escuela de Osca. Los hijos de los notables formaban una fila. Debía de haber, al menos, medio centenar de ellos, cada uno con sus ropas características, cada uno con un pequeño hatillo. Frente a ellos, al estilo de severos centuriones, sus diez maestros, algunos griegos, otros romanos.

—Apesta a vino —dijo Belinos.

—Ha sido una noche larga —repuse.

—Y llegas tarde.

Aunque no dijera nada, creo que Veleda reparó en la ausencia, alrededor de mi cuello, del colgante que me regalara. Diría que aquello la entristeció.

—Cuida de él —me dijo Belinos.

—No te preocupes. Estará bien atendido.

Nos dimos un fuerte abrazo. De pronto, el pequeño Cneo abandonó su fila corriendo y se abrazó a las piernas de su padre, a punto de llorar. Entendí perfectamente lo que le dijo en su lengua.

—No quiero, padre. Quiero volver a Kolouniokou. Quiero ver a Kalaitos y estar con mamá.

Belinos se arrodilló y le miró fijamente a los ojos. Puso sus manos en las mejillas de su hijo y le besó en la frente.

—¿Recuerdas la historia del abuelo? —El pequeño Cneo asintió—. ¿Recuerdas que nunca se rindió? ¿Que por dura que fuera la guerra jamás dio un paso atrás? —El muchacho volvió a asentir—. Recuerda las grandes gestas de nuestros antepasados, recuerda nuestras historias. Recuerda siempre que la sangre de grandes guerreros corre por tus venas. Aprende de ellos. Nunca dudes. Nunca flaquees. Nos veremos dentro de poco. Vuelve a tu sitio, hijo mío.

El invierno en Osca fue extraño. Diría que feliz. La mañana la dedicaba a practicar esgrima, siempre y cuando no hubiese reunión de Estado Mayor en la casa que el tuerto había tomado por residencia. Por la tarde solía pasar por la escuela para ver a Cneo. La noche la dedicaba a relacionarme con otros oficiales, a beber y a buscar escarceos.

En tan solo unos meses, el latín del pequeño Cneo era casi perfecto. Incluso con otros muchachos provenientes de la Celtiberia, el hijo de mi amigo hablaba en latín. No por gusto, sino porque, de ser sorprendidos hablando su lengua materna, les aguardaba un castigo que solía rondar entre los diez y los veinte azotes. Los maestros eran severos; las clases, interminables. En aras de la uniformidad y de sumergirse en la cultura romana, a todos y cada uno de los alumnos les fue entregada una *toga praetexta*, esto es, blanca con el borde púrpura. Debían llevarla correctamente, con lo complicado que es eso, y mantenerla limpia. Cualquier descuido a la hora de vestirla era también severamente castigado. Los descuidos incluían llevarla sin dignidad, sucia o de forma inapropiada. Los muchachos tenían que caminar erguidos, hablarle a un maestro solo cuando se les preguntara, expresarse lentamente y con claridad, no elevar demasiado la voz, no hablar demasiado bajo, no insultarse, no pelearse. Se repasaban las virtudes romanas como el valor, la lealtad, la humildad, el compañerismo, la solidaridad, la piedad, así como los defectos de los pueblos que habían sucumbido al poder de Roma, esto es, la perfidia de los púnicos, la decadencia de los griegos, la insensatez de los íberos, la tozudez de los celtíberos, la irracionalidad de los lusitanos... Se aprendían de memoria las doce tablas y la historia de Roma desde su fundación, el funcionamiento de la República, los preceptos básicos de la filosofía... Todo un plan de estudios ideado por el propio Sertorio.

Puede que fuese algo duro para los chavales, pero era evidente, para mí al menos entonces, que el resultado estaba ahí y que era positivo. Los muchachos no solo aprendían a una velocidad endiablada, sino que además desarrollaban entre ellos vínculos de amistad que les serían muy útiles en un futuro, cuando fueran hombres importantes en sus diferentes ciudades y tribus de procedencia.

Sé que la vida del joven Cneo no fue fácil durante los primeros meses, obligado a entenderse en una lengua que no conocía, alejado de su entorno y de sus padres, azotado por la más mínima falta. Pero en cuanto aquel espíritu encerrado en el pasado y en el pequeño mundo de Cluniaco

acabó quebrado por la vara del maestro, su mente se abrió al mundo de posibilidades que se le ofrecía y demostró ser tan capaz e inteligente como el que más. Incluso un alumno destacado.

Cada cinco días le escribía una carta a Belinos para informarle de los progresos de su hijo en Osca. Siempre acababa con las palabras: «Puedes estar orgulloso». Conocedor de mi constante correo con Cluniaco, Balbo se ofreció a llevar alguno de los mensajes personalmente a pesar de lo crudo de la estación. Su burda excusa era que, con él, garantizaba que nadie pudiese leerlos, con lo tentador que aquello resultaba. Sé que, en realidad, lo que anhelaba no era precisamente servirme, sino visitar la entrepiera de su matrona celtíbera.

Durante aquel invierno las reuniones de Estado Mayor dieron vueltas alrededor de dos cuestiones, las relativas a la situación en Roma y las relativas a los planes para la temporada de campaña siguiente. Los líderes hispanos, convencidos de que había llegado el momento de expulsar a los silanos de Hispania, abogaban por adentrarse en el valle del Betis, buscar batalla con Metelo, algo decisivo, y acabar con aquel asunto de una vez por todas. Sertorio se oponía.

Mientras tanto, en Roma, la batalla política se recrudecía. El consulado de Emilio Lépido llegaba a su fin sin que este hubiera conseguido derribar el edificio legislativo de Sila. El Senado seguía atrincherado en sus nuevos privilegios y el pueblo se mostraba inquieto. Temiendo ser procesado con cualquier excusa una vez acabase su período como cónsul, Lépido exigió que le fuese entregada la provincia que, después de su mandato, le debía ser entregada en calidad de procónsul. El senado, deseoso de librarse de él, accedió a realizar el sorteo. Quiso la fortuna que dicha provincia no fuese otra que la Galia, provincia fronteriza con las peligrosas tribus del norte. Esto significaba que el cónsul tendría a su disposición un ejército a las puertas de Italia. En cuanto supo el resultado del sorteo, Lépido abandonó Roma sin esperar a que acabase su mandato para hacerse cargo de su provincia y reclutar tropas para «garantizar la seguridad de la misma». Más aún, dejaba clara su intención de presentarse a las siguientes elecciones confiado en que el pueblo le otorgaría un segundo consulado que le permitiese continuar su labor de derribo contra las leyes del usurpador. El miedo a una nueva guerra civil y a nuevas purgas se apoderó del Senado, y este miedo se acrecentó cuando Lépido, con su ejército reclutado de entre los partidarios de Mario, se detuvo en su camino hacia la provincia que tenía asignada. El Senado, por su parte, informó a Lépido de que, si pretendía presentar su candidatura para un nuevo consulado, debía acudir a Roma en calidad de ciudadano. Lépido acudió, pero con su nuevo ejército. Y acampó a las puertas de la ciudad.

En Osca los romanos conteníamos la respiración. No así los hispanos, envalentonados y cada vez más beligerantes y más dispuestos a llevar la guerra al valle del Betis. Al final, Sertorio decidió acceder a las demandas de los hispanos.

—Son como niños grandes —dijo—. A veces hay que dejar que se caigan para que aprendan.

Aquella primavera un poderoso contingente hispano marchó al sur comandado por un consejo de caudillos seleccionado cuidadosamente por el tuerto. De entre todos ellos, eligió a los más temerarios. Sertorio e Hirtuleyo, con el puñado de tropas romanas de que disponíamos y con aquellos hispanos que le habían jurado lealtad hasta la muerte, siguió sus pasos. A mí me tocó una labor que, en un principio, me pareció más placentera; quedarme en Osca, al mando de una pequeña guarnición.

Sertorio me había dejado encargado, entre otras cosas, de la administración de la ciudad, del control de los pasos del Pyrenne y de lo que él llamaba «el desbrozamiento» de los despachos y

correos que llegaran portando noticias de Roma. Por un lado, tal responsabilidad me abrumaba; por otro, me sentía orgulloso de la confianza depositada en mí. La administración de la ciudad prácticamente llevaba su curso; «desbrozar» documentos y mantener un correo constante con el tuerto a medida que avanzaba hacia el sur no parecían labores demasiado arduas. Mantener vigilados los pasos, ahora que la Galia estaba en manos de los partidarios de Lépido, tampoco era complicado. O eso creí.

Para mi sorpresa, la situación en Italia tomó un ritmo endiablado, del que me iba enterando día a día, aunque con algunas semanas de retraso. Con las tropas de Lépido a las puertas de la ciudad, y con aquel exigiendo un segundo consulado, el Senado maniobró con rapidez. Reclutó un ejército a toda velocidad y declaró a Lépido enemigo de la República. Lépido hizo llamar a Bruto, su lugarteniente en la Galia, para que acudiese en su ayuda con las tropas de que dispusiese. La sombra de la guerra civil volvía a cernirse sobre Roma. El joven Carnicero, Pompeyo Magno, que hasta ahora había apoyado a Lépido tibiamente, recibió una tentadora oferta del Senado. Si se unía a la causa de los optimates, no solo recibiría la gratitud del Senado, también se le concedería el cargo de legado a las órdenes del cónsul Catulo. Pompeyo aceptó. Hombres de toda Italia, a los que había guiado y pagado generosamente durante las guerras entre Mario y Sila, acudieron a su llamada, deseosos de servirle. El jovencísimo Pompeyo, en una acción relámpago, detuvo a Bruto en Mutina. Lépido, consciente de que sus refuerzos no llegarían, decidió enfrentarse a Catulo. A las afueras de Roma Lépido cayó derrotado y decidió retirarse al norte, a Etruria y, de allí, embarcó con sus seis legiones hacia la isla de Córcega. Su lugarteniente Bruto, asediado en Mutina por las tropas de Pompeyo y viéndose perdido al saber que el Carnicero Adolescente pronto recibiría la ayuda del cónsul Catulo, decidió rendirse, no sin antes pedir que se respetase su vida y la de sus hombres. Pompeyo Magno accedió; el joven general no quería verse privado de la gloria de haber derrotado a un ejército rebelde, y si Catulo llegaba antes de que Bruto se rindiera, tal gloria le sería negada e iría a parar a su superior. Así que Pompeyo aceptó todas las condiciones que ofrecía Bruto para la rendición del ejército sitiado. Solo que decidió no cumplirlas. El Carnicero Adolescente ordenó la ejecución sumaria de Bruto y de todo su Estado Mayor antes de que llegara Catulo. Ya fuese porque tenían un trato parecido al de sus oficiales o porque conocían la fama de hombre generoso del joven Pompeyo, o por ambas razones, el ejército de Bruto se pasó en masa a engrosar las tropas del Carnicero. Ningún ejército en Italia podía ahora compararse al del joven legado.

De todos estos acontecimientos le iba yo informando al tuerto cumplidamente y casi a diario. En el valle del Betis ya habían tenido lugar las primeras escaramuzas entre las tropas de Metelo y el ejército de hispanos, escaramuzas en las que Sertorio no intervenía y de las que se mantenía alejado con su reducido contingente.

Y seguían llegando noticias de Roma cada vez más alarmantes. Acabada la amenaza de Lépido en la península Itálica, el Senado ordenó a Pompeyo que licenciase a su ejército. Cuál no sería la sorpresa de los senadores cuando el Carnicero se negó a hacerlo alegando que bien podrían surgir otras conspiraciones. Temerosos ahora del poder del Carnicero y de su errático historial, el Senado se veía de nuevo en un aprieto. Hasta que surgió una idea: agradecer a Pompeyo todo lo que había hecho por la República, concederle honores, lisonjearle e invitarle a acabar de una vez por todas con la guerra en Hispania. El Carnicero aceptó esta nueva ocasión de conseguir gloria, prestigio y poder sin necesidad de oponerse al Senado. Por su parte, el Senado conseguía alejarle

de Italia. Decía mi padre que un buen negocio es aquel en el que ambas partes salen beneficiadas. Ese, sin duda, era un buen negocio.

Cuando leí que las legiones de Pompeyo marchaban hacia Hispania, mi corazón se detuvo. Dejé de respirar. Recuerdo haber tenido que leer hasta cinco veces el despacho con la dificultad añadida de que las manos me temblaban. El papiro que portaba la noticia no parecía tener intención de quedarse quieto. Lo solté sobre la mesa como si ardiera. Me levanté y recorrí la estancia de dos zancadas. Luego volví a sentarme. Y volví a leer esperando haber entendido mal lo que el despacho decía, esperando encontrar algún matiz que me permitiese deducir que la situación no era tan difícil como parecía. Pero el mensaje era lo suficientemente claro y conciso. El Carnicero estaba de camino. Había partido hacía al menos dos semanas, lo que significaba que, si la marcha desde Mutina hasta Emporióon era de cinco semanas, tan solo disponía de tres para reaccionar. Mientras, el tuerto se encontraba dando lecciones a los hispanos en la otra punta de Hispania, Lépido moría en Córcega y sus legiones quedaban al mando de un hombre que pronto conocería: Marco Perpena Vento.

—Una legión al completo, señor. Pero sin tren de suministros —me informó un explorador cubierto de polvo—. Se mueven rápido, hacia el sur, desde Emporión.

—Pero ¿cómo han atravesado los pasos del Pyrenne?

—No los han atravesado, señor. Han viajado por mar desde Massalia.

—¿Y el resto de las tropas de Pompeyo?

—Aún en la Galia. A una semana de Emporión.

Al parecer, el Carnicero tenía prisa por poner un pie en Hispania. Pretendía que se corriese la voz de su llegada cuanto antes. Por lo visto, había jurado, ante el altar de la victoria, acabar con la guerra de Hispania aquel mismo año.

Belinos atendió mi petición de ayuda enseguida. Llegó a Osca con dos mil jinetes. Creo que jamás me había alegrado tanto de verle. En poco tiempo las afueras de la capital de Sertorio se convirtieron en un caótico campamento. La mayoría eran tropas ligeras, armadas con jabalinas y pequeños escudos, algunos de ellos con hondas. Un puñado de tropas pesadas y una cohorte de legionarios completaban mi pequeño contingente. No había tiempo de pedirle instrucciones al tuerto, y mucho menos ayuda. Tan solo de informar de la situación y de hacerle saber que abandonaba Osca para interceptar el avance de aquella legión solitaria que era la avanzadilla del Carnicero. Era el momento de poner en práctica lo poco o lo mucho que hubiera aprendido.

Cabalgamos a toda velocidad, aprovechando cada hora de luz. No levantábamos campamento, ni llevábamos tiendas a cuestas. Dormíamos al raso, con las estrellas por techo. Comíamos frugalmente. Sobre los caballos montaban el jinete y un infante ligero. Los legionarios y la infantería pesada celtíbera seguían a duras penas nuestros pasos, a marchas forzadas, azuzados por Alio, a quien había puesto al mando de aquellas tropas. No era mi intención entrar en batalla, no tenía con qué. Tan solo quería acercarme lo suficiente, hacer entender al ejército rebelde que no estaban solos. Nuestra mera presencia retrasaría su avance, aunque solo fuese porque se vieran obligados a tomar ciertas precauciones.

La ruta entre Emporión y Tarraco se recorre en nueve o diez días a pie. Desde Osca a Tarraco, por Ilerda, son unos seis días. Cuatro si es a caballo. Tres o menos, si se fuerza a los animales y se viaja ligero. Supimos que Tarraco había abierto sus puertas a los silanos y que estos habían pasado unos días en la ciudad y la habían guarnecido con un pequeño destacamento. No cabía

duda de que el Carnicero pretendía allanar el camino de su llegada y hacerlo parecer más un paseo triunfal que una campaña.

Hallamos la primera pista de que se encontraban cerca a tan solo una jornada de marcha de Tarraco, al sur. Al día siguiente, divisamos la nube de polvo que levantaba su retaguardia. Los seguimos durante toda la tarde en la distancia hasta que la nube se detuvo. Allí habían acampado. Despaché a varios exploradores que, ya entrada la noche, volvieron con información. Los silanos solo habían levantado una empalizada, y, por lo visto, no demasiado sólida. No habían cavado un foso, lo que significaba que se sentían bastante seguros avanzando por aquel territorio. Era como si estuviesen recorriendo la ruta entre Roma y Brundisium. Despreocupados.

Nos preparábamos para pasar la noche. Balbo, que hasta ahora había cabalgado conmigo a lomos de Ignis, me estaba dejando boquiabierto.

—Señor, no deberíamos montar juntos.

—¿Por qué dices eso, Balbo?

—Porque el meneo al cabalgar me excita. No soy ningún invertido, pero no es correcto, señor. Menos aún estando yo detrás.

De pronto, el tronar de los cascos de uno o dos centenares de caballos alertó a los centinelas. Dieron la alarma. Acostumbrado a sorprender, no podía imaginarme ser sorprendido. El pánico cundió entre los míos. Empecé a desgañitarme para que formaran. Desenvainé. A lo lejos, una voz se hacía cada vez más audible gritando mi nombre al completo en un acento extraño.

—¡Cneo Placidio Mutio! ¡Cneo Placidio Mutio!

Reconocí aquella voz ronca y enfadada. Pedí calma. Agucé el oído. No tardé en saber de quién se trataba. Doscientos caballos negros surgieron de entre los árboles y, a la cabeza, Corvus. El maldito cántabro desmontó de un salto. En dos zancadas se puso ante mí. Lucía una nueva cicatriz en la cara. Su aliento, a un palmo de mi cara, olía a pescado podrido. Me miró con enfado, me agarró de la túnica con sus poderosas manazas y me acercó a él como si fuera un muñeco.

—No pretenderá Cneo Placidio Mutio pasarlo bien sin nosotros, ¿no?

—Me alegro de que recibieras mi mensaje. Bienvenido —dije impasible.

—¿Qué mensaje?

—Aquel en el que os ofrecía el doble por vuestros servicios si acudíais.

El salvaje se echó a reír y me soltó de repente. Luego, apuntándome con el dedo, concluyó.

—Eres el hijo una zorra y de un perro sarnoso, maldito romano. Pero tu estilo me gusta.

Aquella noche no pude dormir. Había mostrado, ante los cientos de ojos que estaban a mis órdenes, ser un cobarde. Relativamente ingenioso, sí, pero un cobarde. Como siempre ocurre en estos casos, mi mente no dejaba de darle vueltas a lo que debería haber hecho, esto es, enfrentarme a Corvus, apartarle de un empujón, no dejarme intimidar, obligarle a tratarme con respeto. Se me pasó por la mente ejecutar a los cántabros y colgar sus cuerpos de los árboles, dar una lección de crueldad para que, al menos, se me temiese, pero eso habría aumentado mi reputación como cobarde y le hubiera añadido otra característica más, la de traidor y jugador sucio. También pensé en despedir al cántabro al día siguiente, aunque dudé sobre cuál sería su reacción. ¿Me hubiera acobardado de nuevo ante él? ¿Hubiera él galopado directamente hacia el enemigo para ponerse a su servicio y dar cuenta de nuestra posición? Ya cuando amanecía, llegué

a la conclusión de que el daño estaba hecho y de que mi única forma de repararlo sería mostrarme digno en batalla si esta llegaba a darse.

La oportunidad vino con el sol. Según los exploradores, varios grupos de legionarios abandonaban el campamento y se dispersaban por los alrededores buscando comida. Las partidas no eran muy grandes, con el objeto de abarcar más terreno y así poder acabar el trabajo antes. El ambiente en esas partidas, por lo visto, era casi festivo. Se sentían seguros, estaban en territorio romano, en tierra ocupada, eran dueños y señores. Alío y las tropas pesadas debían encontrarse aún a una jornada o jornada y media de nuestra posición. Decidí probar suerte sin ellos. Al mando de Belinos puse a la mitad de mi pequeño ejército; su cometido: rodear el campamento por la izquierda ocultándose en los bosques para no ser visto y describiendo un semicírculo; luego, atacar a cualquier partida de forrajeadores que pudiera encontrar. Mi cometido sería el mismo, solo que por la derecha. Nos encontraríamos al sur.

—Suerte, querido amigo.

Vimos a los primeros poco después de dejar el lugar donde habíamos pasado la noche. Los observábamos ocultos entre la maleza. Era un amplio campo de trigo ya pajizo. Los legionarios, muy dispersos, doblaban la espalda y, armados con una hoz, sin armadura ni armas, recolectaban el preciado alimento a un ritmo desenfadado. Se detenían de vez en cuando para echarse a la boca un trago de vino o para secarse el sudor de la frente. Lo que recolectaban iba a unos grandes cestos que los legionarios arrastraban consigo. El sol comenzaba a castigar desde lo alto. Un par de centuriones animaban la recolección a voces. A lo lejos, un grupo de unos cien legionarios armados con toda su panoplia observaban la operación. No estaban en guardia, muchos habían dejado el escudo en el suelo, otros lo utilizaban para descargar el peso de sus cuerpos sobre ellos. Charlaban y reían.

Era el momento. El peso de la responsabilidad, saber que en cuanto diera la orden cientos de jinetes anegarían el campo y dejarían tras ellos una estela de sangre romana, hizo que mi orden se hiciera esperar. Llegué a dudar sobre si dar media vuelta o no. La carga rompería de repente esa bucólica escena, casi perfecta, armónica, de la que estaba siendo testigo. Quién sabía si, entre ellos, podía encontrarse algún compañero de niñez, de juegos en las sucias calles de Roma. Pero así es la guerra. Ellos estaban en Hispania para matarme a mí.

—¿A qué esperas? —dijo Corvus impaciente a mi lado.

—A que se dispersen un poco más, maldito salvaje. —Y encarándome a él le dije—: Da un paso sin haber recibido mi orden y más te vale matarme.

Corvus me sostuvo la mirada y escupió al suelo a modo de desafío. Luego volvió a mirar al frente. Los caballos horadaban la tierra, nerviosos. Ignis no era menos. Desenvainé lentamente. Observé la escena de nuevo. Y di la orden.

—¡Adelante! ¡A por ellos! —aullé en la lengua de los celtíberos al tiempo que espoleaba los flancos de Ignis.

Surgimos del bosque en tropel. Detrás de los caballos, a la carrera, venían las tropas ligeras. Por un momento dio la sensación de que los romanos iban a quedarse quietos, congelados en el lugar en que los había sorprendido nuestra repentina aparición. Las uñas de los caballos castigaban el trigo. Ignis se mantenía en cabeza a duras penas, compitiendo con el negro corcel de Corvus por ser el primero en llegar al enemigo. Los recolectores soltaron las hoces y emprendieron la huida hacia la centuria encargada de la seguridad de la partida, que ya formaba a

toda velocidad siguiendo las órdenes apresuradas de su centurión. Fijé la mirada en uno de los legionarios que huía. El romano, azuzado por el miedo, perseguido por la muerte, que en este caso era yo, no dejaba de volver la cara. Debía de tener mi edad. Veinte pasos. Diez pasos. Levanté la espada sobre mi cabeza tal y como me había enseñado Belinos y descargué un tajo. Toda la fuerza de mi cuerpo se concentró en la espada y sobre el cráneo de aquel infeliz. Sentí un intenso dolor en la muñeca cuando el acero golpeó a mi víctima. Sangre y sesos me empaparon la cara. No me detuve a contemplar mi dudosa hazaña. Embriagado, seguí al galope, directo a por el siguiente legionario en fuga. Este simplemente corría, no miraba atrás, hizo un quiebro repentino justo cuando yo descargaba un tajo. A punto estuve de caer. Seguí adelante sin prestarle atención. Algún jinete de los que me seguían daría cuenta de él. Conseguí alcanzar a otro más, al que herí en el hombro desnudo. Otro chorro de sangre salía despedido. En un instante el campo de trigo dorado se tornó rojo de sangre. Las tropas ligeras que nos seguían remataban a aquellos que habían caído. Se escuchaban súplicas de clemencia y peticiones de auxilio, ahogadas de súbito por un golpe certero.

Detuve a Ignis para observar lo que ocurría a mi alrededor. El cuerpo entero me temblaba. Jadeaba. Corvus, seguido de sus doscientos cántabros, cargaba en ese momento, hacha en mano, contra la centuria perfectamente formada. Aquel loco parecía buscar ansiosamente la muerte. No parecía tener ninguna intención de que esta viniera a por él. Solo los caballos mejor entrenados son capaces de cargar contra una muralla de escudos. Así cargaron aquellos locos después de recibir una salva de *pila* que derribó a una veintena. Chocaron con estrépito, derribando la sorprendida formación romana del mismo modo que si hubieran sido monigotes de madera. El enemigo huía en todas direcciones, y así se dispersaron los celtíberos buscando nuevas víctimas. No sé cuántos lograron llegar a su campamento. Siempre escapa alguien. Contamos cerca de quinientos cadáveres. Una cohorte entera fue aplastada en un abrir y cerrar de ojos. No se hicieron prisioneros.

Nos detuvimos lo justo para que los míos despojasen a los caídos de lo que pudieran, que era bien poco. Se lo habían ganado. No podía negárselo. Los más beneficiados fueron los hombres de Corvus, quienes, al haber atacado directamente a los únicos que iban fuertemente armados, pudieron hacerse con cascos, espadas, armaduras y algo de dinero.

—El romano es como el cerdo —dijo el cántabro—, se aprovecha todo.

Continuamos hacia el sur, envalentonados con nuestra fácil victoria. Cuatro millas más allá dimos con otra partida de forrajeadores. Esta vez no dudé tanto en dar la orden. Como diría Alio días después, había perdido mi virginidad como siempre se pierde: con sangre y dolor.

Nos encontramos con Belinos y los suyos al caer la noche, en el lugar indicado. El celtíbero estaba emocionado y, como yo, cubierto de sangre y polvo. Por lo que decía, habían caído muchos rebeldes bajo las pezuñas de sus caballos. Más aún, se habían visto las caras con un centenar de jinetes romanos a los que habían derrotado y puesto en fuga con facilidad.

—Les hemos dado una calurosa bienvenida a Hispania, ¿eh, Cneo?

—Sí. Es una pena que no puedan escribir a casa para contarlo.

Ordené que se establecieran puestos de vigilancia alrededor del campamento silano y que encendieran hogueras para que estos supieran, o más bien creyesen, que estaban rodeados. La noche transcurrió en un ambiente casi festivo. Los hombres reían. Al calor de la hoguera relataban sus hazañas del día. Enseñaban los escasos objetos arrebatados al enemigo. Fanfarroneaban. A lo

lejos se oían los cánticos rituales de los cántabros, quienes hacían lo posible por mantener la distancia con el resto. Podíamos ver el campamento rebelde desde nuestra posición. Silencioso. Muerto. De vez en cuando se adivinaba la cabeza de algún centinela asomando. Me sentí satisfecho. Podía imaginar a quien fuera que estuviese al mando de aquella legión, debatiendo la situación con sus tribunos y centuriones. Mientras nosotros festejábamos, ellos estarían haciendo recuento de bajas, inventario de los suministros disponibles, cálculos sobre nuestra posición y número, se estarían preguntando de dónde habíamos salido. Sabían que los observábamos.

A lo largo de todo el día siguiente el enemigo se mantuvo inmóvil, encerrado en su empalizada, valorando aún, imagino, cuáles eran sus opciones y si su misión, fuera la que fuese, podía aún llevarse a cabo. Por la tarde llegó Alio con la infantería pesada, agotados después de la larga marcha. Por la noche decidí poner en práctica una idea que me había estado rondando la cabeza a lo largo del día. Reinaba la calma, una calma tensa y engañosa. Cantaban los grillos aquí y allá, la temperatura era agradable, un búho ululaba a lo lejos. Muchos, entre ellos Belinos, habían estado abogando por asaltar la empalizada. Pedí paciencia. «Las batallas hay que intentar ganarlas sin luchar», decía Hirtuleyo. Ordené que, al abrigo de la oscuridad, un grupo de doscientos hombres se acercasen sigilosamente al campamento enemigo sin armas, desde diferentes puntos, llevando tan solo teas que debían prender y lanzar por encima de las defensas cuando se encontrasen a tiro.

En un instante la tensa calma se tornó en confusión tras la empalizada enemiga. Cientos de proyectiles incendiarios surcaron la negrura describiendo una parábola casi al tiempo, emitiendo un particular silbido. Se oyeron gritos de alarma. Pequeños incendios empezaron a brotar entre las tiendas de campaña enemigas. Hecho el daño, los doscientos celtíberos se retiraron a la carrera. Otros doscientos aguardaban preparados para repetir la operación. Desde nuestra posición se presentía el caos causado por unas llamas cada vez más altas. Se oían los relinchos de caballos aterrorizados, las confusas voces de los centuriones y legionarios pidiendo agua, los gritos de aquellos abrasados por las llamas, la lucha, en fin, contra un enemigo que no conocía el miedo, ni la derrota, ni la rendición, ni el parlamento. Iluminados por las llamas y completamente armados, surgieron del campamento dos grupos de legionarios, dos cohortes al completo cuyo cometido parecía ser rodear el perímetro y evitar que siguieran cayendo sobre ellos más proyectiles incendiarios. Ahora que había unos cuantos fuera de su madriguera, hice que los infantes ligeros, armados con jabalinas, corriesen hacia ellos para asaetarlos. Hubo intercambio de proyectiles entre ambas formaciones. Los rebeldes, cegados e iluminados al tiempo por las llamas, eran blancos claros para los celtíberos que se movían en la oscuridad. Los nuestros podían apuntar a su objetivo, los suyos solo podían intuir sombras.

El extraño enfrentamiento duró prácticamente toda la noche. Cuando asomaba el día ordené el repliegue. La aurora iluminó el daño causado. Las llamas habían sido reemplazadas por columnas de humo, los legionarios que habían salido del campamento seguían en formación, agotados y expectantes; imagino que también hambrientos y sedientos. Volvió la calma a aquel recóndito lugar de Hispania. Y entonces una decena de jinetes, portando las insignias de la legión, encabezados por un hombre maduro y de gran estatura, con coraza de bronce musculada y casco con penacho, emergieron de entre el humo y se dirigieron al centro del campo.

—Quieren parlamentar —dijo Belinos a mi lado.

—Eso parece —repuse con una sonrisa—. No seamos descorteses.

Cabalgamos al encuentro del pequeño Estado Mayor. Me acompañaron Belinos, Corvus y un puñado de sus cántabros. Seleccioné de entre ellos a los más sucios, salvajes e intimidantes.

El hombre al mando, a lomos de un magnífico caballo, desprendía dignidad. Montaba como si tuviera un palo metido en el culo. Me miró de arriba abajo, con cierto desprecio al comprobar mi atuendo: túnica hispana y *sagum*. En su mirada había cierta reticencia a tratar con un mocoso y un salvaje.

—Exijo hablar con un oficial romano —dijo sin más preámbulo.

—Ya estás hablando con un oficial romano. Cneo Placidio Mutio, tribuno al servicio del procónsul Quinto Sertorio, legítimo gobernador de Hispania. Bienvenidos —dije con cierta sorna.

Corvus se acercó a mí y me susurró al oído.

—Quiero sus arreos —dijo el cántabro. No le hice caso.

—Las legiones de Pompeyo Magno están de camino —continuó el rebelde—. Ya deben de haber atravesado los pasos del Pyrenne.

—¿Y? —repuse con altanería.

—Rendíos y se respetarán vuestras vidas.

—¡Vaya! —Solté una carcajada—. Es muy generoso por tu parte.

—Sertorio está acabado. Es solo cuestión de tiempo. Haríais bien en valorar cuidadosamente la oferta que os hago.

—Muy bien —concedí—, valora tú lo siguiente y corrígeme si me equivoco: Pompeyo tardará al menos dos o tres semanas en llegar a Tarraco. No tenéis comida y habéis utilizado el agua para apagar los incendios de esta noche. El arroyo más cercano está allí —dije apuntando a un pequeño meandro a trescientos pasos de distancia— y vamos a estar vigilándolo.

Corvus volvió a susurrarme al oído que quería los arreos del caballo del oficial y añadió que también le gustaba su armadura.

—Cuando llegue Pompeyo...

—Cuando llegue, si es que llega a tiempo, nos esfumaremos. Hasta entonces seguiremos aquí procurando hacer que vuestra vida sea lo más interesante posible.

Los rebeldes se apartaron unos pasos para hablar entre susurros. Hubo asentimientos y alguna protesta indignada. Luego volvieron. El hombre al mando habló.

—¿Qué propones?

—Se me ocurren un par de cosas. Que aquellos que quieran unirse a la causa de la legítima República puedan hacerlo sin impedimento. Que el resto abandone aquí sus armas y jure solemnemente no volver a luchar de nuevo en Hispania. Cuento con más de veinte mil hombres, y hay más en camino. No tenéis muchas opciones. Ni mucho tiempo.

Volvieron a retirarse unos pasos. Discutieron, entre airados susurros, muecas de aceptación y otras de enfado. Nosotros aguardábamos pacientes. No teníamos ninguna prisa, y ellos lo sabían. Habían avanzado demasiado rápido, demasiado confiados. Hispania no es lugar para confiarse. Por fin el legado se movió hacia nosotros.

—¿Qué garantías nos dais de que cumpliréis vuestra palabra?

—Esto es un pacto entre romanos —repuse indignado—, no sufriréis ningún daño.

—Bien. Dadnos dos horas.

—Hay un pequeño detalle al que debemos atender —interrumpí.

—¿Y bien?

—En Hispania es costumbre que sean intercambiados los arreos de los caballos y las armaduras de aquellos que sellan un pacto.

El romano observó mi caballo y mi cota de malla.

—Estos arreos son del mejor cuero y hierro y tienen incrustaciones de oro. Los tuyos...

—No, yo no quiero nada. Yo soy romano. Una palabra me basta. Pero no puedo confiar en que mis hombres guarden el acuerdo como corresponde si no se atiende a este absurdo e insignificante formalismo —dije con fingida afabilidad y apuntando a Corvus.

El hecho de que el legado de Pompeyo cediera, aunque a regañadientes, era prueba suficiente de la precaria situación en que se encontraban sus tropas. Corvus y el romano desmontaron e intercambiaron los cochambrosos arreos del primero por los elaborados arreos del segundo y la apesosa cota de malla del cántabro por la reluciente coraza musculada del legado. Corvus se ciñó la coraza al momento y, una vez a lomos de su caballo, la golpeó con los nudillos, satisfecho de su adquisición.

—¿Todo hablado entonces? —dijo el romano.

—Todo hablado. Tomaos vuestro tiempo.

Creo que aquel fue uno de los momentos más gloriosos de mi existencia. Yo, Cneo Placidio Mutio, había derrotado sin apenas luchar a una legión entera de los hombres de Pompeyo. Verlos salir uno a uno a lo largo del día depositando sus armas en un enorme montón me produjo un placer inigualable y un desmesurado orgullo. Los legionarios derrotados, una vez abandonadas sus armas, corrían a calmar la sed en el arroyo que se encontraba a trescientos pasos de allí. Tan solo dos docenas de hombres se unieron a nosotros, cosa que me resultó incomprensible. Luego se dirigieron al norte en columna mientras los hispanos entraban al campamento y lo saqueaban a conciencia.

Me acomodé en el pretorio. Repasé los documentos, todos en griego. El objetivo de aquel pequeño ejército no había sido otro que el de llegar a Cartago Nova tan rápido como fuera posible. En uno de ellos, redactado probablemente antes de nuestra aparición y destinado al mismísimo Pompeyo, el legado daba cumplida cuenta de su avance y de cómo no había indicios de resistencia alguna en el camino.

—Magistral, Cneo —dijo Belinos, henchido de orgullo—. Sencillamente magistral. Y lo de los arreos..., por todos los dioses, ¿cómo demonios se te ha ocurrido? Corvus está encantado. Está entusiasmado como un niño con su nueva armadura.

—Sí. Ha sido un buen golpe —admití.

—¿Y ahora qué?

—¿A qué te refieres?

—Habrá que salir a darles caza, ¿no? Están desarmados, se mueven lentamente. Es perfecto. Podríamos darles alcance mañana al atardecer y acabar el trabajo.

Me he arrepentido muchas veces de la decisión que tomé en ese momento, al calor eufórico de la victoria. Volverían, o así lo creía Belinos. Según él, los romanos nunca habían cumplido una palabra, no veía por qué debíamos hacerlo nosotros ahora.

Los perseguimos. Los masacramos.

Informé a Sertorio de mi hazaña: una legión del Carnicero aniquilada a dos días de marcha de Tarraco. También recibí un mensaje de Hirtuleyo. Al parecer, la campaña del valle del Betis había salido tal y como el tuerto esperaba. Los hispanos, envalentonados, se habían enfrentado a la Vieja en batalla. Sertorio los había seguido de cerca. La situación para los hispanos se volvió fea enseguida. Incapaces de resistir a las legiones de Metelo y al borde de la masacre, el tuerto apareció de forma providencial, evitó el desastre y cubrió la retirada de los derrotados hispanos. Según Hirtuleyo, al final de la jornada el tuerto había dicho de buen humor: «Así aprenderán». Los hispanos, a regañadientes, tuvieron que darle la razón al sabino de nuevo, no podían enfrentarse a las legiones como carneros.

La noticia de la llegada de Pompeyo a Hispania recorrió la península como un escalofrío. El ánimo de muchas ciudades que hasta ahora se habían mostrado favorables a nuestra causa comenzaba a flaquear, aquellas que con tibiezas se habían mantenido neutrales ahora empezaban a mostrarse hostiles. Ya no era solo el ejército de Metelo en el sur al que nos enfrentábamos. Ahora, otro ejército hacía su aparición en escena y estaba comandado por un joven prometedor, ambicioso, enérgico y carente de escrúpulos.

Recibí orden de apartarme de la ruta de Pompeyo, como quien se aparta de un toro furioso que comienza su embestida. Acepté la orden con sumo placer. De alguna manera, ya había empezado a llevarla a cabo, aunque solo fuera por miedo. El Carnicero Adolescente avanzaba rápidamente hacia el sur por la costa hispana, y yo debía unirme al grueso del ejército del tuerto, que marchaba al norte desde el valle del Betis. Allí, la Vieja Metela se lamía las heridas del último enfrentamiento. Dimos con el campamento de Sertorio en algún lugar de la Carpetania.

—¡Bienvenido, Cneo!

Hirtuleyo y yo nos abrazamos hasta casi dislocarnos los huesos. Mi amigo estaba de muy buen humor.

—Les diste lo suyo, ¿eh? —me dijo.

—Hice lo que pude.

—Una legión al completo y sin apenas bajas. ¡Es magnífico!

—He tenido un buen maestro.

Hirtuleyo me palmeó la espalda y me invitó a que le siguiera al pretorio. Atravesamos el campamento a pie. Se respiraba inquietud entre las tiendas de campaña. Los hombres encendían fuegos y preparaban algo de comer mientras hablaban. Todas las conversaciones parecían dar vueltas alrededor de lo mismo: la aparición de Pompeyo.

—¿Cómo está la moral? —pregunté.

—Pendiente de un hilo. Pero yo no me preocuparía.

—Parecen tensos.

—Y lo están. Metelo en el sur, Pompeyo avanzando desde el norte y nosotros en medio. Es normal. Pero, ya digo, yo no me preocuparía. Hemos estado en situaciones peores. Y confiamos ciegamente en el tuerto. Ya sabes, sentimientos encontrados. Pero no todo son malas noticias.

—¿Cuáles son las buenas?

—Hay refuerzos en camino.

—¿Qué tipo de refuerzos?

—Ya sabes que el cónsul Lépidó murió en Córcega.

—Sí.

—Y que disponía de cinco legiones.

—Eso no lo sabía, no...

—Pues sí. Cinco legiones. Cinco legiones de curtidos legionarios romanos. Los manda un tal Marco Perpena. Y están de camino. Por lo visto, una vez fallecido Lépidó, Perpena quería seguir la lucha contra el Senado por su cuenta yendo a la Galia, pero los hombres, al borde del motín, exigieron embarcar hacia Hispania para unir fuerzas con Sertorio.

—¡Vaya!

—Así es. Perpena ha aceptado, aunque a regañadientes, y están de camino. Cuándo y cómo llegarán es cuestión aparte.

Al igual que en el resto del campamento, el ambiente en el pretorio era tenso. Oficiales romanos y caudillos hispanos susurraban comentando la situación a la espera de que apareciera el tuerto, alrededor de la mesa en la que se desplegaba un detallado mapa de Hispania de reciente factura. Apuntaban aquí y allá, movían sus dedos índices de un punto al otro del mapa. Saludé a todos con un leve asentimiento. Y, entonces, llegó el sabino. Entró en la tienda como un torrente, enérgico, despreocupado, de buen humor, seguido de la cierva blanca, vestido cómodamente con una sencilla túnica y recién aseado.

—Buenos días, caballeros.

—Buenos días, señor —saludamos todos casi al unísono.

Sertorio ocupó su lugar presidiendo la mesa. Tomó un poco de trigo de una bolsa que llevaba al cinto y se lo dio al níveo animal mientras lo acariciaba.

—Buena chica —decía Sertorio como si no estuviéramos allí.

—Señor —dijo uno de los hispanos interrumpiendo el extraño ritual del sabino. El caudillo parecía impaciente por expresar su opinión acerca de la situación—. Sigo sin entender por qué avanzamos al encuentro de Pompeyo. Quizá deberíamos plantearnos la retirada ahora que estamos a tiempo.

Sertorio levantó la mirada y dejó de alimentar a la cierva. Observó fijamente al lusitano y, de pronto, su cuerpo comenzó a sacudirse con una intensa carcajada.

—Hace unas semanas abogabas por enfrentarte a la Vieja de cabeza. Ahora te amedrentas ante un niño que juega a ser general. Maldita sea, Arno. No hay quien te entienda —dijo el tuerto de buen humor.

—No solo él piensa así, señor —dijo uno de los oficiales romanos—. Pompeyo es un hábil general a pesar de su juventud y está al mando de hombres bien armados y curtidos.

—Pompeyo es un puto niño de mierda, recién salido de la escuela, que necesita un buen par de azotes en el culo. Un mocosó que se ha traído a Hispania sus juguetes. Los dioses tienen un extraño sentido del humor —dijo el tuerto para sí—. Una vieja y un mocosó, maldita sea.

Sertorio volvió a meter la mano en la bolsa de trigo y volvió a extenderla hacia la cierva, que comió de su mano con deleite. Luego prosiguió.

—No vamos a retirarnos. Más bien al contrario. —El sabino se alzó y apuntó al mapa—. El niño se encuentra ahora a unos días al sur de Tarraco, aquí. La Vieja no se ha movido del valle del Betis. Y lo que no podemos permitir es que unan sus fuerzas. Si lo hacen, entonces sí estaremos en un aprieto. Así que tenemos que interceptar a Pompeyo, y lo haremos aquí —dijo apuntando a un lugar llamado Lauro.

—Pero Lauro se ha declarado a favor de Pompeyo —dijo otro de los oficiales romanos.

—Precisamente. Y está en la ruta que el niño debe recorrer para encontrarse con la Vieja. Lo único que hay que hacer es llegar allí antes que él, asediar la ciudad y esperar a que venga.

El tuerto convirtió la marcha a Lauro en una auténtica carrera. Se enviaron mensajeros a la ciudad exigiendo su rendición a la vez que se les hacía saber que nos dirigíamos hacia allí. Sertorio sabía que no iban a capitular, pero eso era lo de menos. De hecho, deseaba que no lo hicieran. Lo que sí quería era que los mismos habitantes de Lauro apelaran a Pompeyo y le pidiesen ayuda. Era una forma extraña de concertar una cita. Supimos que el Carnicero aceptó el reto porque apretó la marcha hacia el sur.

—El niño está ansioso por venir a clase —dijo Sertorio al conocer los pormenores de su rápido avance.

No todos en el pretorio compartían el buen humor del sabino. Yo entre ellos, aunque me guardaba de airear mis opiniones. Me daba la impresión de que el tuerto parecía estar sucumbiendo al error que siempre había achacado a otros, esto es, una excesiva confianza.

Llegamos a Lauro dos días antes de que lo hiciera Pompeyo.

Lauro es, o más bien era, una ciudad amurallada a unas cuarenta o cincuenta millas de Valentia, en la ruta que lleva hacia el sur de Hispania. Es un lugar bello y las tierras que hay alrededor son fértiles. Hay allí dos colinas casi gemelas, en una de las cuales se erguía la ciudad; la otra era lugar de pasto para el ganado. Ambas colinas dominan un valle.

Fue en la colina que estaba frente a la ciudad, único lugar elevado en dos millas a la redonda, donde establecimos nuestro campamento. Tuvimos dos jornadas enteras para fortificar el emplazamiento, explorar el territorio circundante y recoger grandes cantidades de comida. A pesar de nuestra presencia allí, los ciudadanos de Lauro se negaron de nuevo a abrir las puertas del enclave. Desde nuestra empalizada veíamos las cabezas de los defensores de la ciudad recorrer las murallas. Parecían tranquilos, despreocupados. Como si el ejército que veían delante nada tuviera que ver con ellos.

—¡Debo protestar, señor! —dijo Tarquinio airado en la sesión del pretorio. La nube de polvo que levantaban a su paso las legiones de Pompeyo se veía ya desde nuestra posición.

—Protesta aceptada, Tarquinio —dijo el tuerto con absoluta tranquilidad—. ¿Alguna cosa más?

—Señor, debemos salir de aquí antes de que sea demasiado tarde —insistió el oficial—. Lauro no se va a entregar.

—Ni es necesario que lo haga.

—¡Quedaremos atrapados entre los muros de la ciudad y las legiones de Pompeyo!

—Tenemos comida y nuestra posición es excelente.

—Los hombres están nerviosos —intervino Octavio.

—Pues que se tranquilicen. Esperaremos aquí a ese mocoso. Ahora analicemos lo que realmente importa...

Ninguna protesta, ninguna noticia parecía poder hacer que el sabino cambiase de opinión. Por un momento llegué a pensar que se había vuelto loco.

Pompeyo acampó a las faldas de la colina que ocupábamos, a menos de dos millas de nosotros. Era un lugar perfecto para levantar tiendas de campaña y una sólida empalizada. Un terreno más o menos regular en el que las expertas legiones del Carnicero levantaron un campamento inmenso y perfecto en tan solo una tarde y sin ser molestados. No sé si llegaron a oír los vítores que surgieron desde las abarrotadas murallas de Lauro. Yo sí los oí. Por la noche, desde nuestra empalizada, se podían ver los cientos de hogueras del campamento enemigo. Era aterrador.

A la mañana siguiente, con el alba, el ejército de Pompeyo salió de su emplazamiento y avanzó hacia nosotros en perfecta formación hasta encontrarse a menos de una milla de distancia. Hacía un día espléndido. Las cohortes del Carnicero formaban en rectángulos perfectos, sin aparentes fisuras. El sol se reflejaba en sus cotas de malla y en los cascos, los estandartes bailaban al antojo del viento. El Carnicero ofrecía batalla. Las murallas de Lauro se veían repletas de cabezas expectantes. Por lo visto, Pompeyo había invitado a los habitantes de la ciudad a acomodarse a lo largo de las defensas para presenciar una épica masacre y el fin de Quinto Sertorio. Pero el tuerto, lejos de ordenar que formásemos para la batalla, simplemente pidió calma. El niño sabía lo suficiente como para no arriesgarse a asaltar una posición fortificada en una colina, así que, mientras no aceptásemos el reto, no había nada que temer.

—Señor —dijo un mensajero irrumpiendo en el pretorio y entregando un papiro enrollado—, mensaje de Pompeyo Magno.

—¡Por todos los dioses! —se quejó Sertorio con cierto aire divertido—. Haz el favor de no llamarle así. Ni que nos estuviéramos enfrentando a un nuevo Alejandro...

—Perdón, señor.

—Cneo —dijo el tuerto dirigiéndose a mí—, haz el favor de leer lo que dice.

—Con sumo placer, señor —dije al tiempo que desenrollaba el papiro. La misiva no decía mucho—: «Si eres tan buen general, Quinto Sertorio, sal y lucha». Eso dice, señor.

Sertorio soltó una carcajada.

—¿Será imbécil? —dijo—. ¡Qué puerilidad! Respóndele que, si él es tan buen general, que sea él el que me obligue a salir y luchar. Bien —prosiguió el tuerto sin dar más importancia al asunto—, a lo que nos ocupa. Tarde o temprano nuestro aprendiz de general tendrá que hacerse con comida. Los dos puntos de suministro que hemos dejado disponibles están el primero a una milla de distancia hacia el oeste y el segundo a cuatro millas al noroeste. Quiero suficiente infantería ligera, caballería y escaramuceadores en el primer punto, el más cercano. Y quiero que no sean molestados en el segundo cuando lo encuentren.

Al abrigo de la noche cientos de hispanos armados a la ligera abandonaron nuestro campamento para tomar posiciones donde el tuerto había ordenado. Durante días, Pompeyo tentó una y otra vez la batalla sin obtener resultado alguno hasta que, al fin, pudimos divisar las primeras partidas de forrajeadores adentrándose en los campos hacia aquel primer punto de suministro, el más cercano. Estos se vieron sometidos a constantes emboscadas, a continuos y

furtivos ataques relámpago de hombres acostumbrados a subsistir en los bosques y montes con lo mínimo y a ser independientes de una estructura de mando. Pequeños grupos huidizos que hostigaban y entorpecían cualquier movimiento, que aparecían de entre la espesura y volvían a desaparecer. Aquellos ataques no ocasionaban excesivas bajas, pero sí conseguían ralentizar el trabajo, hacían que el enemigo estuviera siempre alerta y conseguían que la labor resultara agotadora y poco productiva.

Pompeyo decidió que había invertido demasiado tiempo y esfuerzo en conseguir muy poco. Así que volvió a enviar exploradores a que reconocieran el terreno, y, esta vez sí, dio con el punto del que podía obtener lo que necesitaba, aquel que estaba más alejado, pero del que sus hombres le habrían dicho, sin lugar a dudas, que al menos estaba libre de peligro. Hacia allí vimos alejarse a una legión al completo y hacia allí envió Sertorio, de noche, un importante contingente con instrucciones precisas al mando de Tarquinio y Octavio. Eran en total veinte cohortes, diez de ellas compuestas por hispanos curtidos y armados a la manera romana, esto es, infantería pesada, acostumbrados ya al equipo de las legiones después de tanto tiempo; las otras diez eran cohortes de infantería ligera. Más de dos mil jinetes los acompañaban. Tomaron posiciones antes del alba, escondidos en el bosque: la infantería ligera primero, tras estos la infantería pesada y bastante más retrasada la caballería para que sus relinchos no alertasen de su posición.

Yo no estuve en aquella emboscada, pero puedo relatar lo que allí ocurrió como si hubiera estado, porque durante días no se habló de otra cosa.

Las tropas de Pompeyo volvían al campamento cargadas de suministros, lentamente, cansados después de haber pasado dos días completos haciendo acopio de todo lo necesario. No habían sido acosados, marchaban tranquilos, dispersos. Una legión. Diez cohortes. Cerca de cinco mil hombres. De pronto, toda la calma se vino abajo cuando de entre la espesura surgieron las tropas ligeras hispanas acosando los flancos de la columna rebelde. Dispuestos a hacer frente a la amenaza, los curtidos legionarios reaccionaron con rapidez, formaron sus líneas, repelieron el ataque y comenzaron a avanzar sobre los infantes ligeros, ahora en repliegue. Muchos se adentraron en el bosque, y allí siguió un confuso combate entre los árboles y la maleza; hombres acostumbrados a luchar en formación se vieron obligados a dispersarse en la espesura. De pronto los legionarios de Pompeyo, que debían de creer que se enfrentaban a otra simple escaramuza, se vieron sorprendidos en el flanco por las diez cohortes de infantería pesada hispana que, ahora sí, podían medirse con ellos hombre a hombre. Empezó a cundir el pánico entre los pompeyanos, superados ampliamente en número e igualados en armamento y tácticas por un enemigo descansado y pleno de entusiasmo. Los rebeldes comenzaron a replegarse en medio de la confusión. Y entonces los dos mil jinetes celtíberos cerraron la trampa rodeándolos y atacando su retaguardia.

El combate fue prolongado, tanto que Pompeyo, alertado de lo que ocurría, pero sin saber a qué se enfrentaba exactamente, decidió enviar otra legión para socorrer a la que estaba siendo atacada. Vimos cómo salían del campamento a marchas forzadas. Y, a lo lejos, desde nuestra posición podía adivinarse, por el polvo levantado, el lugar donde estaba dándose el cruento combate.

Cuando la segunda legión enviada por Pompeyo llegó al punto en cuestión, el campo era un amasijo de cadáveres y, enardecidos por la victoria, los hispanos volvieron a trabarse en combate con los recién llegados. Alertado de nuevo Pompeyo en su campamento, consciente ya de que lo

que se libraba no era una simple escaramuza y dispuesto a recuperar sus tan necesarios suministros, el niño decidió salir él mismo con todo lo que tenía en ayuda de sus hombres. No le dio tiempo a avanzar mucho. Fue entonces cuando Sertorio, vestido con su panoplia al completo y a caballo, ordenó que el resto de nuestro ejército, ahora sí, ofreciese batalla al impertinente mocoso.

Salimos a la carrera, formamos ante nuestra empalizada y comenzamos a avanzar lentamente. Ahora Pompeyo debía elegir: seguir adelante y socorrer a sus hombres teniéndonos a nosotros a sus espaldas, exponiendo al tiempo su campamento para luego ser atrapado en una pinza; o dar media vuelta y marchar colina arriba para enfrentarse a Sertorio, tal y como llevaba deseando desde el primer día. Esta segunda opción, por supuesto, también le condenaba a tener la retaguardia expuesta en cuanto la matanza que estaba teniendo lugar al norte concluyese. Al final el niño, el escolar, el Carnicero Adolescente, optó por encerrarse en su campamento. Impotente. Presenciando cómo, a lo lejos, sus hombres caían por decenas sin que él pudiera hacer nada para impedirlo. Puedo imaginar su impotencia. La rabia contenida de quien no tiene más opción que contemplar un desastre.

Caía la tarde.

—Y ahora a llorar, maldito mocoso —dijo Sertorio antes de ordenar la vuelta al campamento.

Dicen que Pompeyo perdió diez mil hombres aquel día. Encerrado, rodeado y sin suministros, aún tuvo que ser testigo de algo más. Los habitantes de Lauro, a quienes el niño había invitado a observar desde las murallas, habían presenciado la clase magistral impartida por el sabino y, al día siguiente, estaban enviando una embajada ofreciendo la rendición y poniéndose a los pies de Sertorio.

El sabino se mostró magnánimo. Ordenó crucificar a los doscientos notables de la ciudad que se habían negado a entregarla, pero al resto de la población, hombres, mujeres, ancianos y niños, los dejó que marcharan. Una vez la ciudad fue abandonada, se dio licencia a los hombres para que la saqueasen, y, una vez saqueada, fue entregada a las llamas. Lauro dejó de existir e Hispania entera volvió a corear el nombre del tuerto.

Podríamos haber acabado con Pompeyo. No podía huir. No podía avanzar. No tenía comida. Había perdido casi a la mitad de sus hombres. Pero entonces llegó la noticia de que Metelo y sus legiones se encontraban a tan solo cinco días de marcha y venían al rescate.

Maldita Vieja.

La temporada de campaña tocaba a su fin. La ciudad de Valentia se declaró a favor de Sertorio y de la legítima República que defendíamos. Con Lauro convertido en un montón de escombros y cenizas, y con Valentia de nuestro lado, habíamos abierto una cuña entre la Hispania Citerior de Pompeyo y la Ulterior de Metelo. El ejército del niño, hecho trizas y desmoralizado, volvió sus pasos hacia el norte. La Vieja se apresuró a regresar a su provincia y a la línea del Betis. Pero las cosas aún podían mejorar.

Resulta sobrecogedor ver, en la quietud de una planicie hispana, marrón, abrasada por el sol, a cinco legiones completas de ciudadanos romanos avanzando lentamente. Sus pendones e insignias, sus tubas hiriendo el aire con una alegre melodía, su paso lento y firme acercándose, poco a poco, hacia un ejército hispano ya curtido, tranquilo, que aguarda con los escudos apoyados en el suelo y las lanzas descansando sobre los hombros, como quien aguarda a un amigo. Es sobrecogedor, como digo, y gratificante saber no solo que ese día no habrá batalla contra esas legiones de buenos romanos, sino que pronto estarás compartiendo comida y vino con ellos.

La derrota de Pompeyo había dejado el camino a Hispania expedito para las legiones del cónsul Lépido, fallecido en Córcega. Cinco legiones al mando de Marco Perpena Vento se unían a nuestra noble causa. Fue un momento emotivo, la prueba de que no estábamos solos, de que en Roma aún latía el deseo de recuperar la República como había sido antes de Sila. En aquel llano de la Celtiberia, a medio camino entre dos ejércitos perfectamente alineados, Quinto Sertorio y Marco Perpena se fundieron en un fraternal abrazo antes de que hispanos y romanos soltaran sus armas y corrieran los unos hacia los otros para seguir el ejemplo de sus comandantes, hermanados en un fin común. Lloré de dicha al ver aquella gloriosa escena. Ese día todo parecía posible.

—Cinco legiones completas —dijo Hirtuleyo con satisfacción a mi lado mientras observábamos tan insólito momento—. ¿Sabes lo que eso significa?

—¿Que somos más?

—Sí. Que somos más. Y que ahora podemos enfrentarnos en batalla a los rebeldes en igualdad de condiciones sin andar dando vueltas su alrededor.

Sé que la alegría no fue tal para Belinos. Creo que fue en ese momento cuando se dio cuenta de que Roma estaba en Hispania para quedarse. Que tanto si ganábamos como si perdíamos los hispanos ya jamás volverían a ser dueños de las tierras de sus antepasados. No dijo nada. Se

mantuvo impasible, pensativo, observando aquella explosión de júbilo que ni comprendía ni compartía.

Perpena era el perfecto romano. Patricio de origen etrusco, alto, bien parecido, orgulloso, de cuidado aspecto. Caminaba con lentitud, seguro de sí, como si todo pudiera esperar, como si la vida fuera un continuo paseo triunfal. Solía lucir una sonrisa cálida y agradable y parecía observar el mundo desde la inexpugnable atalaya de su *romanitas*. Su conversación era agradable. Era capaz de recitar versos enteros de la *Iliada* de memoria. Y por mucho que bebiera, nunca parecía estar borracho. Tuve ocasión de conocerle ya en Osca. Nada más llegar a nuestra mal llamada capital. El tuerto organizó un banquete en su honor al que fuimos invitados los hombres más cercanos a Sertorio y los más próximos a Perpena. Por lo que me dijo Hirtuleyo, se trataba no solo de homenajear al recién llegado, sino de hacer que su cuadro de mando y el nuestro fuesen estableciendo estrechas relaciones. Al fin y al cabo, a partir de ahora, trabajaríamos juntos. Éramos unos veinte y tomamos asiento en otros tantos lechos que había dispuestos, casi en círculo, alrededor de la estancia. Sertorio y Perpena presidían el feliz encuentro. Hirtuleyo y yo llegamos juntos, los últimos. Entré arrebuñado en mi *sagum* hispano, prenda que ya se había convertido en costumbre para mí y para muchos otros, más aún aquel día en que la noche prometía ser fría. Sertorio se levantó del triclinio para darnos la bienvenida, acompañado de Marco Perpena.

—Lucio Hirtuleyo, mi segundo —dijo el tuerto dirigiéndose a mi amigo.

—Tenía ganas de conocerte —dijo el patricio con una amplia sonrisa—. Se habla de ti en Roma. Un día de estos tendrás que contarme cómo le diste lo tuyo a Domicio.

—¿Le conocías? —preguntó mi amigo.

—Y tanto que le conocía. Era un imbécil.

—Cneo Placidio Mutio —dijo el tuerto dirigiéndose a mí—. Hombre de recursos, imaginativo y valiente.

Esperaba que no se me notase el sonrojo. Ser alabado de esa manera por Quinto Sertorio sin esperarlo era todo un honor. Enmudecí, por supuesto. Perpena me miró de arriba abajo, con esa sonrisa suya, y creo que con una pizca de desprecio.

—¿Eres romano? —dijo el patricio. La pregunta me cogió por sorpresa.

—No. Nubio. Pero es que al nacer me cagó una paloma encima.

Un silencio incómodo. Mi lengua volvía a traicionarme. Luego una carcajada de Sertorio, otra de Hirtuleyo y, por fin, aunque quizá algo forzada, otra de Perpena.

—No es digno de un romano vestir ropas bárbaras —observó el patricio—. Se corre el peligro de convertirse en uno de ellos. Y acaban no sabiendo quién manda.

—Es una prenda cómoda y práctica —dije reculando un poco, procurando mostrarme amable—, deberías probarla.

—No, gracias. Lo que Roma necesita es fidelidad a sus tradiciones e instituciones. Se empieza adoptando una prenda y acaba uno bebiendo orines.

—Cneo también habla la lengua de los celtíberos bastante bien —añadió el tuerto.

—Bueno, tanto como bien... —intervine.

—No deberías rebajarte, Cneo Placidio Mutio —dijo Perpena sin retirar la sonrisa de su cara—, son ellos los que deben aprender latín. No nosotros su jerga.

Simplemente asentí. La cena fue cordial, agradable. Intensa en cuanto a la discusión de la situación militar y política. Bebimos un excelente vino, según Perpena, lo último que quedaba de su bagaje, vino campano, reservado desde hacía meses para aquel feliz encuentro. Una auténtica delicia. Reinaba el buen humor. No faltaron chistes acerca de Pompeyo y Metelo. Grandes proyectos. Hicimos libaciones a la victoria y brindamos por la legítima República. Hasta que Perpena, en un momento de silencio y dirigiéndose al tuerto con toda serenidad, abordó el tema que, sin duda, llevaba rondándole la mente desde que pisara suelo hispano.

—Querido Quinto, quizá debiéramos comentar ciertos detalles sobre el gobierno de la provincia.

—¿Y qué detalles son esos, querido Marco?

—Creo... —dijo como distraído, observando el fondo de su vaso—. Creo que ahora que hemos unido nuestras fuerzas sería conveniente establecer quién ha de ostentar el mando supremo de las operaciones en Hispania.

—¿Y qué te hace pensar eso?

—Yo dispongo de un ejército, tú dispones de un ejército. Nos hemos unido como iguales.

—Con la diferencia de que yo soy procónsul para Hispania.

—Bueno, además, y espero que no te ofendas, creo que serviría mejor a nuestros propósitos que el mando recayese sobre un patricio.

—¿Un patricio como tú, por ejemplo?

—Precisamente. No es apropiado que un promagistrado ocupe durante demasiado tiempo un cargo. Es uno de los principios clave de nuestra amada República.

—Sin duda lo es.

—Entonces, ¿estás de acuerdo conmigo?

—Por supuesto que lo estoy. Solo hay un pequeño problema. Quizá dos.

—¿Cuáles?

—El primero, y espero que sepas disculpar mi insistencia sobre este aspecto tan importante, es que sigo siendo procónsul para Hispania y que tan solo el legítimo Senado de la República puede deponerme de mi puesto.

—Sí..., en eso tienes razón. Pero has establecido un Senado aquí en Osca, ¿no es así?

—Así es.

—Quizá deberíamos plantear este asunto a ese Senado.

—Quizá. Pero te encontrarías con que todos esos senadores lo son gracias a mí, y, por lo tanto, no serían unas elecciones muy justas. No daría buena imagen plantear una votación al respecto y que no obtuvieses ni un solo voto.

—Sí. Sí. Ya veo. ¿Y el segundo problema?

—El segundo problema es que los hispanos tienen la mala costumbre de no ser leales a una causa.

—¿Y a qué son leales los hispanos?

—A las personas, querido Marco. Temo que, si yo quedase relegado a un segundo plano, a lo que estoy plenamente dispuesto, mañana no tendríamos un ejército con el que contar. Y esto pondría en peligro nuestro proyecto. Además, no lo entenderían. Aquí los líderes lo son toda la vida, nacen y mueren siéndolo. Y ya sabes que cuando las cosas no se entienden se buscan

explicaciones absurdas. Podrían creer..., no sé..., que me has amenazado, que te has servido de malas artes para ocupar mi lugar. No queremos eso, te lo aseguro.

—Entiendo.

—De todos modos, si crees que es mejor que tú asumas el mando, por mi parte no hay problema...

—No. No —dijo Perpena levantando la mano y negándose a aceptar la oferta—. Dejaremos las cosas como están. Es lo más sensato. Eso sí, creo que mi condición, experiencia y el simple hecho de aportar cinco legiones leales me hacen merecedor de algún tipo de reconocimiento. Supongamos que te ocurriera algo. ¿Quién asumiría la pesada responsabilidad del mando?

—¿Qué es lo que quieres?

—Me conformo con un segundo puesto.

—¿Mi segundo al mando, quieres decir? Sí. Me parece justo.

—Hecho entonces.

—Hecho.

—Espero que esta conversación, necesaria por otro lado, no te haya resultado violenta. Como buenos romanos, debemos ser capaces de hablarnos con sinceridad y claridad.

—Por supuesto, Marco. No esperaba menos.

Osca crecía por momentos. A las legiones de Perpena, acampadas al otro lado de las murallas, fueron sumándose prostitutas y comerciantes. Productos de lujo, procedentes de toda Hispania, de la Galia e incluso de otros lugares más alejados como Grecia y Asia, podían encontrarse en los nuevos comercios que iban surgiendo en la ciudad. La escuela atraía maestros y filósofos en busca de empleo. Florecían las tabernas. Un pequeño enclave apartado de cualquier ruta principal, a las faldas de las montañas, empezaba a convertirse en algo importante.

El invierno transcurrió entre representaciones teatrales, tabernas y prostíbulos, así como aburridas reuniones de Estado Mayor en las que se debatía cuáles serían nuestros movimientos en cuanto asomase la primavera. Recibimos también la visita de una embajada de los piratas cilicios. Sertorio estableció un pacto con ellos mediante el cual, a cambio de una razonable cantidad de plata proveniente de las minas hispanas y de la promesa de mantener un férreo bloqueo sobre los puertos leales a Pompeyo y Metelo, se les permitía hacer uso de las bases ahora disponibles en la costa este de Hispania. Puertos seguros y bulliciosos como Valentia o Dianium les serían abiertos para que pudiesen atracar allí sus naves, repararlas y descansar. Además, podrían quedarse con el botín obtenido en sus correrías. De esta manera, y de la noche a la mañana, nos hicimos con una flota que entorpecería, aún más, la llegada de suministros y refuerzos a nuestros enemigos. La habilidad diplomática de Sertorio no dejaba de sorprenderme; al fin y al cabo, unos años antes, aquellos mismos piratas habían sufrido una terrible derrota precisamente por aliarse con nosotros, y los habíamos abandonado a su suerte. Pero, como bien dijo Hirtuleyo entre susurros cuando se cerraba el pacto: «La plata tiene el poder de hacer que los recuerdos se desvanezcan».

Pero donde más tiempo pasé fue en la escuela de Osca. Los progresos del joven Cneo eran asombrosos. De rebelde a callado, de perezoso a aplicado, de desinteresado a diligente, de pendenciero a obediente. Así describían sus maestros la evolución del joven. De hecho, Sertorio había establecido para su escuela una serie de premios que serían entregados en función del esfuerzo dedicado por cada uno de los alumnos. El joven Cneo obtuvo aquel invierno cinco de los siete disponibles, entregados por el tuerto.

—Un muchacho prometedor, el joven celtíbero. —El tuerto me había hecho llamar a su casa después de la ceremonia.

—Sí lo es —convine.

—Me ha pedido, como añadido a sus premios, y en un griego perfecto, ir a visitar a su familia en Cluniaco. No puedo negárselo.

—Belinos se alegrará de verle. Estoy seguro.

—Sí. Y serás tú quien le acompañe. Quiero que lleves regalos. Necesito saber cómo andan los ánimos en la Celtiberia y necesito también que te quedes allí y empieces a reclutar para la campaña que se avecina.

—Será todo un placer.

Recogí al joven Cneo de madrugada. Sería un viaje incómodo. Los inviernos en aquel rincón de Hispania son fríos, duros, acompañados de vientos, lluvia, nieve y granizo. Pero lo cierto es que me apetecía volver a Cluniaco, y no digamos a mi fiel Balbo, que estaba deseoso por ver a su mujerona. El legionario decía que nadie cocinaba como ella, ni siquiera su amadísima madre.

Viajaríamos ligeros, escoltados por un destacamento de treinta jinetes al mando de Alio quien volvería a hacerse cargo de la pequeña guarnición romana de la ciudad. Los suficientes como para suponer protección contra bandidos y rufianes y no demasiados para no entorpecer la marcha. Al hijo de Belinos pareció extrañarle que le saludase en su lengua materna. Montaba bien, como correspondía a su raza, y su cara aniñada desprendía un aire de sobriedad y dignidad bien diferente a aquel de niño asustado el día que sus padres lo dejaron a cargo de sus maestros. No me respondió en su lengua. De hecho, se negó a hablarla. En su momento tal cambio de actitud me resultó hasta gracioso. Aunque nunca nada es tan sencillo. Procuré conversar, acercarme a él, establecer un vínculo de amistad y confianza con el hijo de mi amigo.

—Tus maestros están muy satisfechos contigo, joven Cneo.

—Eso dicen.

Una larga pausa. Un silencio acompañado únicamente por el ruido de las hojas al ser trituradas por los cascos de nuestros caballos. Algo más atrás, un par de jinetes romanos charlaban.

—A mí también me costó al principio. Tenía otras cosas en la cabeza. Tu cambio de actitud hacia el aprendizaje me recuerda un poco al mío. Siempre parece haber algo más interesante, siempre nos vence el orgullo ante hombres mayores que parecen no haber sido nunca jóvenes. Ese orgullo desaparece solo cuando nos damos cuenta de nuestra propia ignorancia, de nuestra insignificancia, de todo lo que hay por aprender.

—Son unos idiotas.

—¿Quiénes?

—Mis maestros. Y mis compañeros. Todos. Son unos idiotas.

—Pero ellos parecen apreciarte.

—Ahora puede. Pero son unos idiotas.

—No sé. Todos tenemos un momento en el que cambiamos. Es una frase, una conversación, una imagen. Yo, por ejemplo, me di cuenta en Roma, en el transcurso de una obra de teatro, el día que conocí a Quinto Sertorio. Ya era para mí un héroe entonces, ¿sabes?

—Su guerra es inútil. Roma siempre vence. También Sertorio es un idiota.

—¿Por qué dices eso?

—Porque es verdad.

—Bueno. Todos tenemos algo de idiotas, ¿no crees?

—No todos.

—Pero habrá algo que te haya hecho cambiar, algo que te haya mostrado que hay una luz más allá de esa ignorancia a la que parece que todos queremos aferrarnos. Una historia. Un héroe...

—Odiseo.

—¡Ah! ¡El ingenioso Odiseo! Todos los chavales deberían leer la *Odisea*. Es magnífica, ¿verdad?

—Odiseo es un mentiroso, un prepotente y un...

—¿Un idiota?

—Sí.

—¿Entonces? ¿Qué es lo que te atrae de Odiseo?

—Su idea del caballo de madera. Dar confianza al enemigo. Asaltar las murallas de Troya desde dentro. ¿Cuántos años tenía aquel mocoso? ¿Siete? ¿Ocho? Sus palabras hicieron que un escalofrío me recorriera el espinazo. Además, no me miraba a la cara mientras hablaba. Miraba al frente. Sin inmutarse.

Me alegró volver a Cluniaco. Allí se respiraba un ambiente diferente al de Osca, más sosegado. Más alegre. Fuimos recibidos con cariño y honores. La ciudad se mostraba jubilosa a nuestro paso. El encuentro entre el pequeño Cneo y sus padres fue mucho más emotivo de lo que pudiera haber imaginado, más aún teniendo en cuenta las escuetas conversaciones mantenidas con el chiquillo. Padre e hijo se abrazaron con fuerza y el joven Cneo rompió a llorar. Eran lágrimas encerradas durante mucho tiempo, guardadas desde el día que ingresó en la escuela de Osca. Vleda se abrazó a mí dándome las gracias por traerle a su hijo.

No tardó en resultar evidente que, después de tanto tiempo, al hijo de Belinos le costaba un poco retomar su lengua. Dudaba a mitad de una frase, o simplemente decía la frase en latín como para sí y luego traducía. De hecho, no parecía estar muy satisfecho consigo mismo a la hora de comunicarse, llegó a pedir perdón a sus padres en un momento que se quedó sin palabras. Dijo que en su lengua materna había cosas que no podían expresarse como en latín, por falta de matices sutiles que en la lengua invasora abundaban.

Algo diferente fue el reencuentro del joven con su pequeño hermano Kalaitos, chiquillo risueño y alegre. Lo miró con una ternura que días atrás, a lo largo del camino, me hubiera resultado inimaginable.

—Yo te protegeré, Kalaitos —le oí decir en su lengua y en un susurro.

—Señor, mensaje del procónsul Quinto Sertorio —dijo Alio al tiempo que me entregaba un papiro enrollado—. Parece urgente.

Aún no había salido el sol. El centurión había considerado oportuno despertarme accediendo a la pequeña vivienda que los notables de la ciudad habían puesto a mi disposición. La mañana era fría y quedaba al menos un mes por delante para que llegara la primavera. Así que un mensaje urgente proveniente de Osca me cogió bastante por sorpresa. El tiempo en Cluniaco transcurría a una velocidad diferente. Por un lado parecía estancarse, pero, al mismo tiempo, la rutina de caza, banquete, caza, banquete, hacía que volase. Extraña sensación.

Me retiré las rasposas legañas, desperté a Balbo de una patada y le envié a buscar algo de agua para mi aseo. Leí. La ciudad de Contrebia se había declarado a favor de Pompeyo. Algo en principio incomprensible. Pero quizá merezca la pena decir que Hispania es como un mosaico. Todo el conjunto forma una imagen, esa imagen está compuesta de pequeñas escenas, esas escenas por grupos de teselas. Cada tesela puede ser de un color o de varios. Y esos colores pueden cambiar dependiendo de la luz que les dé. Por lo visto, el Carnicero había conseguido hacer llegar un buen cargamento de oro a Contrebia y comprar con él las voluntades de algunos hombres poderosos prometiéndoles no solo dinero, sino también sus legiones en caso de resultar ser el blanco de Sertorio.

Así que la temporada de campaña empezó antes incluso que la propia primavera, antes de que la tierra pudiera suministrar a los hombres todo lo necesario para su sustento y antes de que los elementos hubieran relajado sus rigores. La elección de Contrebia por parte de Pompeyo era ideal. Estaba ubicada en nuestra más profunda retaguardia, en la Celtiberia, y rodeada de poderosas murallas. La ciudad se me antojó inexpugnable cuando llegué al mando del contingente celtíbero que Sertorio me había pedido que reuniese.

Los asaltos a las murallas se sucedieron a lo largo de cuarenta y cuatro días. Las escalas, los arietes, las minas excavadas para socavar los cimientos de las defensas. Sudor estático. Agua hirviendo. Fuego. Mujeres encaramadas a las murallas lanzando piedras contra los legionarios curtidos de Perpena. Gritos. Insultos. Amenazas. Proyectiles de honda en los que los defensores, poseídos por ese extraño sentido del humor que da la guerra, habían escrito mensajes obscenos. Para las labores de asalto la presencia de nuestros jinetes resultaba superflua. Así que nos convertimos en testigos inmóviles de la carnicería, salvo en una ocasión en que los contrebienses

decidieron hacer una impetuosa salida para romper el cerco que no obtuvo el éxito esperado. Contrebia luchó con ahínco. El tuerto no podía permitirse que una ciudad celtíbera se declarase a favor de los rebeldes. De no haber reaccionado a tiempo como hizo, quién sabe qué otras hubieran seguido su ejemplo. Si Contrebia resistió tanto tiempo y con tanto arrojo fue porque albergaban esperanzas de ver aparecer en el horizonte a las tropas de Pompeyo tal y como debía de haberles prometido. Pero el Carnicero nunca llegó. Ni siquiera se le esperaba. Supimos que, habiendo abandonado sus cuarteles de invierno, el niño marchaba hacia el sur, con la intención de unirse a la Vieja.

Incapaces de resistir, hambrientos, con secciones enteras de la muralla cuarteadas y amenazando con derrumbarse y sin esperanza ya de recibir ayuda, el pueblo de Contrebia envió a un grupo de ancianos para parlamentar. Sertorio, que en los últimos días se exasperaba con los feroces defensores y había jurado pasar a cuchillo a todos y cada uno de los habitantes de Contrebia, decidió mostrarse, una vez más, magnánimo. Exigió rehenes y dinero, requisó armas y ordenó que fuesen los propios contrebienses los que ajusticiaran a aquellos que los habían embaucado para desafiarle. Desde el campamento vimos cómo, uno a uno, eran degollados en lo alto de las murallas y lanzados luego sus cuerpos al vacío a modo de ritual religioso, como si aquellos cuerpos fueran ofrecidos al dios de la guerra. Aparte de eso, las vidas de los contrebienses fueron respetadas. Más que una muestra de misericordia o buen corazón, sospecho que la magnanimidad de Sertorio tuvo más que ver con la necesidad de acabar con aquel asunto cuanto antes para poder atender la amenaza que suponía el avance de Pompeyo hacia el sur. Perpena protestó. El patricio opinaba que debía darse una lección a toda Hispania. Y no le faltaba razón. Desarrollar fama de misericordioso tiene sus peligros, hace que aquellos que albergan deseos de rebelión no se muestren demasiado escrupulosos a la hora de levantarse en armas.

Sin embargo, el talante conciliador del tuerto tenía un límite. Al día siguiente de concluir las negociaciones y aceptada ya la rendición de la ciudad, uno de los tribunos de Perpena decidió dar a sus hombres una noche de satisfacciones. Debe entenderse que para cualquier hombre involucrado en la guerra dos de los mayores alicientes son el botín y las mujeres. Después de una dura batalla, de ver cómo caen compañeros y amigos, de recibir heridas, de temer por la muerte o la mutilación, cuando por fin una ciudad se rinde, los hombres, en virtud de su victoria, ven a sus habitantes como esclavos y sus bienes como propios. Negarles el derecho a hacer como deseen con el vencido es negar, de algún modo, no solo su victoria, sino su sufrimiento a la hora de obtenerla. No es de extrañar, por tanto, que aquel tribuno, azuzado quizá por sus hombres y después de haber presenciado la misericordia de la que había hecho gala el tuerto, decidiera ejercer su derecho de conquista en contra de lo ordenado por Sertorio. Puedo imaginar el malestar que sentían aquellos hombres. ¿No era Perpena, y no el tuerto, su comandante? ¿No eran ciudadanos romanos? ¿No eran necesarios para el esfuerzo bélico? ¿Qué era lo peor que podía pasar si su acción era condenada? ¿No estaban en su derecho?

En un principio no supimos muy bien lo que ocurría. Balbo me despertó con brusquedad.

—¡Nos atacan, señor! ¡Nos atacan!

—¿Quién, maldito necio?

Salí de la tienda maldiciéndole. El campamento estaba sumido en la confusión. Desde Contrebia llegaban gritos amortiguados y llamadas de socorro. Las puertas de acceso a la ciudad estaban abiertas y pequeños incendios iluminaban la noche. No tardamos en saber lo que ocurría.

Una cohorte de las legiones de Perpena había entrado en el enclave, dispuestos a violar, matar y saquear. Un legionario vino a por mí a la carrera. El tuerto requería mi presencia en el pretorio de inmediato.

—¿Has sido tú quien ha autorizado tamaño despropósito? —le preguntaba Sertorio encolerizado a Perpena cuando entré.

—No —respondió el patricio impasible—, pero no les culpo.

—¡Maldita sea! ¡He llegado a un acuerdo y he dado una orden!

—Solo son hispanos. Mis hombres necesitan relajarse. Llevan días aquí, llevan meses...

—¡Mis órdenes se cumplen, Marco Perpena! —dijo el tuerto golpeando la mesa.

—Tampoco es para tanto.

—¿Que no es para tanto?!

—Es bueno para su moral. Y un buen recordatorio a todos aquellos que alberguen esperanzas de rebelarse contra Roma. De hecho, creo que deberíamos dejar que el resto hiciera lo mismo.

—¿Tienes idea de lo que me ha costado establecer este vínculo de confianza con los hispanos? —preguntó Sertorio, irritado.

—Repito. Son hispanos. Además, tuvieron oportunidad de rendirse y no lo hicieron. Los arietes llegaron a las puertas.

—Cneo —dijo el tuerto dirigiéndose a mí. Por un momento creí que ni siquiera había reparado en mi presencia.

—¿Señor?

—Reúne a tus jinetes. A todos. Cabalga hasta la ciudad y detén a los culpables.

—Sí, señor.

—Debo protestar —dijo Perpena, impasible.

—¿Protestar por qué?

—No es lo correcto.

—Me importa una mierda.

—No es lo correcto que un grupo de bárbaros apresen a buenos romanos.

Aún se oían los gritos del tuerto a diez pasos del pretorio una vez lo abandoné. Reuní a Belinos y a los otros.

Entramos a la ciudad al galope. La escena era terrible. Troya misma. Lo primero que vimos fueron cuatro hombres jóvenes en el suelo, tirados como perros, sobre un charco de sangre. Seis pasos más allá, una chiquilla desnuda, con la túnica cubriéndole la cara, destripada, con las piernas abiertas mostrando su sexo. Inmóvil. Blanca. Las puertas de las casas estaban astilladas. Todas las puertas. Llantos. Ladridos de perros. Olor a sangre fresca. Era increíble lo que cuatrocientos hombres armados podían llegar a hacer en una ciudad indefensa.

—Dispersaos —ordené.

El ruido de nuestros cascos sobre los adoquines, esparciéndose por la ciudad, se unió a la cacofónica sinfonía del saqueo. No tardamos en dar con los primeros legionarios de Perpena. Eran un grupo de diez. Dos de ellos agarraban a un hombre y le obligaban a observar cómo los otros ocho violaban a la que debía de ser su joven esposa o su hija. Ni el hombre se revolvió ya, ni la mujer gritaba pidiendo auxilio. Algunos de los legionarios reían. Otros coreaban al afortunado que, por lo visto, acababa de tomar el relevo entre las piernas de la muchacha. Se iban pasando un cuero de vino ya casi vacío.

—¡Venga, Amulio, menea ese culo! —decía uno.

—¡Joder! ¡Esto es como meterla en un tarro de *garum*!

—¡Alto! —grité. Los legionarios me miraron contrariados. Más molestos que temerosos. El tal Amulio no se detuvo en su vaivén—. ¡Soltadlos!

—¿Quién lo ordena? —dijo uno de los legionarios encarándose a mí, desafiante.

—Quinto Sertorio. Se os manda volver al campamento de inmediato.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué no viene él a decírnoslo?

—Porque ya estoy yo aquí para decirlo por él. Soltad a ese hombre y dejad a esa mujer en paz.

Aquel grotesco espectáculo me estaba revolviendo las tripas. Los legionarios no parecían estar dispuestos a dejar su diversión. Así que desenvainé. No tuve que dar una orden, el siseo de un centenar de espadas celtíberas saliendo de su vaina se oyó detrás de mí. Golpeé ligeramente los flancos de Ignis para que avanzase un par de pasos, los mismos que me separaban del impertinente soldado. Le apunté al cuello con el filo de la espada.

—No hagas que te obligue, legionario. —El romano titubeó un poco—. Si estos hombres que me acompañan no os han matado ya es porque solo esperan una orden —insistí.

—Amulio —dijo el legionario dirigiéndose a su jadeante compañero—, deja a la muchacha.

—Pero..., pero..., todavía no he acabado.

—¡Déjala te digo!

Amulio se incorporó con desgana, su miembro aún erecto y chorreante.

—Volved al campamento —ordené.

Adiviné miradas de odio y rencor entre los legionarios a medida que se alejaban entre nuestros caballos. El hispano al que habían estado sujetando corrió hacia la muchacha y la ayudó a levantarse. No dijo nada. Simplemente entraron a una casa cercana pisando los tablones que habían sido su puerta.

Seguimos recorriendo Contrebia. Nos guiaban los gritos y los pequeños incendios. Los ladridos. Las risas de los legionarios de Perpena. En cada casa se vivía un drama. En cada esquina algún atropello. Más de una vez sentí la necesidad de pedir perdón a aquellos hombres, a aquellas mujeres que habían confiado en nuestra palabra. Palabra que había sido manchada por unos pocos. Los reunimos a todos. Incluido el joven tribuno.

A la mañana siguiente Sertorio ordenó que los infractores formasen frente al ejército, maniatados y completamente desnudos. Hacía frío. Todos ellos tiritaban y, la gran mayoría, como si estuvieran avergonzados, miraban al suelo y se tapaban los genitales con ambas manos. Silencio. Una leve brisa. Las murallas de Contrebia, abarrotadas de gente observando. Las puertas de la ciudad permanecían abiertas. El tuerto apareció al trote, vistiendo su armadura musculada, la capa roja, el casco. Tras él venía Perpena. Se detuvo ante ellos. Avanzó lentamente al tiempo que los miraba uno a uno. Luego tiró de las riendas y, con su potente voz, se dirigió al ejército.

—¡Legionarios de la República, amigos hispanos! Estos hombres —dijo, apuntando hacia ellos con desprecio— han cometido el mayor de los crímenes que puede llevar a cabo un legionario: la traición. —De entre los cuatrocientos legionarios desnudos surgieron voces de protesta que negaban una acusación tan grave. Sertorio continuó hablando sin prestarles atención—. Han contravenido órdenes expresas de su comandante y han socavado el honor de la

República al no atender a un tratado de paz legítimo. —Hizo una severa pausa, como si estuviese valorando lo que iba a decir a continuación. Tras él, seguía oyéndose a los legionarios. Ya no negaban la traición, ahora pedían clemencia—. En virtud de los poderes que me han sido otorgados por el legítimo gobierno de la República, en atención a las leyes de Roma y en aras de conservar la dignidad de este ejército que lucha por una noble causa, me veo obligado, aun en contra de mi voluntad, a mostrar con ellos la mayor severidad.

Más protestas surgieron de los hombres desnudos. Más peticiones de clemencia. Llamadas desesperadas a un Perpena del que esperaban complicidad, pero que, sin embargo, los observaba sin ofrecer ni una simple mueca.

—¿Qué debe hacer un cazador cuyo perro destroza a sus presas? ¿Cuyo perro no atiende a su llamada y pone en peligro su sustento? —continuó diciendo el sabino—. Pero no seremos nosotros los que derramemos su sangre. Ni yo quien decida sobre si deben vivir o morir. La clemencia deberán buscarla dentro de las murallas de esa ciudad donde han llevado a cabo su crimen contra la República —dijo apuntando a Contrebia—. Si ellos los perdonan, también los perdonaré yo.

Dos centenares de legionarios escoltaron a los infractores hasta las puertas de Contrebia a punta de lanza y a golpes de escudo. Las puertas se cerraron tras ellos, lentamente, con un chirrido. Y entonces dio comienzo la masacre. Desde nuestra posición oímos los gritos de desesperación de aquellos que, el día anterior, habían sido nuestros compañeros de armas. Ni siquiera la imaginación puede describir lo que debió de ocurrirles a manos de una población enardecida y sedienta de sangre y venganza. Pero solo la imaginación puede dar pistas de los horrores que padecieron allí dentro, indefensos. Visualicé en mi mente a la muchacha mutilando los genitales de los legionarios que la habían violado y haciendo que se los comieran antes de darles muerte. Ninguno salió con vida de la ciudad blanca.

—Me ha parecido excesivo —dijo Perpena una vez en el pretorio. Estaba tranquilo, indiferente. Habló como si, en vez de haber entregado a cuatrocientos hombres a los lobos, estuviera comentando un corte de pelo.

—Mis órdenes se cumplen, Marco —concluyó el tuerto.

43

El episodio de Contrebia había demostrado a los hispanos que cualquier atropello sería duramente castigado, y a los hombres de Perpena, que no debían tener duda alguna sobre quién ostentaba el mando en la provincia. No pasamos ni un día más a las puertas de la ciudad. Las tropas de Pompeyo avanzaban hacia el sur y, aunque las de Metelo parecían no haber abandonado su línea en el Betis, estaba claro que el Carnicero Adolescente pretendía de nuevo unirse a la Vieja. Que Metelo no se hubiera movido aún no quería decir que no fuera a hacerlo en cualquier momento. Por tanto, Sertorio e Hirtuleyo marcharían al sur con los hispanos para entretenerle y evitar así que la Vieja fuese al encuentro de Pompeyo. Mientras tanto, Perpena, al mando de sus legiones, contaría con mi apoyo y con los que ya podían considerarse mis jinetes celtíberos. La idea era simple: debíamos detener a Pompeyo, derrotar a su ejército, que, a esas alturas, debía de estar gravemente desmoralizado. Una vez derrotado el Mocosito, debíamos marchar hacia el sur. Entonces acabaríamos de una vez con Metelo, Hispania estaría libre de rebeldes y podrían plantearse otros objetivos.

—El año promete —me dijo Hirtuleyo cuando nos despedimos.

Como cada primavera, Corvus apareció una buena mañana en nuestro campamento a medida que avanzábamos hacia el sureste de Hispania. El muy bribón vestía su coraza musculada, y su caballo negro lucía los arreos arrebatados al general romano cuyo nombre no recuerdo.

—No me has avisado —dijo al verme con cara de enfado.

—¿De verdad hace falta?

El cántabro se echó a reír.

—No. Imagino que no.

Por supuesto, la situación en la que nos volvíamos a encontrar era bien diferente a la anterior. Esta vez le dieron el alto a él y a sus hombres a las puertas del inmenso campamento erigido mecánicamente por cinco legiones romanas. Le habían dicho que aguardase. La orden fue mía. Simplemente quería que me creyese ocupado. Luego nos habíamos visto en mi tienda de campaña al caer la tarde. Imagino que, por muy bárbaro que fuese aquel hombre, el despliegue tuvo que resultarle impresionante. Entre otras cosas, porque incluso a mí me asombraba.

Ahora la labor de mis jinetes era la de servir prácticamente como exploradores. Precedíamos a las legiones en nuestra marcha hacia Valentia, la ciudad que, según Sertorio, Pompeyo debía de tener en mente como objetivo. Abandonábamos el campamento al alba, en el momento en que los hombres de Perpena se disponían a recogerlo todo para seguir adelante. Buscábamos lugares donde los legionarios pudieran forrajear, oteábamos el horizonte en busca de posibles amenazas, éramos los primeros en establecer contacto con las pequeñas poblaciones que atravesábamos. Buscábamos también los caminos más practicables y llevábamos con nosotros a un agrimensor que, con su equipo de diez hombres, decidía dónde pasaríamos la noche. Ahora éramos invencibles, o eso se me antojaba cuando observábamos el avance de las legiones por Hispania, por fin a nuestro lado, por fin capaces de plantarles cara a los ejércitos de Pompeyo y Metelo.

Los hombres de Perpena parecían haber aprendido la lección de Contrebia. Y aunque el patricio insistía en que Roma no tenía por qué pagar a campesinos hispanos por sus suministros, sino que eran ellos, más bien, los que debían pagarnos a nosotros por traerles la paz y la civilización, acataba las órdenes del tuerto. También pareció hacerle gracia mi observación de que, en realidad, a aquellos hispanos se les estaba pagando con plata hispana.

—En eso tienes razón, amigo mío —dijo con una amplia sonrisa. Supongo que le divirtió la idea.

Una vez más, le ganábamos la carrera a Pompeyo. El Carnicero, consciente de que Hispania no es lugar por el que avanzar rápido si no se cuenta con un claro apoyo de la población, había marchado con cautela. La treta de Contrebia no le había servido de nada. Valentia nos recibió con entusiasmo. Sus habitantes, advertidos del avance de Pompeyo y seguros de que no los abandonaríamos, habían rechazado la oferta del Carnicero de cambiar de bando y habían hecho lo posible por fortificar sus muros.

Perpena ordenó establecer el campamento a orillas del río Tirio como línea natural de defensa. A nuestra derecha, a un par de millas, pero a la vista, estaban las murallas de Valentia y allí, en la ciudad, una modesta flota pirata que entorpecería el paso a cualquier nave que pretendiese suministrar o reforzar por mar a las tropas de Pompeyo.

—Esperaremos al niño aquí —dijo Perpena en la reunión del pretorio nada más llegar—. La posición es inmejorable. —Todos asintieron y aprobaron la decisión del patricio. Todos menos yo.

—Señor, ¿no deberíamos ir a su encuentro? Si, como dicen, está a cuatro o cinco días de marcha al norte de Saguntum, podríamos detenerle allí y retirarnos a medida que avanza negándole así cualquier suministro que pueda encontrar.

Perpena me miró con una extraña sonrisa.

—Perdona. No recuerdo tu nombre —dijo.

—Cneo, señor. Cneo Placidio...

—Ya. Ya. Verás, Cneo. Has pasado demasiado tiempo entre salvajes. No seré yo quien se rebaje a utilizar esas absurdas y cobardes tácticas que no llevan a nada. Somos el ejército de la República, luchamos como hombres, no como conejos.

—Pero, señor, es precisamente ese tipo de táctica el que ha permitido...

—No me interrumpas —dijo impasible—, no me gusta que me interrumpen. Menos aún un subordinado.

—Perdón, señor.

—Como digo, somos hombres, no conejos. Somos romanos, no bárbaros peludos comebellotas y bebedores de orines. —Muchos de los presentes rieron la gracia del patricio—. La República gana sus guerras en batallas frente a frente, con valentía, tesón y arrojo.

—¿Cómo en Cannae, señor? —me atreví a decir.

Perpena soltó una carcajada.

—Por todos los dioses —dudó al decir mi nombre—, Cayo...

—Cneo, señor.

—Eso, Cneo. No irás a comparar al gran cartaginés con Cneo Pompeyo Magno, el escolar que se cree general.

—Yo...

—Pompeyo es un maldito provinciano venido a más que se ha comprado un ejército. Un imbécil que cree ser el mismísimo Alejandro. Además, sus tropas están desmoralizadas y nuestra posición es inmejorable. ¿Alguna objeción más?

—Creo que deberíamos reconsiderar...

—Tú no, Cneo. Tú ya has expresado tus objeciones. Me refiero al resto. ¿Alguna objeción? —Se hizo el silencio en el pretorio. Todos negaron con la cabeza—. Excelente entonces. Dentro de un año estaremos en Roma ajustando algunas cuentas. Todos tenemos más de una pendiente, ¿no es así, caballeros?

Si hay algo que debe temerse en un comandante es la excesiva confianza. Sertorio, aunque no perdiese la oportunidad de llamar «Vieja» a Metelo y «Mocoso» a Pompeyo, jamás llegó al extremo de subestimarlos, porque sabía que eran habilísimos generales. Una cosa era que, ante nosotros y para darnos confianza, el sabino los denigrase y otra muy diferente es que realmente creyera lo que estaba diciendo, pues siempre se mostró cauto ante ellos. Perpena, en cambio, sí creía lo que decía. No pude más que airear mi indignación compartiéndola con Belinos.

—Me temo que estamos en manos de un estúpido.

—¿Qué te hace decir eso?

—Tuve un maestro en Roma...

—Agatón, sí, me has hablado de él.

—Sí. Decía que el mundo está dividido en cuatro tipos de persona. Inteligentes, malvados, incautos y estúpidos.

—Interesante opinión.

—Lo es. Según él, inteligente es todo aquel que con sus acciones obtiene un beneficio para sí y, al tiempo, un beneficio para aquel con el que interactúa.

—Parece razonable.

—Los malvados son aquellos cuyas acciones suponen un beneficio para ellos al tiempo que causan un perjuicio a otro.

—Esa definición también es buena —dijo Belinos divertido.

—Sí. En cambio, un incauto procederá de tal manera que sus acciones conlleven un beneficio para otro y un perjuicio para sí.

—¿Y los estúpidos?

—Estúpido es aquel cuyas acciones causan un perjuicio a la persona con la que interactúa y al tiempo se lo causan a sí mismos.

—De esos hay unos cuantos —dijo Belinos.

—Sí. Lo peor de todo es que un estúpido nunca sabe que lo es y siempre se creará dotado de una prodigiosa inteligencia. Y el primer síntoma de estupidez, esto ya es cosecha propia, es la falta de humildad.

Siete días después teníamos al ejército de Pompeyo enfrente, al otro lado del río Tirio. A menos de dos millas de distancia. A la mañana siguiente ambos ejércitos abandonaron sus campamentos y formaron en orden de batalla. Legionarios frente a legionarios separados por la leve corriente del río. En lo que a números se refiere, debíamos de estar parejos. Ni Perpena ni Pompeyo cursaron la orden de avanzar. Así que, cuando cayó la noche, ambos contingentes volvieron a resguardarse tras sus empalizadas. Si nuestro flanco derecho estaba protegido por la ciudad de Valentia, Perpena ordenó que en el izquierdo tomase posiciones la caballería celtíbera, no tanto como fuerza de flaqueo, sino más bien, y en sus propias palabras: «Para que tus bárbaros no nos estorben».

El desquiciante juego de salir del campamento, formar, esperar a que cayera la noche y volver se fue repitiendo a lo largo de las jornadas hasta el punto de parecer que jamás veríamos acción alguna. Así como nuestras tropas siempre adoptaban el mismo orden de batalla, las de Pompeyo resultaban ser ligeramente más imaginativas. Esto es, a veces se posicionaba más cerca de su orilla del río, a veces un poco más lejos. A veces nos ofrecía un centro más débil y flancos más fuertes, otras un centro sólido y profundo con los flancos más extendidos. Era como si el Carnicero estuviera experimentando con diferentes despliegues. ¿Para qué? El tiempo lo diría. La cuestión era que, así como cada mañana nosotros ocupábamos nuestro puesto en el ala izquierda del ejército, en el mismo lugar donde los cascos de nuestros caballos habían dejado su impronta el día anterior, frente a nosotros fueron sucediéndose diferentes contingentes. El más pintoresco, una masa informe de jinetes galos, hombres de largos cabellos dorados y enormes bigotes que portaban cascos puntiagudos cual cresta de alondra y vestían con telas coloridas que, para gusto tanto de Belinos como de Corvus, resultaban un tanto afeminadas. Al fin, aquellos dos estaban de acuerdo en algo. Pero lo cierto es que los galos tenían poco de afeminados, tal y como pudimos comprobar muy pronto.

A lo largo de los días hubo varias deserciones, tanto de nuestro campo como del pompeyano. Los que venían a nosotros solían llegar de noche, empapados después de haber atravesado el río, sin armas, y sin equipo alguno. Al principio solo eran unos pocos, atraídos, según decían, por nuestra causa. Más adelante, los motivos resultaban ser algo menos ideológicos, más prácticos. Algunos de los legionarios llegaban hambrientos. Tan solo querían comer, decían, y contaban que el enemigo sufría una terrible carestía de alimentos.

Dos semanas después de que Pompeyo llegara a orillas del Tirio, surgió lo que Perpena consideró la perfecta oportunidad de derrotar a nuestro adversario. Como cada mañana, tomamos

posiciones en los lugares asignados. A nadie se le escapó el hecho de que el ejército del Carnicero parecía más reducido. A pesar de los continuos cambios en su disposición, resultaba evidente que faltaba en sus líneas al menos una legión completa. Más aún, había ubicado a sus tropas mucho más alejadas de la orilla del río que en ocasiones anteriores, dejando así libre una amplia llanura entre el río y sus hombres. Aquella noche un desertor había afirmado que, efectivamente, cerca de cinco mil hombres habían partido en busca de alimento y que no se les esperaba al menos hasta dentro de un par de días.

Así que, aquella mañana, desde nuestra posición en el extremo izquierdo, no nos sorprendió oír las tubas de la legión llamando al avance. Al sonido de las tubas siguieron los gritos desacompañados de los centuriones y, a estos, el rumor metálico y el lento caminar de nuestros legionarios hacia el río. Yo jamás había presenciado un despliegue de tal magnitud desde otro lugar que no fuera enfrentándome a él. Ahora éramos nosotros quienes disponíamos del inmenso poder de las legiones, destructivo y arrollador. Quien no haya visto a cinco legiones marchar a su ritmo acompasado en pos de un enemigo, no puede decir haber visto el más grandioso espectáculo que la guerra puede ofrecer. El paso es firme, monótono, unánime, pesado, poderoso, terrible. No tardé en recibir a un mensajero de Perpena con la orden de avanzar. Nuestro cometido, como parte del ala izquierda del ejército, era contener a la caballería gala que conformaba la derecha del Carnicero. Debíamos atravesar el río y mantener nuestra posición a la izquierda en relación con el resto del ejército para evitar que aquellos bárbaros hostigasen el flanco de las legiones. Estas, por su parte, se enfrentarían al centro de Pompeyo, al que ahora superaban en número.

El río fluía tranquilo, cristalino. Podía verse el fangoso lecho distorsionado, sentirse en el aire el frescor de la corriente, oírse el resoplar de los caballos, el chapoteo de los miles de cascos al penetrar las aguas. El Tirio no es un río muy ancho, al menos en el punto por el que cruzamos aquel día. Frente a nosotros, a algo menos de mil pasos, la caballería gala, en apariencia inmóvil. Atravesar un río con un ejército enfrente desplegado y aguardando produce una sensación de inquietud difícil de describir; sencillamente te sabes vulnerable.

—Nada de cargar sin órdenes, Corvus. ¿Entendido? —le dije al cántabro, que cabalgaba a mi lado.

Pero, por la expresión de su cara, me di cuenta de que aquel loco no tenía intención alguna de lanzarse solo a la refriega. Incluso hubiera dicho que sentía cierto asombro al saberse una parte tan pequeña de todo ese despliegue de poder.

Llegamos a la otra orilla. El ejército de Pompeyo no se movía. Nos detuvimos para reagruparnos; esta maniobra siempre desbarata un poco las líneas. Luego las legiones de Perpena siguieron avanzando. Nosotros a su lado. Mil pasos. Novecientos pasos. Poco a poco. Cascos de caballo castigando el suelo. El sonido metálico de las legiones. Ochocientos pasos. Setecientos. Polvo. Sudor. Nervios. Mejor no pensar en nada. Seiscientos. Quinientos. Miradas a derecha e izquierda. Beber agua de un cuero. O mejor vino para emborracharse un poco. Cuatrocientos. Trescientos. Doscientos. Y, de súbito, las legiones deteniéndose en seco. Levanté la mano para que los que me seguían también se detuviesen, de forma que estuviésemos alineados con las tropas del patricio. De nuevo la espera. De nuevo la orden de avanzar. Cien pasos. Las tropas de Pompeyo, inmóviles, aguardando. En esos momentos eres consciente de que puede que hayas visto tu último amanecer. Observas a los hombres que te acompañan, confías en ellos, has estado a su lado en otras ocasiones. La mente te lleva a lo que ese enfrentamiento supone. Por un lado,

preferirías estar en otro lugar, desearías volver grupas y abandonar tu posición. También deseas recibir la orden de carga. La boca se vuelve pastosa. Sudan todos los poros. Intentas calmar a tu caballo palmeándole el cuello cuando, en realidad, quien está nervioso eres tú. A escasos cien pasos esperan los hombres con los que sabes que vas a tener que medirte. Y si piensas más en ello, entonces te embarga el miedo. No es miedo a la muerte, es miedo al dolor. Has visto a otros sufrir terribles heridas, has oído sus gritos de desesperación, has visto médicos amputando miembros y has podido oler carne gangrenada y putrefacta.

—¿Alguna vez os habéis enfrentado a los galos? —pregunté a mis compañeros de armas, por decir algo.

—Jamás —dijo Belinos secamente.

—No —dijo Corvus al tiempo que empuñaba su hacha de doble filo—. Pero estoy deseando saborear la experiencia.

La presencia del cántabro y sus hombres, incómoda las más de las veces, me hizo sentir seguro.

Un jinete, surgido de entre nuestras líneas, galopó hasta la posición que ocupábamos.

—Ahí llega la orden de carga —dije en un tono que quiero recordar como aséptico—. ¿Preparados?

—Nací preparado —dijo el cántabro a mi lado.

—Nunca se está preparado para algo así —dijo Belinos casi al tiempo.

—Esta es la batalla decisiva —afirmé.

—Todas lo son —repuso Belinos.

El jinete llegó a nosotros al tiempo que las legiones comenzaban a moverse de nuevo, a estrechar el espacio que los separaba de los hombres del Carnicero.

—Marco Perpena ordena un ataque general. Se os ordena cargar contra el flanco rebelde para poner en fuga a su caballería.

—Entendido.

El jinete volvió grupas y espoleó su caballo para regresar a su lugar en algún punto indeterminado del campo, junto a Perpena.

—Bien. Vamos allá.

Desenvainé. Respiré hondo. Hinqué los talones en los flancos de Ignis, suavemente, para ponerlo al paso. Al movernos pudimos observar también el movimiento de nuestros adversarios inmediatos, los galos, que empezaban a cabalgar hacia nosotros. Ambas masas al trote. La distancia acortándose. Al galope. Es en este momento cuando se aúlla, para liberar tensión, para intimidar al enemigo, para ahuyentar el miedo. Sea para lo que sea, se aúlla, y a tu garganta se unen miles de gargantas, el tronar de los cascos de los caballos, también el sonido lejano de una batalla que da comienzo entre los infantes. A veinte pasos, distancia que se recorre al galope en un latido, ya puedes verle el blanco de los ojos al primer hombre al que vas a enfrentarte, sabes que tu personal batalla va a ser hoy contra ese desconocido que te odia sin conocerte y al que odias sin conocerle. Llega el choque. No se trata de descargar la espada sobre el enemigo, al menos no de inmediato. Lo primero es no caer. Los caballos colisionan, se asustan, relinchan, cocean. Aquellos que vienen detrás se empotran contra tu montura y te empujan contra el enemigo. No has caído. Los que sí, no durarán mucho tiempo en el suelo entre los cascos de los caballos. Gritas para descargar un golpe. Intentas esquivar otro. Una especie de instinto animal toma el mando. Si

en algún momento la mente ocupase el lugar del instinto, estarías perdido. Te encuentras en el centro del torbellino, del caos. El aire se hace irrespirable por el polvo. Un chorro de sangre te empapa la cara y ves cómo el hombre fiero que tienes delante cae al suelo. Su caballo se revuelve e intenta buscar un hueco para huir. Azuzas tu montura con insistencia. Avanzas. El cuerpo, tenso, busca otro objetivo. Notas cómo crujen los huesos de tu enemigo bajo la presión de los cascos de tu montura.

A mi lado, Corvus blandía su hacha de doble filo con precisión homicida. Pude verle derribando a tres galos, uno detrás de otro; derecha, izquierda, derecha. Su brillante coraza romana resplandecía en medio del combate. Junto a él, sus cántabros, feroces y belicosos, indiferentes a todo salvo a seguir a su líder. Belinos, enzarzado en su particular enfrentamiento, sangraba copiosamente por la nariz y la sien. El celtíbero se enfrentaba a un galo enorme de rubios cabellos. No dirigió la punta de su espada al gigante, sino al cuello del caballo de este. Un chorro de sangre. El animal relinchó y se desplomó echando por tierra a su jinete, que intentó incorporarse. La espada de Belinos describió un arco directo a la cara del galo. El tajo desfiguró al hombre, que cayó de nuevo al suelo, justo delante de mí, para no volver a alzarse. Sentí su columna crujir bajo los cascos de Ignis.

El agotamiento no tarda en llegar en medio de la batalla. No sabes cuánto tiempo llevas ahí. No sabes lo que está pasando. Tus miembros no dan más de sí. La única indicación de que puede que las cosas vayan bien es que avanzas, tienes la sensación de que el enemigo pierde más hombres que tú. Pero todo en la guerra es mera ilusión. De pronto te invade el pánico. No sabes por qué. Algo no marcha como debiera. El enemigo ya no retrocede. Eres tú el que tira de las riendas. El animal que montas está cansado. Te defiendes como puedes. Tus compañeros están confusos. La presión aumenta y ya no solo viene de frente, también de costado. Temes que te rodeen. Y, de pronto, una desesperación animal se apodera de ti. Y entonces huyes.

Creo que no hay visión más triste, más estremecedora y que cause más impotencia que la de un ejército derrotado y en retirada. Más aún cuando va cayendo la noche y una leve lluvia, de la que es imposible escapar, te está empapando hasta el alma. Es el cansancio, la desesperanza, la incertidumbre. Los hombres arrastran los pies por el barro, cargan con sus compañeros heridos, se lamentan. Las heridas sangran. La sangre se mezcla con el fango. Por ese fango arrastras tu causa. La tierra se ve triturada por miles de pies y pezuñas. El camino se encharca cada vez más. Se torna resbaladizo. Cada paso es más difícil que el anterior. Pero debes seguir adelante, porque puede que el enemigo, enardecido y victorioso, dueño del campo que has dejado atrás, esté siguiendo tus pasos. Has tenido que abandonarlo todo en tu afán por salvarte. Llevas puesto lo que llevabas al entrar en combate, tus ropas y tus armas. Si tienes suerte, aún cuentas con tu montura. Has visto a lo lejos cómo el enemigo ha entrado en tu campamento y lo ha saqueado. Las tripas rugen pidiendo comida. No llevas agua. Y nadie habla. ¿Cómo pudo ocurrir el desastre a orillas del Tirio? ¿Cómo pudo ser que, aventajando al Carnicero en número e igualándolo en calidad, nuestras tropas se viniesen abajo? Diez mil de nuestros legionarios perecieron en aquel enfrentamiento. Dos irremplazables legiones de las cinco que había aportado el patricio.

Por lo visto, la legión que, según los desertores, había abandonado el campamento pompeyano para ir en busca de comida no había hecho tal cosa. Había abandonado su posición de noche, sí, pero no con ese cometido, sino con el de ocultarse río arriba y volver a aparecer en nuestro flanco cuando diese comienzo la batalla. Si Pompeyo había ubicado sus tropas alejadas del río y dejando ante ellos una amplia llanura para nuestro despliegue, no había sido por miedo, como supuso Perpena, sino para atraernos. Una vez enzarzados, las tropas del Carnicero lo único que tenían que hacer era aguantar. Aquella legión, para nosotros perdida, hizo su aparición precisamente en el punto donde la caballería celtíbera se enfrentaba a los galos. Así que el pánico, la confusión que se había apoderado de mis jinetes sin saber cómo ni por qué, tenía una clara explicación. Los galos no intentaron darnos caza cuando emprendimos la huida, tampoco la legión que nos había sorprendido, pues se centraron en envolver el flanco izquierdo de Perpena como puede envolverse un papiro. Fue entonces cuando todo empezó a desmoronarse. El río resultó ser un imponente obstáculo para la retirada y pronto se vio colmado de cuerpos flotando en dirección al mar.

Perpena ordenó hacer noche en un alto. Seguía lloviendo. No había dónde resguardarse. Estábamos empapados. No había madera seca con la que encender un fuego, ni un mendrugo que

llevarse a la boca. El patricio había recibido tres heridas, una en la cabeza, otra en el muslo y otra en el brazo. Había luchado como un león, pero su coraje no había servido de nada. Además, Herenio, su segundo, había muerto en plena retirada. Un mensajero salió al galope a mitad de la noche para llevar las terribles noticias a Sertorio.

Por la mañana prosiguió la triste marcha hacia el sur. Al menos los elementos nos dieron una bienvenida tregua y el sol iluminó los caminos. El cielo lucía azul, con algunas pequeñas nubes blancas dispersas, y nuestras ropas empezaban a secarse. Para entonces resultaba evidente que el Carnicero no se había lanzado en nuestra persecución, lo cual nos dio un respiro y nos permitió pasar el día buscando alimento por los alrededores. El porqué de que no nos persiguiera Pompeyo también tenía una explicación. Su fulminante victoria, presenciada por los ciudadanos de Valentia desde las murallas, había hecho cundir el pánico entre los habitantes de la ciudad. Supimos que, a la mañana siguiente de derrotarnos, el Carnicero había ordenado un brutal asalto contra nuestra aliada que, a duras penas, había sido capaz de repeler el ataque. Pero Pompeyo estaba ahí, a las puertas de la ciudad, exigiendo su rendición sin condiciones.

A lo largo de los días seguimos retrocediendo. Nuestra intención era cruzar el Sucro, río caudaloso de la Edetania. Allí esperábamos reagruparnos y utilizarlo como línea de defensa natural en un territorio que aún podía considerarse amigo. Fuimos recibidos gélidamente por los habitantes de aquellas tierras, y aunque no se negaron a darnos víveres, sí parecían inquietos al hacerlo. Como si, al ayudarnos, corrieran el peligro de sufrir la ira de Pompeyo. Algo perfectamente comprensible. También imagino que por miedo, pues un ejército hambriento y derrotado supone para la población un mayor peligro que un ejército victorioso y bien alimentado. Establecida nuestra posición a orillas del Sucro, a medida que recuperábamos nuestras fuerzas, llegaban a nosotros nuevas de la situación que se vivía en Valentia. Los asaltos de Pompeyo eran cada vez más intensos, más arriesgados. El Carnicero quería tomar la ciudad a toda costa y cuanto antes. Valentia se debilitaba día a día.

—¡Señor, no podemos permitir que Valentia caiga en manos de los rebeldes! —protestó uno de los subordinados de Perpena.

—Que no podamos permitirlo no significa que podamos evitarlo —repuso el patricio con voz cansada, aunque sin perder su habitual expresión flemática—. Ese maldito mocoso de mierda nos la ha jugado. Debí de haberlo imaginado. Malditos campesinos... Nunca juegan limpio.

—Tendríamos que volver —insistió el tribuno.

—¿Volver? ¿Con qué, maldito inepto?

—Aún disponemos de tres legiones. Y de auxiliares. Y podemos reclutar gente aquí.

—No digas memeces, Antonino. Debemos esperar y dejar que los hombres se recuperen. No arriesgaré a mis romanos por un puñado de hispanos.

—Señor, tras esas murallas hay también ciudadanos romanos.

Una pausa incómoda. Estábamos hacinados en una pequeña tienda de campaña confeccionada en un par de días por los lugareños. De nuevo empezaba a llover. Se oía la lluvia golpeando la lona.

—Te diría lo mismo si fuese la propia Roma, Antonino. No estamos en condiciones. Eso es todo. Si los bárbaros hubieran cumplido su parte —dijo Perpena apuntándome a mí, pero con un desdén que hubiera dado a entender a cualquiera que yo no estaba presente—, ahora estaríamos disfrutando de nuestra victoria.

—¡Tengo que protestar! —intervine.

—Pues protesta —repuso Perpena con indiferencia.

—Hicimos lo que pudimos.

—Vuestro cometido era desbaratar el flanco derecho del Mocososo. Si hubierais cumplido las órdenes, no estaríamos aquí ahora.

—¡Esto es un insulto!

—A la verdad suele llamársela insulto.

—Señor, mis hombres han demostrado...

—Tus hombres han demostrado que son incapaces de hacer lo que se les pide que hagan. De todos modos, no voy a permitir que un medio bárbaro me dé lecciones. Así que tienes dos opciones, callarte o abandonar este consejo.

Callé. Se hizo el silencio. La lluvia arreciaba. Creo que en ese momento todos, salvo Perpena, mirábamos al suelo. El sonido de un centenar de caballos chapoteando sobre los charcos recientes nos sacó a todos de nuestro ensimismamiento. El ruido se detuvo a la entrada de la tienda de campaña. Se oyó una orden. Dos brazos peludos apartaron las lonas que nos separaban de la intemperie. Dos fornidos y fieros lusitanos, chorreantes de agua, duros e impenetrables, flanqueaban las lonas y las mantenían separadas. Un hombre, arrebujado en su *sagum*, con la cara oculta por la tela, penetró en la tienda. Golpeó el suelo con los pies. El barro húmedo ensució la entrada.

—Parece que refresca —dijo la voz del sabino.

Lo dijo en un susurro, como para sí. Luego se retiró el *sagum* y se lo entregó a uno de los lusitanos, que lo recogió con devoción, como si estuviese tocando el casco de la divina Atenea. El tuerto llevaba su coraza musculada de bronce y, bajo esta, como siempre, su túnica laticlavica, símbolo de su estatus como senador romano. No sé cómo se sintieron los demás. Yo respiré aliviado al tenerlo allí, tan de repente. Había cruzado Hispania en tan solo cinco o seis días.

—El Mocososo os ha crujido bien la entrepierna, por lo que veo... —prosiguió el tuerto. No parecía enfadado. De hecho, se mostraba tranquilo.

—Nos sorprendieron por el flanco izquierdo... —se justificó Perpena.

—Cualquiera diría que el cachorrito de Sila ha aprendido algo...

—No fue una lucha limpia. De haberlo sido, hubiéramos ganado —siguió diciendo Perpena.

—Creo, querido Marco, que tienes una idea un tanto equivocada de lo que es la guerra. En la guerra solo hay una regla: que no hay reglas.

—Además, esos malditos bárbaros abandonaron su posición y nos dejaron a merced del enemigo. Si hubieran aguantado, no estaríamos así ahora.

—Cuando hablas de los bárbaros... ¿te refieres a los dos mil jinetes celtíberos?

—Así es. Esos malnacidos...

—Según tengo entendido, se enfrentaron a los galos, ¿es así?

—Sí.

—Y luego apareció aquella «legión perdida».

—Sí.

—¿Y esperas que dos mil jinetes hagan frente a otros tantos y además a cinco mil hombres que surgen por el costado?

—Podían haber resistido más.

—O tú podrías haber enviado exploradores para ver si los rumores eran ciertos. De todos modos, no es cuestión ahora de buscar culpables. Esa batalla ha supuesto un duro golpe para nuestra reputación en Hispania. ¿Cuántos hombres hemos perdido?

—Algo más de diez mil —respondió Perpena como quien le indica a un viajero dónde se encuentran las termas.

—¡Por todos los dioses! —dijo Sertorio asombrado—. ¿Diez mil hombres? ¿Algo más de dos legiones? Maldita sea, Marco. Es la República la que está en juego.

—Ya digo, los bárbaros...

—La derrota, Marco, es siempre culpa de quien la sufre. Cuanto antes aprendas eso, mejor te irá. Bien. ¿Cuál es la situación?

Pusimos al tuerto al día. Y él a nosotros. Para contener a Metelo, Sertorio había dejado a Hirtuleyo al mando de la situación en el valle del Betis. Era de vital importancia entretener a la Vieja para poder despachar a Pompeyo de una vez por todas. Sí había traído con él, no obstante, un importante séquito de a los que nosotros llamamos *devotii*, hombres que lo abandonan todo para consagrarse a un líder y que juran solemnemente, y ante sus dioses, no sobrevivirle. La ceremonia es sencilla, pero de vital importancia entre los hispanos.

Sertorio se puso a trabajar de inmediato. No tenía la menor intención de dejar que Valentia cayera. Se enviaron mensajeros a todas las poblaciones de la Edetania, se pidieron suministros ofreciendo por ellos un elevado precio, mulas de carga, tiendas de campaña, hombres que estuvieran dispuestos a unirse a nosotros. Me di cuenta entonces de la paralización que puede suponer una derrota para un ejército y de la energía necesaria para que los derrotados vuelvan a creer en la victoria. También me asombró la capacidad que puede tener un solo hombre para insuflar una nueva fe en tantos miles. La humanidad es así, necesita la chispa de uno solo para que se encienda un gran fuego. Sertorio recorría el campamento dando ánimos, mostrándose enérgico, hablaba sobre aquello que nos había traído hasta aquí, sobre la importancia de la República, sobre el Mocosó y la Vieja. Sobre cómo el éxito no es sino saber ir de fracaso en fracaso sin sucumbir a la desesperación. Compartía comida con los hombres, charlaba con ellos, les preguntaba cómo se llamaban y de dónde eran. En muy poco tiempo volvíamos a ser una fuerza de combate, y nos volvíamos a sentir como tal.

Sin embargo, todos aquellos preparativos no sirvieron para socorrer a Valentia. No hubo tiempo. Primero llegaron los rumores. Luego la noticia. La ciudad del Tirio había sucumbido ante las tropas del Carnicero. Los relatos sobre lo vivido en la ciudad eran escalofriantes. Pompeyo, decidido a demostrar que cualquiera que se le opusiese sufriría las terribles consecuencias de su ira, había entregado Valentia al saqueo. Durante tres días enteros las murallas de la ciudad, que hasta ese momento habían garantizado la seguridad de sus habitantes, se convirtieron para ellos en una trampa mortal. Miles de legionarios, rabiosos como perros, inundaron las calles, que acabaron convirtiéndose en ríos de sangre. Por ellas flotaban los miembros cercenados de hombres, mujeres y niños. Pompeyo instó a sus hombres a no tener piedad con aquellas gentes. Crucifixiones, violaciones, asesinatos, torturas, incendios... Legionarios destripando a cualquiera y manchándose las manos de sangre y heces para buscar, entre los intestinos de los ajusticiados, monedas de oro que aquellos pudieran haberse tragado para mantener algo a salvo... Rara vez un acto de crueldad tal como el que se vivió en Valentia es irreflexivo, es más, suele ser cuidadosamente calculado. Pompeyo quería dejar claro que Sertorio era incapaz de defender a sus

aliados hispanos. Quería infundir el terror para garantizar que cualquier ciudad que pretendiera resistirle lo pensara muy bien antes de hacerlo. Valentia debía convertirse en la viva imagen del fracaso del tuerto, en la expresión clara de que la corriente en Hispania estaba cambiando. De que nadie que apoyase al tuerto se encontraba a salvo.

Saqueada la ciudad y convertida en un montón de cenizas, macabro monumento a la victoria del Carnicero, Pompeyo ordenó marchar al sur, hacia el Sucro. Sus tropas estaban enardecidas por la victoria. Allí, a orillas del Sucro, esperaríamos al Mocososo.

—Saludos, Quinto Sertorio, procónsul para Hispania.

El griego era alto, robusto, de cabellos plateados. Vestía de forma un tanto afeminada. La barba, de cuidados ángulos rectos, parecía haber sido diseñada por un arquitecto. Olía a perfume. Un perfume penetrante y un tanto desagradable, sobre todo para nosotros, acostumbrados ya a la suciedad y a estar rodeados de moscas, sudor, barro y mierda. Durante días habíamos estado talando los bosques cercanos para poder establecer un campamento digno de tal nombre.

Los griegos habían desembarcado en Dianium después de un largo viaje y habían acudido hasta nuestro campamento a orillas del Sucro para entrevistarse con Sertorio. Eran media docena de diplomáticos. Procedían del lejano reino del Ponto y decían traer noticias y propuestas de nuestro interés.

—Sed bienvenidos —dijo el tuerto en griego. Su expresión distaba de ser cordial, aunque no se negó a recibirles en el pretorio.

—Traemos regalos y parabienes de Mitrídates el Grande, rey del Ponto, descendiente de Alejandro y Darío, destinado a dominar Asia al igual que sus gloriosos ancestros.

—Verás, griego. Voy a ahorrarte tiempo, saliva y dinero. Vuestro rey ha sido siempre un acérrimo enemigo de la República a la que represento. No seré yo quien acepte sus regalos. Así que si no tenéis más que decir...

—Hemos atravesado medio mundo para entrevistarnos contigo. Te rogamos que al menos escuches lo que tenemos que decir. Si no es de tu agrado, puedes despedirnos sin más. Te sabemos ocupado. Solo te robaremos algo de tiempo.

—Muy bien, griego. Adelante. Habla.

—Mi rey te reconoce como legítimo representante de la República romana.

—Como no podría ser de otra manera —interrumpió Sertorio.

—Así es. Mitrídates te ofrece una alianza para desbancar a los usurpadores.

—No sigas, griego. Si eso es lo que tienes que decir, puedes marcharte por donde has venido.

—¿Por qué? ¿Acaso no son nuestros enemigos los mismos?

—Lo son, sin duda. Pero por razones diferentes. Vosotros queréis destruir Roma. Yo quiero recuperarla.

—No son tales las aspiraciones del rey. Muy al contrario.

—¿Ah, no?

—No. Ni muchísimo menos.

—Prosigue. Pero ve con cuidado.

—Mitrídates se compromete a enviarte barcos y dinero. —El ojo sano del tuerto pareció cobrar cierta viveza. El diplomático percibió que iba por el buen camino—. Con nosotros hemos traído cincuenta talentos de oro que puedes quedarte tanto si llegamos a un acuerdo como si no. Y habrá más en camino si así lo deseas.

—¿Y tanta generosidad a cambio de qué?

—Como he dicho, una alianza.

—Imposible, griego. Ya lo he dejado claro. Sois enemigos de la República. Si estoy aquí es precisamente para salvarla, no para conspirar en su caída.

—Pero es que no estarías conspirando para su caída. Mitrídates está dispuesto a reconocerte como el único y legítimo representante del pueblo romano.

—En Roma se me vería como un traidor. No puedo hacerlo.

—Se te vería como un traidor si Mitrídates abandonara Asia con sus tropas y desembarcase en Grecia. Cosa que no tiene intención alguna de hacer si no obtiene tu consentimiento.

—¿De cuántos barcos estamos hablando? ¿De cuánto dinero?

—Veinte, treinta, cuarenta naves con su tripulación. Hombres capaces y experimentados. Suficiente para que seas dueño de la costa de Hispania. En cuanto al dinero, en principio, lo que puedas necesitar.

—¿Oro?

—Oro —dijo el diplomático con una sonrisa antes de proseguir—. Sí se requeriría, no obstante, y como prueba de buena fe, que Quinto Sertorio, legítimo representante de la República y el pueblo de Roma, reconociese los derechos de mi rey sobre el reino de Bitinia.

—De ninguna manera, griego. Bitinia es un reino aliado y amigo del pueblo romano. No es mío para otorgar. Y mi deber es defenderlo.

—Entiendo. —El diplomático hizo una pausa, pensativo—. De acuerdo. Olvidemos Bitinia. Olvidemos la alianza. Mi rey está dispuesto a ayudaros y a reconocer vuestras pretensiones.

—No son pretensiones.

—En efecto, me he expresado mal. Ruego me disculpes, Quinto Sertorio.

—Estás disculpado.

—No obstante, creo que llegar a algún tipo de acuerdo sería positivo para ambos. Al fin y al cabo, si Mitrídates moviliza sus ejércitos el actual Senado se verá obligado a dividir sus esfuerzos. Tendrían que luchar una guerra en dos frentes. Podemos no ser amigos, pero nuestros enemigos no dejan de ser los mismos.

—¿Entonces?

—¿Entonces qué?

—Me ofreces oro, me ofreces barcos, pero yo no estoy dispuesto a establecer una alianza ni a reconocer las pretensiones de tu rey sobre Bitinia. No parece que estemos muy cerca de alcanzar un acuerdo...

—Bien. Es cierto que no puedo volver con las manos vacías. Quizá... —El diplomático se mesó la barba y miró al suelo—. Quizá otro tipo de intercambio pudiera acomodarnos.

—¿En qué estás pensando?

—Bueno..., digamos que hemos sido derrotados en dos ocasiones por Roma, una de ellas a manos de Lucio Cornelio Sila, quien espero que esté ardiendo en los infiernos.

—En eso somos de un mismo parecer.

—Como decía, creo que uno de los problemas que tenemos es que no entendemos bien la forma romana de hacer la guerra.

—¿A dónde quieres ir a parar?

—Dinero y barcos por instructores.

—Instructores... —repitió el tuerto sin entender muy bien.

—Sí, instructores, romanos capaces de entrenar a nuestras tropas...

—Eso sí podría hacerse. Sí.

—¿Hemos alcanzado un acuerdo, Quinto Sertorio, procónsul para Hispania?

—Hemos alcanzado un acuerdo, griego.

Dinero y barcos a cambio de instructores. Me pareció irrisorio, aunque luego me di cuenta de que, en realidad, aquello debía de ser precisamente lo que el diplomático había venido buscando. Alguna vez oí decir a alguien que en toda negociación el objetivo real debe permanecer oculto en todo momento.

Un legionario entró en el pretorio a la carrera, jadeando.

—Permiso para hablar, señor —dijo el soldado.

—Habla.

—Se ha avistado el ejército de Pompeyo a un día de marcha, señor.

El río Sucro al sur, a nuestra derecha. A lo lejos, sobre el mar, una terrible tormenta, lejana aún, hipnótica. Las tropas de Pompeyo, al este, alineadas de norte a sur. Nosotros al oeste. Llevábamos allí desde muy temprano y ya avanzaba la tarde. Refrescaba. Seiscientos o setecientos pasos nos separaban de los rebeldes. Esta vez no habría trucos, ni sorpresas ni escaramuzas. Esta vez el tuerto estaba decidido a ofrecer batalla en campo abierto. Frente a frente. Como un carnero. Según él, debíamos derrotar al Carnicero Adolescente allí, no permitir que diera un paso más hacia el sur en su intento de unirse a Metelo. No podíamos consentir que siguiera avanzando, menos aún ahora que su victoria en Valentia parecía presagiar el principio del fin de nuestra causa.

Que Sertorio no recurriese a las tácticas que hasta ahora había utilizado no significaba que no tomase precauciones y que no buscase la mejor posición posible. Pompeyo, consciente de que quien estaba al mando era el tuerto, no parecía atreverse a iniciar el ataque, y menos aún aquel día, recién llegados como estaban. El orden de batalla se decidió en el pretorio antes incluso de que pudiésemos divisar a las primeras unidades del ejército rebelde. Si, como era de esperar, el Mocosito tomaba el mando de su flanco derecho, el izquierdo quedaría a las órdenes de un subordinado. Tal honor recaería sobre un tal Afranio, legado y amigo personal del Carnicero.

—¿Alguien conoce a ese Afranio? —preguntó el tuerto.

—Yo le conozco —dijo Perpena—. De buena familia. Valiente, pero poco imaginativo.

—Sí. De esos hay unos cuantos —dijo Sertorio como si se lo dijera al aire—. Bien. El Mocosito sabe que estoy aquí, ya me he encargado de que se entere. Así que podemos confiar en que se muestre cauto, al menos el primer día. Por eso, precisamente, debemos ofrecer batalla y debemos luchar ese primer día.

—Pero no sabemos qué disposición va a adoptar.

—No, pero podemos imaginarlo. Teniendo en cuenta nuestra inferioridad, lo más lógico sería refugiarnos detrás del Sucro. Pero no lo vamos a hacer. No podemos dar a entender, ni al Mocosito ni a nuestras tropas, que tenemos miedo. Acamparemos en la margen izquierda, junto al río, formaremos en orden de batalla y le esperaremos. La disposición será de norte a sur. Marco —dijo el tuerto mirando al patricio—, te encargarás de nuestro flanco izquierdo. Estarás enfrentado a Pompeyo, conténle. —Perpena asintió—. Yo ocuparé el flanco derecho, junto al río, con el campamento a mi espalda. Como digo, es poco probable que el Mocosito esté dispuesto a luchar en su primer día. Pero nosotros debemos estarlo. Y lo haremos. Esperaremos hasta la tarde,

dejaremos que se confíen, que crean que, como en otras ocasiones, no habrá batalla inmediatamente. Con suerte, Afranio debería venirse abajo. En cuanto eso ocurra, avanzaremos. Cneo, tú y tus hombres vendréis conmigo. —Asentí.

—Pero, señor —intervino uno de los hombres de Perpena—, ¿por qué esperar hasta la tarde? Perderemos todo el día.

—Porque estamos en inferioridad y necesitamos sorprenderlos. Tendremos el sol de espaldas, eso debería dificultar su visión y aumentar su inquietud. A esas horas estarán ya pensando en el descanso del día. Pero hay algo más importante. Una batalla de estas características se parece más a una partida de dados que a una clase de aritmética. Si las cosas nos van mal, la noche cubrirá nuestra retirada. ¿Entendido, todo el mundo?

—Entendido, señor —dijimos al unísono.

Y allí estábamos. Observando al enemigo en la distancia. Esperando. Conscientes de que, ahora que el sol comenzaba a descender a nuestras espaldas, la orden de avanzar vendría en cualquier momento. Cuando has sido derrotado por los mismos hombres que tienes enfrente, no puedes evitar sentir cierto desasosiego. Pero cuando tienes cerca a un hombre como el tuerto, no puedes sino sentir la necesidad de dar lo mejor de ti, de probarte ante sus ojos, de luchar hasta la muerte con tal de no defraudarle. Quien no parecía muy inquieto era Corvus. Tampoco parecía importarle que Sertorio se encontrara a nuestro lado. El cántabro, mal perdedor y siempre deseoso de entrar en combate, lo que quería era revancha. Máxime cuando, ante nosotros, teníamos a los galos. Además, con el Sucro a nuestra derecha, no había que temer ser envueltos por el flanco.

—¿Listo, Cneo? —dijo el tuerto a mi lado.

—Por supuesto, señor.

—Muy bien. Vamos a darle un repaso al Mocosó. —Me palmeó la espalda. Luego, alzando la voz, y al tiempo que desenvainaba la espada, se dirigió a quienes pudieran oírle—. ¡Adelante!

De pronto, todo el flanco derecho de nuestro ejército se puso en marcha.

—Suerte, Belinos —le dije a mi amigo.

—Que los dioses te protejan, Cneo —respondió.

Como era de esperar, Afranio y sus hombres no habían contado con la posibilidad de que atacásemos. No a esa hora de la tarde, ni con ese ímpetu, mucho menos en inferioridad. Quien haya tenido que luchar con el sol cegándole los ojos sabrá a lo que me refiero cuando digo que uno parece estar enfrentándose a un ejército de sombras. Al principio no sabes si vienen o van. Pero las sombras se agrandan, toman velocidad y, de pronto, sabes que vas a tener que batirte. Y que va a ser, cuando menos, incómodo. A medida que nos acercábamos, podíamos observar el caos en las líneas enemigas. Hombres que ya estaban hablando de lo que harían esa noche cuando volvieran al campamento, algunos de ellos sentados en el suelo. En el caso de los galos, muchos incluso habían desmontado. Pero una legión es un organismo perfecto. Antes de que hubiéramos recorrido la mitad del terreno que nos separaba del enemigo, los hombres de Afranio, azuzados por sus centuriones, ya estaban en posición para recibir nuestro envite. Los galos montaron a toda velocidad y salieron a su vez a nuestro encuentro. Sin embargo no todo en la guerra depende de

una perfecta formación. Nosotros sabíamos desde el comienzo de la jornada que entraríamos en combate, habíamos tenido todo el día para hacernos a la idea. En cambio, los hombres de Pompeyo, no. Y si algo hace que se tambalee la balanza de la guerra es la sorpresa.

El choque contra los galos fue brutal en extremo. La velocidad que habíamos alcanzado, la inercia misma de la carga, resultó determinante contra un enemigo que no había conseguido llevar a sus monturas más allá del trote. Empujamos y gritamos como espíritus atormentados. Vuelta a la confusión, al ruido, a la sangre, al abismo de la guerra. A la lucha por la vida en medio del caos. El ruido creció en intensidad cuando nuestra infantería, liderada por Sertorio, chocó poco después contra las tropas de a pie de Afranio. Espolear tu montura frenéticamente para ganar un palmo de terreno y seguir ganándolo. Descargar tajos. Miles de combates individuales y, de pronto, percibir cómo la moral del enemigo se viene abajo y este empieza a retroceder, poco a poco al principio, algo más rápido después, hasta que lo ves ofreciéndote la espalda y saliendo disparado en dirección opuesta.

Evitar que una unidad de caballería persiga a un enemigo en fuga es, probablemente, la más difícil labor que pueda imaginarse. Ver huir a un adversario que hasta ahora te desafiaba es un reclamo demasiado poderoso. Pero hay que dejarlos marchar. Debes reagrupar a los tuyos, no perder tiempo. Gritas «¡A mí!», hasta quedar ronco, algunos atienden tu llamada, no tanto porque hayan conseguido oírte, sino porque saben que es lo que demanda la situación, pero otros, llevados ya por el olor de la sangre y la sensación de poder, persiguen al hombre con el que se estaban enfrentando y van tras él.

La infantería de Afranio también retrocedía paso a paso ante el empuje del tuerto. Desde nuestra posición, a medida que nos reagrupábamos y que el polvo levantado por los cascos de nuestros caballos iba asentándose, podíamos observar la cruenta batalla que libraba Sertorio. Con la caballería rebelde desbaratada nos tocaba cargar contra el flanco desprotegido de Afranio. Era el momento. Fue entonces cuando, de la nada, apareció el tuerto sobre su caballo.

—¡Seguidme! —gritaba cubierto de polvo y sangre—. ¡Seguidme! —gritaba con urgencia.

Hundí los talones en Ignis. Rodeamos a nuestras tropas por la retaguardia siguiendo a Sertorio al galope. Mi caballo resoplaba por el esfuerzo. A nuestra derecha veíamos las espaldas de nuestros hombres empujando frenéticamente con los escudos a sus compañeros para así prestar fuerza al empuje general y dificultar cualquier intento de huida. Afranio retrocedía en toda la línea. Los nuestros seguían empujando con furia.

No me pregunté el porqué de aquella urgente cabalgada hacia el otro extremo del campo. Simplemente seguía a Sertorio, tal y como había ordenado. Pero, enseguida, la razón de la urgencia resultó evidente. Si nuestro flanco derecho les ganaba terreno a los rebeldes, nuestro flanco izquierdo se estaba desmoronando. Nunca sabré cómo Sertorio fue consciente de lo que estaba ocurriendo, quizá fuese su sexto sentido para la guerra, esa intuición que le hacía invencible. El caso es que Pompeyo, el Carnicero, el Mocosito, lejos de amedrentarse y presenciar impotente la caída de su izquierda o ir en su auxilio, se había lanzado al ataque liderando a sus hombres desde el frente, como un verdadero Alejandro. Su valor y su ímpetu, así como su superioridad numérica, estaban pesando demasiado sobre los nuestros. El ánimo de las líneas traseras de nuestras legiones empezaba a flaquear. Y es que, si es en el frente, en la primera línea donde se ganan las batallas, es en la retaguardia donde se pierden, allá donde están los hombres que deben impedir la huida de los demás. Al fin y al cabo, con el enemigo enfrente y un escudo

detrás, el soldado solo tiene la opción de mantenerse en su lugar. En cambio, cuando presas de la incertidumbre y el miedo, los hombres de la última línea empiezan a dar la espalda a los suyos pensando que todo está decidido y que la mejor opción es abandonar, se abren las peligrosas compuertas del desastre y, al igual que una bandada de pájaros, todos empiezan a seguir al primero sin saber muy bien por qué.

Cargamos contra el costado de Pompeyo mientras el propio Sertorio se dirigía a retaguardia para intentar reconducir la situación. Los hombres del Carnicero recibieron la embestida con sorpresa. Enseguida supe que la presión sobre los nuestros, al menos en aquel punto en concreto, se vería reducida. El primero en chocar contra ellos fue Corvus, seguido de sus cántabros, que blandían con furia sus hachas de doble filo, a derecha e izquierda, tumbando hombres como un segador tumba espigas. La furia del ataque de aquel demente también tenía una razón clara. Así como los buitres huelen la muerte y los lobos la sangre, los ojos de Corvus se habían visto atraídos por la magnificencia y el brillo del atuendo de un oficial a caballo. El oficial en cuestión se desgañitaba dando órdenes desde lo alto de su magnífica montura, animaba a los hombres. Y era joven. Muy joven. Su coraza, bellamente decorada con motivos helenísticos, resplandecía al sol mortecino de la tarde, su casco estaba coronado por un inmenso penacho rojo, lucía capa carmesí, y los arreos de su caballo blanco y poderoso eran de oro puro. Los celtíberos aprovecharon la brecha abierta por los cántabros para penetrar como una cuña. Las líneas enemigas se abrían ante nosotros como se abren las olas ante la proa de una nave ligera. Al tiempo, la marea cambiaba. La infantería de Perpena dejaba de retroceder y volvía a avanzar. Y el loco de Corvus alcanzaba su objetivo, el oficial joven y ricamente vestido: Pompeyo.

Fue como presenciar, en medio del caos y la confusión, una lucha entre colosos. El más bárbaro de los bárbaros contra el más romano de los romanos, al menos en atuendo. La primera descarga del hacha de Corvus fue evitada por el ágil Pompeyo, que, a su vez, y enfrentado con aquel gigante barbudo enloquecido, descargó un tajo con su gladio que impactó contra la coraza romana del cántabro haciendo saltar chispas. Corvus, por su parte, y a pesar de su brutalidad, parecía no querer dañar la defensa del joven, pues la codiciaba para sí. Otro tajo de espada. Un choque de hacha y gladio. A nuestro alrededor seguían la lucha, el polvo, los gritos. La presión cedía. Los pompeyanos daban pasos atrás, mientras Corvus y Pompeyo continuaban su particular pugna. Incapaz de vencer al romano con las armas, el cántabro pareció decidir que ya había tenido suficiente. Aprovechó una descarga del Carnicero para dejar caer su hacha al suelo y, como una fiera salvaje, saltó de su caballo y se abalanzó sobre el romano. Ambos hombres cayeron pesadamente al suelo y rodaron como púgiles. Forcejearon. Las primeras líneas de nuestra infantería, que empujaban por la izquierda, ya casi se encontraban a la altura de nuestros caballos. Corvus, después de haberle propinado un cabezazo al Carnicero, le molía a puñetazos. Pompeyo se defendía como podía de algo que jamás debía de haber experimentado. De pronto, el cántabro pareció percibir por el rabillo del ojo que uno de los celtíberos se hacía con el caballo del Mocosito cogiéndolo por las riendas, e intentaba sacarlo de en medio de la batalla y la confusión con la clara intención de llevárselo y reclamarlo como suyo. Corvus, furibundo, dejó de machacar a su víctima, se incorporó y fue a exigir su trofeo. El celtíbero ya daba media vuelta con el caballo, satisfecho con su captura. El cántabro lo agarró de los pelos y le sacudió un puñetazo en toda la mandíbula.

—¡Ese caballo es mío, maldito hijo de una grandísima zorra!

Jamás había presenciado una cosa igual. Y creo que jamás volví a ver algo parecido. Mientras el general enemigo yacía en el suelo aturdido, a diez pasos, intentando incorporarse, entre mis hombres y en medio de una batalla se armaba una trifulca digna de una taberna, a puñetazos, por el maldito caballo y los arreos. Dos celtíberos fueron a por el cántabro, otros dos cántabros se unieron a su jefe, luego tres celtíberos más, y después cuatro cántabros más. Creo que en aquel momento de confusión los hombres de Pompeyo, presionados por el frente y por los flancos, no se percataron de que a punto habían estado de perder a su comandante. Enseguida un grupo de legionarios se apresuró a protegerle. Un par de ellos le ayudaron a incorporarse. Pude ver el penacho del casco del Carnicero desapareciendo entre la maraña de hombres que, por momentos, perdía cohesión y terreno ante nuestro empuje. Las líneas de Pompeyo empezaban a desmoronarse. Fue en ese momento, en medio del caos, soltando tajos desde lo alto de Ignis, que mis ojos rabiosos entraron en contacto con los ojos del hombre al que me enfrentaba. Era un simple legionario. Protegía la retirada de su comandante, parecía cansado, desesperado en medio de la lucha, desconcertado. Nos reconocimos al instante. Era Sexto, mi amigo de niñez. Debí de soñarlo, pero, cuando vuelvo a aquel confuso episodio, parece como si la batalla al completo se hubiese detenido de súbito. Fue fugaz. Un simple destello justo antes del completo desplome de la moral de nuestro enemigo. Ya empezábamos a ver la espalda de muchos. Deshechos, los pompeyanos emprendían la huida como ratas en un naufragio y se dispersaban como hojas al viento. El sol empezaba ya a ocultarse.

Sin embargo, no pudimos perseguirlos. No solo porque hombres y caballos estuvieran agotados, sino porque, así como habíamos conseguido desbaratar el flanco derecho de Pompeyo, los hombres de Afranio, más al sur, a los que creíamos derrotados, habían aprovechado la ausencia de Sertorio para recomponerse, contraatacar y, con ímpetu renovado, poner en fuga nuestra propia derecha.

Como siempre, el tuerto reaccionó con rapidez. Cuando llegamos, los de Afranio, convencidos de que su victoria era completa, ajenos al hecho de que estaban solos y de que Pompeyo había sido aplastado, inundaban nuestro campamento y se dedicaban al saqueo. Dispersos y desarmados, cercados por nuestra empalizada como ratones, recibieron nuestra acometida con sorpresa. El último enfrentamiento del día tuvo lugar entre nuestras propias tiendas de campaña. Cientos de pompeyanos murieron allí donde los sorprendimos, cargados con todo cuanto podían llevar encima. Caía la noche.

La batalla a orillas del Sucro fue, sin duda, una victoria. Pero una victoria incompleta. Puede que resulte difícil de creer, pero aquella noche, incapaces ya de mover un solo miembro debido al esfuerzo realizado a lo largo del día, no pudimos retirar los cuerpos enemigos de nuestro campamento. Como mucho, algunos retiraron a aquellos que habían caído luchando por su vida dentro de las tiendas de campaña. Dormimos rodeados de cadáveres tiesos, ríos de sangre y moscas verdes.

Al amanecer levantábamos el campamento y nos poníamos de nuevo en marcha. Hacia el norte. En persecución del Mocosu. Pompeyo huía a toda velocidad.

¿Es lícito asesinar a un hombre por una causa justa? ¿Y si es inocente? ¿Y si además es leal y forma parte de esa misma causa? ¿No muere ese inocente por una causa por la que está dispuesto a morir de todos modos? ¿Qué es un inocente? ¿Qué una causa justa? ¿Es inocente quien se limita a seguir órdenes?

Me sorprenden quienes enarbolan opiniones sobre las que solo parece haber dos respuestas posibles: sí o no. A mí, desde hace tiempo, las cosas no me resultan tan sencillas. Recuerdo un juicio, no hace mucho, en Roma, poco después de que Augusto fuese aclamado como *Princeps Senatus*. Al abogado, en una causa como siempre viciada, el magistrado encargado del caso le dijo que su defendido daba demasiadas explicaciones, que se limitase a responder a las preguntas que se le formulaban con un sí o con un no. El abogado tuvo la valentía de pedirle al magistrado que le respondiese a una pregunta: «Cada vez que le pide a uno de sus esclavos que le penetre ¿suele recompensarlo después?». Y es que no hay más necio que aquel que presume de tener las ideas claras.

El hombre inocente y probablemente bueno, joven y relativamente apuesto, al que maté en mi tienda hundiéndole la espada en el vientre mientras Belinos le tapaba la boca, no había cometido más crimen que cumplir con su deber. Y aun así representaba un peligro. Llegó de noche al pretorio. Allí nos encontrábamos reunidos escuchando a Sertorio, que calculaba el tiempo que tardaríamos en alcanzar la retaguardia del ejército de Pompeyo. Estábamos próximos a los escombros de la desdichada Valentia. Según decía el sabino, era de vital importancia darle caza de una vez, acabar con el Mocosito para poder dar media vuelta y ocuparnos de la Vieja. El tuerto estaba cansado. Irascible hasta el punto de que nadie parecía dispuesto a contradecirle. Era demasiada la tensión acumulada. Demasiados los caminos recorridos. Demasiadas las batallas. Demasiado cansancio. Nuestra situación en Hispania empezaba a parecerse cada vez más al suplicio sufrido por Tántalo, quien, castigado por Zeus, estaba condenado a una eternidad atormentado por la sed y el hambre a la vez que se encontraba sumergido en un lago con el agua cubriéndole hasta la barbilla y unas ramas con frutas pendiendo a un palmo de su nariz. Cada vez que Tántalo se agachaba a beber agua, esta se retiraba. Cada vez que alargaba el cuello para comer fruta, las ramas se alejaban.

Y entonces llegó el hombre inocente, el mensajero. El sabino, suspicaz ante la presencia de un hombre que decía venir de la otra punta de Hispania, que decía no haber descansado en días de

cabalgada y que venía cubierto de polvo, suciedad y barro seco, nos pidió que nos retirásemos para dejarlo a solas con él. El joven parecía impaciente y preocupado, a punto de desplomarse por el esfuerzo.

Aguardamos fuera. La noche era agradable. Nadie hablaba, aunque sí nos dirigiáramos miradas mudas e inquisitivas entre nosotros. Perpena, Antonio, Manlio, Aufidio, los lusitanos, un caudillo edetano. En el pretorio solo había silencio hasta que, de pronto, oímos un grito desgarrador de Sertorio. Una protesta cargada de incredulidad. El ruido de objetos impactando contra el suelo. Luego, de nuevo el silencio. Las lonas de la tienda se separaron y el mensajero dijo mi nombre con voz temblorosa. Sertorio quería verme. Una vez dentro hizo que me aproximase y, al oído, en un susurro, me ordenó que acabase con la vida de aquel hombre de forma discreta. Sé que mi mirada desprendía incredulidad. Me aferró de la mano y me miró fijamente con su ojo sano, como si no hubiera más opción. Luego alzó la voz y se dirigió al joven.

—Ruego que disculpes mi arranque de ira —le dijo—. Es el cansancio.

—Lo entiendo, señor. No tiene por qué disculparse —dijo el mensajero.

—Cneo te acompañará. Puedes descansar en su tienda y mañana te buscaremos un hueco en alguna cohorte.

—Gracias, señor.

El mensajero y yo abandonamos el pretorio. Perpena y los demás volvieron a entrar. He de admitir que estaba nervioso, aunque no tanto como mi acompañante. El muchacho, sin esperar a que le preguntase, comenzó a hablar. Estaba claro que las noticias le quemaban en la boca. Su voz era temblorosa, desesperanzada.

—Es un desastre... —dijo.

—No quiero saberlo —mentí.

—Pero es que lo debe saber todo el mundo. Quinto Metelo ha derrotado a Hirtuleyo a orillas del Betis.

—No puede ser. Conozco a Hirtuleyo. Nunca se hubiera dejado derrotar. Antes se hubiera retirado. Es un hombre cauto e inteligente.

—Era.

—¿Qué significa eso?

—Hirtuleyo ha muerto. —Me detuve en seco. Incapaz de asimilar la noticia—. Es un desastre. Un desastre. Estamos condenados. Condenados. Un desastre.

—¿Cómo que ha muerto? ¿Quién te lo ha dicho?

—Mis ojos me lo han dicho. —El joven estaba a punto de llorar—. Sus últimas palabras me las dijo a mí. Y salí al galope. Murió en mis brazos. No había nadie más.

—Alguien más habría.

—No. Nadie más. Fue un desastre. Estamos condenados.

—¿Y quién está al mando ahora del ejército en la Lusitania?

—Ya no hay un ejército en la Lusitania. Todos nos abandonaron después de la derrota. Huyeron. Estábamos solos. Solos. Huyeron. Él y yo, en el bosque. Solos.

—¿Y Metelo?

—Metelo marcha hacia aquí. A toda velocidad.

—¿La Vieja? ¿A toda velocidad?

—Sí. Ya no tiene quien le detenga.

Si no hubiera sido porque resultaba evidente que aquel muchacho había perdido la cabeza, habría pensado que se trataba de una treta del enemigo para que nuestra moral se viniera abajo. ¿Qué horrores habría contemplado? ¿Qué impresión le habría causado verse en medio de la refriega, cansado, impotente, derrotado?

—Debes descansar. Te hará bien.

En ese momento entendí la orden que el tuerto me había susurrado al oído. Aquel muchacho debía morir. No es que su muerte fuera a solucionar el pasado, pero su locura derrotista no se extendería entre nuestras tropas como una mala peste. Al menos por el momento. Un campamento es un hervidero de rumores y, entre esos rumores, la verdad suele diluirse. Pero la cara del mensajero era la cara de la verdad. La noticia llegaría tarde o temprano, pero llegaría como todas aquellas verdades que se mezclan entre rumores, poco a poco, como un veneno que, en pequeñas dosis, puede hacerte inmune. Los hombres tardarían días en saber de la derrota y muerte de Hirtuleyo, y para entonces ya se habrían hecho a la idea de lo que aquello suponía. Ese era, precisamente, el tiempo que había que ganar para poder reaccionar.

Llegamos a mi tienda. Allí estaba Belinos, esperándome. Con él compartía tienda ahora. Hice las presentaciones.

—Aquí, en mi jergón, estarás cómodo —le dije al mensajero.

—¿Y usted, señor?

—No te preocupes por mí. Ya estoy acostumbrado a tener el suelo por lecho. Túmbate y descansa.

Ni siquiera se quitó la ropa. Se tumbó boca arriba, exhausto. En ese momento me dirigí a Belinos. Hablé en su lengua, con una sonrisa, para que el joven no sospechara.

—Hay que matarle. —Belinos me miró con incredulidad, aunque asintió, acatador—. Esperaremos a que se duerma.

Pero el condenado no se dormía. A pesar de estar agotado, su cabeza no estaba dispuesta a darle tregua.

—Un desastre —repetía—, un desastre. Nunca volveremos a Roma.

Aquel runrún empezaba a desquiciarme. Viendo que pasaba el tiempo y que mi víctima no se dormía, me volví a dirigir a Belinos.

—Hay que hacerlo ya. Tú tápale la boca. —Luego, me acerqué al mensajero—. Cierra los ojos, amigo mío. Te hará bien.

El pobre incauto me hizo caso. Un seco movimiento de cabeza sirvió como indicación a Belinos de que era el momento. A la vez que mi amigo se abalanzaba sobre él para inmovilizarlo, desenvainé. Cogido por sorpresa, el joven se revolvió un instante. El acero celtífero de mi hoja azul se hundió en su vientre una, dos y tres veces. Los gritos de sorpresa, miedo, desesperación e incomprensión murieron en la palma de las manos de Belinos. La sangre tiñó el jergón de negro. Estertores y espasmos acompañaron los últimos segundos de vida del muchacho. Mi espada y mis manos chorreaban sangre joven. Lo soltamos cuando había dejado de moverse. Luego empujamos el cuerpo a un lado, rasgué el jergón con la espada, lo vaciamos de contenido e introducimos el cadáver. Entre los dos cargamos con el joven. El campamento dormía. Ignis nos sirvió para transportarlo más allá de la empalizada, a un río cercano. Y allí, en las aguas, depositamos el cuerpo para que las corrientes lo llevaran.

Me lavé en el río gélido. La sangre derramada, pertinaz, terca, parecía no querer abandonarme. Temblaba, pero no solo de frío, también de culpa. Al tiempo que me decía a mí mismo que tan solo había cumplido con mi deber. Tan solo había seguido órdenes, como aquel muchacho. Al menos eso decía un incómodo eco en mi mente. ¿Cuál era mi causa? Me pregunté entonces. ¿Era la República? ¿Era Sertorio? ¿Era yo mismo? ¿O simplemente estaba atrapado allí, como la hoja en el remolino?

Cuando acabé mi desagradable aseo, Belinos, que hasta entonces no había hecho sino seguir mis instrucciones, sintió curiosidad.

—¿Quién era? —preguntó mientras me secaba.

—Un traidor.

Pompeyo, en vez de proseguir con su huida hacia el norte, se encerró en Saguntum. Llegamos hasta las puertas de la ciudad y allí nos detuvimos. Para entonces el rumor de la derrota de Hirtuleyo era ya una certeza entre los hombres. Sabíamos que Metelo se encontraba a una semana escasa de camino. No podíamos arriesgarnos a un asalto a la ciudad y, aunque nos hubiéramos arriesgado, aunque hubiésemos conseguido tomar Saguntum, habríamos quedado demasiado debilitados como para luego enfrentarnos a las tropas de la Vieja.

Así que el tuerto aceptó que, una vez más, Pompeyo se le escurría entre los dedos, como la arena. La batalla por la costa este de Hispania estaba perdida y habíamos fracasado en nuestro intento por evitar que ambos ejércitos se unieran.

Según tengo entendido, el encuentro entre Metelo y Pompeyo debió de ser emocionante. El Mocosó, el escolar, el Carnicero Adolescente, con su orgullo sepultado bajo los cadáveres de miles de sus hombres, presentó todos sus respetos a la Vieja. Él, que había venido a Hispania recelando del viejo senador y convencido de que la guerra sería para él un paseo militar, se veía obligado a agradecer públicamente y por tercera vez la providencial aparición de Metelo. A la Vieja era a quien debía la vida y gran parte de su honor. Dicen que Metelo, a pesar de su rango, insistió en tratar a Pompeyo como a su igual. Según el patricio, ambos estaban en esto por la legítima República, como un padre y un hijo que, juntos y sin distinción, luchan por preservar un patrimonio común. Además Metelo alabó la valentía del joven general y le agradeció que hubiese venido a Hispania cuando nadie más estaba dispuesto a hacerlo. Aquello parece que halagó a Pompeyo. Aunque los halagos de Metelo, por lo visto, tenían otro objetivo. Era evidente que el Mocosó, harto ya de que Sertorio lo arrastrase por el barro como a un perro, humillado y derrotado, hacía planes para abandonar la península y buscar la gloria en otras tierras menos ingratas. Sin embargo, después del encuentro y tras unos días de descanso, ambos generales decidieron perseguirnos hacia el interior de la Celtiberia.

—Parece que esos dos ya han acabado de comerse la polla entre ellos —dijo el tuerto al recibir la noticia de su renovado avance.

Para entonces ya estábamos lejos. Era la estación más calurosa del año, tiempo ya de cosecha. La larga columna levantaba una inmensa polvareda. Aquel verano empezó a mostrarnos lo que la guerra estaba suponiendo para Hispania. Una tierra rica como es aquella se veía yerma. Campos descuidados, poblados abandonados, ciudades arrasadas, gentes atemorizadas, pobreza y hambre

bajo el sol inclemente de la interminable meseta... Lo que aún no había destruido la guerra lo destruíamos nosotros a nuestro paso. Todo aquello que no podíamos comer o llevar lo entregábamos al fuego, que prendía con brutal virulencia amparado por la sequedad y el viento. Hispania ardía a nuestro paso. No podíamos dejar atrás nada que pudiera servir al ejército rebelde. Así como los romanos comprendíamos la absoluta necesidad de tales tácticas, los hispanos se mostraban reticentes. Por las noches, cuando acampábamos, podíamos identificar perfectamente la ruta que habíamos seguido, iluminada como estaba por cientos de incendios que se extendían a lo lejos y que aún no lo habían devorado todo.

—No es así como se ganan las guerras —dijo Belinos una noche en la tienda.

—Quizá no. Pero al menos es una forma de no perderlas.

La confianza de los hispanos en el tuerto parecía estar desvaneciéndose por momentos. La cantidad de desertiones aún no era preocupante, pero, lejos de ver el entusiasmo dibujado en sus caras, solo podía percibirse la inercia muda de la marcha. El tuerto sabía que necesitaba un golpe de efecto para que aquellos que formaban el grueso de nuestro ejército volvieran a confiar en él. Y yo, Cneo Placidio Mutio, volví a ser la mano ejecutora de aquel golpe.

Siguiendo instrucciones, hice correr por el campamento la desalentadora noticia que venía a explicar los últimos contratiempos. No podíamos ganar. Era imposible. No era por la pericia de nuestros enemigos, no era la escasez de tropas, ni la falta de coraje o de medios, sino porque, desde hacía tiempo, la cierva blanca había desaparecido misteriosamente. Sertorio, así difundí el rumor, había mantenido aquella desgracia oculta. Sin la cierva, el sabino no podía predecir los movimientos de nuestros enemigos, se veía incapaz, huérfano de los dioses. Por las noches yo visitaba las hogueras de los celtíberos de Belinos. Les hacía partícipes de la triste noticia. En muy poco tiempo todos los hispanos hablaban de ello entre susurros. La moral empezó a caer como un ancla en el mar. Pero eso era, exactamente, lo que el tuerto quería.

Ni qué decir tiene que la cierva no había desaparecido. Estaba en Osca, atendida por media docena de esclavos y un médico. Al tiempo que yo hacía correr la noticia, un grupo de jinetes romanos partía hacia Osca en secreto, en busca de la cierva. Días después en nuestra retirada, Celtiberia adentro, Sertorio recibió embajada de una población cercana. Allí, en medio del campamento, el tuerto escuchó a los hispanos y los colmó de todo tipo de honores. Estos pedían por favor que no se incendiasen sus campos, conscientes de cuál venía siendo la suerte de las tierras que atravesábamos. Recogerían su cosecha, se quedarían con lo suficiente para sus familias, para pasar el invierno y para la cosecha del año siguiente, nos ofrecían a sus jóvenes para luchar a nuestro lado, pero suplicaban al sabino que no maltratase sus tierras. Sertorio insistía en que debíamos hacerlo, en que si no incendiábamos aquellos campos, listos ya para la cosecha, los rebeldes se apropiarían de ello de todos modos y podrían seguir adelante. El tuerto, no obstante, les ofreció dinero, lo que estimasen oportuno, un precio justo por todo aquello que estaban a punto de perder. El anciano que representaba a los hispanos, con lágrimas en los ojos, se arrodilló ante Sertorio y suplicó de nuevo alegando, no sin razón, que el oro y la plata no podían comerse y que tampoco podría comprar comida si no había dónde encontrarla en millas a la redonda. La escena resultó patética. El anciano incluso se ofreció a empuñar las armas él mismo si Sertorio cedía. En ese momento, como de la nada, apareció la cierva blanca, trotando al encuentro del tuerto, dando pequeños brincos de alegría. Se acercó a él y le olisqueó la mano con la que solía darle de comer. Le dio unos lametazos y el sabino abrazó al animal como si abrazase

a un hijo al que creía muerto. Incluso llegó a llorar. El asombro que causó tal espectáculo entre los hombres se materializó en un rugido de victoria y alegría. Los dioses volvían a sernos favorables.

Por supuesto, las súplicas de los hispanos no fueron atendidas. No podían serlo. Se les instó a huir de sus casas, a no aguardar la llegada del Carnicero y la Vieja. Pero el anciano, aún orgulloso, decidió que su pueblo no abandonaría las tierras de sus antepasados. Advertido de los peligros, habló con solemnidad.

—Que nuestra sangre sirva para fecundar los campos. Así nadie, nunca, podrá arrancarnos ya de esta tierra, porque formaremos parte de ella.

Todo lo que no pudimos llevar con nosotros ardió.

Metelo y Pompeyo, por su parte, seguían nuestras huellas tomando dos rutas diferentes separadas entre sí por un día de marcha. Esto garantizaba que sus ejércitos no se estorbaran a la hora de suministrarse, pero también que, en caso de ser atacados, el uno pudiera acudir en auxilio del otro. Tal era el respeto que aún infundía Sertorio en sus enemigos. Sin embargo, la destrucción causada por los nuestros obligaba a los rebeldes a mantener una línea de suministros con sus plazas fuertes de la costa. Esta línea, a medida que se adentraban en la Celtiberia, se hacía cada vez más larga, cada vez más difícil de defender, más vulnerable. Eso era precisamente lo que buscaba ahora el tuerto, pues, al contrario que el enemigo, nosotros cada vez nos encontrábamos más cerca de la nuestra.

Con la moral de la tropa repuesta, reanudamos las emboscadas y ataques sorpresa, escondidos como antaño en bosques y cumbres. Nuestro objetivo no eran las legiones, sino su cordón umbilical: las mulas y carretas que transportaban el grano que debía abastecerlas. El paso de los rebeldes se hacía cada vez más lento. Emponzoñábamos el agua con animales muertos, sembrábamos los senderos de cuerpos descuartizados. Cabezas empaladas, ensangrentadas y con muecas horribles decoraban los caminos. Todo con tal de conseguir que el hambre y el miedo hiciesen presa en nuestros tenaces adversarios. Al fin y al cabo, la disciplina depende en gran medida de a quién le tengas más miedo, al enemigo que tienes delante o al comandante que tienes detrás.

Lo que probablemente el tuerto no tuvo en cuenta es que la moral alta mezclada con la impotencia de ver tus tierras devastadas resulta tan peligrosa como mezclar agua fría con aceite hirviendo. Así fue cómo, cerca de la ciudad celtíbera de Segontia, los hispanos se negaron a retroceder un palmo más. No estaban dispuestos a rendir una plaza tan importante sin haber intentado al menos defenderla. Más aún, tan impactante había resultado la reaparición de la cierva que los hispanos ni siquiera contemplaban la posibilidad de una derrota. A Sertorio no le quedó más opción que aceptar y plegarse a la insistencia de nuestros aliados. Siempre y cuando, por supuesto, el enfrentamiento se llevara a cabo según sus instrucciones.

Todas las partidas que habían estado atormentando la retaguardia de nuestros enemigos fueron llamadas a Segontia. Allí nos concentramos mientras esperábamos la llegada de los dos ejércitos que confluían sobre nosotros. El sabino dividió las tropas. La mitad, incluidas las dos legiones de infantería romana que restaban, quedaría al mando de Perpena. Su cometido sería mantener ocupada a la Vieja sin enfrentarse a ella. Mientras tanto, con la otra mitad, el propio Sertorio marcharía contra el mocoso de Pompeyo.

La de Segontia fue una batalla extraña y triste. Mientras nosotros, junto al sabino, dábamos buena cuenta del Carnicero en un enfrentamiento en el que Sertorio decidió liderarnos desde el frente, más al sur, a media jornada de camino, Perpena sucumbía ante Metelo. He de decir que en este caso la culpa no fue del patricio, o al menos así lo creo. Más bien al contrario. Sencillamente no pudo controlar el ansia de victoria de los hispanos. Digamos que el enfrentamiento fue una simple escaramuza que se fue complicando a lo largo del día y en la que, sin quererlo, ambos bandos fueron aportando más y más hombres hasta que la batalla fue completa y extremadamente confusa. Alertados del desastre una vez más, tuvimos que dejar que el Mocosó, batiéndose ya en retirada, se nos escapara. Agotados después de un día de lucha, marchamos hacia el sur para auxiliar a Perpena. Y entonces volvimos a rozar la victoria con las yemas de los dedos.

Quiso la fortuna que nuestra aparición, antes del anochecer, amenazase directamente lo que podía considerarse la derecha de Metelo. Ante la sorpresa, la Vieja reaccionó de la única manera posible, liderando él también a sus hombres en la refriega. Al igual que Alejandro en Gaugamela, Sertorio decidió que había llegado el momento del todo por el todo. Y al igual que en Gaugamela, cargamos directamente hacia el hombre del gran penacho rojo. El choque fue brutal y certero. Tan es así que nuestros caballos se abrieron paso entre los legionarios de tal modo que llegamos a vernos enfrentados contra la Vieja y su guardia personal. Sé que en medio de la refriega alguno de los nuestros consiguió herir a la Vieja en una pierna, pero Metelo, como si se hubiese olvidado de su edad y de su amor por los placeres de la vida, se revolvió y luchaba como un demonio. Siguiéndonos llegaba la infantería ligera hispana; tras ellos, la infantería pesada, veteranos de cien encuentros.

Pero Metelo no era Darío. Ni sus hombres eran persas. Ni nosotros, los compañeros de Alejandro. En tiempos mejores nuestra acción podría haber sido todo un éxito. Pero la fortuna es caprichosa. Metelo luchaba con ahínco; con la pierna ajada, la sangre manaba rabiosa de la herida empapando su túnica y el pelaje de su magnífico caballo blanco. Sí hubo un momento en que sus hombres parecieron dudar y retrocedieron, pero al ver a su comandante en primera línea, herido, batiéndose con rabia contra los bárbaros que amenazaban con rodearle, en vez de huir, la vergüenza pareció apoderarse de ellos y contraatacaron más resueltos que nunca. La oportunidad se volvió en nuestra contra. Los legionarios formaron alrededor de su comandante como un solo hombre, destripaban caballos que caían al suelo con un relincho, sus entrañas desparramadas. Se organizaron rápido, atendiendo a los ladridos de los centuriones. Varios hombres acudieron a socorrer a su general mientras otros formaban una impenetrable muralla de escudos y proyectaban hacia nosotros las puntas de sus *pila*. Retrocedimos impotentes. Dejamos así el paso franco a la infantería pesada hispana, que chocó con estruendo contra las líneas rebeldes no sin antes recibir una intensa lluvia de madera y metal. Luego el cuerpo a cuerpo. Escudo contra escudo. Espada contra espada. Voluntad contra voluntad. Esperanza, odio y miedo contra esperanza, odio y miedo.

Nos detuvimos para reagruparnos. Nuestras líneas se mostraban muy reducidas. Ya alejados del combate, me sorprendí jaleando a los nuestros, uniendo mi voz a las cientos de voces que me acompañaban y haciéndolo en la lengua de los celtíberos. No hay espectáculo que pueda igualarse a dos fuerzas veteranas enfrentándose. Ahí se está dirimiendo el futuro. Gritas hasta quedar afónico, como si tus alaridos y ánimos pudiesen cambiar el rumbo de la historia. Cientos de caballos sin jinete galopaban sin control. Ignis babeaba agotado. Me ardía el muslo. La sangre me empapaba la pierna. Callé de pronto. En medio del griterío fui invadido por una intensísima

sensación de vacío. Miré a derecha e izquierda. Miré hacia atrás. Otra vez. Entre los caballos desbocados y sin jinete pude distinguir la montura de Belinos, con el pelaje cubierto de sangre que no era la del animal.

El combate duró hasta bien entrada la noche. La luna tuvo el privilegio de iluminar los últimos enfrentamientos. Lentos bailes entre hombres cansados que luchaban más por mantenerse en pie que por derribar a quien tuviesen delante. Miles de cuerpos en la llanura, hombres arrastrándose. Gritos de angustia. Peticiones de ayuda. No habíamos sido derrotados. Tampoco habíamos ganado. Pero nuestras pérdidas, al contrario de las de nuestros enemigos, eran irreemplazables.

Belinos no murió en mis brazos. No dijo unas últimas palabras, ensangrentado y jadeante, en medio de la batalla. Ni me aferró la mano con fuerza. Ni me miró a los ojos. No me pidió que cuidase de su esposa y de sus hijos. Sencillamente desapareció engullido por la guerra que en un principio había querido evitar y a la que yo, de un modo u otro, le había empujado.

Al día siguiente el tuerto ordenó un asalto al campamento de Metelo. Recurriendo a fuerzas que no teníamos, intentamos abrir una zanja en torno a la posición de la Vieja. Hubo pequeños combates y escaramuzas mientras Metelo intentaba frustrar nuestro intento de encerrarle. Pero la zanja quedó a medias. Una lejana nube de polvo indicaba que Pompeyo, ya recuperado, tenaz y persistente, volvía. Una vez más emprendíamos la retirada, la lenta y triste retirada.

Segontia cayó en manos de los rebeldes. Sería inútil relatar los horrores a los que fue sometida la ciudad.

V

Hispania Capta

49

—Yo no le daría más vueltas —dijo Perpena con ese tono aséptico—. Estamos perdidos.

—Nada está perdido hasta que todo está perdido, Marco.

—Lamento profundamente no poder estar de acuerdo, Quinto.

El ambiente en el pretorio era lúgubre. Las lámparas de aceite iluminaban lo justo para poder distinguarnos las caras. Todos y cada uno de nosotros llevábamos alguna marca de la reciente batalla. Antonio tenía la mandíbula rota. Perpena llevaba el brazo en cabestrillo. Mi pierna lucía una venda carmesí.

—No disponemos de infantería pesada —continuó diciendo Perpena—. La caballería no es ni sombra de lo que era hace unos días. Los hombres están desalentados. Nos superan en número...

—Siempre nos han superado en número —interrumpió el tuerto.

—Pero esta vez... —continuó Perpena—. ¿Qué pretendes que hagamos? ¿Que sigamos corriendo como conejos? No tiene sentido. Hispania es grande, pero no infinita. Los hombres ya no pueden más. Nos perseguirán y nos darán caza.

—Lo sé.

—¿Entonces?

—Entonces tendremos que hacer que no puedan perseguirnos. Tendremos que desaparecer.

—¿Vas a decirme que dispones de algún mago oriental que pueda hacer desaparecer un ejército? —Perpena se corrigió a sí mismo—, si es que esto que nos rodea puede llamarse un ejército, claro. Bárbaros y más bárbaros. Admítelo. Es imposible.

—Todo lo que hemos conseguido en Hispania es imposible.

—En eso tengo que darte la razón, Quinto.

Se hizo un silencio denso y pesado. Sabíamos que Metelo había proclamado a los cuatro vientos su victoria sobre el sabino. Pronto la lealtad de muchas ciudades empezaría a flaquear. Tanto por miedo a las represalias como debido al cansancio de una guerra que parecía interminable.

—¿Nos queda algo de vino? —preguntó Perpena.

—No —respondió el tuerto.

—No se puede luchar sin vino —sentenció el patricio.

De nuevo el silencio.

—Entonces algo de esa orina que beben los bárbaros. Eso valdrá. Ninguna medicina sabe bien, ¿no es así, Antonio?

Antonio, con la mandíbula hecha pedazos, asintió con dificultad.

—Cluniaco —dijo el tuerto al fin. Su cara se iluminó de pronto. Mi corazón comenzó a golpearme el esternón con fuerza al oír nombrar la ciudad de Belinos y Veleda—. Sí. Cluniaco. La ciudad tiene fuertes murallas. Puede resistir un prolongado asedio.

Perpena, que había pegado un trago al líquido amarillo de los bárbaros, afeó la cara por el desagradable regusto amargo.

—¿Encerrarnos en una ciudad? —pregunto el patricio con cierto aire divertido—. Glorioso, sin duda, pero poco práctico. Un asedio es un final un tanto desagradable. Además, nos alcanzarían antes de que llegásemos.

—Si no tienen un ejército al que perseguir, no podrán perseguirnos.

—Es evidente. Quién sabe, quizá los poderes mágicos de tu cierva blanca puedan hacer que nos esfumemos. ¿Una densa niebla mágica? ¿Viajar en una nube, por ejemplo?

—No. Mucho más fácil que todo eso.

—¿Ah, sí? —preguntó el patricio con incredulidad—. Aguardo con impaciencia tu nuevo truco de magia.

—Puedes llamarlo magia si quieres. Pero no. Licenciar al ejército. Aquí y ahora. Que vuelva todo el mundo a sus casas.

—Quinto Sertorio, lamento decir que te has vuelto loco.

—De ninguna manera. Nos esfumaremos. Y mientras tanto, dado que es a mí a quien quieren, viajaremos ligeros y rápidos hasta Cluniaco. Un puñado de hombres. Mis *devoti* son cerca de un millar. En Cluniaco aguardaremos al Mocososo y a la Vieja.

—¿Defender una ciudad con mil hombres contra más de cuarenta mil?

—Puede hacerse. Pero seremos algo más de mil. Cneo —dijo el tuerto dirigiéndose a mí—, tus hombres son de esa ciudad. ¿De cuántos dispones?

—Aún no lo sé, señor. Deben de quedar unos seiscientos o setecientos en condiciones de combatir.

—Bien. Y a eso le sumaremos la guarnición de Cluniaco y toda su población.

—¿La población? —preguntó Perpena.

—Sí. Los hispanos se vuelven indomables cuando se trata de defender lo suyo. Mujeres, niños, ancianos... ¿No es así, Cneo?

—Lo es, señor. Pero dudo mucho que Cluniaco sea un buen lugar al que ir. —No hablaba la razón, sino el cariño que de repente supe que sentía por aquel lugar.

—Adelante, Cneo. Habla. No has dicho nada todavía. ¿Qué te hace pensar eso?

La pregunta del tuerto me pilló por sorpresa. Algo me decía que debía evitar aquello. No podía soportar la idea de ver Cluniaco arrasada. Resulta curioso cómo, hasta ahora, toda la destrucción que había visto a mi alrededor se me había antojado un daño colateral de la guerra. Cosas que pasan y deben pasar. Pero de pronto sentí que prefería ver arder Roma que Cluniaco. De hecho, pensé, hubiera sido deseable que Roma ardiera para acabar con todo aquello. Pero no podía dar ese tipo de razones. Tenían que ser estratégicamente válidas para que el sabino cambiase de opinión.

—Adelante, Cneo —insistió el tuerto.

—Cluniaco está lejos. Apartada de cualquier ruta principal.

—Precisamente por eso. Si conseguimos atraer a esos dos hasta allí, les será difícil aprovisionarse.

—Pompeyo y Metelo estarán libres para arrasarse toda Hispania si nos encerramos allí.

—Pero no lo harán. Saben que necesitan acabar con Quinto Sertorio.

—Las murallas no son tan fuertes como parecen.

—Son robustas.

—Como dice Perpena, seríamos muy pocos.

—Los suficientes.

Me quedé sin argumentos. De hecho, todos ellos eran flojos, y cualquier otro que pudiera venirme a la mente se me antojaba más débil aún. Tampoco podía mostrar la inquietud, el desasosiego que me producía la mera idea de tener que defender aquella ciudad y a sus gentes, a las que, me di cuenta, había llegado a amar. ¿Sería aquella mi Troya?

—Cneo —dijo el tuerto al fin, viendo que titubeaba. Me miró fijamente con su ojo sano—. ¿Alguna vez has dejado de confiar en mí?

—Nunca, señor.

—Pues sigue confiando. Hemos vivido tiempos peores y siempre hemos salido airoso, ¿no es así?

—Así es, señor.

—Bien. ¿Alguna objeción más, caballeros?

Todos negamos con la cabeza.

—Excelente.

A la mañana siguiente el llano que había ocupado el campamento estaba desierto de gente. Las tiendas de campaña, abandonadas, sin recoger, esparcidas por todas partes, parecían animales muertos. Soplaban un ligero viento que se encargaba de mover las lonas. Lo que la noche anterior habían sido hogueras eran ahora montoncitos de ceniza fría. Un par de perros esqueléticos, con el rabo entre las piernas, olfateaban el suelo buscando restos de comida. Ya no quedaba nadie. Ya no quedaba nada. El canto de los pájaros, siempre ahogado bajo el ruido del campamento y la presencia de los hombres, volvía a oírse, aunque, lejos de dar armonía al lugar, acentuaba aquella sensación de abandono, como si la naturaleza, siempre paciente, reclamase lo suyo.

Solo nosotros permanecíamos allí, a lomos de nuestros caballos. Un puñado de hombres, algo menos de mil quinientos en total: los *devoti* de Sertorio, hombres duros, dispuestos a todo, y los celtíberos de Cluniaco. Perpena había partido hacia Osca. Su cometido era volver a reclutar un ejército entre los hispanos mientras nosotros resistíamos el asedio al que sin duda nos veríamos sometidos en lo más profundo y alejado de la Celtiberia.

—En marcha —dijo el tuerto tras haberse detenido a contemplar aquella desolación. Sin embargo, su orden no sonó a derrota. Su tono de voz era resuelto, firme, seguro como siempre o, mejor dicho, como nunca.

Tengo que admitir que, a pesar de lo trágico de la situación, aún encontré una razón para sonreír. La jugada era magistral. Hacer desaparecer un ejército con el chasquido de los dedos. Magia, como bien había dicho Perpena. Podía imaginar a la Vieja y al Mocosito enviando

exploradores para averiguar adónde demonios habíamos ido a parar, golpeando una mesa y preguntando exasperados a esos mismos exploradores «¿Desaparecido? ¿Cómo que han desaparecido?». Durante días, Pompeyo y Metelo no se movieron. No sabían adónde ir. No tenían a quién dar caza. Hubieran estado persiguiendo sombras y fantasmas. De todos modos, antes de que pudieran tomar la decisión de dirigirse a cualquier otro punto, Sertorio se encargó de que supieran que estábamos en Cluniaco. Allí se les ofrecía la oportunidad de acabar con la guerra. Pero tendrían que venir a buscarle.

Éramos el cebo. Cluniaco era el anzuelo.

Si hay algo para lo que nunca puede estar preparado un hombre es para ver llorar a una mujer que ama o ha amado. No hicieron falta palabras. Supongo que mi expresión lo dijo todo. También mi aspecto sucio y descuidado, la venda ensangrentada en el muslo, las ojeras, el cansancio. El pequeño Kalaitos, con su lengua de trapo, y sin entender lo que ocurría, le decía a su madre las palabras que esta probablemente le repetía cada vez que él se lastimaba.

—No llores, mamá. No pasa nada. Un besito y ya está.

La celtíbera temblaba. Se abrazó a su retoño con fuerza. Le besó. El fuego del hogar parecía producirle frío en vez de calor. Una de las sirvientas se acercó para hacerse cargo del pequeño, consciente de que, en aquel momento, el niño podía ser más un estorbo que un consuelo. Veleda la detuvo en seco.

—No. Déjale. Debe saber cómo ha muerto su padre. E imagino que también va a tener que ir acostumbrándose a ver llorar a su madre. —Luego se dirigió a mí—. ¿Cómo fue, Cneo?

—No lo sé. Fue en medio de una terrible confusión.

—Pero entonces, ¿cómo puedes estar seguro?

—Lo estoy. Vi su caballo galopando sin rumbo, ensangrentado, mientras el enemigo avanzaba sobre nosotros.

—¿Y no hiciste nada? —Había rencor e incredulidad en el tono de aquella pregunta.

—No había nada que pudiera hacer.

Veleda se incorporó y, entonces sí, entregó al pequeño Kalaitos a la sirvienta. Dio un par de pasos por la estancia mirando al suelo. De pronto parecía repuesta. Una dura expresión se apoderó de sus bellas facciones. Luego volvió a sentarse frente a mí.

—Es culpa mía. He sido una estúpida —dijo al fin.

—No digas eso.

—Sí. Es culpa mía. Fui yo quien le empujó a esta locura insistiendo en su cobardía.

—Cuando Marte despierta, nadie está a salvo. Belinos no era ningún cobarde.

—Lo sé. Tan solo era un hombre sensato que quiso evitar todo esto.

—Y un buen amigo.

No entendí muy bien la risa despectiva que llegó a continuación. La mente de Veleda estaba buscando culpables. Eso es lo único que queda cuando nada se puede hacer: buscar culpables.

—Tú nunca fuiste su amigo, Cneo Placidio Mutio. Eres romano. Los romanos no entendéis de amistad. Ni de amor. Ni de ningún sentimiento que pueda decirse puro. No sois más que un pueblo confundido que pretende confundir a todos los demás. —No protesté. Quizá porque Veleda tenía parte de razón. Quizá también porque cualquier protesta hubiera resultado inútil—. ¿Sabes lo que decía Belinos de Roma? —Negué con la cabeza—. Que es como un monstruo que ha tomado vida propia al margen de sus miembros, instituciones y ciudadanos. Un ser que devora a todos aquellos que lo alimentan y a los que no. Asemejaba esta guerra a un molino de mano, donde dos piedras se machacan y desgastan la una contra la otra, creyendo que actúan por voluntad propia cuando, en realidad, son otras fuerzas las que las empujan, fuerzas ajenas a ellas mismas. ¿Y sabes quién decía que era el trigo que machacan esas piedras?

—No.

—Hispania. Y ese trigo sirve para alimentar a la bestia que mueve las piedras. Qué tonta he sido. Ha tenido que morir él para darme cuenta de todo en un instante.

—No es culpa tuya.

—No. Tienes razón. No es culpa mía, Cneo Placidio Mutio, sino tuya —dijo apuntándome con su dedo índice—. Y de tu raza maldita. ¿Cómo pude enamorarte de ti? ¿Cómo pude abandonarme a esos juegos de chiquilla tonta con un hombre como Belinos? —Veleda parecía estar alterándose por momentos. Sus ojos volvían a acuarse, pero ahora no era de pena por su pérdida, sino, incomprensiblemente, de rabia hacia mí.

Aquella reacción me asaltó por sorpresa. «No intentes comprender a las mujeres —había dicho Hirtuleyo en alguna ocasión—, es un ejercicio inútil».

—Todos hemos perdido algo en esta guerra, Veleda.

—¿Cómo te atreves? —dijo aún más rabiosa—. ¿Qué has perdido tú? «Nunca intentarías razonar con un oso que amenaza con devorarte, ¿verdad? Pues no intentes razonar con una mujer furiosa. Perderás. La única forma de ganar una batalla contra una mujer es huyendo». Seguían resonando en mi mente las palabras de mi amigo.

—He perdido mucho.

—¡Perder mucho no es perder nada! ¡Nosotros lo estamos perdiendo todo y es por tu culpa! «Huye, maldito idiota, huye —me decía la voz de Hirtuleyo—. No entres a la cueva del oso, no permitas que te atrape». «Tú no sabes cómo son nuestras mujeres, Cneo», decía Belinos, también en mi cabeza.

—Adiós, Veleda —dije al tiempo que me alzaba.

—¿Adónde vas?

—Lejos de ti, por supuesto.

—No he acabado, romano malnacido.

—Pues yo sí. Necesitas descansar.

Veleda volvió a llorar desconsolada mientras yo le daba la espalda. Todas aquellas culebras envenenadas que habían empezado a salir de su boca sin razón aparente no podían ser más que fruto de un ataque de desesperación y un profundo sentimiento de culpa. Cuando llegué al umbral de la puerta, volvió a llamarme. Necio de mí, pensé que sería para disculparse.

—Quiero que mi hijo vuelva de Osca para llorar a su padre. Tráemelo, Cneo Placidio Mutio. Tráemelo aunque sea lo último que hagas. Y no vuelvas a dirigirme la palabra hasta que lo hayas hecho.

Menos de un tercio de los que habían partido volvían de una pieza a sus casas. Todos tenían mucho que contar, y poco de lo que contaban era alentador. Gran parte de los jóvenes de Cluniaco había perecido luchando por una causa que cada vez se les hacía más ajena a los habitantes de la ciudad. De hecho, así como en un principio fui recibido como siempre, con honores y alegría, no tardé en percibir cierto rencor dentro de aquellas murallas a medida que lo ocurrido en Segontia fue trascendiendo. Lo cierto es que yo también me sentía culpable. Llegamos de madrugada y por la tarde las caras de aquellas gentes ya nos preguntaban con los ojos qué estábamos haciendo allí. Por qué les poníamos en peligro. Sabían perfectamente lo que la presencia del tuerto significaba, y aunque muchos lo reverenciaban como a un semidiós, parecían tenerle ahora más miedo que respeto. Era como si estuviesen agasajando a un brujo de cuyos sortilegios y predisposición dependieran sus vidas. Algo bien diferente a lo que habíamos sentido en otras ocasiones.

Por fortuna para mí, había en Cluniaco dos caras amigas a las que me alegré de ver. Alio, que había estado al mando de la pequeña guarnición romana, me abrazó con entusiasmo y me dio dos cariñosas palmadas en la mejilla. «La señorita ya casi parece un hombre», me dijo el centurión. Balbo, por su parte, se echó a llorar al verme. Y me hizo partícipe de la feliz noticia de que su matrona celtíbera estaba embarazada. Me alegré por él, aunque no por la humanidad en su conjunto, que habría de soportar nuevas generaciones de Balbos. Dioses, ya pensaba como un maldito patricio. Como si mis orígenes no hubieran sido humildes.

Sertorio se presentó ante el consejo de la ciudad para intentar explicar la situación y ganar apoyos entre una población cuya desconfianza y cuyo recelo crecían por momentos. Al menos, muchos de los guerreros de Cluniaco veneraban al sabino después de haber combatido bajo su estandarte y haber derramado su sangre con él.

—Nobles amigos —dijo Sertorio con su potente voz a los integrantes del Consejo. La mayoría ancianos. Todos en silencio—. Traigo buenas nuevas. —Un murmullo de incredulidad.

—¡Quinto Sertorio! —dijo uno de ellos—. ¿Es una de esas buenas nuevas que Pompeyo y Metelo marchan hacia Cluniaco al mando de cuarenta mil hombres?

—Así es. En otras circunstancias, diría que son noticias pésimas. Pero no hoy.

—Segontia ha sido un desastre. Lo sabemos —protestó otro de los ancianos.

—¿Quién ha podido decir tal cosa? —repuso Sertorio.

—Nuestros hijos.

—No voy a negar que Segontia ha sido un contratiempo. Menos aún ante vosotros, queridos y fieles amigos, que siempre me habéis tendido una mano. Por eso os traigo regalos.

El tuerto hizo un gesto y varios de sus *devoti* aparecieron tras él y vaciaron en el suelo el cofre con monedas de oro que nos entregaran los griegos de Mitrídates. Luego otros tantos aparecieron con armas, corazas y cascos arrebatados a nuestros enemigos. Aquel gesto acalló a los más codiciosos.

—¿Pretendes comprar nuestras voluntades?

—¡Me insultáis! Con estos regalos os agradezco vuestra hospitalidad, vuestro cariño y vuestro apoyo. Esto nada tiene que ver con los favores futuros, sino con los pasados. Es vuestro ya.

—¿Qué quieres de nosotros? ¿Qué haces aquí?

—Mi intención, nobles aliados, era marchar a Osca. Pero cuando me dirigía hacia allí los dioses, queridos amigos, vinieron a mí en sueños. —El sabino comenzó a gesticular—. «¿Qué haces yendo a esas tierras?», me dijeron. «Ve al límite de la Celtiberia, ve a la ciudad invencible, la de poderosas murallas, la que nunca se doblega, la de los valientes guerreros». Al principio no entendí lo que querían, pero ellos insistían: «Ve al límite de la Celtiberia ve, esa será la tumba de tus enemigos». —Con esto acalló a los más piadosos—. Pero, además, a quienes he traído hasta aquí, aunque pocos, son los mejores guerreros que puedan encontrarse en Hispania, dispuestos a morir por mí pase lo que pase. —Un toque de atención a quienes pudieran estar barajando la idea de expulsarnos por la fuerza—. No pongáis en peligro, hombres de Cluniaco, la labor emprendida. Vuestros hijos se educan en Osca para convertirse en la élite gobernante de Hispania; si no lo hacéis por mí, hacedlo por ellos. —Más voces silenciadas.

—¿Y cuál es tu plan, Quinto Sertorio?

—Lamento no poder desvelarlo.

Imagino que aún quedaban un puñado de sensatos. Pero a estos ya nadie les haría caso. La reunión con el consejo de Cluniaco podía considerarse un éxito.

En cuestión de días, la ciudad tornó de suspicaz en entusiasta. Todas las manos, hombres, mujeres, ancianos y niños, se volcaron en prepararse para el inminente asedio. Realmente habíamos llevado a aquellas gentes a un callejón sin salida, la mejor forma, supongo, de que la defensa fuera endiablada. Mientras las mujeres y los niños recolectaban todo el trigo que no había sido recolectado ya, los hombres rodeaban la ciudad con una zanja y utilizaban la tierra que extraían para hacer un montículo detrás de ella. Otros reforzaban las murallas. Todos nos ensuciábamos las manos, incluido Sertorio, que iba de acá para allá inspeccionando cada palmo de las defensas y no dudaba en acompañar en sus esfuerzos a quien parecía necesitarlo. En poco tiempo también la ciudad se vio desbordada por cientos de refugiados de las aldeas y granjas circundantes. Estos traían consigo todos sus enseres, rebaños y utensilios.

Dos semanas después de haber llegado a Cluniaco, todo parecía listo. Incendiamos todo aquello que pudiera ser de utilidad a los rebeldes. Todo cuanto abarcaba la vista se mostraba negro, calcinado. La tierra, ayer fértil, llena de vida y cultivos, se había convertido en una llanura inhóspita. Cuando las columnas de humo fueron perdiendo fuerza y muriendo, se avistaron a lo lejos las columnas de polvo que levantaban nuestros enemigos. Se cerraron y reforzaron las puertas. Solo quedaba resistir y esperar a que Perpena cumpliera su parte.

Un asedio es un asunto a la vez tedioso e intenso. Las mismas murallas que te protegen resultan claustrofóbicas. Las gentes se apiñan y esperan. Saben que su suerte depende de los hombres que guardan los muros y saben que una ciudad es a un ejército lo que una golosina es a un niño.

Habíamos armado a todo varón que fuese capaz de portar un arma. Chavales de doce, trece y catorce años, con la voz aún pura e incorrupta por la edad, sin pelo aún en los genitales, portaban cascos que les bailaban en la cabeza. Su mirada era resuelta, más resuelta que la de muchos hombres avezados ya en los horrores del combate. Aquellos chiquillos habían nacido con la guerra, eran hijos de la guerra. No conocían otras historias que no fueran las de la guerra. Junto a estos formaban hombres canosos y encorvados, ancianos que ya ni siquiera recordaban no haberlo sido. Abuelos, padres e hijos, juntos en un propósito. Todos aquellos hombres sabían que de su entereza y valor dependía la vida de los suyos. Y nosotros, los hombres de Sertorio, estábamos con ellos. Ya no era momento de pensar qué hacíamos allí. Lo único que importaba era resistir. En un asedio ninguna mano resulta inútil y, sin embargo, cualquier boca es una boca de más.

Los rebeldes establecieron sus campamentos a una milla de distancia sobre la tierra calcinada. Desde lo alto observábamos impotentes su despliegue. Tal y como ordenan las leyes no escritas de la guerra, un hombre de rango, a caballo, llegó hasta una de las puertas y, alzando la voz, instó a las gentes de Cluniaco a que se rindiesen. Prometía que, si la ciudad deponía su actitud desafiante y entregaba al sabino, Cluniaco sería perdonada y sus habitantes, bienes y tierras, respetados. Más aún, ofrecía para Cluniaco el honor de convertirse en amiga del pueblo romano. Lo cierto es que, al oír la oferta sentí cierto temor, aumentado quizá por el silencio que reinaba a lo largo de las murallas. Eché mano a mi espada sin desenvainarla. Junto a mí tan solo había dos caras conocidas: Alio y Balbo. De pronto, me sentí rodeado de potenciales enemigos. Los hombres de Sertorio estábamos dispersos, éramos presa fácil si decidían entregarnos. Aunque, si lo hacían, los *devoti* del tuerto no dudarían en defenderle, nos mataríamos entre nosotros y la Vieja y el Mocosito tomarían la ciudad con facilidad. La oferta era tentadora. Muy tentadora.

—¿Qué respondéis, hombres de Cluniaco? —dijo el romano—. La República os tiende la mano. Podéis tomarla y vivir en paz o morderla y sufrir la esclavitud y la muerte.

Pero si algo habían aprendido los hispanos en siglos de guerra con Roma era a no confiar en tales ofertas. Roma nunca cumplía, era algo bien sabido. O, mejor dicho, cumplía siempre y cuando cumplir le fuese conveniente.

El romano insistió de nuevo y, esta vez, obtuvo respuesta. No fue una respuesta verbal, tampoco la que el hombre orgulloso hubiera esperado. Debió de ser alguno de los chiquillos, convertido en eventual guerrero, el que le acertó en la cara con una bola bien compacta de boñiga de caballo. A esta le siguió otra y luego otra. Acompañadas de gritos desafiantes y de un sinfín de insultos en la lengua de los celtíberos, insultos a los que me uní. El romano volvió grupas con dignidad mientras recibía aquella lluvia de mierda y espoleó a su caballo de vuelta al campamento llevando consigo, en la cara y sobre la ropa, la respuesta que buscaba.

Dos días después llegaba el primer asalto. Otra de esas leyes no escritas es que cualquier oferta de paz sigue en pie hasta el primer golpe de ariete sobre las puertas. Pero las puertas de Cluniaco eran robustas, más ahora que habían sido reforzadas con tablones y sacos de tierra para absorber los golpes. Desde lo alto caían sobre los asaltantes todo tipo de proyectiles, jabalinas, piedras, glandes de honda. A lo largo de todo el perímetro de la muralla fueron posándose cientos de escalas. Defender una muralla es lo más parecido a una agotadora carrera contra el tiempo. Empujar las primeras escalas para que caigan al vacío no es una labor del todo difícil, pero esas vuelven a levantarse y las acompañan otras separadas entre sí a veces por menos de un palmo. A una derribada la sustituyen dos. En cuanto hay tres o cuatro hombres trepando por ellas, se vuelven inamovibles, pesadas como maldiciones, ancladas a la tierra y al trozo de muro que te ha tocado en suerte. Llega entonces el momento de castigar a quienes trepan con cualquier cosa que pueda ser lanzada. Algunos caen al vacío y se estrellan contra el suelo. Es una victoria mínima, pues enseguida otro ocupa su lugar, una mano en las barras y otra asiendo el escudo sobre la cabeza. Algunas escalas se quiebran bajo el peso de tanta carne, hueso y metal, los hombres caen sobre sus compañeros, crujen piernas, huesos, cráneos y columnas. Y vuelve a levantarse otra escala que ocupa el lugar de la anterior. Mientras tanto, desde el pie de la muralla, acechan los honderos. La honda es arma de campesino, barata y certera. No se ve. No se oye. Cualquiera puede intentar protegerse de una lluvia de flechas o de *pila*, no así de un glande de plomo del tamaño de un pulgar del que solo notas el impacto.

De todos los honderos que habitan o han habitado el mundo, no hay uno solo que pueda asemejarse al balar. Dicen que, desde muy pequeños, desde el momento mismo en que dejan de ser amamantados, les es entregada una honda. A partir de entonces, su madre les coloca la comida en lo alto de un poste al que no pueden llegar por sus medios. Tan solo podrán comer si le aciertan al mendrugo de pan o al trozo de carne que hay en lo alto y lo hacen caer. De este modo, todo balar tiene la honda como una extensión de sí mismo. Pompeyo se había hecho de un importante contingente de estos letales campesinos. Y eran ellos los que dificultaban continuamente nuestros esfuerzos por proteger la muralla.

De aquel enfrentamiento guardo tres cosas. Una de ellas la tengo delante, es uno de esos glandes de plomo macizo, muy pesado para su escaso tamaño, que atesoro desde entonces y en el que hay escrita una inscripción hecha con el molde que se utilizó para darle forma, y reza: «Para el culo de Sertorio». Lo segundo es una brecha en la cabeza. Lo tercero el recuerdo de estar aporreando con todas mis fuerzas el escudo de uno de los asaltantes. Tras él subían otros. El lienzo de muralla que protegíamos estaba ya repleto de escalas, el cansancio hacía mella y, de pronto, el impacto. No sabría decir lo que vino antes, si el sonido metálico del casco retumbando en mi cabeza, la sangre cayendo como una cascada sobre mi ojo izquierdo, la pérdida instantánea de las fuerzas o el absoluto desconcierto. Caí hacia atrás, sentado, sobre mis nalgas, casi

lentamente, incapaz de tenerme en pie, los sonidos de la lucha llegaban amortiguados, fue como si mi alma permaneciese en el sitio pero mi cuerpo hubiera desaparecido de repente. Después el escudo que había estado aporreando apareció por encima del muro, otro venía detrás, vi la cara del hombre, un veterano que, instintivamente, conseguido su objetivo de llegar a lo alto, desenvainó y hubiera acabado conmigo de no haber estado Alio cerca para romperle la cabeza de un espadazo. El legionario cayó al suelo como el plomo. Luego el centurión logró rechazar al siguiente que ya había puesto pie en la muralla. El infeliz legionario cayó de espaldas al vacío soltando un grito. Luego Alio ocupó mi puesto y Balbo se apresuró hacia mí.

—¡Señor! —dijo zarandeándome—. ¡Señor!

Entonces todo se nubló.

Lo siguiente que recuerdo es un intenso dolor de cabeza y un terrible mareo. Quietud. El agradable olor a cordero. La luz tenue de una lámpara de aceite. Dioses. Era como si me hubiera bebido todo el vino de Capua. Emití un gruñido y me llevé la mano a la cabeza. La tenía vendada.

—Señor —dijo Balbo a mi lado en un susurro.

—Hola, Balbo. ¿Es de noche ya?

—Sí, señor.

—¿La muralla?

—¡Oh! No se preocupe, señor. Les dimos una buena tunda a esos malditos romanos.

—¿Malditos romanos?

—Sí, señor. Malditos romanos.

—¿Desde cuándo hablas así? Di malditos rebeldes.

—Pero es que son romanos, señor. Hay malditos romanos y luego estamos nosotros.

—No me voy a esforzar en comprenderte, Balbo. Sería inútil.

—¿Tiene hambre, señor?

—Sí.

—Eso es buena señal.

Balbo se levantó y fue hacia el hogar. Allí bullía un caldero con comida. Aquella debía de ser la casa de la matrona del legionario. Era un lugar pequeño, agradable. Con una ojeada podía verse la vivienda al completo. La mujerona roncaba en una esquina sobre el suelo. Por lo visto me había cedido su lecho. Balbo me ofreció un cuenco de madera repleto de cordero y un vaso con ese líquido amarillo que toman los bárbaros.

—¿Hay vino?

—No, señor. Pero esto es mucho mejor.

—Es como la orina.

—Bueno, al principio, puede. Luego uno se acostumbra.

—¿Y Alio? ¿Está bien?

—Por supuesto, señor. El cascarrabias es indestructible. Ya digo, les dimos lo suyo. Y si vuelven a venir, les volveremos a atizar.

Comí con ansia. El cordero estaba exquisito. Rara vez una fortaleza cae al primer asalto, todo el mundo lo sabe, y rechazar un primer asalto con éxito puede dar falsas esperanzas a los defensores.

—¿Y Sertorio?

—El tuerto está bien. Quiere verle cuando esté repuesto, señor. Dijo algo sobre ganar tiempo.

—¿Por qué no me lo has dicho antes? —dijo sobresaltado.

—Porque no estaba repuesto.

—Repuesto quiere decir en cuanto despierte.

—No, señor. Repuesto quiere decir repuesto.

—Vamos. Acompáñame.

Debía de ser medianoche. Llegamos a la casa que ocupaba el tuerto en el centro de la ciudad, al lado de un pequeño altar que hacía las veces de templo. De guardia estaban dos fornidos lusitanos que me abrieron la puerta sin dudar. Sertorio hablaba en ese momento con tres de los notables de la ciudad. Todos se volvieron para mirarme. Me reconocieron.

—Como digo, la situación es inmejorable —afirmaba el tuerto ante unos hombres que no parecían muy convencidos—. Ayer se ha visto. Podemos resistir meses. No hay de qué preocuparse.

—¿Pero de qué sirve? —dijo uno de ellos—, dijiste que había un ejército en camino y todavía no hay noticias.

—Es pronto aún, amigo mío. Perpena es un hombre hábil, capaz. Por eso le he encomendado esa labor. Debéis tranquilizaros. Y debéis transmitir confianza a los vuestros. Del resto ya me encargo yo. No son más que un niño y una vieja.

—Un niño y una vieja que disponen de cuarenta mil hombres curtidos y bien armados.

—De acuerdo. Entregadme entonces. A mí y a los míos —dijo el tuerto mostrando las palmas de las manos—. Rendíos. Y esperad misericordia. ¿De verdad creéis que esos dos honrarán su palabra?

Los notables se miraron entre ellos. Miradas cómplices y preocupadas. Sabían que las tropas romanas habían sufrido mucho para llegar hasta donde estaban, asediándonos, y debían de intuir que tanto Pompeyo como Metelo estaban deseando mostrarse generosos con sus hombres concediéndoles Cluniaco como premio para que la saqueasen a placer. La fama del Carnicero Adolescente era ya bien conocida en toda Hispania.

—¿Cuánto tiempo tardará Perpena en disponer de ese ejército que dices?

—No creo que tarde ya —repuso Sertorio—. Ahora, si me disculpáis, tengo un asunto que tratar con mi tribuno —dijo apuntándome.

Los notables abandonaron la casa haciendo una leve reverencia. Salían rumiando sus desgracias, pero convencidos de que, al menos junto al sabino, tenían alguna oportunidad de salir airosos de aquella letal situación.

—¿Qué tal esa cabeza, Cneo?

—Bien, señor. Aún un poco mareado y dolorido. Pero pasará.

—Me alegra oír eso. Son buenos, ¿eh? —dijo el tuerto con media sonrisa.

—¿Quiénes, señor?

—Esos honderos.

—Muy buenos, sí. Es una pena que estén luchando en el bando equivocado.

Sertorio soltó una carcajada y se acercó a mí para palmearme la espalda.

—Tengo algo que encomendarte. La situación es crítica.

—Pero si acaba de decir que...

—¿Y qué quieres que les diga? ¿Que no confío en ellos? ¿Que no sabemos nada de Perpena?

—No. Por supuesto.

—Necesitamos ganar tiempo.

—Sí, algo me dijo Balbo al respecto.

—Eres lo más parecido a un romano que queda por aquí. A un romano de cierto rango, se entiende. Necesito que hagas una visita al campamento rebelde, a modo de mensajero, y que les ofrezcas mi rendición.

Creo que Alio y yo causamos cierta impresión en el ejército rebelde. Las vendas, las heridas, la suciedad, la cara sin rasurar y lo que, quiero pensar, era una mirada impasible y desafiante. A medida que recorríamos uno de los campamentos rebeldes, guiados por un centurión, los hombres de Pompeyo y Metelo salían de sus tiendas para observarnos. Cuchicheaban. Éramos romanos, los hombres de Sertorio, aquellos que lo habían acompañado desde el mismísimo principio. Había pensado que nos abuchearían, pero en aquellas caras no parecía haber rencor ni odio, más bien curiosidad y un cierto toque de admiración. O eso me pareció. Alio, en cambio, se fijó en otras cosas.

—Tienen hambre —me susurró al oído.

El pretorio al que fuimos guiados era enorme. Dos centinelas, firmes como varas, flanqueaban la entrada con aire marcial. El centurión que nos había guiado desde la empalizada nos invitó a aguardar un momento fuera. Cuál no sería mi sorpresa al reconocer a uno de esos centinelas. Cruzamos las miradas y sé que ambos sentimos el impulso de abrazarnos, de dejar todo aquello por una noche, de charlar, de beber hasta vomitar. Sexto estaba cambiado, pero era reconocible. ¿Qué le habría llevado hasta allí? ¿Cuáles habrían sido sus cuitas y aventuras? ¿Cuánto llevaba en Hispania? ¿Qué tal estaban sus padres? ¿Qué tal estaba él? ¿Cuántas veces habríamos estado a punto de matarnos? Todas estas preguntas nos las hicimos el uno al otro con la mirada y en un instante sin que nadie se percatara.

—Podéis pasar —dijo el centurión pompeyano.

La opulencia del pretorio me impresionó. Y eso que se trataba de la tienda de Pompeyo. La de Metelo debía de ser aún más suntuosa. Ahí estaban ambos, satisfechos de sí mismos, aseados. Tras ellos media docena de lictores con las *fascas* sobre los hombros, símbolo del poder de la República; y a su alrededor, como si de una pequeña corte se tratara, varios tribunos y legados. Ni la Vieja ni el Mocosito se dignaron a levantarse para recibirnos. Las miradas de todos se clavaron en nosotros como punzones.

—Quinto Sertorio, procónsul para Hispania os saluda.

—¿Procónsul para Hispania? —dijo el sebo de Metelo al tiempo que levantaba la mano y un esclavo se acercaba con una bandeja y un vaso de vino.

—Así es —afirmé con serenidad. «No te dejes intimidar. Muéstrate desafiante», me había dicho el tuerto—. Procónsul para Hispania. Investido como tal por la legítima República.

—Hace mucho tiempo que esto dejó de ser una guerra civil, muchacho —dijo la Vieja con cierto desprecio. Hacía tiempo que no me llamaban «muchacho»—. Quinto Sertorio es un prófugo, un rebelde, un hombre que ha pactado con los enemigos de Roma y que ha dado alas a aquellos que sueñan con su destrucción. Habéis perdido ya toda legitimidad, si es que alguna vez gozasteis de alguna.

—Lamento no poder estar de acuerdo. Habéis traicionado al pueblo de Roma. Le habéis despojado de sus derechos.

—¿El pueblo de Roma? El pueblo es un chiquillo malcriado que necesita mano dura. Una masa informe e ignorante que no sabe lo que le conviene. ¿Cómo te llamas, muchacho?

—Cneo Placidio Mutio.

—Pues bien, Cneo Placidio Mutio, admiro a aquellos que creen en un pueblo sabio y soberano, pero hay que ser pragmático. De todos modos, dejemos esto, no llegaríamos a ningún sitio. ¿Qué se le ofrece al rebelde?

—Quinto Sertorio desea rendirse.

Mis palabras cayeron como una maza entre los presentes, que se miraron entre sí sorprendidos y esperanzados.

—¿Sin más?

—Hay condiciones, por supuesto.

—Me temo que el sabino no está en posición de exigir nada. Está acorralado. No tiene opciones. ¿Por qué deberíamos escucharle?

—Porque Cluniaco puede resistir meses y vosotros estáis hambrientos.

—Me parece que no apreciáis lo precario de vuestra posición.

—Creo poder afirmar lo mismo.

—Muy bien. Escuchemos esas condiciones.

—Quinto Sertorio está dispuesto a deponer las armas, a volver a Roma como ciudadano particular y a no inmiscuirse en la vida política de la ciudad.

—¿Y qué hay del resto?

—¿Qué resto?

—Vosotros, por ejemplo. Tú. Los senadores de ese Senado fantasma que habéis creado, todos esos renegados... Tendrán intereses en Roma, tierras...

—¿Y eso qué importa?

—Pues es sencillo. Todo aquello que cualquiera de vosotros poseyese hace unos años ya no es vuestro, sino de otros que ahora lo consideran suyo. Aceptar la vuelta de algunos sería, por decirlo de algún modo, incómodo. Es más, sería indeseable. Y eso incluso suponiendo que estuvieran dispuestos a cumplir su palabra.

—Quinto Sertorio afirma que prefiere ser el más pobre de los romanos viviendo en Roma a ser el más rico y poderoso de los reyes.

—No me lo creo. Y, aunque lo creyese, nadie en Roma lo creería. Nadie cuya opinión importe, por supuesto.

Metelo hablaba. Pompeyo callaba, no interrumpía a su superior, pero su gélida e inquietante mirada resultaba incómoda.

—Verás, Cneo Placidio Mutio —siguió diciendo Metelo—, para que pueda haber una negociación, tú debes tener algo que me interese y yo debo tener algo que te interese a ti. Tal y

como están las cosas, no hay nada que el sabino pueda darme a cambio de mi magnanimidad. No obstante, sí hay algo en lo que tú y yo podemos llegar a un acuerdo.

—¿Y qué es?

—Por lo que veo, debes de ser un hombre cercano al rebelde, ¿no es así?

—Los hay más cercanos.

—Seré yo quien te proponga algo que puede beneficiarnos a los dos —dijo, solemne, la Vieja —. Tráeme la cabeza de Sertorio y sabré ser generoso. Cien talentos de plata, veinte mil acres de tierra y el perdón del Senado. ¿Qué me dices, Cneo Placidio Mutio?

—Que necesitaré unos días para pensarlo.

—Tendrás que darte prisa. No tenéis mucho tiempo. Ya no hay mucho más que hablar.

Un grupo de legionarios, entre ellos Sexto, nos acompañó a la salida del campamento. Allí Alio y yo montamos sobre nuestros caballos y volvimos a Cluniaco lentamente, al paso.

—Creo que no deberíamos decirle nada al tuerto sobre la recompensa ofrecida por la Vieja — dijo Alio, rompiendo el silencio.

—¿Por qué no?

—Porque la oferta es demasiado tentadora. Esas cosas pueden volver loco a un hombre. Lo último que necesitamos es que el sabino pueda empezar a pensar que todos somos asesinos potenciales. Empezaría a ver fantasmas y esos fantasmas siempre acaban por hacerse reales.

—Sí. Puede que tengas razón, Alio. Será mejor no decirle nada.

Durante cuatro días no hubo asaltos. Siempre he querido pensar que la Vieja y el Mocosito confiaban en que les entregase la cabeza del sabino en una bandeja de plata y que, de alguna manera, mi fugaz embajada nos había ganado ese valioso tiempo. Nunca lo sabré. Lo cierto es que al quinto día se reanudaron los ataques sobre Cluniaco. De nuevo las escalas y los arietes, de nuevo los honderos, de nuevo la lucha encarnizada por las murallas. Día tras día. Y sin noticias de Perpena.

Sin embargo, la determinación de los celtíberos no cedía. Desde el más joven al más anciano, las mujeres y las niñas se volcaron en la defensa de su ciudad con un valor y un arrojo de los que jamás había sido testigo. Cada uno aportaba lo que podía en aquella situación crítica. Jamás he sentido tal unidad de propósito a mi alrededor, tal abnegación, tal solidaridad entre seres humanos como a lo largo de aquellos días en los que todo parecía perdido. ¿Y Helena? También la vi, atendiendo a los heridos, rehuyéndome la mirada, vestida con ropas cómodas para poder ayudar en la defensa de lo suyo. El pequeño Kalaitos la seguía allá donde fuera, cargaba con cestas de ropa vieja que ella rasgaba para fabricar vendajes. Qué admiración sentí por los hispanos. Y por Helena, en quien, de nuevo, vi reflejado aquel carácter indómito que hoy parece sepultado bajo calzadas, foros, anfiteatros y cenizas.

La noche estaba en calma. Balbo y yo hacíamos ronda por la muralla. Cada diez pasos había un centinela. El suelo se veía cubierto de manchas de sangre seca. A lo lejos podían verse los cientos de hogueras que iluminaban los campamentos rebeldes. Empezaba a refrescar. Poco a poco el verano nos iba abandonando.

—Tres semanas ya, Balbo.

—Sí, señor. Tres semanas. Y aún podríamos resistir mucho más. Los echará el invierno.

—No estaría yo tan seguro, Balbo.

Al lado de uno de los centinelas había un perro pastor. El animal hacía compañía a su dueño. Estaba tumbado, tranquilo, ajeno a todo, lamiéndose los genitales con la parsimonia típica de los cánidos.

—Estaría bien poder hacer eso, ¿verdad, Balbo? —dije apuntando al perro.

—No es algo que me llame la atención, señor. Pero si quiere, puedo aguantarle al perro.

—No, Balbo, no me refería a eso. Déjalo.

—Es usted un hombre de gustos extraños, señor.

—Como digo, no me refería a eso.

Palmeé la espalda del centinela. Este se sobresalto. Es probable que estuviera quedándose dormido. La lanza y el escudo son buenos compañeros de guardia y permiten un apoyo sólido para echar una cabezada de vez cuando.

—Atento, soldado —le dije al joven celtíbero.

El centinela murmuró una excusa. Levanté la mano y sonreí, no era necesario que se excusase, todos estábamos cansados. Balbo y yo seguimos la ronda. No habíamos dado diez pasos cuando, a nuestra espalda, oímos gruñir al perro. Luego un ladrido a la noche. El animal volvió a ladrar. Movía la cola. El joven, alertado, procuró calmar al animal acariciándole la cabeza. Otro ladrido. Balbo y yo nos apresuramos hacia el puesto del centinela.

—¿Ocurre algo?

—No lo sé, señor. Yo no veo nada. Habrá olido a un gato. Si hubiera peligro, estaría ladrando como un loco.

—Haz que se calle.

Balbo y yo aguzamos el oído mientras el muchacho intentaba calmar al perro. Oímos un crujir de piedras. Después el silencio. Luego otra vez el crujir de piedras. No era un gato lo que se escondía a los pies de la muralla.

—Una cuerda —gritó una voz de niño desde allá abajo.

—¿Quién va? —dijo Balbo.

—¡Mierda, lanzadme una cuerda!

—¿Quién eres? —insistí.

—Me envía Marco Perpena. Traigo un mensaje para Quinto Sertorio.

El corazón me dio un vuelco. Envié a Balbo a por una cuerda y juntos ayudamos a subir al muchacho. No debía de tener más de ocho o nueve años, venía cubierto de suciedad, con los pies descalzos, ensangrentados. Y llegaba sediento. Le dimos de beber algo de vino y de comer un mendrugo de pan que prácticamente engulló de camino a la casa que ocupaba el tuerto. Allí Sertorio, el hombre que parecía nunca dormir, nos recibió de inmediato. Una sonrisa se dibujó en su cara al vernos, la misma que solía lucir cuando presentía que un plan había salido como él esperaba.

—Bienvenido, muchacho. ¿Qué tal se encuentra el bueno de Marco Perpena?

—Bien, señor.

—¿Qué noticias me traes?

—El ejército está reconstruido y marcha hacia aquí.

—¿Cuántos hombres? ¿Lo sabes?

—Veinte mil, dijo el legado. Pero cada día se unen más.

—Excelente, muchacho. Excelente.

Sertorio cogió una bolsa de dinero que llevaba al costado y se la lanzó al chaval. Este la atrapó al vuelo, como un halcón.

—¿Por dónde has atravesado las líneas rebeldes, muchacho?

—El trecho que separa los dos campamentos principales es el peor protegido. Debe de haber cincuenta pasos entre la empalizada del uno y la del otro.

—Tiene sentido. Es por donde menos se le ocurriría a alguien pasar —dijo el tuerto, pensativo—. Te has ganado esas monedas y algunas más, muchacho. Ve a descansar y a comer. Cneo —dijo

dirigiéndose a mí—, prepara a los hombres. Abandonamos Cluniaco.

—Señor, no deberíamos dejar a estas gentes a su suerte.

—Descuida, Cneo. Estas gentes respirarán aliviadas cuando nos hayamos ido. Es a mí a quien quieren esos dos. Ve y dí a todos que se preparen. Saldremos en tres horas, antes de que amanezca.

Éramos algo más de mil jinetes agolpados tras las puertas de Cluniaco esperando a que llegase el tuerto y se pusiese en cabeza. Sertorio departía con los notables de la ciudad para explicarles lo que estaba a punto de suceder. Habíamos salvado al ejército haciendo que se dispersase. Ahora, ese ejército reconstruido aguardaba la llegada del sabino para ponerse en marcha. Lo único que debía hacer Cluniaco era resistir un par de semanas más hasta que nosotros apareciésemos a la retaguardia del ejército rebelde y los obligásemos a levantar el sitio. Aproveché para visitar a Helena y decirle adiós. La celtíbera no se mostró hostil, más bien al contrario.

—¿Nos abandonáis?

—No. No. De ninguna manera. Vamos a buscar ayuda. Volveremos pronto.

—¿Cómo sé que volverás?

—Te lo prometo.

—Tráeme a mi hijo, Cneo. Te lo suplico.

—Lo traeré.

Helena se acercó a mí y me cogió de las manos. Había lágrimas en sus ojos. Lágrimas de despedida. Me miró y sonrió con ternura. Luego me acarició la mejilla.

—Perdona mis palabras, Cneo. Fui injusta contigo.

—No tengo nada que perdonarte.

—Hispania está cansada, agotada de esta guerra. Házselo saber a Quinto Sertorio.

—Lo haré.

—Y tráeme a mi hijo.

—Lo haré.

—¿Recuerdas? —dijo con una sonrisa triste.

—¿El qué?

—Mi alma contigo. Siempre estará contigo, Cneo Placidio Mutio.

Lo siguiente fue un delicado beso en los labios y otra caricia en la mejilla. Sus ojos taladraron los míos. Hubiera saltado sobre ella, pero justo en ese momento volvió a hablar y me dio la espalda.

—Ve, Cneo. Ve. Y no me tortures más.

Sí. Di media vuelta y me alejé. Helena volvía a hipnotizarme.

Más efusiva fue la despedida de Balbo, que lloró como un niño, y la de Alio, que me abrazó como un padre. Allí se quedaban aquellos dos, al mando de la menguadísima guarnición romana que por aquel entonces contaba con algo menos de veinte hombres. Monté a Ignis. Aún esperábamos a Sertorio. El sabino apareció vestido con sus mejores galas, el casco de aspecto griego con penacho rojo al viento, la coraza musculada recién pulida, brillante como el sol, centelleante a la luz de las antorchas, la capa roja acorde a su rango. En la mano portaba un asta coronado por el águila dorada de la legión. El tuerto aparecía en toda su magnificencia.

—¿Listo, Cneo?

—Señor, no debería llamar tanto la atención.

—Tonterías. Deben saber que Quinto Sertorio se les ha escapado. Recuerda. Mantente en el centro de la cabalgada. ¿¡Preparados!?! —Un coro de voces lusitanas y celtíberas aullaron que sí.

Ante nosotros se abrieron las puertas de Cluniaco. Poco importaba que los rebeldes nos hubieran oído aullar. Espoleamos a nuestros caballos, deseosos ya de iniciar una carrera después de tanto tiempo encerrados. Y volamos como una manada de pájaros. Mil pasos de distancia nos separaban de la apertura que debíamos cruzar entre ambos campamentos enemigos. Todo lo que debíamos hacer era atravesar ese espacio tan rápido como pudiésemos. Los cascos de nuestros caballos levantaban la tierra. Desde las murallas de Cluniaco empezaron a oírse gritos de ánimo. De pronto, las llamadas de alarma tras las empalizadas rebeldes. Las antorchas bailando a lo lejos y reproduciéndose como luciérnagas en la noche. Era imposible que conociesen nuestras intenciones. Lo más probable es que pensasen que nos disponíamos a efectuar una salida nocturna para asaltar sus posiciones, no que un millar de locos a caballo pretendiesen únicamente llegar al otro lado. Sabíamos que el punto crítico llegaría cuando cruzásemos el espacio abierto entre ambas empalizadas. Solo había que llegar al otro lado. Solo eso.

—¡Es Quinto Sertorio! —gritó una voz desde la posición enemiga. El nombre del sabino se extendió como el fuego—. ¡Es Quinto Sertorio! ¡Sertorio!

En cuanto estuvimos a tiro comenzó a caer sobre nosotros una lluvia de *pila*. Supe entonces que nos encontrábamos a quince pasos de nuestro objetivo. Pronto estaríamos flanqueados por empalizadas. Quince pasos al galope se recorren rápido, más rápido que el tiempo de que disponían los rebeldes para organizarse y contrarrestar una carga que tenía un objetivo con el que no habían contado. Detrás de mí los bárbaros gritaban como poseídos por sus dioses. Las antorchas del campamento iluminaban el camino. Más allá nos esperaba la espesa oscuridad de la noche y la libertad. Ya estábamos a mitad de camino. Algunos de los bárbaros más rezagados caían abatidos. Se oían los relinchos desesperados de los caballos. Rodaban los cuerpos. Una locura. Pero seguíamos galopando. Estábamos a mitad de camino cuando comenzaron a abrirse las puertas laterales, y de ellas empezaron a surgir legionarios armados dispuestos a cortarnos el paso. Creo que todos desenvainamos al tiempo. Tuve suerte de ir pegado al culo del caballo del sabino, entre los primeros. Rompimos con facilidad la delgada línea que se nos oponía y seguimos cabalgando. Seguían saliendo hombres de ambos lados. Miré atrás. Los que venían los últimos no lo conseguirían. Habíamos superado el punto crítico. Seguían lloviendo proyectiles. Y, de pronto, nos vimos libres de todo peligro, dejando atrás la confusión del combate, engullidos por la noche.

Tal y como había previsto Sertorio, la Vieja y el niño levantaron el asedio a Cluniaco en cuanto supieron que nos tenían a la espalda. Una vez más arrancábamos una victoria a las fauces de la derrota.

La temporada de campaña duró esta vez hasta bien entrado el otoño. Si los rebeldes avanzaban, nosotros nos retirábamos; si se alejaban, los seguíamos. El tuerto tenía claro que no buscaría batalla, pues muchos de los reclutas eran bisoños, y los que no lo eran habían sufrido demasiado ya y necesitaban volver a creer en sí mismos. Incapaces de darnos caza y hostigadas como antaño sus líneas de suministro, Pompeyo y Metelo se retiraron a sus cuarteles de invierno. Metelo, por primera vez en años, abandonaba Hispania. Decidió acuartelarse en la Galia, algo que aprovechó el tuerto para proclamar su victoria a los cuatro vientos. Pero todos sabíamos que la victoria no era tal. Habían pasado los tiempos en que la tierra hispana se veía cubierta de trigales que verdeaban en primavera y se tostaban al sol del verano. Hispania estaba sencillamente agotada, arrasada. Nos habíamos convertido en algo similar a una plaga de langostas. La temida sombra del hambre se cernía sobre la vieja tierra. No solo era la destrucción, también faltaban brazos y voluntad para sembrar los campos y sobraban bocas. Faltaban brazos porque eran muchos los que habían muerto y muchos otros los que ya no volvían a sus hogares para la siembra. Faltaba voluntad porque no merecía la pena molestarse en sembrar unos campos cuyo fruto sería confiscado o destruido. Metelo daba un paso atrás, sí, pero para tomar impulso, para darles un descanso a sus hombres y concederles una temporada en una tierra benigna, en paz, libre de sobresaltos. Más aún, su presencia no era necesaria, pues no teníamos la fuerza ni los medios para retomar o asaltar ciudades.

Quien sí permaneció en Hispania, por orden del Senado, fue Pompeyo. El niño estableció su campamento entre los vascones, en un lugar que recibió su nombre: Pompaelo. Como tantos antiguos campamentos militares, hoy en día Pompaelo es una ciudad que bulle con actividad y que empieza a olvidar el origen de su nacimiento. Los vascones prestaron su ayuda a Pompeyo, en parte porque, como cualquier hispano, los vascones tenían sus cuitas con los celtíberos, y cualquier enemigo de sus enemigos se convertía automáticamente en su amigo. Escogió aquellas tierras por varias razones. Pompaelo estaba lo suficientemente cerca de la Galia como para ofrecer una salida en caso de problemas y lo suficientemente cerca de los territorios leales a Sertorio como para suponer una amenaza. Pero además porque era de los pocos territorios que no

habían sido devastados aún por la guerra. Pompeyo estableció relaciones cordiales con los vascones, ofreció la ciudadanía a un número de ellos y, en vez de saquear sus tierras, pagó los suministros de su ejército con cargo a sus fondos personales. El escolar había aprendido mucho del maestro.

Fue un invierno triste. Fue el invierno en el que empecé a dejar de creer en la victoria. Había comenzado a apoderarse de mí el fantasma del derrotismo, la sensación de que, después de tantos años, no habíamos conseguido nada. La creencia de que cualquier paz era mejor que la guerra. Quizá tuviese que ver con que empezaba a amar aquella tierra desdichada que siempre fue Hispania, clavada a la cruz del ardor de sus gentes con los clavos de sus riquezas. Una tierra a la que Sertorio había ofrecido un futuro luminoso que se estaba tornando más sombrío cada día. Me sentía solo en Osca, echaba de menos a Hirtuleyo, a Belinos, incluso a Corvus. Este último retornó a sus montañas después de reclamar lo suyo y no volvió a presentarse a la primavera siguiente. Como las ratas en un naufragio, el cántabro, cuyo sentido del olfato parecía estar avisándole del cambio que estaba dando la marea, decidió que era momento de ofrecer su hacha y su experiencia a otros. No le culpé. Era fiel a sí mismo. Si algo se podía decir de él es que el bárbaro nunca había engañado a nadie. Sopesé la idea de que, quizá, en el futuro, lo encontrara en medio del campo de batalla, luchando a favor de los rebeldes. Solo pensarlo me resultó escalofriante.

El derrotismo es como la carcinoma: la viga parece robusta por fuera, no sabes que está enferma, pero un simple soplo de viento puede hacer que se resquebraje y cruja. Y sabía que no era el único. Recuerdo el momento exacto en que esa maldita enfermedad comenzó a comerme por dentro. El tuerto me había hecho llamar. Caminaba apresurado hacia su casa de Osca pensando que, por fin, atendería mis ruegos y dejaría que me llevase al joven Cneo, el hijo de mi amigo, de vuelta a Cluniaco con su madre, donde debía estar. Sertorio, un hombre siempre austero, nada dado a los lujos ni a los excesos, me recibió borracho. A su lado, cuatro de sus más fieros lusitanos.

—¿Qué haces aquí? —parecía sorprendido de verme.

—Me has hecho llamar.

—¡Ah! ¡Sí! Es verdad. —El tuerto se tambaleó un poco y cayó sentado en su silla de tijera. Todo él olía a alcohol—. Este vino es una porquería. Pero es lo que tenemos. Hay que arreglarse con lo que uno tiene, ¿no es así, Cneo Placidio Mutio?

—Así es, señor.

Pasado el tiempo, me he preguntado muchas veces por qué no solemos perdonar los momentos de debilidad y desesperación de los grandes hombres. No era que él dudase, sino que sentía que los demás empezábamos a dudar de él.

—Bien. Siéntate.

—Estoy bien de pie, señor.

—Como quieras.

Se hizo el silencio. Sertorio rebuscaba entre los documentos que tenía en la mesa.

—¿Para qué me ha hecho llamar, señor?

—La guerra no está perdida, Cneo —dijo, como si pudiese leer en mi mente—. Hemos estado en situaciones peores. ¿Recuerdas Mauritania?

—Cómo olvidarlo, señor.

—Mil hombres en el culo del mundo ¿y cuánto conseguimos? —dijo el tuerto con cierto aire de nostalgia—. Cuánto conseguimos... —repetió en un susurro como para sí—. ¿No parecía todo perdido entonces?

—Sí, señor. Dicen que cualquier tiempo pasado fue mejor.

—Eso dicen. —Hizo una pausa para beber algo más de vino. Luego volvió a mirarme—. ¿Ves esta carta? —dijo mostrándome un papiro enrollado. Asentí—. Es de un senador, de Roma, alguien que simpatiza con nuestra causa, pero que no puede airear sus simpatías. Dice que el Senado quiere quitarse a Pompeyo de encima. Dice que temen más a Pompeyo que a mí y que por las calles de Roma se cuenta que Quinto Sertorio llegará a la ciudad antes que Cneo Pompeyo Magno. —El tuerto soltó un bufido triste y resignado—. El Senado siempre ha especulado con la posibilidad de que Pompeyo sea derrotado en Hispania. De hecho, puede decirse que hasta lo desean. Y si muere, casi mejor para ellos.

—¿Por qué desearían tal cosa?

—Porque ven en él a otro Sila y no pueden soportar la idea de que vuelva victorioso.

—¿Y la Vieja?

—La Vieja es uno de ellos. Él no les preocupa, es demasiado mayor ya, respeta las tradiciones, los deseos de esa pandilla de estúpidos y es un patricio. No les preocupa. Pero el Mocosito es peligroso, un maldito plebeyo surgido de la nada, ambicioso y cruel en extremo.

—No sé a dónde quiere llegar.

—Una alianza con Pompeyo. Eso es lo que quiero. Marchar juntos a Roma. Podríamos hacerlo —dijo alzándose de pronto y dando un golpe en la mesa—. Derrotar juntos a Metelo. Nadie podría impedirlo. ¿Qué opinas?

—Que merece la pena intentarlo.

—Excelente. Porque serás tú quien trate con él.

—¿Yo, señor?

—Sí, tú. Proponle la idea. Solo tienes que hacer eso. Si acepta, lo sabremos a su debido momento. Quiero que salgas de inmediato. Coge a los hombres que necesites.

—Sí, señor —acepté—. Con respecto al otro asunto...

—¿Qué otro asunto?

—El joven Cneo, el hijo de mi amigo Belinos.

—¿Qué hay de él?

—Le prometí a su madre que se lo llevaría de vuelta.

—Es imposible.

—Dijo que lo pensaría, señor.

—Y lo he pensado. No puede ser.

—¿Por qué?

—Porque ahora mismo hay muchos hispanos a los que lo único que parece mantenerles fieles es saber que sus hijos están aquí.

Pompeyo dijo no. Pero sé que la propuesta de Sertorio revolvió en él ciertas inquietudes. No solo el tuerto mantenía correspondencia con Roma, también el Carnicero. Este era consciente de los recelos que suscitaba entre el Senado. De hecho, y aunque no aceptase nuestra propuesta, tuvimos

conocimiento de que, al poco de mi visita, había enviado una misiva al Senado cargada de amenazas:

Admito que entré en esta guerra con más ánimo que cautela. Cuarenta días después de que me dierais el título vacío de general, levanté un ejército con mi propio dinero. Resistí los envites del gran Sertorio. He pasado inviernos interminables, rodeado de salvajes enemigos. ¿De verdad hace falta que haga una lista de las batallas en las que he luchado? ¿De las ciudades capturadas? Arrollé el campamento enemigo en el Sucro, luché en el Turius, derroté a Cayo Herenio, tomé Valentia, me hirieron en batalla. ¿Y qué he recibido de vosotros? Abandono y hambre.

Mi ejército y el del enemigo sufren de las mismas penalidades, hemos luchado por la misma tierra. Ninguno de los dos tenemos comida ni recibimos paga, y ambos podríamos marchar a Italia a reclamar ambas. Tomad esto en consideración, amados padres, y tomaos mi advertencia en serio. No me obliguéis a tomar por la fuerza lo que mis hombres y yo necesitamos. Hispania Citerior yace devastada, la provincia ni siquiera puede alimentarse a sí misma y mientras tanto Metelo recibe dinero y comida en la Galia.

No me dejáis más opción, amados padres. De vosotros depende. Podéis enviar todo lo que necesito o seré yo quien vaya a Italia a cogerlo, y os aseguro que traeré la guerra que asola Hispania con mi ejército. No es lo que quiero. No me obliguéis a hacerlo. Consideraos advertidos.

Comenzaba un nuevo año. Metelo, con sus tropas descansadas y reforzadas, volvía a caer sobre Hispania desde la Galia. Mientras tanto, Pompeyo se ponía en marcha desde las tierras vasconas. El niño había recibido del Senado más de lo que demandaba en sus cartas. Muchos senadores en Roma, conscientes del peligro que representaba el Carnicero, habían llegado al extremo de vaciar sus propias arcas para apoyar la campaña hispana. Dos nuevas legiones reforzaban las fuerzas de Pompeyo, así como suministros y dinero. El cerco se estrechaba, la situación se volvía cada vez más asfixiante.

Sin embargo, la fortuna, siempre caprichosa y a veces cruel, supo darnos nuevas esperanzas. En oriente el rey Nicomedes IV de Bitinia moría y dejaba su reino en herencia al Senado y al Pueblo de Roma. Mitridates del Ponto, con su poderosísimo ejército reconstruido y entrenado por los oficiales puestos a su disposición por Sertorio, invadía aquel país cuya ocupación por Roma representaba una amenaza a su hegemonía en la zona. El Senado no tuvo tiempo de reaccionar. En cuestión de semanas, el rey del Ponto marchaba victorioso y ocupaba todos los territorios sobre los que Roma ejercía su poder e influencia en la zona. No obstante, el pónico, descendiente de Alejandro y de Darío, hizo honor a la palabra dada por sus diplomáticos y estableció como gobernador en la provincia de Asia a Marco Mario, uno de los hombres que Sertorio había enviado al Ponto como parte del trato. De esta manera nuestra causa parecía revivir. El tuerto podía decir ahora que los legítimos herederos de la República no solo gobernaban Hispania, también Asia. No solo eso. El Senado tuvo además que hacer frente a otra amenaza, no ya en la distante Hispania o en la lejana Asia, sino en la propia Italia, a las puertas mismas de la ciudad. Esa amenaza tenía nombre propio: Espartaco, el gladiador esclavo.

Todavía hoy me pregunto cómo no sucumbió entonces la República con tal cantidad de frentes abiertos.

Creo que todos, a medida que íbamos recibiendo noticias de la delicada situación que vivía el Senado en Roma, soñábamos con que, bien Pompeyo, bien Metelo, bien ambos, fuesen llamados a Italia para atender cuestiones más urgentes. No fue así. El perro no estaba dispuesto a soltar a su presa. Menos aún ahora, que se desangraba.

Incapaces de presentar batalla, volvimos a las tácticas que nos habían hecho posible resistir durante tanto tiempo y derrotar a nuestros enemigos. Pero si algo es cierto en la guerra y en la vida es que todos aprendemos. Ahora, en vez de perseguir a Sertorio por montes y valles, en vez de

jugar a nuestro juego, Metelo y Pompeyo decidieron jugar al suyo. Metelo marchó hacia el sur y optó por seguir la estrategia que había utilizado su padre en la guerra contra Yugurta, esto es, despreocuparse de un ejército esquivo y atacar las ciudades. Bílbilis y Segóbriga cayeron en sus manos sin que fuéramos capaces de evitarlo. Pompeyo, por su parte, se dirigió a Calagurris y comenzó un brutal asedio. Sertorio, en una campaña relámpago, consiguió llegar hasta la ciudad, sorprender al niño, derrotarle y hacerle huir una vez más. Liberamos Calagurris y fuimos recibidos por sus habitantes con fiestas y honores. Lo mismo ocurrió en Pallantia, ya en territorio vacceo. El Carnicero simplemente se retiraba cuando sabía que Sertorio se encontraba cerca. Muchos opinaban que era por miedo, al menos eso decía el sabino. Yo creo que parte podía ser miedo, pero siempre tuve la sensación de que Pompeyo ahora sabía que el tiempo jugaba en nuestra contra. Sencillamente estábamos persiguiendo a un ejército al que no podíamos plantar cara y derrotar en batalla. Si algo aprendió Pompeyo en sus años en Hispania de su maestro y enemigo fue que las guerras las gana la logística. Nuestras emboscadas y golpes de mano eran cada vez menos efectivas en unas tropas acostumbradas ya casi tanto como nosotros a esa tierra que se había vuelto maldita. El enemigo ya no cometía errores.

La caída de Cauca ante Pompeyo fue un duro golpe. No tanto porque Cauca siempre se hubiese mostrado favorable a nosotros, sino por la forma en que el Carnicero se había apoderado de ella. Los caucenses, con el ejército de Pompeyo acampado ante sus murallas, cerraron en un principio sus puertas con la intención de aguardar a Sertorio. Pero no sabían si acudiríamos en su ayuda, si estábamos cerca o lejos, si los abandonaríamos a su suerte. Sí sabían lo que les aguardaba si resistían y caían derrotados. El Carnicero no asaltó Cauca, simplemente les ofreció un trato. Seguiría su camino si los caucenses aceptaban acoger a sus heridos y cuidar de ellos. La oferta parecía razonable. Ponía a los caucenses a favor del Carnicero, sin posicionarles necesariamente en contra de Sertorio. Además, en caso de problemas, Pompeyo les habría entregado una legión de rehenes. Sin embargo, aquellos que entraron en Cauca fingiendo estar heridos no eran sino los hombres más duros de las legiones del niño. La ciudad cayó en una noche. Cayó desde dentro. Fue arrasada y entregada al saqueo.

—¡Imbéciles! —gritó Sertorio, desbocado al oír la noticia—. ¡Imbéciles! ¡Estoy rodeado de imbéciles! ¡Fuera de aquí todo el mundo! ¡Fuera!

Salimos del pretorio como el ganado que huye de un corral en llamas. Hicimos corro entre los que allí estábamos, todos oficiales romanos. Dentro quedaron los *devoti* del tuerto. Al poco tiempo vimos entrar a un muchacho en la tienda con un cuero de vino.

—Esto se nos está yendo de las manos, caballeros —dijo Perpena con su habitual flema—. Huimos de Sila y ahora estamos encadenados a otro tirano. Cada vez confía más en los bárbaros y menos en nosotros.

—Son tiempos difíciles. Cualquiera en su situación estaría igual —intervine.

—Ya ha tenido que salir el plebeyo en defensa de su héroe —dijo Perpena dando un paso al frente para ponerse ante mí—. Sertorio nunca hace nada mal, ¿no es eso, Cneo Placidio Mutio?

—Yo no he dicho tal cosa.

—Pues lo parece. Claro. En Hispania te sientes como en casa. Te gusta el olor a orina. ¿Crees que no lo sé? ¿Crees que no me he informado? He de admitir que ha resultado un tanto complicado, pero al final han dado con tus orígenes de mierda.

—Poco importan mis orígenes de mierda. Y repito que cualquiera en su situación estaría preso de la misma cólera.

—Muy al contrario, amigo mío. Un romano de verdad no sucumbe a la cólera, se mantiene frío siempre y toma sus decisiones con valor y arrojo. Ese hombre nos está llevando a la ruina. Necesitamos un cambio.

—¿Lo dice el que obtuvo una gloriosa derrota a manos de un plebeyo mocoso en Valentia? ¿O aquel que se mantuvo gloriosamente incólume mientras su flanco se desmoronaba en Segontia?

—Eres un idiota, Cneo Placidio Mutio —dijo Perpena con una media sonrisa. Mis palabras no parecieron afectarle lo más mínimo—. Un auténtico idiota. Sertorio está acabado y nosotros con él. Recuerda mis palabras, maldito plebeyo de mierda: a partir de ahora ninguno de nosotros va a estar seguro a su lado. Es necesario tomar las riendas de esta situación antes de que sea demasiado tarde.

—Sertorio sabrá cómo resolver el problema —dijo con firmeza.

—No, amigo, no sabrá. Entre otras cosas, porque Sertorio es ahora el problema. Las desertiones se acumulan, los hispanos ya no confían en él y se pasan al enemigo. Si no puedes ver eso, es que estás ciego.

La incómoda conversación fue interrumpida por uno de los lusitanos de Sertorio, quien, con un movimiento de cabeza, nos invitó a entrar. Sertorio había bebido. Caminaba por la tienda de campaña como un león enjaulado. De pronto se detuvo y nos miró con su ojo ciclópeo uno a uno.

—Caballeros, se han acabado las contemplaciones. Llevo diez años aquí luchando por todo esto, por la República, por la justicia, ¿y qué recibo a cambio? Cobardía, traición y estupidez. Yo también sé aprender de mis enemigos. Si lo único que comprenden los hombres es la disciplina, la intransigencia y la crueldad, sea.

La primera medida de aquella nueva política la implementó Sertorio al día siguiente. Medio centenar de hombres había desertado. Eran los integrantes de una de las cohortes romanas que Perpena había traído consigo hacía ya una eternidad, una de las últimas que quedaban. El tuerto hizo formar al ejército y ordenó la ejecución del resto de la unidad al completo: legionarios, centuriones, tribuno. Trescientos hombres fueron pasados por las armas ante nuestros ojos, uno a uno. No hubo piedad. Observábamos la matanza en silencio, junto al tuerto. Algunos de los legionarios pedían clemencia a gritos, otros simplemente aceptaban su suerte y nos miraban con rencor.

—Son hombres leales —dijo Perpena rompiendo el silencio con su tono de voz habitual.

—No lo son —repuso el tuerto.

—Castigas a estos hombres por el crimen de otros. No son ellos los que han desertado —insistió el patricio—. Esto dista mucho de ser una idea brillante.

Se oyeron las súplicas de uno de los condenados. El muchacho debía de tener veinte años. Sus palabras murieron ahogadas en sangre.

—Querido Marco —dijo Sertorio dirigiéndose al patricio—, me niego a creer que, de todos estos hombres, ni uno solo conocía las intenciones del resto. Cuando deserta uno, puede entenderse como una acción individual. Cuando son dos, puede entenderse que se hayan dado

ánimos el uno al otro y lo hayan mantenido en secreto. Medio centenar, en cambio, y todos al tiempo, indica planificación e indica que estos hombres conocían sus intenciones.

—Aun así. Me parece excesivo.

—Deberían haberme informado.

—¿Y traicionar a sus compañeros? ¿A aquellos que han compartido fatigas y penurias?

—Todos debemos elegir entre lealtades, Marco. Ellos han elegido ponerse del lado de los desertores. Este es su castigo.

—Pero se han quedado.

—Me temo que eso no es suficiente. Solo se puede ser leal a una causa.

Ambos callaron. En ese momento le llegaba el turno a uno de los centuriones de la cohorte. Justo antes de recibir en el cuello el frío acero del verdugo lusitano, gritó:

—¡Viva la República! ¡Muerte al tirano!

Su grito me heló la sangre. ¿A qué República se refería? ¿A qué tirano? ¿Fue una última declaración de lealtad hacia Sertorio y nuestra causa? ¿O fue un ataque directo a él, una invitación a acabar con su vida y con aquello en lo que parecía que el tuerto se estaba convirtiendo? Nunca lo sabré. Pudieron ser ambas cosas. Puede que fueran las últimas palabras de un visionario capaz de atisbar, en sus últimos momentos, el peligroso rumbo que había tomado Roma.

No podíamos detener a Pompeyo, no podíamos detener a Metelo, no disponíamos de los medios para amenazar a las ciudades que iban ocupando y dejando atrás. Éramos como un enjambre de abejas intentando derribar a dos elefantes. El niño y la Vieja recorrían Hispania a su antojo sometiendo, una a una, ciudades neutrales y leales por igual, entregándolas al saqueo cuando se resistían, perdonándolas cuando no.

Necesitábamos dinero y comida, así que Sertorio decidió dividir el ejército en dos. Una parte, al mando de Perpena, se dirigiría al oeste, a las tierras de los galaicos y lusitanos, para conseguir ambas, mientras la otra parte, bajo el mando directo del tuerto, se dedicaría a mantener nuestra presencia en la Celtiberia. El objetivo ahora era reforzar las ciudades leales, resistir hasta el invierno y confiar en que el Senado en Roma sucumbiese a la presión ejercida en todos los frentes que tenía abiertos y se viese obligado a llegar a un acuerdo.

Las defecciones se acumulaban. La fe en Sertorio se desmoronaba a lo largo y ancho de la península. Tribus hasta ahora fieles cambiaban de bando y se brindaban a luchar al lado de aquellos que hasta ese momento habían sido sus enemigos. El temperamento del tuerto se agriaba día a día. Para entonces, la recompensa ofrecida por la Vieja estaba ya en boca de todos y aquello no hacía más que empeorar las cosas. Además, se prometía el perdón a aquellos que abandonasen al sabino. En nuestro campo se sucedían las ejecuciones de hombres sospechosos de mantener contacto con el enemigo. Cada vez era más común ver al tuerto borracho, entregarse a banquetes interminables, disfrutar de la compañía de mujeres, abandonar su tradicional amor a la austeridad y el decoro. Creo que, a esas alturas, el sabino ya se había dado por vencido, aunque puede que él aún no lo supiera. No eran muchos los romanos a los que permitía acercarse, recelaba de todos, y ya no se separaba de su guardia lusitana, algo que levantó ampollas y celos en muchos de los que nos considerábamos cercanos a él.

El tuerto me hizo llamar. Sentí miedo. Y una acuciante necesidad de salir de allí. El último romano que había sido convocado a su tienda dos días antes yacía descuartizado a la entrada del campamento, pasto de los perros y los buitres. Ese hombre había estado planeando asesinar a Sertorio, o eso decían. Daba la sensación de que, para ejecutar a alguien, el tuerto ya no pedía pruebas, ni siquiera indicios. Una simple sospecha bastaba, una mirada, un susurro. Estábamos acampados cerca del Iber. Llevábamos allí varios días a la espera de noticias. Una pequeña

victoria contra un destacamento de las tropas de Metelo había levantado un poco la moral a la tropa. Cuatro lusitanos guardaban la entrada al pretorio.

—La espada —me dijo uno de ellos secamente.

—La cota de malla —dijo el otro.

Luego ambos se pusieron a registrarme.

—Levanta los pies. —El lusitano me inspeccionó las sandalias como si fueran las herraduras de un caballo—. Abre la boca. Bien. Puedes pasar.

La tienda de campaña olía a sudor viejo y vino rancio. La iluminación era escasa. Sertorio, que no había salido de allí desde que llegáramos, llevaba puesta su coraza y la espada colgada del tahalí. A su lado, como estatuas en un foro, otros cuatro lusitanos y cuatro celtíberos más, todos corpulentos, todos atentos a cada uno de mis movimientos. Ya me había acostumbrado a la cara de aquellos hombres, aunque aún no conocía sus voces.

—La flota pónica ha sido derrotada por Marco Antonio Cretico a la altura de Tarraco —dijo el sabino sin más preámbulos—. Dianium está bajo asedio y no tardará en caer.

—Malas noticias.

—Sí, Cneo. Muy malas. Nuestras líneas de comunicación con Asia se desvanecen. Y, con ellas, cualquier esperanza de recibir dinero. Pero estas cosas pasan en la guerra.

—E imagino que eso significa que las tropas rebeldes empezarán a recibir suministros por mar.

—Así es. Pero eso no es lo peor. Las ciudades de Caracca, Barnacis e Ilarcuris se han entregado a la Vieja. Eso supone que la Carpetania nos abandona. Y sé que los vetones están intentando alcanzar un acuerdo con Pompeyo.

—Mi maestro, Agatón, solía decir que a los hombres no hay que juzgarlos por cómo caen, sino por cómo se levantan cuando han caído.

—Sabias palabras las de ese hombre. Algún día tendrás que hablarme de él. —Luego hizo una severa y pensativa pausa—. Cuando haya tiempo. Si lo hay.

—Cuando quiera, señor.

—¿Te consideras un hombre leal, Cneo?

—Por supuesto, señor.

—Todos se consideran leales, hasta que dejan de serlo. ¿Sabrías decir lo que es la lealtad, Cneo?

—Sí —dudé—, o quizá no. Imagino que es como el amor. Todo el mundo sabe lo que es, pero nadie sabría definirlo.

—Amor. Sí. Se parece. Y el amor, para ser amor, debe ser incondicional. En caso contrario, será otra cosa, pero no amor, ¿no crees?

—Sí. Supongo que sí.

—Te diré lo que es la lealtad —dijo, apuntando a sus lusitanos—. Eso es lealtad. Hombres que juran no sobrevivir a quien le han prometido obediencia. El día que yo muera, ellos se quitarán la vida. Es una promesa profunda, íntima, ligada a algo que ellos creen superior a sí mismos. Eso es lealtad. Fe ciega. Estar dispuesto a morir por lo que crees sin pedir nada a cambio y sin cuestionártelo jamás. Que tu vida carezca de sentido cuando ese algo ya no exista. Mi fortuna es su fortuna. Mi desdicha es su desdicha. Eso es lealtad. Levantarte por la mañana con un único

propósito. Creer. —La lengua se le trababa un poco al tuerto. Debía de ser el efecto del vino. Luego me miró fijamente, con su único ojo—. Creer.

—Sí, señor.

—Lo que acabo de decir no es una orden, Cneo. Es una mera reflexión.

—Claro. Perdón. —No sé si el tuerto podía oler el miedo que me invadía. Con un movimiento involuntario de la mano me deshice de las gotas de sudor frío que empezaban a poblar mi frente. Ese movimiento provocó un breve amago de movimiento en uno de los lusitanos.

—No es necesario que te disculpes. A mi lado necesito hombres leales.

—Todos necesitamos gente leal a nuestro alrededor, señor. De lo contrario, sería imposible vivir.

—Así es. ¿Sigues creyendo, Cneo?

—¿En qué, señor?

—En lo que estamos haciendo aquí.

—Por supuesto, señor —mentí.

—¿Sabes qué es lo contrario de lealtad? La traición. ¿Crees que la traición debe castigarse?

—Sí. Por supuesto.

—Bien. Necesito que hagas algo por mí. Los hispanos merecen un escarmiento ejemplar. ¿Quiéren abandonarme? Que lo hagan. Quinto Sertorio todavía puede hacerles daño. Ve a Osca. Estas órdenes son para Lucio Vitelio, el comandante de la guarnición de la ciudad. Necesito que se lo entregues personalmente —dijo dándome un papiro enrollado.

Tragué saliva. Luego el tuerto se acercó a mí y me dio un fuerte abrazo.

—¿Sabes, Cneo? Siempre te he apreciado. —Su tono sonaba a despedida.

—Lo sé, señor.

—Sal de inmediato. Y no me falles.

—Puede contar conmigo, señor.

Cabalgábamos hacia Osca. El tuerto había puesto a mi disposición a veinte de sus *devoti lusitanos*. La presencia de aquellos hombres me helaba la sangre. No hablaban. Simplemente me seguían. A mi espalda botaba el zurrón de cuero que llevan los mensajeros. Dentro, el papiro. A nuestro alrededor, la tierra devastada.

Mi cabeza estaba en ebullición. La orden de partir hacia Osca de inmediato había sido tan repentina, eran tantos mis recelos y mis miedos, mi incertidumbre... No había tenido tiempo de echar un vistazo al documento que llevaba encima. Y, de todos modos, tampoco quería hacerlo delante de aquellos veinte hombres peludos, musculosos y silenciosos que, sin duda, también tenían sus propias instrucciones. ¿Eran de verdad una escolta? ¿O eran esos mis últimos momentos sobre la tierra? ¿Era mi destino acabar asesinado por aquellos bárbaros en algún bosque? ¿Servir de comida a cuervos y otras alimañas? Tales dudas hicieron que repasase todo lo acontecido en los últimos días. Miles de imágenes se agolpaban en mi mente. ¿Había dicho o hecho algo, por mínimo que fuera, que pudiera haberle dado a entender al sabino que conspiraba en su contra? ¿Habría levantado alguien falso testimonio sobre mí sabedor de que el tuerto cada vez confiaba menos en los romanos que le acompañábamos y que cada vez estaba más dispuesto a creer historias sobre conspiraciones? Es bien sabido que en una situación como la que vivíamos muchos se apresuran a denunciar a otros aunque no tengan pruebas; es una forma de ganar una recompensa y, más importante aún, de salvar el propio cuello demostrando lealtad. Tal era la paranoia que se había apoderado de nosotros. ¿Quién podía haberme denunciado? ¿A qué había venido toda aquella charla de si yo me consideraba un hombre leal o no? Llegué incluso a pensar que debería haber sido yo quien denunciase a alguien. Daba igual a quién.

A medida que avanzábamos, iba perdiendo el miedo a que los lusitanos simplemente me degollasen. Nos habíamos detenido para descansar un par de veces, habían tenido su oportunidad y no habían hecho amago de otra cosa que no fuera seguirme como cualquier escolta. Entonces pensé que, quizá, lo que Sertorio quería era probarme. Quizá lo que quería el tuerto era ver quiénes y quiénes no estábamos dispuestos a seguirle hasta el fin. No fue una noche tranquila. No dormí. El hecho de que, al calor de la hoguera, los lusitanos me ofrecieran vino y comida vino a mitigar mis miedos. Aunque pronto me asaltaron otras inquietudes.

Eran tantas las historias que había oído sobre mensajeros que llevaban a cuestas su propia orden de ejecución que pronto me vi acosado por otros fantasmas. ¿Quién no ha sabido de tales

historias? Conocía a Lucio Vitelio, y si se le había encomendado el gobierno de Osca era porque, precisamente, jamás discutía una orden. Era un centurión romano venido a más. Afable, pero intransigente. Pensé en esconderme, en buscar alguna excusa para leer el papiro que debía entregar a mi llegada. Pero el documento no era para mí, y husmear en aquellas cosas era considerado traición, simple y llanamente. No podía permitirme un paso en falso y, además, los lusitanos no me perdían de vista ni cuando tenía que atender las llamadas de la naturaleza.

Seguimos nuestro camino sin percance alguno. Las murallas de Osca se me antojaron lúgubres. El día era gris y amenazaba lluvia. Olía a lluvia. A tristeza. Había hombres trabajando en las defensas, cavando fosos, reforzando muros y puertas. La actividad era frenética. A las puertas de la ciudad un grupo de celtíberos fuertemente armados nos dieron el alto. Saludé en su lengua y exigí paso franco con autoridad. Creo que me conocían. Nos observaron de arriba abajo y se hicieron a un lado para que pudiéramos pasar. Me dirigí a la casa donde en su día, y como responsable de la ciudad, me había alojado. Allí encontraría a Lucio Vitelio para darle el mensaje de Sertorio. Era el momento. Para mi sorpresa, y después de cuatro días temiéndome lo peor, no estaba nervioso. Creo que había llegado a aceptar mi suerte, aunque no comprendiera qué había sido lo que había llevado a Sertorio a tomar tal decisión sobre mi vida. O qué había dicho o hecho que mereciese la muerte. Lo que sí tenía claro es que no me resistiría. Que no gritaría como un cerdo al ver la espada del verdugo.

—Salve, Cneo —dijo Vitelio con entusiasmo—. ¿Qué hay del gran hombre?

—Ahí sigue. A orillas del Iber. Esperando.

—No es propio de él esperar.

—No. Pero ya sabes, siempre encuentra un camino.

—Así es. Nada es imposible para el tuerto, ¿verdad, Cneo?

—Nada, Lucio. Nada en absoluto.

—¿Qué me traes?

—Órdenes —dije entregándole el papiro sellado.

—Vaya. Su cuerpo puede que no esté aquí, pero su cabeza... Hace dos días recibí instrucciones para fortificar Osca. Hace cuatro, la orden de ejecución de Galerio Sornatio. ¿Recuerdas a Galerio?

—Sí, claro.

—Pues era un traidor. ¿Quién lo hubiera dicho, verdad? Parece ser que había entablado contacto con agentes del niño. Sabemos que los hay, están por todas partes, removiendo mierda contra el tuerto. Lo difícil es saber quiénes son. Después de lo de Galerio, uno ya puede creerse cualquier cosa. Pero dejemos eso. Veamos qué quiere el sabino.

Vitelio deshizo el sello. Desenrolló el papiro y se sentó detrás de su mesa. Comenzó a leer. Con cierto aire despreocupado al principio. Luego frunció el ceño. Alzó la cabeza para mirarme un instante. El papiro ocultaba su nariz y su boca, pero sus ojos, inquisitivos, irradiaban desconcierto. Luego volvió a hundir la mirada en las palabras de Sertorio. Y volvió a mirarme. Fueron momentos tensos de espera e incertidumbre. Por fin, cuando acabó, dejó el documento sobre la mesa junto a muchos otros.

—La cosa se está poniendo muy fea, por lo que veo. No es plato de gusto. Pero una orden es una orden.

—¿Qué dice?

—¿No lo sabes? —dijo sorprendido.

—No.

—Pues que se acabó la escuela de Osca, amigo mío.

—¿Cómo que se acabó?

Vitelio me invitó a tomar el documento con un gesto de la mano. Leí horrorizado.

—¡No puede hacer esto! —protesté.

—No solo puede, sino que debe.

—Pero son inocentes.

—Todos somos inocentes. La guerra no distingue entre unos y otros. Vamos allá —dijo alzándose—. Si esos chavales cayesen en manos de la Vieja o de Pompeyo, todo se vendría abajo. Lo dice bien claro. Y tiene razón.

—Pero no podemos hacer esto.

—Tú puedes hacer lo que quieras, Cneo —dijo mientras se abrochaba la cota de malla, se ponía su casco con penacho transversal y se ajustaba la espada—. La orden es para mí, no para ti. El tuerto sabrá por qué lo hace. No me toca a mí poner esas cosas en duda.

—¡Es una locura!

—¿Una locura? Todo es una locura. Además, esos chavales son rehenes. Lo han sido siempre. Ellos lo saben. Sus padres lo saben. Y los que no lo supieran es que eran gilipollas.

De dos zancadas me coloqué delante de la puerta para impedirle el paso.

—No lo permitiré.

—Me temo que no estás en posición de impedir nada. Aparta de mi camino. O me veré obligado a apartarte yo.

—Espera un momento, Lucio. Escúchame. Pidamos confirmación de la orden. Aguardemos unos días. No sería la primera vez que se cursa algo así y luego se cambia de opinión.

—Nunca he visto al tuerto cambiar de opinión.

—Aun así. Podría darse. Cuando me envió estaba borracho. Se tambaleaba. Incluso llegó a vomitar de la cantidad de vino que había bebido. Acababa de recibir noticia de la defección de la Carpetania y la derrota de la flota. Son momentos duros para el tuerto, Lucio. ¿Y si luego se arrepiente?

—¿Por qué habría de arrepentirse?

—Porque aquí dice que todos los chavales deben ser ejecutados. Y entre ellos están los hijos de caudillos y notables que siguen siendo leales. Si hacemos esto, los perderemos por completo. Y entonces sí que se acabó.

Vitelio dudó un momento.

—Pero son órdenes —dijo al fin.

—Sí. Son órdenes. Órdenes que pueden esperar unos días a ser cumplidas. Pide confirmación. Si Sertorio confirma, yo mismo los degollaré uno a uno.

—¿Dices que el tuerto estaba borracho?

—No es que estuviera borracho, es que no podía tenerse en pie.

—Puede que tengas razón. Esperaremos unos días. ¿Vino?

—No. Ahora no. Tengo asuntos que atender.

Como bien había dicho el sabino, no se puede ser leal a dos causas. Tarde o temprano estas acaban por colisionar y no queda más opción que rebelarse contra una de ellas, no queda más remedio que ser un traidor. Todos somos traidores, porque todos nos vemos obligados a elegir.

Vitelio hizo rodear la escuela de Osca con legionarios. Nadie podía entrar ni salir de ella, salvo por orden expresa suya. También envió un mensajero para que confirmase la orden dada por Sertorio. No había demasiado tiempo para sacar al joven Cneo de allí.

Por la noche me acerqué a la escuela con mi atuendo militar, como si simplemente estuviera asegurándome de que las órdenes de Vitelio se llevaban a cabo. Cada cinco pasos había un legionario, cada una de las puertas estaba protegida por una veintena. En una de ellas un hombre togado de barba poblada como la de un filósofo griego discutía acaloradamente con el centurión al mando.

—¡Esto es un atropello!

—Le digo que son órdenes expresas de Quinto Sertorio. No se puede salir de la escuela —decía el centurión.

—¿Y qué pasa si salgo? —dijo el griego con tono de enfado.

—Que tendré que volver a empujarle para que se meta dentro.

—¿Qué ocurre aquí? —intervine.

—Buenas noches, señor —respondió el centurión—. Este hombre dice querer ir a su casa.

—Pues dígame que no se puede.

—Ya lo hago, señor.

—¿Para qué quiere ir a su casa? —le pregunté al griego.

—Para dormir. Como cualquier persona decente. —El maestro estaba indignado.

—¿Tiene autorización de Lucio Vitelio? —pregunté.

—No. No la tengo.

—En ese caso, me temo que es imposible.

—¿Y qué pretende que haga? ¿Qué me quede aquí?

—¿Cómo se llama?

—Quirísofo de Calzomene.

—Muy bien. Vuelva dentro, acomódese. Iré a hablar con Vitelio. Veré lo que se puede hacer. Vuelva mañana por la mañana.

—¡No querrá que duerma en el suelo! ¡Bastante tengo con llevar esta maldita prenda pesada y engorrosa!

—Por lo que a mí respecta, puede dormir en una cloaca. Vuelva dentro y no moleste más.

—De acuerdo. Pero ¿podría decirme alguien qué es lo que ocurre?

—No lo sabemos aún. Cálmese, vuelva dentro y procure no colmar mi paciencia.

El griego volvió a la escuela refunfuñando. Maldiciendo a los romanos en su idioma.

—Griegos —le dije con desprecio al centurión que permanecía a mi lado.

—Maldita escoria —asintió este.

Volví a la mañana siguiente. El centurión seguía apostado en la misma puerta. Daba cuatro pasos en una dirección, luego daba media vuelta y daba otros cuatro pasos. Debía de ser su manera de no quedarse dormido. Se cuadró nada más verme.

—Señor.

—¿Qué tal ha ido la noche?

—Tranquila, señor.

—¿Alguien más ha intentado salir?

—No, señor. ¿Qué ha dicho Vitelio?

—¿De verdad crees que iba a molestarle por un maldito griego? ¿Por quién me tomas?

El centurión me dedicó una media sonrisa de complicidad.

—Ve a acostarte. Estarás cansado.

—No puedo, señor. No hasta que llegue mi relevo.

—Por supuesto. ¿Qué hay del griego? ¿Ha salido?

—Todavía no. Estará dando por el culo a alguno de los muchachos. —El centurión rio su soez gracia y yo con él—. ¿Puedo hacerle una pregunta, señor?

—Por supuesto.

—¿Qué hay de Sertorio? Ha estado con él, ¿no?

—Sí.

—La gente murmura. Algunos dicen que se ha vuelto loco.

—¿Loco? ¿Sertorio loco? Querrás decir que está volviendo locos a la vieja de Metelo y al mocososo de Pompeyo.

—No sé, señor. Ya digo, son rumores.

—Parece mentira. ¿Cuántos años llevas en la legión?

—Quince años, señor.

—¿Y todavía crees todas las cosas que se dicen por ahí?

—Dicen que ya no confía en los romanos, que solo confía en los bárbaros.

—¿Y yo qué soy? ¿Egipcio? ¿Cómo te llamas?

—Marco, señor.

—Pues hazte un favor, Marco. No hagas caso a las habladurías.

—¿Y qué hay de las ejecuciones?

—¿Las ejecuciones a traidores, quieres decir?

—Sí. Puede ser.

—A los traidores se les ejecuta, Marco —dije con serena seriedad.

—Lo sé, señor.

—Y a veces pienso que también se debería ejecutar a quienes esparcen por ahí falsos rumores.

—Sí, señor. Entiendo, señor.

—Aparta un poco, Marco. Voy a entrar a ver lo que se cuece ahí dentro.

—No puede entrar, señor. Solo con una orden expresa de Lucio Vitelio.

—Es verdad. Se me olvidaba. ¿Quieres un poco de vino?

—Sí, vendría bien para refrescar la garganta.

El centurión pegó un buen trago a la pequeña bota de vino que llevaba encima. En ese momento aparecía el griego por la puerta.

—¿Y bien? —El maestro se dirigió a mí.

—Y bien ¿qué?

—¿Puedo o no puedo ir a mi casa?

—No. No puede. Lo lamento.

—¿Me quiere decir alguien qué es esto? —protestó el hombre.

—Todavía no lo sabemos —repuse—. Son órdenes de Sertorio.

—Muy bien. Al menos se nos permitirá comer algo y beber. ¿O queréis que nos muramos de hambre?

—¿No tenéis comida?

—No tenemos ni agua.

Ahí había una oportunidad. Una al menos.

—Vosotros cuatro —les dije a los legionarios que tenía más cerca—, id a los barracones y traed una cesta con pan y fruta, y también agua.

—Y vino, por favor —intervino el griego.

—Sí, claro. Y vino. Vamos, daos prisa.

El griego seguía refunfuñando. Esta vez en su idioma. «Malditos romanos... Por qué me metería yo en esto... Por un puñado de ases... Cuando esto acabe cogeré el primer barco de vuelta a casa...».

Los legionarios no tardaron en volver con todo lo que les había pedido. Les hice depositarlo delante de la puerta.

—Muy bien, Quirísofo, diles a los chicos que vayan bajando y que cojan una hogaza de pan cada uno. Que hagan una fila.

—¿Y el vino? —preguntó el griego.

—No había vino, señor —se disculpó uno de los legionarios.

—Toma el mío.

El griego dio un buen trago. «Ni vino saben hacer los romanos», dijo para sí cuando hubo acabado. Luego dio media vuelta y empezó a llamar a los muchachos. Fueron apareciendo. Los mayores salían primero. Chavales imberbes, de poco más de quince años, rectos como varas, que ya llevaban la toga con soltura, que hablaban en latín entre ellos, reían y se daban codazos, como si aquel cambio en su rutina fuera toda una fiesta.

—Orden, por favor, muchachos —decía el griego en latín—, orden. Uno a uno. Vamos. Sin empujar. Vamos. El que coja más de una hogaza recibirá veinte azotes. Vamos. No os amontonéis. Volved dentro cuando tengáis la vuestra.

Poco a poco fueron pasando. Uno detrás de otro. Hasta que le llegó el turno al joven Cneo. Estaba crecido, parecía un mundo aparte del resto, callado, la mirada firme. Sentí un escalofrío al recordar a su padre. Se parecía tanto... Pero no era momento de andar escarbando en tiempos mejores.

—¿A quién tenemos aquí? —dije con saña al tiempo que le agarraba del brazo con fuerza, como si tuviera con él alguna cuenta pendiente. El joven Cneo no se había percatado de mi presencia. Sé que para él fue toda una sorpresa.

—Suéltame, maldito hijo de puta —dijo con desprecio revolviéndose y dando un tirón para que lo soltase. Seguí aferrándole con fuerza.

—¡Cneo! —gritó el griego—. ¡No le hables así al oficial! ¡Muestra respeto!

El joven dejó de resistirse de inmediato. Debía de temer bastante los palos de sus maestros. Pero sus ojos, cargados de odio, se posaron en mí.

—Tú y yo tenemos cosas que arreglar, criajo insolente —le dije al tiempo que le acercaba a mí bruscamente y le hablaba en su lengua, casi a la oreja, sin desprenderme de la desagradable mueca vengativa que había adoptado—. Habrá ruido. Escóndete. Yo te encontraré.

Luego le solté de un empujón y el joven Cneo volvió dentro. Siguieron pasando los muchachos.

—Debe disculparle, señor —dijo el griego—. No es mal muchacho. Es callado, reservado, pero es un excelente alumno, el mejor que hay en la escuela.

—Vuelve dentro. Seguid con vuestras clases. Y no molestes más.

—Sí, señor.

Al día siguiente Ignis estaba listo. Lo primero que hice fue ir a ver a Vitelio. Aún no había repuesta. Pero si el tuerto seguía donde le había dejado, esta no tardaría en llegar. Volví a la puerta de la escuela. Era conveniente que los hombres encargados de la vigilancia se acostumbrasen a mi presencia.

Chispeaba cuando, por fin, a media tarde, vi subir a lo lejos a Vitelio. Caminaba con paso firme, a grandes zancadas. Le seguían una veintena de legionarios. Se detuvo ante mí.

—Orden confirmada —me dijo secamente—. ¡Muy bien muchachos! —gritó a los hombres que le acompañaban. Desenvainó como si se dispusiese a llevar a cabo una carga—. Adentro. Sin piedad.

Entramos en la escuela como una tromba de agua. Uno de los maestros, sorprendido de ver entrar allí a hombres armados, le salió al paso a Vitelio, con la intención, imagino, de pedir explicaciones. No le dio tiempo a decir una sola palabra, la espada del romano se le hincó en el vientre. Una, dos y tres veces. Luego este lo apartó de sí con la frialdad del veterano. El sonido de cientos de tachuelas a la carrera dispersándose por el recinto de la escuela debió de alertar a todos. ¿Pero quién, de entre aquellos muchachos, podía pensar que era su último día en la tierra? Irrumpimos en un aula, los muchachos se miraron entre sí, extrañados al vernos. No hubo preámbulos. Ni aviso. Los legionarios empezaron a hundir sus aceros en aquellos cuerpos jóvenes que no tenían adónde huir. Quirísofo encontró la muerte intentando proteger a un chiquillo de diez años que cayó abatido sobre su maestro. La sangre de toda Hispania se derramaba sobre la escuela de Osca, era el fin de un sueño. Y, por supuesto, el fin de una causa justa. Las caras de

terror en los muchachos, los gritos, las súplicas. Los legionarios fríos, acatadores, segando vidas. El suelo encharcado de sangre, el olor a heces y orina. Ninguno de aquellos muchachos era el hijo de Belinos. Corrí entre la confusión hacia los barracones donde se alojaban los muchachos y donde, en otras ocasiones, había visitado al joven Cneo. Estaban vacíos. Empecé a gritar su nombre. Rebusqué en todas las esquinas. Y, de pronto, oí su voz. La seguí. El muchacho había elegido bien su escondite, en las letrinas. Estaba sentado, en una esquina, con los brazos rodeando sus rodillas. Temblaba. Se oía distante el rumor de la matanza.

—Vamos —dije tendiéndole la mano.

El muchacho negaba con la cabeza. Me agaché para aferrarlo del brazo. Tiré de él. Estaba agarrotado, aterrorizado.

—¡Vamos, maldita sea! —repetí—. ¡No hay tiempo!

Pero el joven Cneo no atendía. Simplemente temblaba. Desenvainé. El muchacho me observó con incredulidad.

—Perdóname —murmuré.

Utilicé el pomo de la espada para propinarle un fuerte golpe en la cabeza. Una brecha, sangre, y su cuerpo se desplomó. «Mejor así», pensé. Me lo eché al hombro dispuesto a salir de allí. El revuelo y los gritos iban muriendo. Me crucé con un par de legionarios que recorrían los barracones buscando cualquier víctima que pudiera haberseles escapado. No repararon en mí ni en la carga inerte que llevaba al hombro. Luego, antes de salir, tuve que esquivar a uno de los muchachos que se arrastraba con la toga teñida de rojo dejando tras de sí un reguero de sangre como si fuese una gran babosa humana. No atendí sus súplicas. Un legionario acabó con él.

Una vez fuera, Marco me dio el alto.

—¿Qué está ocurriendo, señor?

—Órdenes de Sertorio. Traidores.

—¿Y este? —dijo apuntando al cuerpo que colgaba de mi hombro.

—Órdenes de Sertorio.

Corrí sin dar más explicaciones. Cargué el cuerpo a lomos de Ignis y salí al galope. El cuerpo del joven Cneo botaba como un saco.

Un bosque apartado del camino. La pequeña hoguera crepitando. Un búho ululando a lo lejos. Y la luna llena coronando el cielo estrellado. La noche prometía ser fría. Un leve gruñido del joven Cneo. El muchacho despertaba. Lo primero que hizo fue llevarse la mano a la cabeza. Llevaba el hombro de la aparatosa toga empapado en sangre. Miró a su alrededor, extrañado. Luego, al verme, hizo amago de apartarse. Como si quisiera huir.

—No tendrías adónde. Deberías comer algo. Te hará bien. —Le acerqué un poco de queso. Comió con ganas—. Un buen dolor de cabeza, ¿verdad?

—¿Qué ha pasado?

—¿No recuerdas nada?

De pronto dejó de comer y se quedó mirando el fuego, fijamente, como si en ese instante los gritos de sus compañeros de escuela surgieran de las llamas.

—¿Han muerto todos?

—Es lo más probable.

Dos lágrimas solitarias recorrieron sus mejillas. Su mirada seguía perdida en el fuego. Se agarró las rodillas y empezó a balancearse adelante y atrás, como si hubiera perdido el juicio.

—¿Por qué? —preguntó al fin.

El muchacho no me lo preguntaba a mí. Tampoco preguntaba el porqué de la matanza, o de la guerra, o de que fuera él el único superviviente. Simplemente preguntaba por qué.

—Llega un momento en que es inútil preguntárselo.

—¿Puedo quitarme ya esta mierda? —dijo apuntándose a la toga.

—Puedes hacer lo que te venga en gana.

El hijo de mi amigo se quedó en taparrabos y echó la toga al fuego. La tela se consumió a toda velocidad. Se quedó ensimismado observándola. No tardó en sentir frío. Se abrazó.

—Toma —dije lanzándole el *sagum*—. El otoño se nos echa encima.

Se arrebujó en la prenda.

—Huele fatal —dijo.

—Un poco, sí. Sudor, sangre, mierda y todo el polvo de Hispania, chico.

Luego se me quedó mirando fijamente. Como extrañado.

—¿No me odias?

—¿Por qué iba a odiarte?

—No lo sé. Siempre pensé que me odiabas.

—Quizá el que me odiaba eras tú. Y lo creíste recíproco. ¿No habéis estudiado algo de filosofía?

—Algo.

—Pues lo primero que hay que aprender es a cuestionárselo todo.

—¿Por qué?

No pude evitar soltar una carcajada.

—Buena respuesta, muchacho —dije sin más.

Otra pausa. Esta vez larga y profunda.

—¿Y mi padre?

—Muerto. Como tantos otros.

El muchacho asintió. Luego se echó a llorar. Sentí la necesidad de acercarme a él y abrazarlo.

—Tu padre era un gran hombre. Todo lo que hizo lo hizo por ti. Pero la guerra no hace distinción entre buenos y malos. Ni entre causas justas o injustas.

—Quería... —dijo entre sollozos—, quería verle.

—Lo sé.

—¿Era...? Mi madre decía..., ¿era mi padre un cobarde?

—Era el hombre más valiente que he conocido. Pero a los sensatos se les suele tildar de cobardes.

—Dioses..., murió sabiendo que yo le creía un cobarde.

—No, Cneo, hijo de Belinos. Murió sabiendo que, por muy duro que pueda ser un padre, nunca lo podrá ser tanto como lo puede llegar a ser un hijo. Y no le importaba.

—Yo le admiraba...

—Yo aún le admiro.

—¿Tú y yo somos amigos?

—En el más profundo de los sentidos, querido muchacho.

—¡Señor! ¡Qué alegría verle! —dijo Balbo abalanzándose sobre mí para abrazarme.

Cluniaco bullía de actividad. La ciudad se preparaba para el otoño y acumulaba víveres para el invierno. El legionario hacía guardia a las puertas de la ciudad.

—¿Cuánto tiempo hace? —continuó diciendo Balbo—. ¿Un año?

—Algo más de un año. Sí. ¿Qué tal todo por aquí?

—Sin novedad alguna, señor. Hemos reforzado las murallas, hemos cavado nuevos fosos y hemos plantado trampas por todo el perímetro, tal y como nos ha ordenado el procónsul. ¿Quién es el joven, señor?

—Es el hijo de Belinos.

—¿El que estaba en Osca?

—El mismo.

—¡Vaya golpe más feo llevas en la cabeza, muchacho! —dijo Balbo en la lengua de los celtíberos. Me sorprendió—. Yo también tengo un retoño, señor. Guapo y listo como su padre, y con un toquecito celtíbero como su madre. Tiene que conocerle.

—Por supuesto, Balbo. Aunque ahora no tengo mucho tiempo.

—¿Alguna orden más del tuerto?

—No exactamente. Ya iremos hablando.

—Por supuesto, señor. Bienvenido, señor.

No quería retrasar el reencuentro de madre e hijo. Sorprendimos a Helena en casa. El joven Cneo simplemente dijo «Madre» y ambos se unieron en un abrazo sin fin. Yo observaba desde el umbral de la entrada. La celtíbera no dejaba de llorar de dicha, de besar a su hijo en las mejillas, en los labios, en la frente. Enmarcaba sus mejillas con las manos. Lo miraba. Volvía a besarle. El pequeño Kalaitos debió de sentir algo de confusión. No sabía muy bien lo que ocurría, pero también se unió de una carrera a aquella explosión de amor, reencuentro y júbilo. La madre se abrazó a ambos hasta casi romperles los huesos.

—No volveré a separarme de vosotros jamás —decía una y otra vez—. Jamás.

Luego se alzó y se dirigió a mí.

—Por segunda vez me has rescatado y me has devuelto la vida, Cneo Placidio Mutio, justo cuando había perdido toda esperanza. Jamás podré agradecerte todo lo que has hecho por mí. ¿Qué puede decir un hombre ante eso? Cualquier palabra hubiera estado de más. Y, de todos

modos, tampoco hubiera podido decir nada porque sus labios besaron los míos. Fue un beso fugaz, pero cargado de sentimiento, de ternura, de amor, me atrevería a decir, acompañado de una caricia en la mejilla, una profunda mirada y una triste sonrisa.

Aquella noche hicimos el amor. Los niños dormían abrazados sobre un jergón de paja. Estábamos ante el fuego del hogar. No sabría decir quién empezó a besar a quién, pero fue ella la que se levantó, extendió su mano y dijo «ven». La seguí como el buey que es guiado mansamente a su sacrificio. Yo estaba nervioso como pueda estarlo un muchacho que no se ha enfrentado antes a los placeres de Venus. Era la primera vez que penetraba a una mujer sin haberle dado unas monedas antes. Como perder por segunda vez la virginidad. El cuerpo de Helena estaba deteriorado, sus pechos nada tenían que ver con aquellos que contemplara en Roma hacía ya tanto tiempo. Sus caderas eran más anchas, su vientre ya no era plano como una pared. Pero seguía siendo bella. Más bella aún, me atrevería a decir, porque no era solo el cuerpo o el enigma lo que me atraían, sino una historia pasada, una presente y una aún por escribir, aunque fuera a ser corta. Todo resultó ser muy diferente a los amores mercenarios a los que estaba acostumbrado. Sosegado, intenso, el deseo animal unido al cariño, la sensación de eternidad y no de prisa, el olor a mujer y no a otros hombres. Los jadeos sinceros. En sus delirios, Helena susurró dos veces el nombre de Belinos. No se dio cuenta. A mí no me importó.

Fueron días extraños. Cluniaco vivía bajo una nube de incertidumbre. Los rumores recorrían las calles; tan pronto se hablaba de una gran victoria de Sertorio a orillas del Iber como se decía que el sabino había sufrido una terrible derrota. Luego una nube de polvo lejana hacía temer la proximidad de un ejército enemigo cuando no era más que una tormenta. Lo que sí fue trascendiendo poco a poco fue la noticia de la matanza en Osca. Algo que pocos creyeron. En primer lugar, porque nadie creía capaz al tuerto de hacer algo semejante; en segundo lugar, porque tenían delante de sí una prueba palpable de lo contrario. Al fin y al cabo, el joven Cneo, hijo de Belinos, recorría las calles, y, al haberse convertido en un muchacho prudente que nunca sabía adónde podían llevar sus palabras, no había contado nada de lo sucedido. Quien sí supo toda la verdad fue Alio, que todavía contaba con el mando de la guarnición de la ciudad.

—Esto empieza a desmoronarse —dijo el centurión, lacónico.

—Creo que lleva desmoronándose bastante tiempo.

—Habrá que esperar y ver. De todos modos... ¿el joven Cneo? —preguntó extrañado.

—¿Qué pasa con él?

—¿Cómo es que no ha corrido la misma suerte que los otros?

—Fui yo quien llevó la orden.

—Entiendo —dijo mirando al vacío.

Puedo imaginar lo que pensó el suspicaz Alio en aquel momento. Ahora era yo quien le obligaba a debatirse entre dos lealtades.

—Dicen que el invierno llegará pronto este año. —El centurión le dio un tono de desdén a su comentario—. Eso siempre dificulta la llegada de mensajeros.

Mi mente sopesaba la idea de que el hecho de haber sido yo el encargado de llevar la orden de la matanza a Osca pudiera no haber sido fruto del azar. Nada de lo que hacía el tuerto era fruto del azar. Tanto le había insistido a Sertorio para que me dejase llevar al joven Cneo con su madre

que llegué a pensar que el sabino se había apiadado del muchacho. Quizá sabía que yo acabaría encontrando la forma de sacarlo de allí; siempre me había considerado un hombre de recursos. También puede que el tuerto simplemente me hubiera puesto a prueba, puede que se preguntase dónde residían mis lealtades y, por supuesto, aquella era una excelente forma de ver hasta qué punto le era fiel.

Los días transcurrieron en medio de una tensa calma. El otoño se recrudecía con frecuentes chaparrones que tenían la virtud de limpiar las calles. Caían las temperaturas. Las lumbres no se apagaban nunca. El tiempo transcurría con lentitud. El odio a Roma, siempre latente entre aquellas gentes, empezaba a ser palpable. Pero era un odio abstracto, etéreo. Como todos los odios de los hispanos. Tanto a Alio como a mí, como a todos los que formaban parte de la pequeña guarnición, nos trataban con cordialidad y cariño. Éramos romanos, sí, pero no éramos Roma. O eso parecían querer darnos a entender. Al fin y al cabo, llevábamos sufriendo sus mismos males mucho tiempo y habíamos luchado juntos, codo con codo, escudo con escudo, para defender su ciudad, aunque fuese por razones diferentes.

Puede que el mayor exponente de lo que digo fuera Balbo. Pasé un día por su casa. El legionario insistía en que debía conocer a su retoño y probar uno de los guisos de la que, ahora, llamaba su mujer. Para mi sorpresa, Balbo se dirigía a ella y al pequeño en la lengua de los celtíberos. También para mi sorpresa, el niño resultó ser un chavalito guapo, rechoncho y feliz. Fue entonces, a la luz de la lumbre, cuando me di cuenta de aquello en lo que nos habíamos convertido porque, en un momento de nuestra conversación, mientras hablábamos sobre la delicada situación que atravesábamos, Balbo dijo «Que se atrevan esos malditos romanos a asomar el morro por aquí». Precisamente él, que tanto había odiado, desde su mezquindad, a aquellos bárbaros.

Así que, después de tanto tiempo, eso era lo que éramos: ni romanos ni hispanos, sino una extraña mezcla, ninguno de los dos y al mismo tiempo ambos. El polvo de aquella tierra jamás nos abandonaría. Eso siempre y cuando no acabara por cubrirnos.

—Vuelva mañana, señor —dijo Balbo al despedirnos—. Hemos matado un cordero. Mi mujer sabe cocinarlos como nadie.

—Volveré, Balbo. Descuida.

No tardé mucho en llegar a casa de Helena. Un agua torrencial me acompañó todo el camino, también los ladridos de los perros, algunos distantes, otros cercanos. Dos chiquillas con prisa se cruzaron en mi camino, no se protegían de la lluvia, ni esquivaban los charcos. Reían. Llegué con la tripa llena y el *sagum* empapado. Dos legionarios flanqueaban la puerta. Saludé. Al calor de la lumbre no solo estaban Helena y sus dos hijos, también Alio, que se levantó con aire severo nada más oírme entrar. El centurión iba vestido para la ronda, con su casco, su cota de malla repleta de condecoraciones y la espada suspendida del tahalí. Supe de qué se trataba al instante.

—Ha llegado un mensajero de Osca, Cneo.

—¿Y bien?

—Léelo tú mismo.

Me entregó un zurrón de cuero. Dentro había un papiro enrollado. Leí.

—Se te ordena volver a Osca de inmediato. Con el hijo de Belinos. Si no lo haces por las buenas, serás declarado en rebeldía y tendré que llevarte yo a la fuerza. Lleva el sello del tuerto —resumió Alio a medida que mis ojos se deslizaban por el documento.

—Era de esperar —dije con resignación.

—Sí.

—¿Cómo ha sabido que estaba aquí?

—¿De verdad crees que no era evidente?

—Pero si vamos a Osca...

—Sí. Aunque tendrías ocasión de explicarte. Quizá puedas ablandarle el corazón. Siempre te tuvo aprecio.

—No creo que sea sensato arriesgarse. Además, precisamente ese aprecio es ahora lo más peligroso. Podría querer hacer de mí un ejemplo. Aunque eso no es lo que más me preocupa.

—Eres tú el que debe decidir. De grado o por la fuerza, Cneo. Los dioses saben que esto no es fácil para mí.

Helena nos miraba con preocupación. No entendía una palabra, pero debía saber que no eran buenas noticias. El joven Cneo, por el contrario, seguía la conversación y sabía perfectamente lo que estaba pasando. El centurión dio dos pasos y se puso delante de la puerta para bloquearme el paso.

—¿Dónde está el mensajero?

—Le he alojado en la casa que me ha sido asignada.

—¿Ha traído escolta?

—No.

—No puedo ir a Osca, Alio. Lo sabes tan bien como yo.

—Ni yo puedo desobedecer una orden.

—Abandonemos Cluniaco. Ven con nosotros. Iremos a entregarnos a Pompeyo. Ha prometido el perdón a cualquier desertor que se le una.

—Yo nunca he abandonado mi puesto, Cneo. No lo voy a hacer ahora. Ya estoy viejo para cambiar de bando.

—Vamos, Alio —supliqué—. No puedo entregar a esta gente a la muerte. Es mi familia.

Alio desenvainó la espada.

—De grado o por la fuerza, Cneo —dijo.

Yo también desenvainé y me puse en guardia. Dubitativo y tembloroso.

—No puedo vencerte con la espada, Alio. Sabes que no soy bueno con esta mierda.

El pequeño Kalaitos se abrazó a la pierna de su madre. El joven Cneo se puso delante de ella como si pretendiera protegerla.

—Vamos, Alio —supliqué de nuevo—, su padre luchó con nosotros, lo dio todo. Hemos defendido estas murallas juntos...

—No lo hagas más difícil de que lo que ya es, Cneo.

Helena, incapaz de soportar más aquella situación, se acercó al centurión. Su cara estaba roja de rabia, tanto que Alio dio un paso atrás temeroso de que la mujer fuese a ensartarse en su espada. La celtíbera aferró el gladio con ambas manos por el filo. Dos gotas de sangre mancharon el acero para luego deslizarse por la hoja y caer al suelo. Lo hizo lentamente, como si fuera un ritual, mirando fijamente al centurión, quien, por primera vez en su vida, pareció dudar.

—Hazlo —le dijo en su lengua. Una lengua que Alio ya comprendía—. Hazlo. Acaba con mi vida. Acaba luego con las de mis hijos y con la vida de este hombre al que le debo todo. Eso sí,

piénsalo con cuidado, romano, porque, si lo haces, mañana no habrá una guarnición romana en Cluniaco.

Una mañana fría, de invierno. El cielo azul, claro, limpio. Los cascos de los caballos hacían crujir el suelo helado. Podíamos ver cómo el aliento huía de nuestras entrañas como un fantasma, diluyéndose en el aire, en el tiempo. La tierra parecía muerta.

—Asumiré que os dirigís a Osca. —Había dicho Alio al despedirse—. Convendría que salieseis de la ciudad antes de que amanezca. Suerte.

La Pompaelo de Cneo Pompeyo Magno ya no era un simple campamento militar de campaña, sino toda una base de operaciones con una sólida estructura defensiva, alrededor de la cual empezaban a levantarse edificios de madera entre los que podían encontrarse tabernas, talleres, viviendas y lupanares. Atravesar aquel caos de caminos embarrados no fue tarea difícil. Empezaba a nacer una ciudad al calor de las necesidades de los legionarios y de la tendencia de estos a dilapidar sus pagas. Pompeyo, en vez de acuartelar a sus hombres en una ciudad, había creado la suya propia, y allí se obedecían sus leyes. Hispanos y romanos cohabitaban en cierta armonía. Los vascones agradecían la presencia del joven general, garantía para ellos de seguridad y comercio. Al caos de barro y mierda se oponía el colosal campamento que reinaba en el centro de todo aquel entramado. Un foso profundo, un montículo del que sobresalían estacas puntiagudas, y, sobre este, una imponente empalizada tan alta como dos hombres. La entrada, abierta ya a esa hora de la mañana, estaba flanqueada por dos torres de madera. De cada una de ellas sobresalía el morro de un *scorpio*. El recinto estaba diseñado para albergar a todo el ejército de Pompeyo. Era inmenso. Perfecto. Un auténtico logro de la ingeniería y el tesón de Roma.

—¡Alto ahí, bárbaro! —dijo uno de los centinelas, proyectando hacia mí su jabalina.

—Salve, ciudadano. Vengo a ver al general Cneo Pompeyo Magno.

—Pues tendrás que armarte de paciencia. Todo el mundo viene a ver al general. Está ocupado.

—¿Qué pasa, Cayo? —se interesó un suboficial a su lado. Un optio a juzgar por su indumentaria.

—Nada, señor. Otro de estos bárbaros, que quiere ver al general. Solo que este se trae a su familia y habla latín.

El optio examinó a Helena y a los críos. Ella montaba una yegua; los críos, un caballo viejo capado.

—¿Para qué queréis ver al general? —preguntó el optio con cierto desdén.

—Soy Cneo Placidio Mutio, tribuno al servicio de Quinto Sertorio. Vengo a entregarme a Cneo Pompeyo Magno.

—Un desertor, ¿eh?

—Podría decirse así. Sí.

—¿Tienes pruebas?

—¿De qué?

—De ser quien dices ser.

Abrí el zurrón de cuero que llevaba colgado. Le entregué al suboficial el documento en el que se me ordenaba volver a Osca con el hijo de Belinos so pena de ser tenido por rebelde.

—Como ves, lleva el sello de Quinto Sertorio.

Enseguida me di cuenta de que aquel hombre no sabía leer, aunque pretendiese aparentar lo contrario. No obstante, sí reconoció el sello.

—Podrías habérselo quitado a alguien —dijo devolviéndome el papiro—. Vuelve mañana.

—¿Mañana? ¿Estás de broma? Tú mismo has leído el mensaje. ¿De verdad crees que una cuestión tan importante puede tratarse mañana? Espero que el general te tenga aprecio, legionario.

—¿Puedes probar que eres quien dices ser?

—No. No puedo. Pero el general me reconocerá. He tratado con él en otras ocasiones.

—¿Y qué quieres? ¿Que le haga salir? Me mandaría a la mierda. ¿Sabes cuánta gente viene aquí pidiendo verle diciendo que es importante?

—Espera. Sí puedo probar quién soy.

—Pues dime cómo.

—Sexto Socellio.

—¿Qué?

—Sexto Socellio, es legionario. Lucha con vosotros.

—¿Qué legión? ¿Qué cohorte?

—No lo sé. Pero debe de estar aquí.

—Señor —intervino el legionario que hacía guardia—, Socellio es el de la IV. Segunda cohorte, creo. El poeta.

—¿Quién?

—Sí, el que dijo aquello de «*Pedicabo ego vos et irrumabo, Aureli pathice et cinaede Furi...*».

—¿El poeta?

—Se llama así, ¿no?

—Ve a buscarle —ordenó el suboficial.

El legionario dejó el escudo y la jabalina apoyados en la empalizada y echó a correr.

—¿Sexto Socellio es poeta? —pregunté con incredulidad.

—Cuando se trata de hacer que rimen culos, coños, pollas, mamadas y maricones, sí. De hecho, es él el que está componiendo algunos versos para cuando acabemos con esta mierda y recorramos Roma siguiendo el carro victorioso del general.

—¿Ah, sí?

—Sí. Uno de ellos..., ¿cómo era? ¡Ah, sí!: «Nos dieron por el culo tantas veces que creímos ser mozuelas, habrá quien diga que acabó por gustarnos, a nosotros nos la pela». Es algo así. No recuerdo bien.

—Ingenioso.

—Lo es, ¿verdad?

Al poco tiempo apareció el legionario seguido de un hombre. Este se quejaba amargamente. El legionario tiraba de él con urgencia. Sexto, descalzo y vestido con su túnica legionaria, protestaba por haber sido despertado a esas horas. Aún estaba borracho, decía. Y entonces me reconoció. Se quedó mudo, petrificado. Desmonté de un salto.

—¡Maldito hijo de puta! —dijo Sexto con una sonrisa que le cubrió la cara entera—. ¡Maldito hijo de puta!

Mi amigo de niñez corrió hacia mí con energía. Me abrazó. A punto estuvo de derribarme. Su cara no había cambiado mucho en todos esos años; su cuerpo, en cambio, era mucho más robusto que el del adolescente al que había conocido.

—¡Cneo, maldito cabrón! ¿Qué haces aquí?

—Entregarme. Acceder al perdón que ha ofrecido Pompeyo Magno.

—¿Ese hijo de puta? Más te vale tener algo que darle a cambio.

—¿Conoces a este hombre? —dijo el optio.

—¡Por supuesto que le conozco! Es Cneo Placidio Mutio —dijo Sexto volviéndose—. Un buen amigo. Compartimos maestro, vino y putas en Roma. Ya ni recuerdo hace cuánto tiempo. Y ahora parece que fue ayer, ¿eh, Cneo? —Sexto estaba desbocado. Jamás pensé que al verme sintiera tal explosión de júbilo.

—Así es. Parece que fue ayer, querido amigo.

—¿Qué? ¿Os habéis cansado ya de dar por el culo entonces? —preguntó mi amigo sin soltarme.

—Yo al menos sí.

—Vamos. Dejaos de besos y abrazos —instó el suboficial—. Seguidme al pretorio.

—Voy con vosotros —dijo Sexto.

Superamos el umbral. Si yo estaba asombrado con la magnitud del campamento permanente de Pompeyo, no quiero ni imaginar lo que pensaron Helena, el joven Cneo y el pequeño Kalaitos a medida que nos adentrábamos en él. Probablemente se les antojase que había allí soldados suficientes como para conquistar el mundo entero. Calles y calles, tiendas de campaña, hombres y más hombres preparando el desayuno, otros formando. Aquella era la maquinaria infernal a la que nos habíamos estado enfrentando.

—¿Cuántos sois? —le pregunté a Sexto.

—Ocho legiones en total.

—Por todos los dioses. ¿Ocho legiones?

—Sí. Y Metelo cuenta con otras tantas. ¿Y estos? —dijo apuntando a Helena y a los niños.

—Mi mujer y mis hijos.

—¡No me jodas! —dijo soltando una carcajada—. ¡No has perdido el tiempo en Hispania, por lo que veo! Eso sí, lamento decirte que no se parecen a ti en nada.

Podrá resultar una observación insignificante, pero algo que se me antojó increíble de todo aquel entramado es que estaba limpio. No había en el suelo ni un resto de comida, ni un charco de orines, ni un trozo de mierda. Le pregunté a Sexto por aquel prodigio.

—El general es un cabrón puntilloso —respondió—, no quiere ni un poco de suciedad, no permite la entrada de putas al campamento, y cualquiera que sea sorprendido tirando cualquier

cosa al suelo se enfrenta a diez latigazos. El muy hijo de puta debe de tener el cerebro cuadrado.

—Pero el viento trae hojas, los animales cagan...

—Y más te vale que esté todo recogido si pasa un oficial por tu puesto. Ley, orden, limpieza, organización. Eso es lo que quiere Cneo Pompeyo Magno. La espada reluciente, el escudo immaculado, y debes ser capaz de verte la jeta en el casco o tendrás problemas.

—Esperad aquí —dijo el optio cuando llegamos a diez pasos del pretorio. Luego desapareció tras las lonas.

La espera se hizo interminable. Dos lictores flanqueaban la entrada, con las *fascēs* apoyadas en el hombro, símbolo del poder de la República y de la potestad de Pompeyo para impartir justicia en nombre del Senado y el pueblo de Roma.

—Puedes pasar —dijo el optio.

La tienda de Pompeyo era enorme y estaba atestada de tribunos y legados. Eran pocos los que no le superaban en edad. El joven general lucía una preciosa armadura de bronce pulido que parecía de oro, la capa roja, la túnica blanca. Su mirada era directa, dura, decidida, intransigente. Se dirigía en ese momento a un hombre que parecía un comerciante.

—... y dile que a Pompeyo no se le engaña tan fácilmente. No pienso darles esta mierda de vino a mis hombres y mucho menos trigo mezclado con serrín. Así que más le vale a tu amo hacerme llegar lo que hemos acordado, en la cantidad y de la calidad acordadas. En caso contrario, puedo garantizarte que acabará en la cruz. Y tú con él. ¿Me he expresado con claridad?

—Tan claro como el relámpago del mismísimo Júpiter, general —dijo el hombre haciendo una reverencia—, pero la cosecha ha sido mala y no es fácil encontrar todo lo que el general ha solicitado.

—Ese no es mi problema. Haberlo pensado antes. Solucionadlo.

—Sí, general.

El hombre desapareció a toda prisa. Uno de los legados le susurró algo al oído a Pompeyo al tiempo que apuntaba en mi dirección. Entonces el general se dirigió a mí.

—Así que eres uno de los hombres del rebelde...

—Ya no, mi general. —Le entregué el documento que llevaba encima. Se hizo el silencio mientras leía.

—Cneo Placidio Mutio... —dijo pensativo—. Tu nombre me suena. Tu cara también.

—Sí, mi general. Estuvimos tratando algunos asuntos hace tiempo. Vine como enviado de Quinto Sertorio.

—Aquí no le llamamos así. Si vas a nombrarle, di «el rebelde». Los nombres dan cierta dignidad a las personas.

—Como quiera, mi general.

—Pero sí. Ya recuerdo. Marchar juntos a Roma, esa era la propuesta.

—Así es, mi general.

—¿Y qué quieres?

—El perdón y volver a Roma.

—¿Cómo sé que no eres un espía del rebelde?

—Ese documento me convierte en un rebelde a ojos del rebelde, general.

—Podría ser otra treta.

—Sí, podría serlo. Pero no lo es.

—Muy bien. ¿Qué puedes ofrecer a cambio?

—No lo sé. Información, supongo.

—De acuerdo. Tendrás que ganarte ese perdón. Te establecerás extramuros, se te facilitará una tienda de campaña y trabajarás de cerca con Afranio cuando él te requiera. Necesitaremos saber una serie de detalles acerca de ciudades como Osca, Calagurris y Cluniaco. Puntos débiles, guarniciones, suministros, estado. Todo aquello que pueda serme de utilidad.

—Sí, mi general.

—Fállame y acabarás en la cruz.

—Sí, mi general.

La tienda de campaña era modesta, aunque relativamente amplia. Era una de esas viejas tiendas militares, desechadas hacía tiempo, diseñada para albergar a ocho hombres. Olía a humedad, a sudor viejo, a encierro. Tenía algunos desgarrones y varios agujeros. Sexto y sus compañeros de contubernio nos echaron una mano. La levantamos en lo que podía considerarse la periferia inmunda del suburbio en que se habían convertido los alrededores del campamento militar de Pompeyo, aunque no tardamos mucho en ser rodeados por otras tiendas y casuchas de madera. Hacía frío. El bosque, donde recogíamos la leña, cada vez quedaba más lejos, a medida que se iba talando para edificar construcciones y dar calor a los improvisados hogares.

La comida era cada día más cara. El dinero que habíamos traído de Cluniaco se acabó pronto, y me vi obligado a vender a Ignis y a los otros dos animales por un precio insultante. Además, Sexto también destinó parte de su paga para aliviar nuestra triste condición. Pasamos hambre.

—Tu esposa está bastante bien —me dijo Sexto un día.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Podrías sacar un dinero ofreciéndola a los legionarios. Un par de servicios al día os ahorrarían muchos aprietos.

—Te agradezco la sugerencia. Pero no. Prefiero pasar hambre.

—Como veas.

A pesar de las penurias, recuerdo aquel invierno con cierta nostalgia. Hubo destellos de felicidad. El pequeño Kalaitos parecía disfrutar entre la mierda y el barro, corría y jugaba con otros chiquillos, vascones en su mayoría. El joven Cneo me ayudaba a recoger leña y me acompañaba a comprar comida o al río a por agua. El muro que hacía tiempo nos había separado se fue deshaciendo y llegamos a parecer verdaderamente padre e hijo. Por las noches, Helena y yo hacíamos el amor. Todas las noches.

Sexto solía visitarnos. Traía vino y charlábamos acerca de todo lo acontecido desde la última vez que nos habíamos visto. De cómo era Sertorio, de cómo era Pompeyo, de cómo era Hispania. Le hablé de Belinos, de la suerte que habían corrido mis padres en Roma a manos de Próculo. De lo que me había llevado hasta allí. Él me contó cómo había acabado por alistarse en las legiones de Pompeyo. Las deudas habían llegado a ser tan grandes en su familia que se había visto obligado a ello. Y aunque al principio le hubiera resultado difícil, ahora no podía imaginarse viviendo otra vida que no fuera esa. La legión lo era todo. Pompeyo era un gran hombre. Y aquello

de la legítima República no parecía preocuparle. «Lo único legítimo es la fuerza. El fuerte tiene razón, el débil acata y obedece —dijo en una ocasión—. Solo se es propietario de aquello que se puede defender».

De vez en cuando Afranio, legado de Pompeyo, me hacía llamar. Por las preguntas que formulaba, resultaba evidente cuáles eran sus objetivos para la campaña siguiente. Afranio quería saberlo todo sobre las ciudades que yo conocía, sus defensas, las guarniciones, los nombres de aquellos al mando, su disposición hacia el sabino. Y yo respondía a todas sus preguntas, una a una, dando a veces más detalles de los que me pedía y puntualizando que las cosas podían haber cambiado en el tiempo que llevaba allí. Eso no significa que cada vez que daba una respuesta no sintiera una punzada en el corazón. Aunque poco a poco me fui acostumbrando y fui aceptando mi condición de traidor a una causa en la que nunca sabré si había llegado a creer. Por otro lado, ¿realmente mi colaboración iba a cambiar las cosas?

Debo decir que, aunque diese la sensación de que el tuerto estaba acabado, Pompeyo seguía temiéndole. Sabía que el sabino andaba escaso de tropas, de suministros, falto de dinero, sabía que las lealtades se desvanecían a su alrededor, que había quienes conspiraban contra él, pero seguía sintiendo un miedo reverencial hacia Sertorio. Como si, en realidad, se estuviera enfrentando a un semidiós capaz de cualquier gesta imaginable.

También me di cuenta de que Pompeyo quería acabar con la guerra cuanto antes. El esfuerzo para someter ciudades y acabar con Quinto Sertorio iba a ser titánico ese año. El joven general no dejaría nada al azar. Si quería acabar su trabajo en Hispania, era porque pretendía volver a Italia acto seguido a la cabeza de sus tropas. La guerra contra los esclavos que assolaba Italia se estaba recrudeciendo. Dos eran ya los ejércitos que habían sucumbido ante el ahora temido Espartaco. Granjas, villas e incluso ciudades caían en sus manos, miles de esclavos abandonaban a sus amos y se unían a las filas de aquel nuevo rebelde. Aparentemente no había en Roma nadie capaz de detener al gladiador esclavo, y Pompeyo quería demostrar una vez más que él era el salvador de Roma.

Una mañana, antes del amanecer, adormilados Helena y yo, abrazados bajo la lona de nuestra improvisada morada, sentimos de pronto que temblaba el suelo. La primavera ya asomaba.

—¿Qué ocurre? —me dijo Helena al ver que yo no me inmutaba.

—La guerra. Eso es lo que ocurre. Es una legión en marcha.

Me levanté para ir a verlo. Me calcé las sandalias, vestí mi túnica ajada y me cubrí con el *sagum* apestoso. Salí corriendo. Cientos de personas ya estaban viendo marchar a las tropas. Muchos les vitoreaban. Las puertas del campamento vomitaban una línea interminable de hombres y mulas, de oficiales a caballo, honderos mercenarios, tropas auxiliares.

—Amigo —le dije a un hispano que observaba como yo—, ¿sabes adónde se dirigen?

—A Cluniaco, creo.

—¿Quién los manda?

—Afranio, por lo visto. ¡Viva Pompeyo Magno! ¡Viva Pompeyo Magno! —gritó el hombre de repente.

—¿Cuántos son? ¿Lo sabes?

—Deben de ser al menos un par de legiones. A ver si acaban con esta mierda de una maldita vez. ¡Viva Pompeyo Magno!

Volví al lado de Helena apesadumbrado. El suelo seguía temblando. La celtíbera acababa de encender un fuego a la entrada de la tienda. El pequeño Kalaitos corría junto a sus nuevos amigos. El joven Cneo ayudaba a su madre. No dije una sola palabra en todo el día. Era la culpa, la pena, era sentir que ese no era mi lugar, sino las murallas de Cluniaco, junto a Alio y Balbo, junto a los habitantes de aquella ciudad a la que había llegado a amar. Allí era donde debía haber estado, luchando por un imposible en vez de soportar el dolor que me atenazaba.

Podía imaginar a Alio. En ese momento llevaría ya horas despierto, estaría haciendo su ronda, comprobando las murallas, ajeno a la tormenta de furia y metal que se cernía sobre él y que sería incapaz de detener. Pensé en Balbo, que en ese instante estaría abrazando a su hijo y admirando en él, dentro de su necedad y sin saberlo, la promesa de un futuro mejor. Era imposible. Nuestra guerra había sido imposible desde el principio. Pero todos habíamos creído en el espejismo. En un par de semanas Cluniaco estaría bajo asedio, y si el tuerto no respondía a la amenaza, la ciudad sucumbiría al empuje de las tropas de Pompeyo. ¿Y qué podía hacer yo? Nada.

Varios días después otras dos legiones abandonaban el campamento, esta vez en dirección a Calagurris.

Caía la noche. Recibí la visita de Sexto. Muchos legionarios salían del campamento cuando se escondía el sol, dispuestos a emborracharse y huir así unas horas de la férrea disciplina militar. Sexto traía consigo un cuero con buen vino. Helena y los niños se retiraron a dormir. Nos dejaron solos a la luz de la lumbre. Avivé el fuego con mi espada y lo alimenté con un par de maderos más que tenía al lado. A lo lejos se oían las voces de legionarios fanfarrones mezcladas con las risas de las putas. Más allá daba comienzo una trifulca. Un grupo de hombres entonaba un canto cacofónico y corrompido a la victoria.

—Esto se acaba —dijo mi amigo.

—Eso parece —respondí después de haber dado un buen trago de vino.

—No me has entendido. Esto se acaba de verdad. Ahora tus amigos están realmente jodidos.

—¿Por qué dices eso?

—¿No quieres un poco más de vino antes de oír la noticia?

—Llevo días comiendo lo justo. No creo que me sentara bien. ¿De qué se trata?

—También he traído queso y algo de pan. Quizá te ayude a pasar el trago.

Alargó la mano y me dio la comida. La dejé a un lado sin probarla.

—Mejor lo guardo para los críos.

—Como veas.

—¿De qué noticia hablas?

Sexto dudó un poco antes de contestar. Como si quisiera aguardar a un momento más oportuno.

—El rebelde ha muerto.

—¿Sertorio? ¿Muerto?

—Sí.

—Imposible.

—Mucho me temo que es así, querido amigo. La noticia está confirmada.

—Pero es imposible.

—Imposible es que salga el sol por occidente. Eso es imposible.

—¿Pero cómo?

—Asesinado. Marco Perpena y los suyos.

—No puede ser.

—Por lo visto, ha sido en un banquete.

—Su guardia lusitana no se aparta de él.

—Pues en este caso lo han dejado solo. ¿Por qué? Eso ya no lo sé. Por lo que dicen, Perpena le habría invitado a celebrar una victoria ficticia. Ahora es el patricio quien está al mando.

—No puede ser. Debe de ser algún truco. Una treta. Sabes tan bien como yo que el sabino es un experto en ese tipo de cosas.

—No es ningún truco, te lo aseguro. Tenemos un mensaje del mismo Perpena explicando lo sucedido. Le han apuñalado entre todos. Con el mensaje venía el anillo de Quinto Sertorio. Esto se ha acabado.

—Dame el vino —dije extendiendo la mano.

Aquella noche bebí hasta perder el sentido. Sexto siguió hablando. No le presté atención. Me alimenté de recuerdos hasta caer desplomado. Simplemente quería morir. Lloré como un niño.

Amaba a Sertorio.

Marco Perpena, consciente de que para él no habría perdón, decidió seguir la lucha. Sin embargo, el patricio no duró mucho al mando de las tropas que quedaban. Pompeyo, en cuanto conoció la noticia de la muerte del tuerto, hizo marchar a las legiones hacia Osca. A mí se me ordenó viajar con ellos.

El meticuloso Pompeyo, el Mocosito, el Carnicero, el escolar que tantos palos había recibido de su maestro a lo largo y ancho de Hispania, hizo gala en aquella campaña de todo lo aprendido. Escaramuzas, ataques por sorpresa, retiradas fingidas, trampas... En tan solo dos meses Perpena se veía obligado a presentar batalla en clara inferioridad. Y caía derrotado. La batalla fue una auténtica masacre y el final efectivo de aquella guerra, por mucho que ciudades como Cluniaco y Calagurris siguiesen empeñadas en resistir hasta su amargo final.

Sin embargo, Perpena aún no había dicho su última palabra. Los hombres de Pompeyo lo encontraron escondido entre unos arbustos. Es probable que el patricio hubiera estado valorando la idea de huir en cuanto llegase la noche, pero el joven general había ordenado a sus legionarios peinar toda la zona. Magullado y herido, cubierto de barro y sangre, Perpena fue llevado ante Pompeyo y a mí se me convocó al pretorio para identificarle.

—¿Reconoces a este hombre, Cneo Placidio Mutio? —dijo Pompeyo.

—Sí, mi general. Es Marco Perpena.

El patricio me miró de arriba abajo, con desprecio, aunque aquel aire de suficiencia y superioridad parecía haber desaparecido. Ahora no era más que un suplicante sometido a la profunda mirada de Cneo Pompeyo Magno.

—Sabes que estás condenado a muerte por traición y por rebeldía, ¿no es así? —le dijo Pompeyo.

—Lo sé. Pero quizá podamos llegar a algún trato.

—No creo que tengas nada que pueda interesarme. Y, aunque lo tuvieras, no está en mi mano conceder el perdón a un hombre que ha sido declarado enemigo de la República. Espero que lo entiendas.

—¿Y si te dijera que puedo entregarte una valiosa llave que abra las voluntades de muchos senadores en Roma?

—Te escucho —dijo Pompeyo con interés. El joven general sabía que eran muchos los senadores que le veían como un estorbo y que, en cuanto supieran que la guerra en Hispania había

concluido, maniobrarían para destruirle. Le temían.

—Sertorio mantenía correspondencia con muchos senadores desafectos al régimen instaurado por Sila.

—Continúa.

—Tengo esas cartas. Con los sellos de una cincuentena de senadores. En muchas se le pide a Sertorio que marche a Italia, se le dice que apoyan su causa, que pondrán a su disposición hombres y dinero.

—¿Y qué pretendes que haga con eso?

—Amenazar con exhibirlas. Esas cartas de puño y letra de los senadores son suficiente prueba para que sean condenados por traición. Los tendrías en un puño.

—¿Dónde están esas cartas?

—Eso ya es algo que prefiero guardarme hasta que hayamos concluido un acuerdo.

—Me temo, Marco Perpena, que no estás en condiciones de formular ningún tipo de exigencia.

—Luego se dirigió a mí—. ¿Y tú? ¿Sabes dónde pueden estar esas cartas?

—Sí, mi general. El rebelde solía guardar toda su correspondencia en un arcón en su casa de Osca.

—¡Maldito hijo de puta! —gritó el patricio de pronto. Por primera vez en mi vida le veía perder la compostura.

—¿Lo ves, Marco Perpena? No te necesito para nada. Y no tienes nada que pueda interesarme. Ejecutadle —les dijo secamente a sus lictores.

Perpena murió a la mañana siguiente. Aceptó su destino con entereza y valor. No suplicó por su vida y dijo, antes de que su cabeza se separara del cuerpo, que no se arrepentía de nada y que sería la historia la que le juzgaría. Que no tenía duda de que las generaciones venideras sabrían apreciar todo lo que había hecho Marco Perpena.

Osca se rindió de inmediato y sin oponer resistencia, y a mí se me encargó encontrar aquellas cartas. No fue difícil. Sentí cierta nostalgia al entrar en casa del sabino, tan vacía, tan privada de vida. Esa casa había sido el epicentro de una revuelta de la que yo mismo había formado parte y que había sacudido los cimientos de la República. El arcón que buscaba estaba allí. Dos vascones me ayudaron a sacarlo y llevarlo al campamento que Pompeyo había establecido a las puertas de la ciudad.

Entre todos aquellos documentos se encontraba el testamento de Sertorio. En él el tuerto dejaba todos sus bienes a Marco Perpena, su asesino.

Dicen que Pompeyo quemó todas aquellas cartas sin siquiera haberlas leído. Dicen que no quería comprometer a la República, que hacerlas públicas solo hubiera servido para que aquellos que las suscribían se sintiesen acorralados y pudiesen desestabilizar aún más una situación política ya de por sí delicada. Que Roma no podía permitirse otra guerra civil. Pero yo sé que Pompeyo no quemó esas cartas. De hecho, fueron instrumentos para que, al año siguiente, y con tan solo treinta y cinco años, Pompeyo fuera elegido cónsul de la República en contra de las reformas establecidas por Sila.

—Me has servido bien, Cneo Placidio Mutio —dijo Pompeyo satisfecho.

—Gracias, mi general.

—Toma —dijo al tiempo que me lanzaba una bolsa repleta de dinero—. No quiero que se diga que Pompeyo Magno no es un hombre generoso. La generosidad atrae lealtades, ¿no crees?

—Sin duda, mi general.

—Puedes considerarte perdonado. Eres libre de hacer lo que desees. Eso sí, es probable que en el futuro vaya a necesitar hombres capaces y con experiencia.

—Puede contar conmigo, mi general.

—Excelente. Caballeros —dijo dirigiéndose al resto de los presentes—, volvemos a Italia. La República nos necesita. Alguien tendrá que hacer frente a ese maldito Espartaco y a su recua de esclavos. No cabe duda de que somos los únicos capaces de empezar un trabajo y acabarlo. —Tribunos, legados y lictores rieron. Pompeyo sonreía satisfecho—. Traed vino.

—¡Por la victoria! —gritaron todos al unísono alzando sus copas.

Un mensajero entró en la tienda en medio de aquella celebración de la que yo no me sentía parte aunque se me hubiera dado un cáliz repleto de un vino delicioso.

—¡Señor! —dijo el mensajero al tiempo que se cuadraba—. Mensaje de Afranio.

—Habla.

—Pide instrucciones. Cluniaco ha caído.

—Entregadla al saqueo, los hombres se lo han ganado. Y luego que la arrase. Hasta los cimientos.

—Sí, señor. ¿Los prisioneros?

—A los hombres crucificadlos. Que vendan a las mujeres y los niños como esclavos.

EPÍLOGO

Atardecía. La vía Apia. A unos pocos días de Roma. Silencio. Miles de cruces a ambos lados de la calzada. Una cada diez pasos. Hombres agonizantes o ya muertos. Desnudos. Cuervos picoteando cuerpos indefensos. Caras cubiertas de moscas. Olor a muerte. Campos devastados.

Las dos mulas que habíamos comprado marchaban lentamente. Las habíamos adquirido en Neápolis con parte del dinero que me diera Pompeyo. Montados sobre una de ellas, el pequeño Kalaitos y el joven Cneo observaban absortos las caras de sufrimiento de aquellos hombres que habían dicho «no»; de aquellos que se habían negado a portar cadenas, de aquellos rebeldes. La celtíbera, en cambio, cabalgaba en la otra mula con los ojos cerrados para no presenciar tanto horror. Yo encabezaba la marcha. Creo que arrastraba los pies. Marco Licinio Craso había acabado con la revuelta de los esclavos de Espartaco. Durante dos años el gladiador tracio había recorrido Italia y devastado la península, derrotando una y otra vez a los ejércitos que se habían enviado contra él. Todas las cruces que flanqueaban el camino eran el monumento a la victoria que Craso había ordenado erigir para que nadie olvidase que había sido él quien había derrotado a los esclavos que hicieron temblar Roma. El macabro monumento tenía, además, otra razón de ser: Pompeyo, recién llegado de Hispania, había acabado con los últimos flecos de la revuelta y reclamaba el éxito para sí.

Lo último que supimos de la guerra en Hispania nos lo contaron en Emporió, antes de embarcar hacia Italia. Calagurris, leal a Sertorio hasta el final, había mantenido la llama encendida. Los calagurritanos resistieron durante meses el más cruel de los asedios. Cuando en la ciudad se acabaron los víveres, el consejo decretó que se matara a los esclavos para poder alimentar a los guerreros que la defendían. Luego se comieron a sus hijos. Después a sus mujeres. Por último a los que iban cayendo heridos o simplemente se desplomaban de hambre y fatiga. Tal fue el fin del sueño tornado pesadilla.

No me fue difícil convencer a Helena. La celtíbera simplemente dijo que allá donde yo fuese iría ella. Que debía ser yo quien eligiese cuál había de ser nuestro destino. Y yo, por alguna razón, quería volver a Roma. No se negó. Aceptó con una sonrisa. Quizá decidí volver porque quería buscar a Próculo y hacerle sufrir una muerte sencilla, lenta y dolorosa, a la hispana, como juré al saber que su mano porcina había estado detrás de la muerte de mis padres. Pero no creo que esa fuese la razón, porque jamás fui en su busca. Quizá simplemente quería ver la ciudad de nuevo, aquella por la que tantas veces dijimos que estábamos luchando, saber que era real, física,

palpable, que no era una quimera o un sueño. Sea como fuere, el caso es que quería volver. Allí encontraríamos trabajo, le dije a Helena. Siempre había trabajo en Roma. Empezaríamos de nuevo. No sería fácil, tendríamos que empezar viviendo en una *insula*, en un cubículo incómodo de techos bajos, plagado de chinches, húmedo en invierno y asfixiante en verano, oscuro y caro. Pero teníamos dos manos cada uno, y algo de dinero para los primeros meses. También, en caso de necesidad, podíamos vender la espada que llevaba colgada del tahalí. Estaba seguro de que obtendría por ella una buena cantidad, buen acero hispano, el mejor. Más aún, Kalaitos y Cneo, reconocidos como hijos míos, serían ciudadanos romanos con plenos derechos.

Y ahora que el mundo estaba en paz, que ya no parecía que pudiera derramarse más sangre, que la única guerra era la lejana contienda que se luchaba en Asia contra Mitrídates, que la estabilidad del Senado parecía garantizada y que ya no había idealistas, podría vivirse una existencia tranquila. «¿Quién podía quedar en el mundo con ganas de empuñar un arma?», me preguntaba. Bastante sangre se había derramado ya por las ideas.

—¡Padre! —gritó el pequeño Kalaitos detrás de nosotros—. ¡Padre!

El muchacho saltó de la mula y fue corriendo hacia una de las cruces que poblaban la calzada. Helena, Cneo y yo volvimos la vista.

—¡Vamos, Kalaitos! —gritó la celtíbera—. ¡Déjalos en paz!

Kalaitos no se movió. Estaba de espaldas a nosotros, miraba hacia arriba, como si observara el cielo, pero observaba fijamente la cara de aquel hombre cuyas manos y piernas estaban atadas a los maderos de tal forma que cada bocanada de aire fuese una agonía y esta durase días. El cuerpo estaba magullado, escuálido y presentaba las heridas de muchos combates. La piel estaba castigada y agrietada por el sol. El pelo, frondoso y desaliñado como una selva. Helena se acercó al muchacho y le agarró por los hombros.

—Vamos, Kalaitos —dijo Helena en un susurro.

—Es padre —afirmó el muchacho apuntando a la cabeza del hombre, que yacía inerte sobre los hombros.

Helena miró hacia arriba. Un largo suspiro surgió de sus entrañas. Un suspiro que culminó en un grito desesperado. La mujer cayó de rodillas al suelo como una suplicante y se abrazó al madero. Y entonces la cabeza del hombre se movió. Lentamente. Débil. Sus ojos se abrieron y un leve suspiro escapó de su boca, luego un llanto impotente, quedo, ahogado, desesperado, sin lágrimas.

Aupé al joven Cneo sobre mis hombros. Lo primero era darle al crucificado un poco de agua. Después el muchacho pugnó por desatar las cuerdas que mantenían preso a su padre. Primero un brazo, luego los pies mientras Helena los sostenía. Después el otro brazo, con cuidado. Conseguimos deslizar a Belinos lentamente para bajarlo de la cruz. Tendimos a mi amigo en el suelo, boca arriba. Respiraba con dificultad, pero sus ojos se movían de cara en cara, y en ellos había vida y deseo de vivir, deseo de abrazar, de amar, de luchar de nuevo. Helena lloraba de dicha y le besaba y le decía en su lengua palabras de aliento, de amor, de arrepentimiento. Le acariciaba el cabello rasposo y sucio.

Llevamos a Belinos a un lugar apartado, lejos de la calzada, bajo unos árboles. Le hicimos beber un poco más de agua, gota a gota para no ahogarlo. Estaba débil, no conseguía articular palabra, solo algún jadeo. Pero se pondría bien. De eso no había duda.

Así que el celtíbero no había muerto en Segontia. Me quedé pasmado observando la escena. Los pulmones de mi amigo recibían el aire con ansia, con dolor. Helena lloraba, le aferraba la mano. Kalaitos le acariciaba torpemente. El joven Cneo le miraba absorto luciendo una triste sonrisa, como preguntándose qué fatigas habría padecido su padre para llegar hasta allí. En un momento toda la historia de Belinos se me agolpó en la mente. Capturado después de la batalla, llevado a Italia para ser vendido como esclavo, el estallido de la rebelión de Espartaco, la huida del celtíbero allá donde estuviese para unirse al tracio, los dos años de guerra, nuevos compañeros de armas, la guerra, la esperanza de volver a ver a los suyos... Después, el fin de la revuelta y del sueño.

Me aparté unos cuantos pasos y con un silbido llamé al joven Cneo, que acudió a toda prisa.

—Toma —dije al tiempo que le entregaba la bolsa con el dinero—. Y coge también la espada. Las mulas valen algo, puedes venderlas, y hay comida y agua para varios días.

—Pero...

—Esto tampoco me hará falta.

—¿Tu *sagum*?

—Ya no lo quiero. Huele que apesta.

—¿Y mi padre?

—Se pondrá bien. Es fuerte. No te preocupes por él. Solo necesita descansar y comer. Mañana estará andando.

—Pero ¿por qué...?

Le revolví el pelo con la mano cariñosamente antes de darme la vuelta.

—Algún día lo entenderás.

Di media vuelta. Seguí mi camino. Era probable que Pompeyo Magno necesitara hombres. El sol ya se ocultaba por occidente.

Todos somos rebeldes. Toda rebelión tiene algo de idealista, de romántica, de imposible. El simple hecho de comer es ya todo un acto de rebeldía contra la muerte, la dueña de todo. Rebelarse es lo que mantiene vivo al ser humano. Decir «No», «No más allá de esta línea». Decir «Me niego». Es la rebelión lo que hace grande al hombre, no la sumisión.

Aceptar siempre es morir un poco.

Mortera, 28 de junio de 2015

NOTA DEL AUTOR

La primera vez que oí hablar de Quinto Sertorio yo contaba catorce años. Y, por supuesto, no fue en España. El personaje me atrajo de inmediato, máxime teniendo en cuenta que se trataba de un «héroe» vinculado al país que había dejado atrás. Recuerdo mis clases de Historia Antigua en Inglaterra con mucho cariño. El aula en Norris House, la mesa del maestro sobre una pequeña elevación, la gran pizarra verde detrás de él, las tizas, los borradores, los pupitres de madera. Estos últimos debían de ser de los años sesenta, estoy seguro de que tenían al menos treinta años cuando yo llegué. Todo el mundo sabe que las cosas en Inglaterra no envejecen, en todo caso maduran, *vintagean*. Todos los pupitres lucían los grabados de muchos de los que me habían precedido, antiguos alumnos, aburridos o no, que querían dejar su impronta. Una marca para las generaciones venideras, un «yo estuve aquí».

Como digo, llegué a Inglaterra cuando tenía catorce años. Había acabado la EGB y mi concepto de las clases de Historia era más o menos «desde la prehistoria hasta nuestros días». Así había sido siempre. Nunca se llegaba más allá de mediados del XIX. Y no era culpa de los maestros, que siempre han hecho lo que han podido contra los rodillos de una burocracia estatal implacable que los aplasta bajo los planes de estudios. Era el sistema, diseñado para... solo los dioses saben para qué.

Así que cuando Mr. Fotherguill, nuestro profesor de Historia Antigua, entró en clase y nos explicó por encima lo que íbamos a tratar a lo largo de dos años quedé asombrado. Había dos asignaturas de Historia, esto es Historia e Historia Antigua. La asignatura de Historia Antigua estaba dividida, a su vez, en otras dos subasignaturas: La Revolución Romana e Historia de la Britania romana (desde las expediciones de Julio César hasta la llegada de anglos, jutos y sajones). Con Mr. Fotherguill trataríamos la Revolución Romana, un período que más o menos abarcaba desde el 133 a. C. hasta el ascenso de Augusto al poder. Solo por curiosidad diré que la asignatura de Historia se centraba en la Revolución Industrial, la Revolución Americana, la Francesa y el Imperio Napoleónico. Este plan de estudios puede resultar chocante a cualquier español, acostumbrados como estamos a aquello que me refería antes de «desde la prehistoria hasta nuestros días».

Siempre me había interesado la Historia, pero más bien de forma un tanto caótica. Diré también que en Inglaterra, ya a los catorce años, uno puede elegir qué asignaturas quiere cursar y cuántas, atendiendo a sus intereses y capacidad. Curioso sistema, ¿verdad? Desde entonces pienso

que no estaría mal que en España los chavales dedicasen dos años a estudiar las Guerras Carlistas y la Guerra Civil Española, temas que parecen ser tabú en esta nuestra sociedad de libertades y tolerancia.

Para Mr. Fotherguill las fechas eran lo de menos. Estaba bien aprender las más significativas, sí, pero eran lo de menos. De poco sirve saber cuántos kilómetros hay desde Santander hasta Potes si no te detienes a contemplar los paisajes o a charlar con sus gentes. De poco sirve saber en qué punto de la nacional 611 te encuentras si eres incapaz de entender dónde estás, de dónde vienes y a dónde vas. La idea no era tener una tabla cronológica en la cabeza, no se trataba de recorrer mil kilómetros a ciento veinte por hora, se trataba de recorrer sesenta kilómetros lentamente, deteniéndose, haciendo fotos, intentando comprender los procesos históricos y su relevancia. Y para ello había que seleccionar los paisajes más representativos de la Historia. Esa era la forma de comprender lo que hacen los historiadores y de llegar a amar la materia.

Sertorio me cautivó entonces porque yo era un extranjero, algo parecido a un exiliado que soñaba con volver a casa pero que debía dar la batalla en tierra extraña. Mi colegio bien podía ser Osca. A los catorce la imaginación aún es fecunda. Además, Mr. Fotherguill, al tratar las campañas del sabino, a las que dedicó tres clases enteras, no dejaba de hablar de la valentía y el coraje de los hispanos.

La llamada Revolución Romana (Ronald Syme) es el proceso mediante el cual la República acaba convertida en Imperio. El proceso llevará aproximadamente un siglo. Son muchas las tensiones a las que se verá sometida la ciudad del Tíber: enemigos externos, un Senado en cuyo código genético late el componente competitivo que ha hecho a Roma lo que es, una plebe que quiere sus migajas del Imperio, una clase ecuestre que busca hacerse un hueco en el poder, grandes terratenientes, campesinos arruinados. La lista es interminable. Pero, además, Roma se expande. Las guerras ya no son estacionales, algunas duran años y las legiones empiezan a adaptarse a los nuevos tiempos. La legión ya no es un cuerpo de ciudadanos; a partir de las llamadas reformas de Mario, el ejército romano es un ejército profesional. Las lealtades de los legionarios dejan poco a poco de residir con la República y acaban por depositarse en sus generales, aquellos a quienes se ven vinculados por años de servicio y que serán los únicos que sabrán recompensarles como merecen. Una tras otra se habrían de suceder las guerras civiles.

Es en este entorno apasionante en el que surgen personajes polifacéticos que han dejado su indeleble impronta en el imaginario popular y que han inspirado a generaciones de estadistas, historiadores, pintores y escritores. Personajes como Mario y Sila, César y Pompeyo, Octavio y Marco Antonio, Cleopatra, Cicerón, Craso, Vercingetórix, Mitrídates, Catón. Y en esa lista tiene que ocupar un puesto destacado Quinto Sertorio. ¿Fueron las guerras sertorianas una guerra civil o una guerra exterior? ¿Fue Sertorio un «patriota» o simplemente un hombre acorralado que intentó dar a su lucha una pátina de legitimidad? ¿Fue la guerra para los hispanos una guerra de independencia? Lo que sí puede admitirse es que las guerras sertorianas fueron el golpe que acabaría por pavimentar el proceso hacia la romanización de la península y supondría la sumisión de los belicosos pueblos lusitanos y celtíberos, quedando así fuera del control romano tan solo el norte de la antigua Iberia. Además, la guerra en Hispania resultaría esencial para el devenir de la República, pues supuso un gran espaldarazo a la carrera del joven Pompeyo, no solo por el prestigio alcanzado al acabar con la revuelta del gran Sertorio sino por todo lo que aprendió durante su estancia en Hispania. Pompeyo se convirtió en un mago de la logística. Segontia fue la

última batalla campal de Sertorio, pero, como apunta Philip Matyszak en su biografía del sabino, nadie parece reparar en el hecho de que fue la penúltima de Pompeyo, pues a partir de entonces «el Mocosó» (que ya no lo era tanto) parece haber entendido los riesgos que supone una batalla campal y que la guerra la gana la logística. Julio César sufrió a Pompeyo en sus propias carnes durante las guerras civiles entre ambos.

He procurado hacer un cuadro completo y lo más fidedigno posible de las campañas de Sertorio en Hispania. El reto ha sido inmenso. Debía retratar una época, los vaivenes de la política, la situación en Hispania que, en ese momento se encontraba en una auténtica encrucijada, la propia personalidad del sabino, sus batallas más importantes, la esencia de la guerra en Hispania..., todo en un relato de ficción que pretende insuflar vida en ese magnífico personaje del que, como todos, nos gustaría saber algo más. Siempre me sorprendió el hecho de que en España no hubiera trabajos de ficción sobre el sabino; ahora que me he enfrentado a tamaña labor, entiendo la dificultad. No obstante, espero haber estado a la altura.

Mi Sertorio es un «patriota» y su guerra es civil. Pero eso no quiere decir que, al igual que cualquier personaje histórico, no quepan otras interpretaciones. Para ello no puedo más que recomendar algunas de las lecturas que me han acompañado en este viaje. Una estupenda, diría insuperable, introducción es el N.º5 de la magnífica revista de divulgación histórica *Desperta Ferro*, que lleva por título «La República en peligro», así como el número 94 de *Guerreros y Batallas*: «La guerra hispana de Sertorio, 82-72 a. C.» y el delicioso trabajo de Gabriel Castelló *Archienemigos de Roma* que dedica un capítulo al sabino. Para entrar más en la chicha del asunto, *Sertorius and the struggle for Spain*, de Philip Matyszak, y *Sertorio*, de Adolf Schulten, son paradas obligatorias, así como la biografía que Plutarco le dedica al tuerto. En lo que a ficción se refiere, la novela *Valentia*, de Gabriel Castelló, y *Escenas de la guerra contra Sertorio*, de Emiliano Fernández, ofrecen interesantes perspectivas sobre el tuerto. Debo recomendar también los trabajos de Fernando Quesada Sanz *Armas de Grecia y Roma* y *Armas de la antigua Iberia* como indispensables para entender la guerra en la época. Nada es más esclarecedor a la hora de intentar comprender una sociedad que su relación con la guerra.

AGRADECIMIENTOS

Hace poco, en el Día del Libro, me invitaron a pasar por el colegio de mi hija para que los chiquillos, de seis y siete años, me hicieran entre todos una entrevista. Fue algo entrañable. Y he de admitir que jamás una entrevista me ha dado tanto pavor. Una de las niñas me preguntó que qué se sentía al poner el punto final a una novela. Qué buena pregunta. Qué bonita pregunta. Y qué complicado es dar una respuesta. El punto final es la mezcla entre la satisfacción de un reto cumplido y el triste adiós a una serie de personas con las que has vivido grandes momentos, personas con las que has viajado a tiempos remotos, con las que has cabalgado, con las que has empuñado las armas, con las que has amado y odiado. Y se quedan ahí, en el papel. Eternas pero olvidadas, sepultadas entre palabras. Es un adiós frío. Sin embargo, sabes que volverán a la vida tan pronto como alguien empiece a leer su historia, que es la tuya, y revivirán en las mentes de otros y poblarán otras imaginaciones. El sentimiento de plenitud al acabar una novela es fugaz. Le suele seguir un intenso vacío y la sensación de que, como todo lo humano, has creado algo imperfecto. Un buen escritor nunca debería acabar una novela.

Quiero agradecerle todo a Mónica, mi esposa, sería inútil hacer una lista completa de lo que le debo.

Gracias a mi gran amigo Yeyo Balbás, por el mapa que decora esta novela, por su tiempo y por sus siempre atinadas sugerencias, aunque a veces no le haga todo el caso que debiera.

Gracias a Javier Lorenzo, a quien, entre otras muchas cosas, debo la primera frase de esta novela.

A mis grandes amigos Pablo Gutiérrez Barbadillo, Federico Pacheco Gutiérrez, Sergio García Mühlach y Emilio Gestera Ordax.

Gracias, por supuesto, a Carlos Alonso, mi editor, por su pasión, su entrega y el cariño que le dedica a cada uno de sus libros.

Gracias a Estela Barquín Gaitán, amiga de niñez y fan incondicional.

Gracias a mi hija Claudia por todo lo que me enseña día a día.

Y, sobre todo, gracias a ti, querido lector. Gracias por tu confianza. Gracias por tu tiempo.

CRONOLOGÍA

Año (a. C.)	Roma	Hispania	Resto del mundo
133	Tiberio Graco (Tribuno de la plebe) propone leyes agrarias.	Escipión Emiliano toma Numancia.	El reino de Pérgamo cedido en herencia al pueblo de Roma por Atalo III.
122	Segundo tribunado de Cayo Graco. Legislación popular. Nace Quinto Sertorio.	Fundación de colonias en las islas Baleares.	
121	Disturbios. Muerte de Cayo Graco.		Victoria de Roma sobre Arvernos y Alobroges (Galia).
112			Inicio de la guerra contra Yugurta (Numidia).
109			Victorias de Metelo contra Yugurta.
107	Cayo Mario elegido cónsul. Reclutamiento de voluntarios y <i>proletarii</i> .		Cayo Mario toma el mando de la guerra contra Yugurta. Sila subordinado de Mario.
106	Nacimiento de Cicerón y Pompeyo.		Mario victorioso en Numidia. Fin de la guerra.
105			Batalla de Arausio, cimbrios y teutones masacran a las legiones de Caepio y Mallio.
104	Mario cónsul por segunda vez.		Revolta de esclavos en Sicilia.
103	Mario cónsul por tercera vez.		

102	Mario cónsul por cuarta vez.		Batalla de Aquae Sextiae, derrota de los teutones.
101	Mario cónsul por quinta vez.		Batalla de Vercellae, derrota de los cimbrios.
	Mario cónsul por sexta vez.		
100	Nacimiento de Julio César. Disturbios en Roma.		Fin de la revuelta de esclavos en Sicilia.
98		Revolta en Lusitania.	
91	Inicio de la Guerra Social.		
	Fin de la Guerra Social. Sila marcha contra Roma. Mario Huye.		
88	Mario y Cinna entran en Roma. Masacre de los partidarios de Sila.		Inicio de la primera guerra Mitridática.
87	Muerte de Mario.		Sila sitia Atenas.
86			Sila derrota a Mitrídates en Queronea y Orcómenos.
85			Tratado de paz entre Sila y Mitrídates.
83	Sila desembarca en Italia.		Comienza la segunda guerra Mitridática.
	Guerra Civil en Italia. Victoria de Sila en Porta Collina.	Sertorio llega a Hispania en calidad de procónsul.	Pompeyo derrota a los oponentes de Sila en Sicilia.
82	Dictadura de Sila. Reformas constitucionales.	Derrota de Salinator. Sertorio abandona Hispania.	Pompeyo derrota a los partidarios de Mario en África.
81	Sila cónsul.	Sertorio vuelve a Hispania. Batalla en el Betis.	
80		Operaciones de Metelo en Lusitania. Asedio de Langóbriga. Sertorio derrota a Metelo.	
79	Sila renuncia a la dictadura.		
	Muerte de Sila. Lépidio intenta derribar las reformas del dictador.	Campañas de Metelo en Lusitania. Hirtuleyo en el valle del Ebro.	
78			

77	Lépidio, derrotado por Pompeyo, huye a Cerdeña. Muerte de Lépidio.	Pompeyo llega a Hispania.	
76		Sertorio exitoso ante Metelo y Pompeyo. Batalla de Lauro.	
75		Batalla de Itálica, Hirtuleyo derrotado. Batallas de Tirio (Valentia) Sucro y Segontia. Pacto con Mitrídates del Ponto.	
74		Sertorio se retira a la Celtiberia.	Muerte de Nicomedes IV. Roma «hereda» el reino de Bitinia. Mitrídates invade Bitinia. Tercera guerra mitridática.
73	Revolta de Espartaco.	Últimas operaciones en Hispania.	
72	Continúa la revuelta de Espartaco.	Sertorio asesinado. Pompeyo derrota a Perpena.	
71	Espartaco derrotado por Craso.	Pompeyo vuelve de Hispania.	



PEDRO SANTAMARÍA (Santander 1975). Es licenciado en derecho por la Universidad de Canterbury, Inglaterra, país donde ha vivido, estudiado y trabajado desde los catorce años.

Después de haber viajado a Taiwan, donde fue profesor de inglés y castellano, decidió volver a su tierra natal para establecerse definitivamente.

Autor de novelas de género histórico: *Okela* (2011), *El águila y la lambda* (2012), *Peña Amaya* (2014), *Rebeldes* (2015), que le valió el premio Hislibris a Mejor Autor Español de Novela Histórica, *Godos* (2017), *Al servicio del Imperio* (2018) y *El ateniense* (2019).

A su faceta de escritor, se le une también la de traductor, con varias novelas en el mercado y artículos para revistas nacionales y extranjeras.

ÍNDICE DE CONTENIDO

Prólogo

I. Roma Felix

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

II. Vagabundos

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

III. Fortuna Dubia

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

IV. Los años de gloria

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

V. Hispania Capta

Capítulo 49

Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62

Epílogo

Nota del autor

Agradecimientos

Cronología

Sobre el autor